PIERRE BOURDIEU

EL CAMPO POLÍTICO



plural
EDITORES

El campo político

Pierre Bourdieu

Con una presentación sobre las intervenciones políticas de Pierre Bourdieu, por Franck Poupeau y Nicolas Caron





Esta obra ha sido publicada en el marco de un convenio de cooperación editorial con el apoyo del Ministerio de Asuntos Extranjeros de la República de Francia y de la Embajada de Francia en Bolivia

Traducción realizada bajo la dirección de Noemí LARRAZABAL y de Emmanuel CAPDEPONT

Equipo de traductores:

Emmanuel CAPDEPONT
Ximena ENRIQUEZ URÍA
Noemí LARRAZABAL
María Cecilia RAMÍREZ JORDÁN
María Cecilia Erika SAN ROMAN MOLINA
Con la colaboración de Liliana PAZ, Hugo José SUÁREZ y Alvaro GARCÍA LINERA

ISBN: 99905-62-46-6
D.L.: 4-1-126-01

Producción:
Plural editores
Rosendo Gutiérrez 595 esq. Ecuador
Teléfono 411018 / Fax.: 08115657, Casilla 5097, La Paz - Bolivia
Email: plural@caoba.entelnet.bo

Impreso en Bolivia

Prólogo

En esta época de restauración política impulsada por la "revolución conservadora" que acompaña a la imposición de las políticas neoliberales en la mayor parte de la vida social, nada es más alentador que ver constituirse, poco a poco, una internacional de los intelectuales que, más allá de las barreras culturales y las diferentes tradiciones nacionales, une sus esfuerzos para construir un verdadero contra-poder crítico. Las redes de relaciones entre investigadores y militantes de varios países (Francia, Bélgica, Alemania, Austria, España, Bolivia, México, Argentina, Chile, Corea, Nueva Zelandia, etc.), no pretende producir una organización política más, sino establecer estructuras para inventar un nuevo pensamiento intelectual y político suficientemente fuerte y coherente para poder oponerse a la doctrina neoliberal –y a los argumentos que se emplean–, a partir de la legitimación de sus decisiones por la economía, las matemáticas, o la reducción de la actividad humana a una acción racional, hasta la creencia en la imposibilidad de hacer la política de otra manera.

Si los escritos de Pierre Bourdieu lograron contribuir a la elaboración de esta internacional de los intelectuales, es porque defienden, desde el inicio en sus trabajos sobre Argelia, una concepción de la sociología que, rompiendo con las ilusiones del sentido común y la visión política dominante, pretende desenmascarar los mecanismos de dominación en el mundo social, y así posibilitar una acción eficaz contra la "fatalización" de la cual el pensamiento neoliberal ha hecho una de sus principales armas. Estos mecanismos no son tan eficaces como en el mundo político, donde varios discursos como los periodísticos, los de líderes de opinión, los de

hombres políticos, etc., compiten con la sociología que se sustenta en el resultado de trabajos científicos colectivos.

Los textos de la primera parte del libro exploran una interpretación de las leyes del campo político y de la ruptura que esta noción permite contra el pensamiento político clásico. La segunda parte agrupa artículos de intervención política escritos desde los años 60 y la Guerra de Argelia. Su objetivo no es tanto repasar una trayectoria intelectual y política, sino mostrar, contra las concepciones "neutras" y "neutralizantes" de la sociología, la relación estrecha entre la ciencia social y el compromiso político en nuestra coyuntura social. Estos textos permiten, por tanto, entender las implicaciones prácticas del concepto de campo político, que no es tanto una noción abstracta sino el producto de una construcción metodológica contra las concepciones dominantes de lo político y de hacer política.

La importancia de estos trabajos para el contexto latinoamericano, y en particular boliviano, radica en que pueden contribuir a ampliar los ámbitos de reflexión y ejercicio de la acción política. Actualmente, una buena parte de las investigaciones sobre los complicados procesos de transición democrática que vive el continente han centrado sus preocupaciones sobre los modos de regulación administrativa de los mecanismos de representación institucionalizados, dejando de lado el análisis de las relaciones de fuerza social que están en juego en estos mecanismos, o el espacio de prácticas políticas alternativas postuladas por sectores sociales subalternos que pudieran ampliar el sentido de la responsabilidad pública y el compromiso democrático. Estos silencios han reforzando la consagración de posturas intelectuales fatalistas respecto a los defectuosos sistemas democráticos representativos prevalecientes y a la creciente monopolización del bien público por élites económicas e intelectuales.

Frente a este modo dominante de entender la política, que refuerza a la política como modo de dominación, los escritos de Pierre Bourdieu brindan un conjunto de reflexiones que precisamente ayudan a "desfatalizar" las actuales reglas del juego político y a liberar las potencialidades prácticas de formas distintas de ejercer colectivamente la gestión de los asuntos comunes.

Alvaro García Linera
Franck Poupeau
Hugo José Suárez
La Paz, octubre de 2000

Primera parte

Entrevistas, textos y conferencias sobre el campo político

El campo político[1]

Philippe Fritsch: *Me corresponde hacer la introducción a la conferencia de Pierre Bourdieu. Diré solamente algunas palabras sobre el tema de esta conferencia tal como pude percibirlo, pero ante todo sobre sus condiciones de enunciación. Estas nos llevan a algunos meses atrás cuando Pierre Bourdieu era requerido para esta gran conferencia. Por supuesto tuvo que darle un título. Pues bien, entre el momento en que se le dio el título y el momento de la conferencia, presumo que tanto para él como para muchos de nosotros, el agua siguió corriendo bajo los puentes. Surgieron nuevas preocupaciones, se impusieron objetos de investigación y los esfuerzos se centraron tal vez en otra cosa. A la vez, y lo que diré compensa lo que acabo de decir, "El campo político", este título que Pierre Bourdieu ha dado a esta conferencia, nos remite a una preocupación muy antigua en él. En mi calidad de lector atento de sus trabajos, recuerdo que ya en 1977 se había planteado esta cuestión y se preguntaba cómo concebir la política de otra manera que no fuera políticamente, y pensarla sociológicamente. Esta es una buena introducción para la conferencia de esta noche. No diré más.*

Pierre Bourdieu: Le agradezco por sus palabras de bienvenida y le agradezco particularmente por lo que acaba de decir sobre las condiciones de enunciación. En efecto, ha transcurrido bastante tiempo entre el momento en que había propuesto este tema y el momento actual, y temo estar algo menos presente en este problema de lo que habría estado hace algunos meses. Pido por ello vuestra indulgencia.

1 Grandes Conferencias de Lyon, Université Lumière de Lyon 2, jueves 11 de febrero de 1999.

¿Por qué hablar de campo político? ¿Qué es lo que esto aporta desde el punto de vista de la comprensión política? ¿Acaso se trata de aplicar a la realidad del mundo político un concepto que aparentemente es bastante cercano a la intuición ordinaria y a nociones de las que nos armamos espontáneamente para comprender el mundo político? Hablamos frecuentemente de arena política, de juego político, de luchas políticas...

La noción de campo político tiene varias ventajas: permite construir de manera rigurosa esta realidad que es la política o el juego político. Permite, luego, comparar esta realidad construida con otras realidades como el campo religioso, el campo artístico... y como todos lo saben, la comparación, en ciencias sociales, es uno de los instrumentos más eficaces de construcción y a la vez de análisis. Durkheim decía: "La sociología es el método comparativo". Grandes historiadores se hicieron eco de esta propuesta y se esforzaron por hacer del método comparativo el instrumento de conocimiento por excelencia. Por último, pienso que se trata de una noción que tiene virtudes negativas, lo que es una propiedad de los buenos conceptos (que quizás valen tanto por los falsos problemas que eliminan como por los problemas que permiten construir). He aquí las tres razones por las cuales la noción de campo me parece útil.

Intentaré proceder progresivamente, pedagógicamente. Hablar de campo político es decir que el campo político es un microcosmos, vale decir, un pequeño mundo social relativamente autónomo en el interior del gran mundo social. Allí encontraremos un cúmulo de propiedades, relaciones, acciones y procesos que encontramos en el mundo global; pero estos procesos, estos fenómenos, tendrán aquí una forma particular. Esto es cuanto está contenido en la noción de autonomía: un campo es un microcosmos autónomo en el interior del macrocosmos social.

Autónomo, según la etimología, quiere decir que tiene su propia ley, su propio *nomos*, que tiene en sí mismo el principio y la regla de su funcionamiento. Es un universo dentro del cual obran criterios de evaluación que le son propios y que no valdrían en el microcosmos vecino. Un universo que obedece a sus propias leyes, diferentes de las leyes del mundo social ordinario. Alguien que ingresa en la política, al igual que alguien que entra a una religión, debe sufrir una transformación, una conversión, y aun si no parece ser así, aun si no tiene conciencia de ello, ésta le es tácitamente impuesta, siendo la sanción, en caso de transgresión, el fracaso o la exclusión. Se trata entonces de una ley específica y de una ley que es un principio de evaluación y eventualmente de exclusión. Un indicio de ello, el es-

cándalo: aquel que ingresa en la política se compromete tácitamente a prohibirse ciertos actos incompatibles con su investidura, bajo pena de escándalo.

Este microcosmos está también separado del resto del mundo. Así como el campo religioso, el campo político descansa sobre una brecha entre profesionales y profanos. En el campo religioso están los laicos y los clérigos. No siempre hay un campo político (simplemente enuncio esta proposición sin argumentarla). Hay una génesis del campo político, una historia social del nacimiento del campo político. Cosas que nos parecen evidentes (por ejemplo el voto a la mayoría de edad) fueron el producto de inventos históricos extremadamente largos. Esas cosas que parecen haber existido toda una eternidad son a menudo un invento reciente. La cabina electoral es, por ejemplo, un invento del siglo XIX ligado a una coyuntura histórica. Existen muy bellos trabajos históricos sobre estos temas.

¿Cuáles son los fundamentos de la frontera, a menudo invisible, entre profesionales y profanos? En la tradición de la sociología política, un cierto número de sociólogos de principios del siglo XX, que clasificamos en la categoría de neo-maquiavelistas y que trabajaban principalmente sobre los partidos socialistas alemanes e italianos, Michels en el caso de Alemania y Mosca en el de Italia, desarrollaron la idea de que existían "leyes de hierro" en los aparatos políticos, es decir que había una cierta tendencia en aparatos políticos, incluso en los partidos democráticos o en los sindicatos representantes de los trabajadores, a la concentración del poder en manos de un pequeño grupo, de una oligarquía. Esta visión bastante pesimista de la historia equivale a decir que siguen existiendo dominantes y dominados, hasta en los partidos que se supone que deben representar a las fuerzas que supuestamente deberían liberar a los dominados. Para contrarrestar esta visión pesimista, basta con tomar en cuenta la distribución estadísticamente observable de los medios de acceso al microcosmos político. Esto es algo que se sabe bastante bien por medio del análisis estadístico del uso del voto o de la propensión a votar, o de la distribución estadística de la propensión a responder, por ejemplo, a un tema de opinión política, especialmente en un sondeo. Sabemos que estas propensiones, estas aptitudes, estas capacidades, están distribuidas muy desigualmente, y no por naturaleza (no hay gente que estaría dispuesta a hacer uso de los poderes políticos o de los derechos de los ciudadanos y otros que estarían por naturaleza desprovistos de ellos), sino debido a que hay condiciones sociales de acceso a la política. Sabemos por ejemplo, que en el estado actual de la división del

trabajo entre sexos, las mujeres tienen una propensión mucho menor que los hombres a responder a temas políticos. Del mismo modo, la gente poco instruida tiene una propensión mucho más débil que la gente instruida, así como los pobres tienen una propensión mucho más débil... De tal manera que las democracias modernas (ésta es una observación hecha de paso pero es extremadamente importante), y en particular la democracia americana que ponemos siempre como ejemplo, se apoyan sobre un mecanismo censatario oculto. Cuando más del 50% de ciudadanos no vota, surgen los problemas para la democracia, sobre todo cuando este 50% no está distribuido al azar sino que se recolecta principalmente del lado de los más desfavorecidos económica y culturalmente. Esta constatación de la capacidad desigual de acceso al campo político es en extremo importante para evitar naturalizar las desigualdades políticas. (Una de las grandes tareas permanentes de la sociología es devolver su origen histórico a las diferencias espontáneamente tratadas como diferencias naturales). Existen, entonces, condiciones sociales que posibilitan el acceso a este microcosmos, como, por ejemplo, el tiempo libre: la primera acumulación de capital político pertenece a la gente que posee un excedente económico que le permite distraerse de las actividades productivas, lo cual le permite ponerse en posición de portavoz. Además del tiempo libre, hay otro factor que es la educación.

Diciendo esto, no hago más que recordar las condiciones sociales de funcionamiento del campo político como lugar en el cual un cierto número de personas que cumplen las condiciones de acceso, juegan un juego particular del que los demás están excluidos. Es importante saber que el universo político descansa sobre una exclusión, sobre un desposeimiento. Cuanto más se constituye el campo político, más se autonomiza, más se profesionaliza, más los profesionales tienen tendencia a mirar a los profanos con una especie de conmiseración. Para que comprendan que no estoy sólo especulando, mencionaré simplemente el uso que ciertos hombres políticos hacen de la acusación de irresponsabilidad lanzada contra los profanos que quieren inmiscuirse en la política: soportando difícilmente la intrusión de los profanos en el círculo sagrado de los políticos, los llaman al orden como los clérigos llamaban a los laicos a su ilegitimidad. En tiempos de la Reforma, por ejemplo, uno de los problemas provenía del hecho de que las mujeres querían dar la misa o la extremaunción. Los clérigos defendían lo que Max Weber llama su "monopolio de la manipulación legítima de los bienes de salvación" –magnífica fórmula– y denunciaban el ejercicio ilegal de la religión. Cuando decimos a un ciudadano común que es

políticamente irresponsable, lo acusamos de ejercicio ilegal de la política. Una de las virtudes de estos irresponsables –entre los que estoy– es poner en evidencia un presupuesto tácito del orden político, a saber que los profanos están excluidos de él. La candidatura de Coluche* fue solamente uno de estos actos irresponsables. Les recuerdo que Coluche no era realmente candidato sino que decía que era candidato a la candidatura para recordar que cualquiera podía ser candidato. Todo el campo mediático-político se había movilizado, por encima de todas las diferencias, para condenar esta barbarie radical que consistía en cuestionar el presupuesto fundamental, que sólo los políticos pueden hablar de política. Sólo los políticos tienen competencia (es una palabra muy importante, técnica y jurídica a la vez) para hablar de política. A ellos les corresponde hablar de política. La política les pertenece. He aquí una proposición tácita inscrita en la existencia del campo político.

Cuando evoco este clamor general, este consenso en la condena, es para mostrar que la pertenencia al campo descansa en una creencia que supera las oposiciones constitutivas de las luchas entabladas dentro del campo. Para estar en desacuerdo con una fórmula política, se debe estar de acuerdo en el terreno de desacuerdo. Para estar en desacuerdo con una propuesta sociológica, se debe estar de acuerdo en el terreno de desacuerdo. "Que nadie entre aquí [al reino de la geometría] si no es geómetra", si no acepta el juego de la geometría. Es necesario previamente un acuerdo acerca de lo que hace posible el desacuerdo, es decir que la política es importante, que sólo los políticos pueden hacer política, que sólo los políticos tienen competencia para hacer política... Cuando hablo de postulado, ya estoy deformando la realidad: se trata de tesis tácitas, mientras que el postulado exige explícitamente el derecho de decir alguna cosa. Uno de los grandes problemas con los campos, incluso los más sofisticados como el campo matemático (los matemáticos son los que más hacen retroceder lo implícito del hecho de existir como campo), es la axiomatización que es un esfuerzo por hacer explícitas las tautologías fundamentales sobre las que descansa un campo. La mayoría de los campos, religioso, literario, descansan sobre presupuestos tácitos que son aceptados por todos: por el estilo de "el arte es el arte", "la política es la política", etc. Esto es algo que los profanos a veces

* Famoso cómico francés, que fue candidato a las elecciones presidenciales de 1981, sostenido por algunos intelectuales como Foucault, Deleuze y Bourdieu. (N. de T.).

intuyen. Tienen, respecto a la delegación política, una suspicacia que descansa sobre la intuición de que las personas que juegan este juego que llamamos la política, tienen entre sí una especie de complicidad fundamental, previa a su desacuerdo. Podemos incluso decir que, debido a su pertenencia, estas personas tienen intereses en perpetuar el campo y que pueden ser presentadas como la expresión de los intereses de los ciudadanos que las delegaron para representarlos.

Dicho de otra forma, existe una sospecha que es inmediatamente denunciada como poujadista* o populista, según las épocas, una sospecha originaria hacia los políticos que no carece de fundamento. Una de las virtudes de la noción de campo es hacer inteligible el hecho de que un cierto número de acciones realizadas por la gente que está dentro de este juego que denomino campo político, tiene su principio dentro del campo político. Decir "*Je roule pour vous*" (se trataba de un afiche del '81, al que otros respondían "*Il vous roule!*"**), equivale a decir que yo sólo soy lo que ustedes me dicen que sea. Les digo que soy su portavoz y que no tengo interés expresivo propio, que no tengo nada más que decir que lo que ustedes dirían si estuvieran en mi lugar, en posición de expresarse. Por el contrario, decir que hay un campo político es recordar que la gente que en él se encuentra puede decir o hacer cosas que están determinadas, no por la relación directa con los votantes sino con los otros miembros del campo. El dice lo que dice –por ejemplo, una posición a propósito de la seguridad o de la delincuencia...– no para responder a las expectativas de la población en general o incluso de la clase que le dio su voto, que lo designó como representante, sino por referencia a lo que otros dicen o no dicen, hacen o no hacen dentro del campo, para diferenciarse o, por el contrario, apropiarse de posiciones destinadas a amenazar la apariencia de la representatividad que él puede tener. Dicho de otro modo, la noción de campo relativamente autónomo obliga a plantear la cuestión del origen de las acciones políticas y obliga a decir que si deseamos comprender lo que hace un político, debemos por supuesto averiguar quién votó por él, cuál es su

* De Pierre Poujade, fundador de la *Union de défense des commerçants et artisans de France* (1953), movimiento de oposición a los controles económicos y fiscales, a los impuestos y a la descolonización de Argelia. (N. de T.).

** Juego de palabras con el verbo *rouler*. En la primera frase se comprende como *Yo trabajo para ustedes*. En la segunda frase equivale a *engañar*: *él los está engañando* (N. de T.).

base electoral, su origen social... y no debemos olvidar buscar la posición que ocupa en el microcosmos y que explica una gran parte de lo que hace. Está claro que se trata de casos en los que el principio de la toma de posición está ligado a la ocupación de una posición en un espacio de posiciones que es precisamente el campo político.

Es así que el hecho de que el campo político sea autónomo, que tenga su propia lógica y que esta lógica esté en el principio de las posiciones tomadas por los que están en él comprometidos, implica que hay un interés político específico, que no se reduce automáticamente a los intereses de los mandantes. Existen intereses que se definen en la relación con la gente del mismo partido o contra la gente de los otros partidos. El funcionamiento en campo produce una especie de efecto de cierre. Este efecto observable es el resultado de un proceso: cuanto más se autonomiza un espacio político, más avanza según su propia lógica, más tiende a funcionar conforme a los intereses inherentes al campo, tanto más se agranda la brecha con los profanos.

Uno de los factores de esta evolución hacia una autonomía creciente, por tanto una brecha creciente, es el hecho de que el campo político es el lugar de producción y de puesta en práctica de una *competencia específica*, de un sentido del juego propio de cada campo. Uno de los requisitos tácitos de entrada para ingresar, por ejemplo, al campo artístico tal cual es después de los impresionistas en Francia, es el conocimiento de un cierto número de cosas como si fuesen evidencias, como si "cayesen por su propio peso". Aquel que no las conoce es el Douanier Rousseau, el pintor *naïf*, aquel que no sabe lo que es ser pintor, que es una especie de pintor-objeto. Sus "amigos" Apollinaire, Picasso, le gozan, lo tratan como a un pintor, pero a manera de farsa, de broma o de ironía. Es como un perro en un juego de bolos, un juego cuyos presupuestos tácitos no conoce. La política es un juego del mismo tipo, que tiene reglas tácitas. Existen muy bellos trabajos sobre la socialización de los jóvenes políticos, por ejemplo a nivel del Consejo General. Es una fase importante, uno de los momentos en que se sale de la política pueblerina. El político local, de base, puede ser "natural" en los pequeños pueblos o en las pequeñas ciudades; puede conformarse con una competencia política elemental en la medida en que se trata de conocer bien a sus ciudadanos y de ser "bien visto" por ellos. Apenas se pasa al nivel del Consejo General, de una asamblea departamental, las adhesiones a un partido comienzan a jugar un papel y los antiguos socializan a los nuevos y les enseñan a no reaccionar brutalmente con una simple

política espontánea, que no es una política en el sentido de campo político. Con buenas intenciones, se hace mala política. Se debe aprender el lenguaje estereotipado, las tretas, las relaciones de fuerza, cómo tratar con los adversarios... Esta cultura específica debe ser dominada de manera práctica. No se trata solamente de una cultura académica sino de una cultura en cierto modo cultivada y que se aprende en parte en Ciencias Políticas, sobre todo hoy en día, pero también en la práctica, a través de confrontaciones... Por ejemplo, la forma más sabia de esta cultura es el derecho constitucional. Hay momentos en que, si uno no tiene un mínimo de cultura en derecho constitucional, queda excluido de toda una serie de debates. Más claramente, lo importante es el aprendizaje de todos estos conocimientos y de todos estos *savoir-faire* que le permiten a uno comportarse normalmente, es decir, políticamente, dentro de un campo político, participar en lo que comúnmente se llama "la política de los políticos". Este sentido del juego político es lo que hace que se pueda negociar un pacto, que se guarde silencio sobre algo que habitualmente se diría, que se sepa proteger a los amigos de manera discreta, que se sepa hablar a los periodistas...

Todo esto contribuye también al cierre del campo y a su tendencia a girar en el vacío. Si lo abandonáramos a su propia lógica, funcionaría finalmente como un campo artístico muy avanzado donde ya no hay público, como en la poesía, o en el universo de la pintura vanguardista (los pintores dicen en las inauguraciones que ya sólo tienen por público a sus iguales). Este cierre es un indicio muy significativo de la autonomía de un campo. En el campo de las matemáticas, que es sin duda el más autónomo de los campos, se tiene como clientes sólo a los competidores (entre paréntesis, se debe decir que esto es lo que hace que las matemáticas avancen, ya que cuando se tiene por clientes sólo a los competidores, se está sometido a una alta vigilancia y obligado a perfeccionar sus demostraciones).

Por razones evidentes, el campo político no puede ir hasta esos extremos: los que están comprometidos en este juego no pueden jugar entre ellos sin hacer referencia a aquéllos en cuyo nombre se expresan y ante quienes deben, periódicamente, rendir cuentas de manera más o menos ficticia. Los juegos internos encuentran aquí su límite. Lo que más se acerca al campo político es el campo religioso: también en él, una parte muy importante de lo que sucede es efecto de las relaciones internas. Esto es lo que Max Weber describió muy bien sin tener la noción de campo; las relaciones entre el sacerdote, el profeta y el hechicero determinan lo esencial de lo que sucede en el campo religioso. El sacerdote excomulga al profeta,

el profeta desrutiniza el mensaje del sacerdocio... Suceden un montón de cosas entre ellos pero bajo el arbitraje de los laicos, que pueden seguir o no a un profeta, abandonar las iglesias o seguir frecuentándolas. En este sentido, el campo religioso se asemeja mucho al campo político, que, a pesar de su tendencia al cierre, permanece sometido al veredicto de los laicos.

Un campo es un campo de fuerzas y un campo de luchas para transformar las relaciones de fuerzas. En un campo como el campo político o el campo religioso o cualquier otro campo, las conductas de los agentes están determinadas por su posición en la estructura de la relación de fuerzas característica de ese campo en el momento considerado. Esto da lugar a una pregunta: ¿cuál es la definición de fuerza? ¿En qué consiste y cómo es posible transformar estas relaciones de fuerza? Otra pregunta importante: ¿cuáles son los límites del campo político?

Dije hace un momento que se trataba de un campo autónomo, de un microcosmos separado en el interior del mundo social. Una de las transformaciones más importantes de la política, desde hace una veintena de años, está ligada al hecho de que agentes que podían considerarse o ser considerados como espectadores del campo político, se volvieron agentes en primera persona. Deseo hablar de los periodistas y en particular de los periodistas de televisión e igualmente de los especialistas en sondeos. Si tuviéramos que describir el campo político en la actualidad, deberíamos incluir estas categorías de agentes por la simple razón de que producen efectos en él. Se me pregunta a menudo cómo reconozco que una institución o que un agente forma parte de un campo. La respuesta es simple: se reconoce la presencia o la existencia de un agente dentro de un campo porque transforma el estado del campo (o porque muchas cosas cambian si se lo suprime). El Frente Nacional (FN)*, por ejemplo, se volvió un agente del campo político en la medida en que, poco a poco, impuso a todos los demás portavoces políticos, institucionales o individuales, la referencia, si no al FN mismo, por lo menos a los problemas que se presume que el FN trata de imponer dentro del campo político. La presencia del FN sustituyó la oposición entre ricos y pobres por la oposición entre nacionales y extranjeros que, especialmente bajo la influencia del campo político, se hizo tan importante en la conciencia política común. Desafortunadamente, se-

---

* Partido de extrema derecha, cuyo líder carismático, Jean Marie Le Pen, ha contribuido a imponer el "problema" de la inmigración en el juego político francés. (N. de T.).

ría fácil mostrar que ya no existe partido que no se defina a partir de esta referencia, esta dicotomía, este *principio de división* que fue impuesto e importado al campo político.

Pienso, y es una propuesta muy general, que dentro de todo campo la cuestión son los límites del campo, la pertenencia o no pertenencia al campo. Dentro de un campo de sociólogos se presenta el tema de saber quién es sociólogo y quién no lo es, y al mismo tiempo, quién tiene el derecho de decir quién es sociólogo y quién no lo es (o dentro de un campo de matemáticos, quién es matemático y quién no lo es).

Cuanto más autónomo e instalado dentro de su autonomía está un campo, tanto más oculta y olvidada está la cuestión del fundamento final del campo; pero puede darse una revolución científica que vuelva a poner en duda las fronteras, lo que Kuhn llama "los cambios de paradigmas". Se trata de situaciones en las que los nuevos entrantes al campo cambian de tal manera los principios de pertenencia al campo que personas que formaban parte de él ya no forman parte, son desclasificadas, y que personas que no eran parte de él ahora lo son. Podemos dar un ejemplo histórico, el de la revolución impresionista (la revolución operada por Manet). Es una revolución de los principios de visión y de división, una revolución de los principios según los cuales es legítimo representar al mundo visible: los detentores de la norma, del *nomos*, de la ley fundamental, se encuentran bruscamente descalificados, mientras que los herejes son, por el contrario, consagrados, canonizados.

Vemos entonces que el campo político tiene una particularidad: nunca puede autonomizarse completamente; se remite sin cesar a su clientela, a los laicos, y estos laicos tienen en cierta forma la última palabra en las luchas entre clérigos, entre miembros del campo. ¿Por qué? Lo que hace que la política no sea la poesía, que el campo político no sea como el campo poético, es que las luchas simbólicas y políticas sobre el *nomos* (*nomos* viene del verbo *nemo*, que quiere decir operar una división, una partición; comúnmente, es traducido por ley, pero también es, más precisamente, lo que llamo el principio de visión y de división fundamental característico de cada campo) tienen por objeto mayor la enunciación y la imposición de los "buenos" principios de visión y de división. En el campo político, si digo que la división mayor es la de ricos y pobres, obtengo una cierta estructura social. Si digo que es la división entre franceses y extranjeros, obtengo una estructura totalmente diferente. Dicho de otra forma, los principios de división no son en absoluto gratuitos. Son constitutivos de grupos y por con-

siguiente de fuerzas sociales. La política es una lucha por ideas pero por un tipo de ideas totalmente particular, las ideas-fuerza, ideas que dan fuerza funcionando como fuerza de movilización. Si el principio de división que propongo es reconocido por todos, si mi *nomos* se transforma en el *nomos* universal, si todo el mundo ve el mundo como yo lo veo, tendré entonces detrás de mí la fuerza de toda la gente que comparte mi visión. "¡Proletarios de todos los países, uníos!" es una declaración política que significa que el principio de división nacional no es muy importante respecto del principio internacional que opone transnacionalmente a ricos y pobres.

Las luchas políticas son luchas entre responsables políticos, pero en estas luchas los adversarios, que están compitiendo por el monopolio de la manipulación legítima de los bienes políticos, tienen un objetivo común que es el poder sobre el Estado (que pone fin, en cierta medida, a la lucha política puesto que las verdades de Estado son verdades transpolíticas, por lo menos oficialmente).

Las luchas por el monopolio del principio legítimo de visión y de división del mundo social, enfrentan a gente dotada de poderes desiguales. Podemos decir que en cada campo funciona un cierto tipo de poder. En el caso de los matemáticos, se trata del capital matemático: existe gente que debido a sus realizaciones anteriores, a sus inventos (inventaron teoremas que llevan sus nombres) tiene un capital específico que no funcionaría en la Asamblea Nacional o en la Bolsa, pero que en una asamblea de matemáticos es muy poderoso. Cada especie particular de capital está ligada a un campo y tiene los mismos límites de validez y de eficacia que el campo dentro del cual tiene vigencia. Todo intento por imponerla más allá es una forma de tiranía, en el sentido de Pascal. Por ejemplo, no es raro que los políticos quieran actuar directamente sobre el campo literario. Crean academias sin ver que hay una ley fundamental de un campo autónomo que dice que éste no puede ser accionado sino por fuerzas que reconoce, que están acordes con su *nomos*. Vale más ser publicado por las Editions de Minuit que estar en la Academia Francesa*. Cuando se es Presidente de la República**, no se puede extender diplomas de excelencia literaria (a pesar

* Las Editions de Minuit fueron creadas después de la Segunda Guerra mundial. Es una editorial con precisión intelectual, caracterizada por sus ediciones vanguardistas. Fue la primera editorial de Pierre Bourdieu. En cambio, la Académie Française es símbolo de la consagración oficial y académica. (N. de T.).

** Alusión a Georges Pompidou, Presidente de la República francesa (1969-1974). (N. de T.).

de que todos lo intentan, sobre todo cuando pretenden ser escritores como algunos de nuestros difuntos Presidentes).

Dentro del campo político existen luchas simbólicas en las que los diferentes adversarios disponen de armas, de capitales desiguales, de poderes simbólicos desiguales. El poder político es peculiar debido a que se asemeja al capital literario: se trata de un capital reputacional ligado a la notoriedad, al hecho de ser conocido y reconocido, *notable*, de donde resulta el importante papel de la televisión, que introdujo algo extraordinario, ya que aquella gente que no era conocida más que por las reuniones electorales en los predios escolares, no tiene ya nada que ver con esos viceministros cuyo rostro es conocido por todos siempre que sean lo suficientemente poderosos en su partido para salir en la televisión. El capital político es entonces una especie de capital reputacional, un capital simbólico ligado a la manera de ser percibido.

A medida que el campo político avanza en la historia, que las funciones, las tareas políticas, la división del trabajo político se institucionalizan, especialmente con el desarrollo de los partidos, aparece un fenómeno muy importante: el capital político de un agente político dependerá en primer lugar del peso político de su partido y del peso de la persona considerada dentro del partido. No le damos la suficiente importancia a esa noción extraordinaria de *investidura*. Actualmente, el partido es una especie de banco, de capital político específico, y el secretario general de un partido es una especie de banquero (quizás no es casualidad que todos nuestros presidentes pasados y futuros sean ex secretarios generales...) que controla el acceso al capital político, burocratizado, garantizado y legalizado burocráticamente por la burocracia de un partido.

A medida que el campo político se burocratiza, hay requisitos de entrada a la institución, y estos requisitos, hoy en día, son cada vez con mayor frecuencia otorgados por los partidos (y por las grandes escuelas, la ENA* en particular). Los conservadores más tenaces de un partido son aquellos que más dependen de él. Esto es lo que se llamaba los oblatos en el lenguaje religioso: se trataba de personas, hijos de pobres entregados a la Iglesia por sus familias y que, al deberle todo a la Iglesia, le daban todo, daban todo a la Iglesia que les había dado todo. No hay mayor lealtad que la de un obla-

* Escuela Nacional de Administración, donde se ha formado y se forma gran parte de los administradores del Estado francés. (N. de T.).

to, puesto que si abandona la Iglesia ya no le queda nada. El partido comunista se apoyó mucho en esta fórmula. Es gente que da todas las garantías porque obtiene toda su legitimidad, todo su poder, de la investidura del partido. No son más nada si el partido les quita la investidura; de ahí los dramas de la exclusión. La exclusión es una excomunión (las analogías religiosas se adaptan muy bien).

Los intereses políticos específicos de los que hablaba hace algunos momentos se vinculan cada vez más a la pertenencia a un partido y al mismo tiempo a la reproducción de un partido y a la reproducción que garantiza el partido. Una parte muy importante de las acciones que realizan los hombres políticos no tiene otra función que la de reproducir el aparato y reproducir a los hombres políticos reproduciendo el aparato que les garantiza la reproducción.

Aquí, una vez más, la analogía con la Iglesia es pertinente. Tal vez les chocará, pero esto fue para mí una iluminación. Algunas conductas de la Iglesia me parecían oscuras, en particular el empeño con el cual la Iglesia, que se despojaba de muchas cosas, se aferraba a todo lo que concernía a la educación y especialmente a las subvenciones del Estado a la enseñanza religiosa. Gracias al modelo que les estoy explicando, comprendí que para conservar a los católicos, a los socialistas o a los comunistas, se debe conservar las instituciones que les dan razones de ser (y en particular puestos). Cuando buscamos medir el poder de la Iglesia –sería lo mismo para un partido– buscamos de inmediato por el lado de las riquezas de la Iglesia. Tal vez se habrán dado cuenta de que, desde hace algunos años, la Iglesia exhibe siempre todas sus riquezas, sin duda porque ya no tiene gran cosa que mostrar y que en todo caso sus verdaderas (o principales) riquezas son puestos controlados por la Iglesia. Medir actualmente la influencia de la Iglesia católica no es cuestión de medir quién va a misa y quién no, como lo había hecho en otros tiempos el canónigo Boulard (quien, dicho sea de paso, era mucho más moderno que la Educación Nacional que hasta ahora no ha hecho cosas semejantes). Medir la influencia de la Iglesia por el número de pascalistas o mesalinistas es muy simplista. Una medida mucho más sutil consistiría en censar a la gente cuyo trabajo y razón de ser desaparecerían si la Iglesia desapareciera, censar todo lo que de una forma u otra puede ser calificado de cristiano. Tal piscina no es cristiana pero en la medida en que depende de un establecimiento religioso con subvenciones, puede garantizar un trabajo a un cristiano y atar a un cristiano al cristianismo... Sucede lo mismo con los partidos, y termino con esto: una parte

muy importante de las conductas políticas está inspirada en una inquietud de reproducción del aparato que garantiza la existencia política de sus miembros.

Dije al comenzar que el campo político podía ser descrito como un juego en el cual el objeto (*enjeu*) es la imposición legítima de los principios de visión y de división del mundo social. Están los negros y los blancos pero también los mestizos, que son igualmente importantes virtualmente; si hiciéramos una sociología comparada de la manera de tratar la oposición entre blancos y negros, veríamos enseguida que la situación no es del todo la misma en el Brasil, en los Estados Unidos y en Francia. Uno de los objetos (*enjeux*) de la lucha política puede ser desplazar estas fronteras o estas dicotomías. En las luchas políticas están en juego objetos (*enjeux*) intelectuales, principios de visión y de división. Como decían los griegos, son categorías, principios de clasificación. Lo que llamamos luchas de clases son en realidad luchas de clasificación. Cambiar estos principios de clasificación no es simplemente realizar un acto intelectual, es también realizar un acto político en la medida en que los principios de clasificación dan lugar a clases que son movilizables. Durante las guerras religiosas se podía movilizar ejércitos basándose en una imposición de categorías. El juego político tiene por objeto (*enejeu*) el monopolio de la capacidad de hacer ver y hacer creer de otra forma. Así se explica que la analogía religiosa sea tan poderosa. Se trata de una lucha entre la ortodoxia y la herejía. Ortodoxia quiere decir visión derecha y de derecha. El hereje por el contrario es aquel que elige, por oposición al que no elige, que encuentra que esto es evidente, que el mundo está bien como está, que no hay nada qué decir, ni qué criticar, y que basta con dejarlo seguir. Para el hereje "esto no puede continuar". Los objetos de lucha (*enjeux*) del mundo político son siempre dobles; son luchas por ideas, pero como éstas no son completamente políticas sino cuando se tornan ideas-fuerza, son también luchas por poderes.

Existe una especie de ambigüedad inherente a la política. De aquí el problema muy difícil para los intelectuales de entrar en la política sin volverse políticos. Son de inmediato tildados de irresponsables. No dejo de repetir la fórmula de Spinoza: "No hay fuerza intrínseca de la idea verdadera". Porque la división del trabajo los pone en condición de hacerlo, los intelectuales y los investigadores, sean éstos economistas, sociólogos, historiadores, tienen, un poco más que el promedio, acceso a verdades sobre el mundo social. Quisieran a veces entrar al campo político que es un juego de ideas-fuerza. ¿Pero cómo dar fuerza a las ideas sin entrar al campo y

al juego políticos? Pienso que ésta es una manera totalmente seria de plantear el problema de los intelectuales. No es un problema abstracto. Pienso que sería importante que los investigadores pudieran decir su palabra sobre los problemas de visión y de división, sobre cuál es la situación del mundo social que estudian colectivamente toda su vida para producir un conocimiento. Tal vez este asunto no interesa más que a algunas personas, pero me parece relativamente importante. Sin embargo eso no es todo. El intento de dar algo de fuerza política a ideas verdaderas es particularmente difícil y arriesgado dentro de un juego en el que los poderosos tienden a simular la verdad y a tratar de dar a las creencias y a los principios de visión y de división que se esfuerzan por imponer, especialmente en materia de economía, las apariencias de un sello de verdad, de una garantía científica. No dejan de decir "la ciencia está con nosotros", los premios Nobel están con nosotros, al igual que en otros tiempos se encabezaban guerras gritando "Dios está con nosotros"; y piden al noble pueblo ponerse en manos de los más competentes, de los que mejor saben, de quienes reivindican el monopolio de la manipulación de los bienes de salvación política, el monopolio de la definición de lo bueno y del bien políticos, en nombre del monopolio de la competencia y de la verdad.

Ante este abuso de autoridad que se ejerce en nombre de la ciencia, pero con todos los medios que da el poder económico, estamos en el derecho (y tal vez en el deber) de oponernos, en el nombre mismo de la ciencia. Aunque sin poder contar con otras armas sino las que da el conocimiento del mundo social tal cual es y sobre todo, quizás, el conocimiento del doble juego constitutivo del juego político, donde la fuerza es a la vez arma y objetivo y donde no obstante, para fortalecerse, uno debe pretender tomar en cuenta y en consideración la verdad. Debido a que este homenaje forzado a la virtud científica está inscrito dentro de la lógica misma del microcosmos político, la ciencia –y en particular la ciencia del juego político– no está totalmente desprovista de fuerza política, al menos de fuerza crítica, negativa.

***Pregunta**: Quisiera tener su punto de vista con relación a dos fenómenos que se observan actualmente en la vida política contemporánea, primero sobre lo que llamaré el descrédito lanzado sobre el juego político. ¿Cómo analiza usted el fenómeno de abstención?*

Luego, una de las lecciones de su exposición, es decir que la política pertenece a los políticos. Ahora bien, estamos hoy en día frente a un fenómeno en el que fuerzas externas al campo político, pienso en particular en los indocumentados y en los

sin techo, utilizan el campo político para defender sus derechos sin recurrir a representantes que serían personas políticas. Quisiera pues tener su opinión sobre este fenómeno de movimientos no políticos que defienden sus intereses.

P.B.: Con respecto a la primera pregunta: evidentemente mis análisis no tienen por objetivo lanzar descrédito sobre la política. Dan cuenta de lo que sucede en las relaciones entre los elegidos y electores. El hecho de denunciar como constatación la ley de estas relaciones puede tener efectos opuestos: puede fortalecer a las personas que tienen un sentimiento de exclusión, alentar su sensación de estar legitimados para excluirse, o, por el contrario, favorecer la toma de conciencia sobre esta brecha y su ilegitimidad, su carácter arbitrario y provocar de este modo una especie de movilización para derribar esta frontera, conminar a los responsables a ser responsables ante los irresponsables.

Esto nos conduce a la segunda pregunta. Pienso que lo que llamamos el movimiento social molesta más que a nadie a los socialistas. Es una gran paradoja que la teoría que propuse del campo político nos permite comprender. Si el movimiento social que deberían expresar, en el que deberían apoyarse para provocar el cambio que pretenden desear, si este movimiento social realmente les molesta y despliegan tanto ingenio para neutralizarlo más que para expresarlo, es que éste efectivamente es la expresión de una fuerza que no encuentra canales de salida ni de expresión en la lógica ordinaria del mundo político.

Es casi un milagro que esta fuerza haya podido acceder a la existencia dentro del mundo mediático-político, ser ahí percibida, ser objeto de discusiones. Porque lo característico de las víctimas de la opresión económica es no tener voz, en todos los sentidos del término*. Quisimos saber cómo votarían los desempleados. Un sociólogo profesional rechazaría inmediatamente jugar el juego de la consulta electoral (lo que en este caso es el sondeo) con gente de la que sabemos pertinentemente que, casi por definición, tiene una tasa de abstención considerable. Se puede siempre llegar hasta un desempleado para preguntarle por quién votaría si es que lo hiciera. El podrá siempre decir que votará por éste o por tal otro, pero el hecho esencial es que espontáneamente no votaría y que, por consiguiente, el "voto" que le arrancamos por sondeo es un mero artificio. Los movimientos sociales, como el de los indocumentados, serían a mi parecer muy impor-

* En francés, la misma palabra, *voix*, significa *voz* y *voto* (N. de T.).

tantes si, por intermedio de los periodistas o de los sindicatos que son parte de ellos, llegaran a suscitar el interés específico de la gente que está dentro del campo político. En la situación actual, esto es muy difícil. Los irresponsables de los que ya hablé varias veces esta noche, son gente que trata de dar fuerza dentro del campo político a estos movimientos que no pueden llegar a ser reconocidos por su propia fuerza. Se debe tal vez inventar nuevas formas de manifestación, nuevas formas de movilización política. Una parte de la eficacia de estos movimientos sociales se debió al hecho de que recibieron la asistencia técnica de un cierto número de personas poseedoras de suficiente sentido político y de capital político para lograr darles una expresión visible, para lograr que accedan a la percepción. Citaré el hermosísimo libro de Patrick Champagne titulado *Faire l'opinion*, donde describe uno de los modos de expresión política que es la manifestación. Cuando se quiere decir alguna cosa en el campo político, se puede poner bombas como los anarquistas del siglo pasado, se puede hacer huelgas o manifestaciones. Pero se requiere fuerza política para realizar manifestaciones políticas visibles. Si digo "¡Mañana, todo el mundo a la Bastilla!" (suponiendo que tengo bastante fuerza política como para que el hecho sea anunciado en los periódicos), habrá quinientas personas; si lo mismo es dicho por el secretario general de la *Confédération Générale du Travail* (CGT) habrá cien mil personas.

Un nuevo tipo de manifestaciones ha surgido: manifestaciones con una fuerte inversión de capital cultural, cuyo símbolo, para mí, es el conjunto de manifestaciones de los estudiantes americanos contra la guerra de Vietnam. Debido a su capital cultural, que les daba una experiencia del *happening* artístico, estos estudiantes supieron encontrar manifestaciones que no requerían de la movilización de tres millones de personas y que, no obstante, podían tener efecto porque llegaban a los periodistas. Actualmente, uno de los problemas de estos movimientos minoritarios pero al mismo tiempo siempre poderosos, expresión de mucha gente, es poder acceder a la existencia política reconocida dentro del campo político. Una de las vías es darles expresiones acordes con lo que dice Champagne. Hubo, por ejemplo, manifestaciones de estudiantes de medicina que fueron organizadas por especialistas en relaciones públicas. La eficacia, aunque modesta, que tuvieron los recientes movimientos sociales, indocumentados, sin domicilio, etc., se debe al hecho de que cierto número de personas que no son profesionales de la política sino personas políticamente competentes, con un buen conocimiento del medio periodístico-político, sugirió acciones que llegaron a

transformarse en actos simbólicos susceptibles de ser percibidos (ocupar la ENA) y de volverse acontecimientos políticos.

Aprovecho para decir que la política es difícil de pensar ya que a la vez se la conoce y no se la conoce. Escuchamos hablar de ella todos los días en las informaciones, nadamos en una especie de familiaridad con la política, lo que constituye el principal obstáculo para el conocimiento del mundo político. Las analogías a las que recurrí son aquí muy útiles en la medida en que permiten romper con esta familiaridad que es enceguecedora, que hace que comprendamos todo sin comprender nada.

P.: Habló usted de campo político, pero creo que las anteriores preguntas se basan en una cierta ambigüedad en su circunscripción del campo político, lo que hace que tengamos la impresión de que es un campo muy amplio, y si así fuera, las referencias que usted hace, por comparación, al campo religioso se deben simplemente al hecho de que incluso dentro de la religión se habla muy a menudo de política. La dificultad de circunscribir viene justamente del hecho de que esos movimientos sociales de los que hablamos tienen repercusión dentro del campo político. ¿Pero cuál es la respuesta que el campo político da a estos movimientos? No podemos hacer como si el campo político ignorara completamente estos movimientos. Los toma en cuenta pero la forma de tratarlos no corresponde a las expectativas expresadas.

P.B.: Pienso que hay una cierta ambigüedad ligada a este problema de los límites. No hice más que mencionar el tema muy superficialmente diciendo que agentes sociales que acostumbramos mantener excluidos de la definición del universo político, me parecen formar parte de él puesto que producen efectos de primerísima importancia, efectos de investidura, de introducción dentro del campo (es el caso, por ejemplo, de los responsables de grandes emisiones políticas de televisión). Esto da sin duda una especie de vaguedad a la definición del campo, pero esta vaguedad está en la realidad. Hoy en día, uno de los desafíos políticos es precisamente la lucha por las fronteras del campo político. Hay una lucha por ampliar la definición que es de inmediato condenada como populista. Este insulto está muy cargado de sentido. Es un eufemismo para decir racista. Ahora bien, estas luchas se inspiran en una rebelión contra el cierre del campo político, contra su definición estricta, y militan en favor de una extensión del campo político. Uno de los problemas es saber cómo transformar la división del trabajo político de tal manera que el acceso al sistema político sea ampliado, que más personas puedan ejercer efectos dentro de este campo. La imprecisión de mi análisis se debe al hecho de que las fronteras del campo

político son uno de los objetos de las luchas. Hay gran cantidad de fenómenos dentro del campo político que son el resultado de una solidaridad, por encima de las oposiciones políticas, que tiende a defender estas fronteras.

El acceso al espacio público está controlado casi completamente por los periodistas. Uno de los problemas mayúsculos hoy en día es el acceso al espacio público de los artistas, de los investigadores, de los científicos, de los escritores... fuera de las vías controladas por los partidos y los periodistas. De aquí viene la pequeña colección* que hemos creado, y que es parte de un análisis de este tipo. Extrañamente, el cierre del campo político es tal, que es extremadamente difícil hacer aceptar ideas, como por ejemplo la defensa de las mutuales, causa que para mí es muy importante. ¿Qué puede uno hacer? Puede organizar grupos de trabajo (con un jurista, un economista), lo esencial sigue siendo encontrar un lugar de publicación... Pero no por ello habrá dado fuerza política a su idea y a su visión de las cosas.

***P.**: Con el gran riesgo de pasar por conservador, quisiera pedirle algo con relación a los que están clasificados como irresponsables por los actores políticos: ¿acaso no se requiere a veces hacer una distinción entre los irresponsables que aportan ideas nuevas e interesantes y la mayoría de los irresponsables que hablan de cosas que no conocen, que no ven las consecuencias de lo que proponen y que podemos clasificar en la categoría de utopistas, pero que a menudo son muy populares entre las masas que no saben nada de esto?*

P.B.: Lamentablemente, tiene usted razón en parte, pero a los que se refiere no son, propiamente hablando, irresponsables, son más bien demagogos. Es gente que desafortunadamente está en el poder y dispone de los instrumentos de una demagogia racional.

Hoy en día, los demagogos populistas están desarmados en comparación con los demagogos de Estado que tienen a su favor los sondeos, esos instrumentos de medida y de conocimiento muy débiles, pero suficientes para captar movimientos superficiales y orientar una demagogia racional. Es realmente fácil, realmente demagógico, por ejemplo, el hecho de que el señor Allègre** adopte una posición con respecto a las vacaciones de los

* Se trata de *Liber-Raisons d'Agir*, creada para difundir obras a precios reducidos, accesibles a un mayor número de personas y en un ámbito mucho más amplio que el círculo académico. (N. de T.).

** Ministro de Educación de la época. (N. de T.).

profesores. No es que quiera defender a los profesores, basta con leer lo que escribí. Tampoco me hago demasiadas ilusiones, pero quiero decir que cierto tipo de discurso sobre un cuerpo social en estado de crisis (no solamente porque hay que enseñar en las periferias), en estado de semi-anomia, se inspire en sondeos o en un instinto populista, tiene algo de escandaloso, tan escandaloso como las declaraciones populistas al estilo Le Pen. Si uno dice que los profesores tienen demasiadas vacaciones, llega al 80% en todos los sondeos. Una de las tareas de los políticos podría ser servirse del conocimiento de las tendencias, de lo probable, para hacerlo difícil en lugar de acompañarlo. Sería una larga discusión sobre lo que entendemos por política.

P.: Si entendí bien, el cambio social pasa por nuestra intervención en el campo político. Señaló usted diferentes vías, sobre todo una integración por medio de los sindicatos, y desacreditó mucho a los periodistas. ¿No cree usted que es justamente la función del periodista poder dar acceso al espacio político a los que usted llama profanos? Si ésta no es su función, ¿qué otras vías propone? ¿No puede el cambio social pasar sola y exclusivamente por lo político?

P.B.: Se debería primero reflexionar acerca de la representación que el campo periodístico tiene y da de sí mismo. Hay una ideología profesional del periodista según la cual los periodistas brindan la verdad, la información, la crítica, la subversión; ahora bien, esta imagen de sí es contradicha por el análisis y la observación; es infundada. No pienso que los periodistas sean los mejor ubicados para dar acceso al espacio político. Por el contrario, contribuyen de manera muy importante al mantenimiento de la frontera, de la censura que tiende a excluir las maneras no conformes a la ortodoxia, a la doxa del campo político.

Es un hecho social muy importante el que actualmente uno ya no pueda acceder al espacio público sino por medio del periodismo. Hay que escribir en los periódicos, salir en la televisión, hacer tribunas, libros. Hay una extraordinaria concentración del poder en los medios de difusión. Ya sólo tenemos dos periódicos que cuentan. Todo lo que se puede hacer es tratar de ponerlos en competencia. Hay un cierre del universo político absolutamente extraordinario. Por supuesto, es totalmente lo contrario de la imagen que los periodistas tienen de sí mismos. La acción liberadora del periodismo que usted menciona, podría esperarse no del periodismo, sino más bien, tal vez, de las luchas internas dentro del campo periodístico, entre los periódicos, y también en el seno de cada periódico, entre jóvenes y viejos, hombres y mujeres; pero resulta que en un período de penuria, la

peor de las censuras es la censura por precariedad (existe un hermoso artículo de Patrick Champagne sobre el tema, que se apoya en entrevistas y observaciones*). Aun teniendo mucho valor y energía para tratar de decir cosas capaces de trastornar el orden establecido, uno no se anima a hacerlo cuando está sentado en un traspuntín o en un asiento eyectable. Entonces no creo que actualmente se pueda esperar grandes cambios de parte del periodismo.

P.: ¿No cree usted que Le Monde Diplomatique** *abre una vía?*

P.B.: Felizmente, el mundo periodístico no está completamente cerrado, existe *Le Monde Diplomatique*. No es por casualidad que veo una confirmación de lo que digo sobre el cierre, en el éxito de este periódico, éxito extraordinario hasta el punto de preocupar a *Le Monde* que trabaja mucho para volver a poner en vereda a *Le Monde Diplomatique*, el cual, a pesar de tener una autonomía financiera, sigue dentro del grupo *Monde*. No hay necesidad de ser un gran profeta para saber que dentro de tres o cuatro años, los *Inrokuptibles**** serán una dependencia de *Le Monde*. Pero espero que *Le Monde Diplomatique* conserve su autonomía.

P.: A propósito del final de su intervención sobre las ideas verdaderas, cada vez que la verdad trató de apoderarse de la política, el resultado fue de lo peor. El tema de la relación entre investigadores e intelectuales, su verdad y el mundo político, es un tema que me parece bastante complejo. Cada investigador adelanta verdades en su disciplina y en su ámbito de validez. La sociología y el análisis que usted desarrolló sobre el campo político desde un punto de vista sociológico me parecen sorprendentemente pertinentes para comprender toda una serie de mecanismos y para armar un cierto número de intervenciones; pero a partir del momento en que hablamos de intervención política, entramos a otra dimensión, a otra disciplina, a otras perspectivas. Soy biólogo y cada vez que la biología trató de tener intervenciones políticas, el resultado fue una catástrofe que no dejo de denunciar al igual que usted. La cuestión es saber cómo evitar el cientismo, cómo definir los límites de validez de la intervención del sociólogo. ¿Acaso no hay más allá de la ciencia de los sistemas de valores otros sistemas de referencia que habría que invocar obligatoriamente cuando se habla de campo político?

---

* Ver Patrick Champagne, *Faire l'Opinion*, Minuit, 1990. *Hacer la opinión*, Plural editores 2001.

** Periódico mensual francés, traducido en varios países, que encarna con su línea editorial uno de los lugares de resistencia al pensamiento neoliberal. (N. de T.).

*** Revista semanal independiente, especializada en la música y en las artes contemporáneas (cine, literatura, etc.). (N. de T.).

P.: *Si usted lo permite, como llegamos al final, me gustaría igualmente hacer una pregunta que trata de la representatividad que desarrolló muy escasamente en su exposición, para mostrar que la génesis del campo político descansa finalmente en mitos políticos y especialmente en la representación. Si hacemos una historia de los que están en condiciones de votar, vemos que el mito de la universalidad de los votantes es bastante reciente: 1848 para el sufragio universal masculino, 1945 para el derecho a voto de las mujeres, aún más tarde para los colonizados y pienso en el caso argelino para el que se tuvo que esperar hasta 1958. Podríamos incluso prolongarlo hasta 1974 puesto que la edad legal para votar son los 18 años. ¿Cómo no ver aquí una evolución a la americana, que es un mundo político cada vez menos representativo y que se manifiesta por una tasa de abstención cada vez más importante? Vemos claramente que en los Estados Unidos esta situación no les resta en absoluto la fuerza, a los que son electos, de presentarse como representando al conjunto de la nación americana.*

Terminaré sobre otro aspecto, el de la autonomía política del campo. ¿Acaso los mismos agentes que dirigen este campo no son dependientes de otro campo que es el de la economía?

P.B.: Trataré de ser muy breve. Agradezco a todas las personas que formularon preguntas. No deseo hacer cumplidos demagógicos, pero aprecio profundamente la gran calidad de estas preguntas. En todo caso, esto me da algo de tranquilidad sobre la eficacia de mi exposición, mostrándome que fui muy bien comprendido.

En cuanto al problema de las ideas verdaderas, que es fundamental, yo también estoy totalmente convencido de que debemos estar alerta contra el cientismo en política. Dicho esto, no puedo más que admitir que, en nombre de los abusos de poder ejercidos en el pasado a título de una pseudociencia, los ensayistas, los cuentistas, descalifican toda intervención que se funda en la ciencia. Más aún cuando la mayoría de las intervenciones científicas son negativas, es decir, críticas. Cuando deseo que científicos, artistas e investigadores ingresen al campo político, no es para que tomen el poder; no tienen ni tiempo ni ganas (si no, habrían estudiado en la ENA). Pero sería importante que intervengan como una instancia crítica, una especie de parlamento crítico como lo hacían los filósofos del siglo XVIII. Soy también muy sensible a la idea de que los conocimientos son parciales y lo son cada vez más, y no quisiera ver a los biólogos en el poder y menos aún a los sociólogos.

Siempre he predicado la idea de que haría falta un intelectual colectivo. He hablado a menudo sobre el gran intelectual irresponsable, pero al mis-

mo tiempo magnífico, que era Sartre. Hoy en día se tendría que crear una internacional de intelectuales específicos que trabajen colectivamente en una instancia crítica. Es muy difícil. Intento hacerlo lo mejor posible: para tratar de crear un foro transnacional, hice funcionar durante casi diez años un periódico que se llamaba *Liber* –se publicaba en siete u ocho idiomas– y estuve obligado a poner fin a esta publicación porque éramos sólo dos los que la hacíamos. Podríamos trabajar colectivamente bajo el control de investigadores pertenecientes a otras disciplinas, en una discusión interdisciplinaria orientada hacia la acción.

No responderé sobre lo universal, ni acerca de la dependencia del campo político frente a la economía, ya que sería demasiado largo hacerlo. Me detengo aquí.

P.: *Tendría una última pregunta sobre la manera de escribir del sociólogo, que quizás permitiría llegar a una conclusión. Presentó usted el campo político como un lugar en donde habría una fuerte socialización del actor, una socialización del comportamiento político que tendería a contrarrestar una cierta política espontánea. Me hubiera gustado saber si poniendo en evidencia esta socialización, no está usted preparando el terreno para la clase política, y como usted muy bien lo dijo en su obra sobre la televisión, no se puede ocultar algo mostrándolo. Mi pregunta es entonces la siguiente: ¿está usted consciente de que su posición, al trivializar, facilitar, normalizar la socialización política, se hace aún más contraproducente?*

P.B.: Responderé muy francamente y por medio de un ejemplo. Los principales usuarios prácticos de la sociología de la educación que mostraba el papel de la transmisión del capital cultural en las familias, fueron las familias burguesas, cultas, que en cierta forma fueron inclinadas por los testimonios de la sociología a racionalizar la transmisión del patrimonio. Tendríamos que argumentar al respecto, pero el peligro que corren todos los análisis que revelan conductas susceptibles de ser juzgadas nefastas, es sin duda dar a los que viven de conductas nefastas los medios de mejorarlas. Por ejemplo, cuando uno hace una sociología de los intelectuales, revelando mecanismos, modelos de funcionamiento, formas de estrategia, uno se expone evidentemente a contragolpes pero también proporciona armas. Pienso que actualmente los intelectuales mediáticos me leyeron bastante y subieron a un grado de sofisticación superior en la política de inversión mediática por la que intentan hacerse ver y darse importancia.

Precisiones sobre el campo político[2]

***Philippe Fritsch:** Pierre Bourdieu, usted tituló su conferencia de esta noche: "El Campo Político". Esto da lugar a algunas preguntas, las mismas que intentaré formularle de la forma más simple del mundo. La primera no será una pregunta muy académica. Había previsto hacerle una de este tipo, pero más tarde volveré sobre ella. Ahora quisiera partir de un texto de actualidad. Es un artículo que salió en* Le Progrès de Lyon *a principios del mes de enero –alrededor del 9 de enero, me parece– titulado: "Duro reinicio para Voynet"*. En este texto se anunciaba el reinicio parlamentario y este reinicio debía hacerse, en realidad se hizo, por medio de una discusión sobre el proyecto de ordenamiento territorial y desarrollo sostenible: primera cosa. Dos días después, había una discusión sobre "lo nuclear" [segunda cosa]. El periodista que da esta información estima que es un debate considerado demasiado técnico como para despertar interés, demasiado técnico como para dar lugar a un gran debate, a polémicas. Por el contrario, valoriza este asunto diciendo más o menos lo siguiente: producirá efectos a diestra y siniestra y será un asunto totalmente –disculpen la expresión, él mismo no la emplea de esta forma– sangrante, ya que producirá discrepancias al interior de los dos campos. Tomo este ejemplo para formularle la pregunta: ¿cómo pensar la política no políticamente? He aquí mi primera pregunta, un poco larga.*

P.B.: Es un ejemplo excelente: menciona dos cosas que son esenciales, me parece, para comprender la noción de campo político tal cual la em-

2 Entrevista con Philippe Fritsch, Profesor de Sociología, Lyon, 11 de febrero de 1999.

* Primera Secretaria del Partido de los Verdes y Secretaria actual (desde 1997). Ministra del Medio Ambiente. (N. de T.).

pleo. Primeramente, expresa la brecha entre la reacción anticipada del público mayoritario, de los profanos, y la explicación de los profesionales. Y en segundo lugar, el hecho de que ciertos acontecimientos encuentren un sentido únicamente en el interior del mundo de los profesionales, que llamo campo político.

Con respecto a la brecha entre profesionales y profanos, no hay por qué insistir demasiado, a pesar de ser muy importante y de descansar sobre determinantes sociales, contrariamente a lo que podríamos creer. Se dice a menudo: la gente no se interesa en la política, como si fuera culpa suya, como si fuera una falta en sí, cuando sabemos muy bien, por las estadísticas, que las posibilidades de interesarse en la política están distribuidas muy desigualmente según todo tipo de variables –primero el sexo que es la variable más importante–. En todas las encuestas vemos que el índice de no respuesta, que es una manifestación de indiferencia o de incompetencia, estando por lo demás las dos cosas muy ligadas, atañe sobre todo a las mujeres. Seguidamente, el otro determinante mayor, es el nivel de instrucción: mientras más instruida es la gente, más se interesa en la política, y sabemos que las abstenciones obedecen también a esta ley. Por consiguiente, la distribución del acceso a los medios de participación en la política es muy desigual. Este es un primer hecho que estaba contenido en su historia. El periodista tenía totalmente razón en adelantarse.

La segunda cosa se refiere al hecho de que hay problemas que a pesar de no interesar al común de los mortales, provocan una gran excitación dentro del microcosmos. Efectivamente, el campo es un microcosmos, una especie de mundo separado, de mundo aparte, cerrado sobre sí mismo, en gran parte pero no completamente, porque si no la vida política sería imposible; pero sí bastante cerrado en sí mismo y bastante independiente de lo que sucede en el exterior. Y es dentro de este pequeño mundo, este microcosmos, donde se juega un juego totalmente particular en el que se engendran intereses particulares. Creo que es la cosa más importante. En este juego en el que evidentemente participan hombres políticos, diputados, etc., pero también periodistas, comentadores políticos, encuestadores, etc., se definen intereses que son independientes de los intereses de los simples votantes, de la clientela, y esto es lo que ven frecuentemente los profanos que desarrollan el equivalente de una forma de anticlericalismo: sospechan que los hombres políticos obedecen a intereses ligados al microcosmos político mucho más que a los intereses de los votantes, de los ciudadanos. El ejemplo más visible lo constituyen “los negociados”, cuando los hom-

bres políticos se embolsillan el dinero o favorecen a sus amigos, hacen nepotismo, etc. Vemos claramente que hay intereses que están ligados al juego político. Para terminar, justo sobre este punto, existen problemas que se generan dentro del juego político: una parte muy importante de los problemas que nos presentan como problemas políticos importantes son problemas que son importantes para los políticos, en especial porque les permiten hacer diferencias entre ellos. Son los problemas relativos a las corrientes; el ejemplo más típico se refiere al famoso congreso de Rennes del Partido Socialista, en el que nunca nadie comprendió cual era el objeto de lucha, fuera de los intereses políticos más directos de los jefes de las diferentes corrientes.

P.F.: *Escuchaba esta mañana France Inter* y nuevamente era Dominique Voynet la entrevistada. Muy curiosamente, uno de los periodistas llegó a hacerle la pregunta: "¿Pero la cuestión de fondo?" .Y yo me esperaba algo totalmente diferente de lo que indicó, porque para él era: "¿Acaso los socialistas no son lo suficientemente revolucionarios, suficientemente reformistas, etc.?" .Era totalmente curioso porque, para mí, no se trataba de una cuestión de fondo.*

P.B.: Todos estos fenómenos de cierre del campo político sobre sí mismo fueron agravados extrañamente por la televisión y por la intervención de los periodistas. Los periodistas políticos, en particular, conocen mejor lo que sucede en el microcosmos político que aquello de lo que en principio debe ocuparse el microcosmos político. La mayoría de los periodistas, inclusive políticos, conocen mucho mejor las relaciones entre los hombres políticos que el tema de la seguridad social o del presupuesto europeo. Por eso, se inclinan por reforzar esta tendencia del campo hacia el cierre, haciendo pequeñas preguntas sobre el pequeño mundo de la política.

P.F.: *De cierta forma usted se anticipó a una pregunta, por una vez formalmente académica, que deseaba hacerle y que era: ¿cuál es la definición de campo político? Pero tengo deseos de volver sobre algo que acaba de indicar: ¿Acaso, de una manera general, no hay un parentesco entre comentadores y analistas con el mundo político, la esfera de actividad política, que produce el reconocimiento de un cierto número de juegos bien conocidos, pero al mismo tiempo un desconocimiento de cómo funciona este campo?*

P.B.: Pienso que hay una complicidad –complicidad es una palabra demasiado fuerte, Halimi habla de connivencia– entre los más grandes pe-

* Radioemisora pública francesa. (N. de T.).

riodistas políticos, aquellos que son conocidos por la televisión, etc., y los hombres políticos; connivencia que descansa en una familiaridad real: es gente que se ve constantemente. Si usted lee –no es una lectura muy divertida, pero en fin...– el periódico de Jacques Julliard (es director de estudios en la Escuela de Altos Estudios, pero es ante todo periodista del *Nouvel Observateur**), verá que estos periodistas dan un espacio enorme a encuentros, a conversaciones, con hombres políticos u otros periodistas políticos. Resulta que, por un lado, unos y otros se impregnan mutuamente de ideas que circulan circularmente; es lo que llamo la *doxa* política, es decir, un conjunto de ideas recibidas que están muy cerca de la creencia; por ejemplo, actualmente, la visión neoliberal. Los mismos que transmitían esta representación, dicen de repente cómo, en Davos, se han descubierto sus límites. Se descubre de pronto que era una ideología, pero que impregnaba todo el universo como una evidencia, como algo de lo que ni siquiera se discute. Y estas connivencias que descansan sobre la familiaridad, connivencias muy parisinas –de aquí viene el sentimiento de ruptura que tienen a menudo los provincianos y que se expresa en los momentos de crisis como en 1995– son, pienso yo, uno de los factores del cierre del mundo político. Y los periodistas que se consideran observadores del campo político son en realidad agentes del campo político –se debería englobar igualmente a los especialistas en sondeos– por las preguntas que hacen y por las preguntas que no hacen. Tomo un ejemplo muy simple: el Club de la prensa de Europe1** es el equivalente del *caucus* americano, es un lugar en donde se elaboran las candidaturas políticas importantes. Y ser invitado a ciertas emisiones de televisión o de radio, es ser consagrado como políticamente importante.

***P.F.**: Esto me lleva a hacerle una pregunta que ya le fue planteada de una forma más general por Loïc Wacquant: ¿cómo se descubre o se trazan los límites de un campo? Con respecto al campo político, usted integra una cantidad de agentes que para una persona común no aparecen como agentes políticos. ¿Cómo [entonces] definir los límites del campo político?*

P.B.: Una respuesta "fisicalista": podemos decir que una institución, una persona, un agente, existen dentro de un campo cuando producen efectos. Podríamos tomar el ejemplo de Le Pen. Es una confirmación de la defini-

* Revista mensual francesa de orientación socialista desde los años 1970. (N. de T.).

** Radioemisora francesa. (N. de T.).

ción que doy. Nadie puede negar que todo el campo político francés, incluido el Partido Socialista, el Partido Comunista, etc., fue transformado por la existencia de Le Pen. No existe político que no haya aceptado, reconocido en realidad la existencia de Le Pen, reaccionando a las propuestas de Le Pen, por ejemplo sustituyendo –cosa muy grave, pero que pasó desapercibida– la oposición rico/pobre, que era fundamental en la política, por la oposición nacional/extranjero. Ahora bien, no hay partido que no haya operado este deslizamiento de manera más o menos visible, evidente, flagrante. Pero actualmente, y éste es un indicio de la autonomía del campo periodístico, uno de los factores determinantes de la existencia dentro del campo político es el reconocimiento por parte de los periodistas. Los periodistas –deberíamos decir el campo periodístico, con sus competencias, sus luchas, sus jerarquías, sus conflictos por el monopolio de la información, etc.– son determinantes en la determinación de la importancia política. Hoy en día, si incluyo a los periodistas dentro del campo político, es porque son, como dicen los anglosajones, los *gate keepers*, los guardianes de meta, que controlan de manera importante la entrada al campo político. Sin embargo, los partidos son también muy importantes, evidentemente: son ellos los que, dando la investidura, dicen cuándo un hombre se hace justiciable en el juego político.

P.F.*: De una manera más general –situándonos desde el punto de vista de la teoría general de los campos–, ¿no podríamos decir que el análisis del campo político es ejemplar o incluso que el campo político constituye una especie de paradigma de otros campos?*

P.B.: Es complicado... El interés de la noción de campo para la investigación, es el hecho de que ella permite hacer comparaciones metódicas entre cosas que aparentemente no tienen nada que ver. Por ejemplo, el campo religioso y el campo político presentan muchas analogías, así como el campo político y el campo literario. Tomemos la comparación entre el campo político y el campo literario. Observamos en todos los campos una tendencia al cierre: cuanto más avanza la historia de la literatura europea, más los poetas hablan sólo para los poetas, hacen revoluciones al interior de este pequeño universo prescindiendo cada vez más del público. Una de las grandes diferencias entre un campo como el campo literario (o el campo de las matemáticas que es igualmente muy cerrado) y el campo político radica en que los políticos son justiciables del veredicto popular: periódicamente, es necesario que se presenten ante los electores, y a pesar de que están siempre preocupados por las relaciones entre ellos mismos, es preci-

so que entren en relación con los que les dan delegación, y por este hecho una parte de sus acciones permanecen dirigidas hacia el público y no pueden soñar con el cierre total.

El campo político es una "arena" que se presenta como tal y en la que se entablan combates, enfrentamientos declarados. Como en todos los campos, hay acumulación de fuerza, de capital político, es decir, de reputación (lo que hace que los hombres políticos sean particularmente vulnerables al escándalo). Es la reputación, el renombre, de ser posible, el buen renombre. Durante la Tercera República, los hombres políticos eran notables, gente conocida y bien conocida, y no era una casualidad que, por ejemplo, los abogados, los médicos, etc., proporcionaran una parte muy importante del cuerpo de los representantes del pueblo, ya que en cierta forma transferían su capital profesional, en gran parte un capital de notable, al terreno político. Este capital político que se acumula según una lógica del todo particular, se acumula a la vez frente a los profanos pero también dentro del campo político.

P.F.: *Si hacía esta proposición, era insistiendo más particularmente en el aspecto dinámico del campo político, campo de fuerzas, y lo que no necesariamente aparece afuera aquí es totalmente visible.*

P.B.: Una de las propiedades de los campos radica en que las relaciones de fuerza revisten en ellos igual cantidad de formas particulares. En cada campo, la fuerza (o el capital) que está en juego es diferente. Lo que se acumula dentro del campo religioso es diferente de lo que se acumula dentro del campo literario. Pero estas relaciones de fuerza muy particulares, ligadas a la distribución desigual de la fuerza particular que opera en este universo, son a la vez determinantes del estado actual de un campo y del cambio de estas relaciones de fuerza, porque dentro de todo campo, los recién llegados, que están menos dotados de capital, a menos que sean herederos, están menos conformes con el orden establecido que los que están bien sentados sobre su montoncito de capital. De manera que en la mayoría de los campos hay luchas generacionales (en realidad, se trata de momentos diferentes dentro de una trayectoria de acumulación de capital: las carreras se comprenden mucho mejor si se tiene en mente este modelo de la acumulación tendente a confortar o a transformar la relación de fuerza). De este modo, un campo es un campo de fuerzas y un campo de lucha para transformar estas relaciones de fuerza. En estas luchas cada quien compromete la fuerza que tiene en las relaciones de fuerza. Es el mismo modelo el que permite explicar a la vez por qué las cosas son lo que son, la estática, y cómo cambian, la dinámica.

***P.F.**: Y para hacer aparecer otras propiedades del campo político, ¿la metáfora teatral, la relación entre el escenario y los bastidores, no sería una metáfora útil, en el sentido en que –sin duda aquí también encontraríamos conocimiento y desconocimiento– el campo político parece estar caracterizado por una propiedad específica que es la relación con el espacio público? Hace un momento hacía usted alusión al respecto. Me pregunto si aquí no hay algo que extraer para el análisis.*

P.B.: Esta metáfora citada por Marx puede ser reforzada gracias a los aportes de todas las teorías interaccionistas, en particular la de Goffman. Es cierto que podemos comprender una parte del funcionamiento de la política a través de la oposición entre escenario y bastidores, etc., pero pienso que estas metáforas teatrales, incluso en un universo donde lo simbólico es tan importante como lo es en el campo político, reducen un poco las relaciones entre la gente a su dimensión simbólica y amenazan con enmascarar lo que el modelo en términos de campo hace ver, es decir que hay relaciones simbólicas pero que se dan sobre la base de una distribución desigual de las fuerzas, de las fuerzas que pueden ser simbólicas. Lo simbólico, en la gran tradición francesa de Durkheim, es algo muy serio. Muchas luchas sociales, políticas, internacionales, no tienen más arma y objeto que lo simbólico. De este modo, los mercados financieros, en su gran mayoría, son juegos simbólicos, es decir, juegos que ponen en práctica la fuerza de las representaciones, la fuerza de las ideas.

***P.F.**: Inversamente, ¿acaso los análisis que los sociólogos pueden realizar del campo político no corren siempre el riesgo de ser a la vez tergiversados y traicionados –se les hace decir otra cosa que lo que dicen–, y acaso no hay un riesgo para los mismos analistas de dejarse atrapar por el juego y de convertirse* volens nolens *en agentes del campo político?*

P.B.: La recepción de las ideas científicas dentro del mundo social es un problema muy real. Es evidente que las ideas científicas, como las demás, están sometidas a filtros sociales, son recibidas por los individuos en función de sus categorías de percepción que son, en su mayoría, sociales, y los mismos hombres políticos pueden de muy buena fe escuchar el discurso científico al revés, no solamente porque no lo comprenden o, aunque lo comprendan y estén bien dispuestos, podrían tergiversarlo, deformarlo de acuerdo a sus expectativas e intereses. Es cierto que hay una tendencia de los políticos a hacer un uso instrumental de las ciencias económicas y sociales. Uno de los problemas está en saber cómo podemos protegernos contra esta instrumentalización. Aquí nuevamente encontramos a los periodistas. Existe una desigualdad increíble en el acceso al espacio público y

es muy difícil defenderse contra la manipulación. Entonces, ¿qué hacemos? Acabo de terminar un artículo* sobre el campo de la edición en Francia que se apoya en un análisis estadístico muy complicado, muy riguroso, etc. Puede ser que debido a que en este texto se tratan cosas que pueden interesar a los periodistas –como el rol de las ediciones Grasset o de *L'événement du jeudi***, que son temas que por su naturaleza interesan a los periodistas, porque se trata de su historia– éstos se adueñen de ellas y digan cosas más o menos exactas. Puse en mi análisis todas las guías de seguridad posibles (diagramas, datos, notas, frases complicadas para evitar las simplificaciones, pero muy al contrario, las alientan: se dice: "en el fondo, esto quiere decir, tal cosa") pero no bastan para ponerse a salvo del trabajo de reinterpretación que hacen los periodistas. Esta es la primera cosa. La segunda...

***P.F.**: La segunda: hemos conocido "a los compañeros de ruta", a "los intelectuales orgánicos", entonces, ¿cómo se presentan los sociólogos en este asunto?*

P.B.: Es legítimo que los sociólogos intervengan en el mundo social cuando se trata del mundo social. ¿Acaso prohibiríamos a los físicos que intervengan en la construcción de puentes? Pero cuando se trata del mundo social, en primer lugar, todo el mundo se cree experto –Durkheim siempre lo decía: la mayor dificultad que encuentra la sociología proviene del hecho de que todo el mundo piensa que es espontáneamente sociólogo–. Esta es la primera cosa. Luego, la intervención se hace legítima y eficaz sólo cuando pasa por las condiciones que se deben cumplir. ¿Qué significa esto? ¿Inscribirse en un partido y tomar el poder? ¿Crear un partido? Es evidente que quien piensa de este modo no es un sociólogo digno de este nombre, porque de ser así simplemente dejaría de ser sociólogo. Sólo se es sociólogo a tiempo completo. Hay entonces una contradicción muy profunda. Hubo un tiempo en el que se identificaba la sociología con el socialismo y los socialistas de los años treinta consultaban a sociólogos como Marcel Mauss... Hoy los socialistas ya no tienen sociólogos, tienen expertos. ¡Eso es! Es una enorme diferencia, porque sociólogo quiere decir alguien que rinde cuentas ante sociólogos y no ante políticos o periodistas; que rinde cuentas ante sociólogos pero no únicamente ante sociólogos nacionales. Esta contradicción entre las exigencias de la ciencia y las exigen-

* Véase: *Intelectuales, política y poder*, Buenos Aires, Eudeba, 2000 (N. de T.).

** Revista semanal nacida en los años 80, que se define de izquierda. (N. de T.).

cias de la acción es muy importante y produce al mismo tiempo una enorme pérdida de la energía científica de los sociólogos, que no brindan todos los servicios que podrían brindar.

P.F.: Siendo así, ¿qué formas puede tomar el compromiso del sociólogo?

P.B.: Se debe escribir, se debe escribir y de vez en cuando se debe hablar. Por ejemplo, con respecto al sistema educativo me pregunto todos los días cuánto tiempo podré callar. Pasé mi vida trabajando sobre el sistema educativo. Las autoridades políticas se sirven de lo que escribí sobre el sistema educativo sin reconocer al autor. Cuando les conviene lo hacen y, un momento más tarde, lo olvidan. Entonces surge un problema. Me parece que es una especie de deber cívico devolver al Estado que me paga y a mis conciudadanos lo que creo que es el saber sobre el mundo social e incluso, en el caso dado, sobre el Estado. Si fuera meteorólogo y pudiera prever las avalanchas y no lo dijera, estaría en problemas. ¿Por qué se pone en esta situación tan particular a los sociólogos...? ¿Por qué? Es cierto que la sociología, si estuviera en posición de ser escuchada, obligaría en muchos casos a los políticos a tomar una posición subordinada. Estarían obligados a escuchar y a hacer lo que se les dijera. Es sin duda muy arrogante decir esto. Por lo demás, ya somos bastante incapaces de decir lo que se debe hacer, pero podemos decir a cabalidad lo que no se debe hacer, o que lo que se está haciendo no servirá de nada. Hay políticas culturales que cuestan caro y de las que se puede decir que no sirven para nada. Un único ejemplo: a mediados de los años sesenta, hice una importante investigación sobre la concurrencia a los museos, que había desembocado en la construcción de un modelo matemático que permitiera prever el número de ingresos a los museos. Además de que este modelo matemático sigue funcionando, el análisis mostraba que la política de Casas de la Cultura, entonces de moda, de las que se esperaba permitieran el acceso del pueblo a la gran cultura, no obtendría en absoluto este resultado y que en realidad no haría más que intensificar la concurrencia de la gente que ya frencuentaba las instancias culturales. Esto fue considerado un escándalo. Fue visto como una especie de agresión conservadora contra la política democrática de Malraux; sin embargo, fue confirmado por los hechos: las Casas de la Cultura cerraron una tras otra.

P.F.: Una operación de desengaño mal recibida.

P.B.: Sí, es cierto que, muy a menudo, los sociólogos destruyen ilusiones. Partiendo de lo que acabo de escribir sobre el campo de la edición, también se pueden medir las consecuencias de una política de defensa de la

edición de investigación, de la edición de vanguardia, sea ésta en literatura, en sociología, etc., y de una política que iría contra la corriente, absolutamente, de la distribución actual de las subvenciones, de "la política del libro", etc.

P.F.: *Quisiera volver sobre una pregunta inicial: cuando usted eligió titular su conferencia "El Campo Político", me pregunté: ¿por qué Pierre Bourdieu se interesa actualmente en el campo político hasta el punto de hacer de él el título de una conferencia y de hacer una conferencia sobre él? Entonces mi pregunta –no hay que confundir– no es, por así decirlo, para lanzarlo dentro del campo político, sino que se refiere a su itinerario intelectual. Siendo lector de sus trabajos, sé muy bien que el tema de la política es un tema que lo ocupó periódicamente, que lo ocupó bastante. ¿Pero acaso hoy en día existen razones especialmente fuertes para que usted se interese más particularmente en el campo político, desde el punto de vista de su itinerario intelectual?*

P.B.: Hay dos tipos de razones. Por una parte, razones biográficas. Llegué a un punto de mi trabajo en el que pienso tener bastante competencia, y también bastante autoridad social para poder hacer escuchar un cierto número de cosas, para dar un poco de fuerza a las ideas que establece la sociología, no necesariamente *mis* ideas. (Hay una cantidad considerable de ideas sobre las que los sociólogos están todos de acuerdo). Por otro lado, pienso que las sociedades occidentales están en gran peligro, en gran parte porque ya no se escucha un cierto tipo de discurso científico sobre el mundo social. Esta especie de revestimiento neoliberal de la fuerza económica bruta que se nos ofrece desde hace una decena de años, engendra procesos de destrucción muy graves de un orden social que fue muy difícil de construir. Vuelvo al ejemplo del campo literario. Fue necesario un trabajo colectivo enorme para llegar a producir obras como la de Joyce o de Faulkner, se requirió generaciones y generaciones, fueron necesarias instituciones, críticas, etc. Ahora bien, hoy en día con la concentración, es gente como Belfond o Fixot, por lo demás los mejores hombres del mundo, quienes nos bombardean con best-sellers americanos que se compran a precio de oro, y que contribuyen a destruir las bases sociales –es decir a los pequeños libreros, a los pequeños editores, etc.– de estas cosas que consideramos muy importantes. Lo equivalente sucede dentro del campo del Estado. Es de buen tono decir: el Estado francés es una especie de excepción arcaica. Esto no es en absoluto cierto. El servicio público, los transportes públicos, el hospital público, la escuela pública, etc., todo esto es una civilización completamente extraordinaria y fue difícil de construir.

Para inventar la idea de "lo público" por oposición a "lo privado", fueron necesarias generaciones de juristas y de filósofos. Sin embargo, nos deshacemos de todo esto y nos vamos. Es por eso que interviene el sociólogo. No hice a menudo de profeta en mi vida, pero pienso que ahora puedo anunciar, sin gran riesgo, cosas que jamás veré: si dejamos que este proceso de destrucción de todas las estructuras colectivas se prolongue –familia, asociaciones, Estado– veremos aparecer resultados que aún son totalmente desapercibidos, imperceptibles –ya hay señales, como la violencia urbana, etc.– porque lo que ahorramos con una mano, lo pagamos con la otra. Damos lugar a procesos cuyos efectos no aparecerán sino dentro de mucho tiempo. Se necesitará tiempo, ya que antes de que el sistema hospitalario se derrumbe, siguen habiendo enfermeras sacrificadas, todavía hay cantidad de gente que de cierta forma salva el sistema casi a su pesar. Es igual con el sistema escolar. El sistema escolar francés está en vías de implosión. Entonces, acaso podemos callarnos cuando pensamos que…

P.F.: *Es urgente.*

P.B.: Es urgente.

Formas de acción política y modos de existencia de los grupos[3]

No existe mejor introducción al análisis que deseo presentar hoy que un texto de Durkheim en las *Lecciones de sociología*: "Para que los sufragios expresen otra cosa además de ser la expresión de los individuos, para que sean animados desde el principio por un espíritu colectivo, es preciso que el *collège électoral élémentaire* esté formado por individuos que no sólo se reúnan para esta circunstancia excepcional, sin conocerse, sin haber contribuido a formarse mutuamente opiniones y desfilando unos tras otros delante de las urnas. Es necesario, por el contrario, que sea un grupo constituido, coherente, permanente, que no tome cuerpo sólo por un momento, un día de votación. Entonces, cada opinión individual, por haberse formado en el seno de una colectividad, tiene algo de colectivo. Está claro que la corporación responde a este desideratum. Porque los hombres que la componen están permanentemente en estrecha relación con ella, sus sentimientos se forman en común y son la expresión de la comunidad".

Durkheim establece claramente la relación entre el producto, la opinión, y las condiciones sociales en las que es producido y, más precisamente, el *modo de existencia del grupo* en el que es producido; en otros términos, entre la forma de acción política o el contenido de esta acción (aquí, el voto y la opinión) y el modo de asociación. De esta forma tenemos, por un lado, la concentración ocasional (discontinua), formada por "individuos que se acercaron únicamente para esta circunstancia excepcional", individuos

3 Charla en la Asociación Francesa de Ciencias Políticas, noviembre de 1973.

separados que existían previamente en estado separado, que no tienen entre ellos ese mínimo de *interacción* que es el interconocimiento, que no cooperaron en la producción de sus opiniones, que van uno por uno, *singuli*, desfilando en estado aislado, hacia la cabina electoral.

A este modo de acción política, Durkheim opone otro que conserva el modo de expresión de la opinión producida, pero transforma las condiciones de producción. El "*Collège électoral élémentaire*" debe ser un grupo integrado y permanente (un "cuerpo" dotado de un espíritu de cuerpo), coherente y capaz de producir colectivamente su opinión que entonces es verdaderamente *colectiva*. La producción de una opinión realmente colectiva supone la concertación que supone a su vez el *entendimiento*, la orquestación como *acuerdo tácito* sobre los instrumentos de comunicación (lengua, cultura, etc.) que servirán para establecer el acuerdo o el desacuerdo. Tenemos entonces dos tipos de opinión opuestos que corresponden a dos tipos opuestos de modos de producción de las opiniones, es decir, a dos tipos de grupos. Frente a la ideología liberal, en la que se basa la filosofía de la elección como alternativa libre e individual, Durkheim opone otra filosofía: la opinión verdadera es la opinión elaborada colectivamente sobre la base de una unidad previa.

Poco importa lo que pensemos de esta filosofía "corporativista"; ésta tiene el mérito de obligar a la filosofía implícita de la democracia electoral a presentarse en estado explícito. La filosofía liberal identifica la acción política con una acción solitaria, es más, silenciosa y secreta, cuyo paradigma es el voto, "compra" de un partido dentro del secreto de la cabina electoral. Al hacer esto, reduce el grupo a la serie, la opinión movilizada de un grupo colectivo organizado o solidario a una agregación estadística de opiniones individuales expresadas. Pensamos en la utopía de Milton Friedman quien, para captar el punto de vista de las familias con respecto a la escuela, propone distribuir bonos que permitan comprar servicios educativos brindados por empresas competidoras: "*Parents could express their view about schools directly, by withdrawing their children from one school and sending them to another, to a much greater extent than it is now possible*"[4]. La acción política se encuentra reducida a una forma de acción económica.

La lógica del mercado o del voto, es decir, la agregación de estrategias individuales, se impone siempre que los grupos son reducidos al estado de

4 M. Friedman, *Capitalism and Freedom*, Chicago, Chicago University Press, 1962, p. 91.

agregados o, si se prefiere, desmovilizados. En efecto, cuando un grupo es reducido a la impotencia (o a estrategias individuales de subversión, sabotaje, derroche, lentitud, protesta aislada, ausentismo, etc.) porque no tiene poder sobre sí mismo, el problema, común a todos sus miembros, no pasa de ser un malestar y no puede ser constituido como problema político. Los miembros de un grupo pueden estar unidos por un *acuerdo tácito* basado en una *connivencia*, como dice Weber, una complicidad profunda, tan profunda que no necesita expresarse, que *marcha por sí sola*. Pero esta complicidad (en el sufrimiento o en el desasosiego tácito, a veces vergonzoso) sólo accede a la existencia y a la eficacia política a través de palabras o de conductas simbólicas que están dotadas de una carga emocional más fuerte que la palabra hablada o escrita y cuyo ejemplo privilegiado es la *manifestación*. Las palabras, palabras de explicitación que hacen ver y hacen creer, o consignas, que hacen actuar de forma concertada, son principios unificadores de la situación y del grupo, signos movilizadores que permiten constituir la situación y constituirla como algo común al grupo. Por oposición a la palabra individual, grito, protesta, *voice*, como dice Albert Hirschman, la palabra del portavoz es una palabra autorizada que debe su autoridad al hecho de que aquel que habla se autoriza con la autoridad del grupo que le autoriza a hablar en su nombre. Cuando habla el portavoz, habla un grupo a través de él, un grupo que existe como tal a través de esta palabra y de aquel que la posee. El portavoz es una solución al problema típicamente durkheimiano de la existencia del grupo por encima de los obstáculos biológicos correlativos a los límites temporales y espaciales ligados a la corporeidad. Una de las funciones de la manifestación es hacer que el grupo que autoriza al portavoz autorizado se manifieste. Y un portavoz autorizado puede mostrar la fuerza con que maneja su autoridad llamando al grupo a movilizarse y movilizándolo con efectividad; por consiguiente, llevándolo a manifestarse (de ahí la importancia que reviste el *número* de manifestantes). La delegación autorizada es la que puede movilizar al grupo que la autoriza, y entonces hacer que el grupo se manifieste para sí mismo (contribuyendo de este modo a mantener su creencia, su moral) y para los demás.

Debemos hacer un paréntesis a propósito de nuevas formas de manifestación política, muy diferentes, por su índole y por los medios que ponen en práctica, de las manifestaciones tradicionales del movimiento social europeo: estas "*demostraciones*", que se expresan más frecuentemente en inglés y que fueron inventadas por grupos con fuerte capital cultural, como

los estudiantes americanos, *sit-ins*, *boycotts*, *picketings*, *dratf-cart burnings*, *flag burnings*, etc., se ensañan simbólicamente con símbolos del poder y de la autoridad del Estado (banderas, pendones), de la Iglesia (cruces, altares, etc.), o con objetos que se supone que deben garantizar y sancionar *loyalties* y tienden a modificar las prácticas por transgresiones que están en ruptura con los medios tradicionales de la expresión y de la reivindicación democrática, discusión, voto, debate, manifestación[5].

De este modo, podemos distinguir dos grandes formas de acción política. La que se apoya en la agregación de estrategias y de actos individuales es colectiva, si podemos decirlo, sólo objetivamente. En efecto, en este caso, los agentes están doblemente desposeídos del dominio de sus opiniones. De hecho, no siempre tienen los medios de producir una opinión conforme a sus intereses. Las condiciones de producción de la opinión como discurso no están equitativamente repartidas. Pero el principio esencial y mejor encubierto del desposeimiento reside en la agregación de las opiniones. Tanto con el sondeo o el voto, como con el *mercado*, el modo de agregación es *estadístico*, es decir, mecánico e independiente de los agentes. Se relaciona las opiniones *sin los agentes*. No son los individuos quienes combinan sus opiniones, quienes las confrontan *dialécticamente*, para acceder (idealmente) a una síntesis que conserva las diferencias y las sobrepasa, para llegar a un *todo*, definido por sus conexiones más que por sus elementos. Las opiniones individuales, reducidas al estado de votos enumerables mecánicamente, como piedras, son sumadas, pasivamente, sin que nada afecte a cada una de ellas. En realidad, el modo de pensamiento estadístico conviene cada vez que se trata de comprender acciones cuya necesidad se impone por casualidad, "en y por la anarquía" de las acciones individuales (como dice Engels a propósito del mercado), acciones puramente aditivas como las que Max Weber, en sus *Essais sur la théorie de la science*, llama uniformes, o por similitud, y cuyo límite es la conducta de la gente que abre su paraguas ante un chubasco.

De aquí surgen diferentes cuestiones políticas: ¿cómo inventar e instaurar modos de producción de opiniones lo menos desigualitarios posible o, si se prefiere, condiciones óptimas de producción de opiniones, en la perspectiva de dar a todos posibilidades iguales de tener opiniones confor-

---

5 Cf. Haig A. Basmajian, *Dissent: Symbolic Behavior and Rhetorical Strategies*, Boston, Allyn and Bacon, Inc., 1972.

mes a sus intereses? Lo esencial es *el modo de producción de la decisión.* Cuando un grupo tiene que producir una opinión, es importante que sepa que tiene que producir una opinión sobre la forma de producir una opinión y que, al no hacerlo, acepta tácitamente un modo de producción favorable a los dominantes.

La segunda forma de acción colectiva es la que descansa en la delegación. En este caso, la acción colectiva está siempre perseguida por la amenaza de la usurpación y de la malversación: es todo el problema de las relaciones (y del desfase) entre la *fides implicita* y la fe explícita, entre los malestares tácitos y los sufrimientos expresados. Los agentes movilizadores deben permitir al grupo existir como tal, movilizarlo y de este modo hacer posible la concertación y la orquestación que está prohibida por la soledad de la cabina electoral (o del mercado). Para producir este efecto, deben ser percibidos como la expresión del grupo; por consiguiente, poseer un capital de autoridad delegado por el grupo lo cual supone una circulación circular del capital simbólico. En la medida en que se opera en favor de una sola persona o de un pequeño número de personas, la delegación implica una *concentración* del capital simbólico: en calidad de depositario de todo el capital de todo el grupo, el delegado, "banquero simbólico", ostenta un poder simbólico sobre el grupo del que es, propiamente hablando, el *sustituto* y la encarnación. Afirma y duplica, por su poder de movilización, la delegación del poder de la que es objeto; su propia acción, es decir la acción de movilización, reproduce por añadidura el principio de su eficacia. Es un símbolo que ejerce una acción simbólica de reforzamiento del símbolo (del mismo modo que las banderas y los emblemas del grupo y también toda la retórica de la manifestación, gritos orquestados, *slogans* comunes, etc.).

El problema político radica entonces en saber cómo dominar los instrumentos que tuvieron que ser puestos en marcha para dominar la anarquía de las estrategias individuales y producir una acción concertada. Cómo puede el grupo dominar (o controlar) la opinión expresada por el portavoz, aquel que habla en nombre del grupo y en su favor, pero también *en su lugar*, que le da existencia al grupo presentándolo y representándolo pero que, en cierta forma, toma el lugar del grupo. La pregunta fundamental, casi metafísica, es saber lo que significa hablar para gente que no hablaría si alguien no hablara por ella.

El modo de producción atomístico y agregativo valioso para la visión liberal favorece a los dominantes que tienen interés en el dejar-hacer y

pueden contentarse con estrategias individuales (de reproducción) porque el orden social, la estructura, juega en su favor. Por el contrario, para los dominados las estrategias individuales, protesta, derroche, lentitud, etc., y todas las formas de la lucha de clases cotidiana son poco eficaces. Sólo pueden existir estrategias eficaces si son colectivas y si, por consiguiente, suponen estrategias de construcción de la opinión colectiva y de su expresión. Sólo se puede salir de la adición mecánica de preferencias que opera el voto, tratando las opiniones como *signos que pueden ser cambiados por el intercambio*, por la discusión, por la confrontación, siendo el problema ya no el de la elección, como en la tradición liberal, sino el de la elección del modo de construcción colectiva de opciones, del modo de fabricación de la "voluntad general" por medio de la deliberación libre, por el acto comunicativo, como dice Habermas, que cambia los contenidos comunicados y a la gente que se comunica, por *el trabajo colectivo de búsqueda* de la opinión común.

París, noviembre de 1973

Breve nota sobre la antinomia de la protesta colectiva[6]

La elección de la deserción o de la protesta, *exit* o *voice*, parece una alternativa tajante sólo mientras permanecemos en la lógica de la acción individual[7]. Las instituciones especialmente habilitadas para expresar reivindicaciones, aspiraciones y protestas, proveen una tercera vía: el portavoz es una voz autorizada, con la fuerza de la autoridad de un grupo. A la organización, sea ésta la empresa que vende un *lemon* (producto malo) o que despide trabajadores o cualquier otro poder instituido, el portavoz opone una organización, partido, sindicato o asociación, encargada, al menos oficialmente, de la defensa colectiva de los intereses individuales de sus miembros. Gracias a la tecnología social de la delegación que dota al mandatario de la *plena potentia agendi*, el grupo representado se encuentra constituido como tal: capaz de actuar y de hablar "como un solo hombre", puede movilizar toda la fuerza material y sobre todo simbólica de que dispone en estado potencial. La protesta impotente o la deserción insignificante del individuo aislado, formas diversas de la acción serial, la del voto o del mercado, que se vuelve eficaz sólo por efecto de mecanismos ciegos y a veces perversos de la agregación estadística, cede el lugar a una protesta a

6 "An Antinomy in the Notion of Collective Protest", en *Development, Democracy, and the Art of Trespassing: Essays in Honor of Albert O. Hirschman*, A. Foxley, M.S. McPherson, G. O'Donnell eds., Notre Dame (Indiana), University of Notre Dame Press, 1986, Paperback edition, 1988, pp. 301-302.

7 Albert O. Hirschman, *Exit, Voice and Loyalty, Responses to Decline in Firms, Organizations and States*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1970 (2nd Print, 1972).

la vez unitaria y colectiva, coherente y poderosa. Esto por lo menos según las representaciones no menos míticas que la tradición progresista no ha dejado de oponer al mito de la "mano invisible", y que son igualmente variantes de la figura rousseauniana del "Legislador" capaz de encarnar y expresar una "voluntad general" irreductible a la "voluntad de todos" obtenida por simple adición de las voluntades individuales.

El cuestionamiento más radical del mito fundador de las autoridades delegadas viene de situaciones en las que se revela la antinomia de la delegación: sólo puedo acceder a la palabra poderosa, a la *voice* como palabra legítima, conocida y reconocida, autorizada y dotada de autoridad, exponiéndome a encontrarme desposeído de la palabra, privado de una expresión que me expresa como mía, incluso hasta negado, anulado en la singularidad de mi experiencia y de mis intereses específicos por la palabra común, la *opinion communis* tal cual la producen y la profieren mis mandatarios titulares. Son todos los casos en que los miembros del *corporate bodies*, y en particular de los que están especialmente preparados para producir y expresar la protesta y la impugnación, como los partidos o los sindicatos, se encuentran ante la alternativa de la deserción o de la protesta, *exit* o *voice*, debido a un desacuerdo entre lo que tienen que decir (y que pueden descubrir en este mismo desacuerdo) y lo que dice la palabra autorizada de los portavoces; y sin poder escapar a una u otra forma de impotencia serial –la de la salida o de la protesta individual, incluso la petición destinada a obtener de los mandantes un cambio de discurso y de política– más que instituyendo una nueva organización, expuesta también, como detentora del monopolio de la protesta legítima, a suscitar nuevas protestas y nuevas deserciones heréticas. Tal es la antinomia de la Iglesia reformada que, nacida de la protesta colectiva contra la Iglesia, constituye la protesta en principio de una nueva iglesia, que llama, como tal, a la protesta.

¿Se trata acaso de una antinomia insuperable, ligada a la necesidad de concentrar el capital simbólico en una sola persona –o en un pequeño número de personas– para conferirle el máximo de fuerza, o bien de un efecto inevitable de la distribución desigual de los instrumentos de producción de la palabra, incluso y sobre todo crítica? En todo caso, no podríamos negar que si la palabra del portavoz debe lo esencial de su legitimidad y de su fuerza al reconocimiento que le otorga el grupo expresado, aunque sólo fuera el plebiscito forzado del silencio, le debe también una parte de este reconocimiento al hecho de que aparece como la mejor –o la menos mala– de las transmutaciones de lo implícito experimentado en explícito mani-

festado, publicado, del simple grito de la sublevación o de la indignación en voz capaz de hacerse reconocer como tal, es decir, como portadora de una parte de universal y, por esta vía, de humanidad.

París, julio de 1984

Movilización política y revoluciones simbólicas[8]

Al término de una conferencia que di en 1983 ante la Asociación de Estudiantes Protestantes de París, en la que analicé la lógica de la delegación política y el peligro de monopolización que implica, concluí de esta forma: "La última revolución política, la revolución contra la clericatura política y contra la usurpación que está inscrita en estado potencial en la delegación, queda por hacerse"[9]. Pienso que en 1989 se produjo una revolución semejante en los países del Este, especialmente en Polonia, con Solidaridad, pero también en Alemania, con *Neue Forum*, o en Checoslovaquia con la Carta 77. Estas revoluciones, a menudo encabezadas por escritores, artistas y científicos, tomaron como blanco la forma de la monopolización política por excelencia, la que hicieron realidad los *hombres de aparato* leninistas y estalinistas, armándose de conceptos provenientes de la teoría marxista. En esto, esas revoluciones plantean problemas totalmente generales, que quisiera tratar de formular explícitamente.

Pienso en efecto que, contrariamente a lo que se sugiere cuando se opone el "totalitarismo" y la "democracia", el régimen soviético está separado, desde el punto de vista que aquí nos concierne, sólo por una diferencia de *grado* del régimen de los partidos que se exalta con el nombre de democracia y que constituye en realidad su límite extremo. El sovietismo encontró

8 "Prólogo", en N. Chmatko, G. Tcherednitchenko (tr. y eds.), *Sociologie de la politique*, Moscú, Socio-Logos, 1993.

9 Cf. P. Bourdieu, *Choses dites*, Paris, Éditions de Minuit, 1987.

en el marxismo los instrumentos conceptuales indispensables para asegurarse el monopolio de la manipulación legítima del discurso y de la acción políticos (si se permite esta transposición de la célebre fórmula de Weber a propósito de la Iglesia). Pienso en inventos tales como "socialismo científico", "centralismo democrático", "dictadura del proletariado" o, *last but not least*, "intelectual orgánico", expresión suprema de la hipocresía sacerdotal. Todos estos conceptos y el programa de acción que definen tienden a garantizar al mandatario que monopoliza el poder una doble legitimación científica y democrática.

El cientismo populista del que se vale, garantiza al Partido dos formas de legitimación convergentes: la doctrina marxista como ciencia absoluta del mundo social da a los que son sus guardianes y garantes estatutarios el poder de situarse en un punto de vista absoluto, que es al mismo tiempo el punto de vista de la ciencia y el punto de vista del proletariado. Más que de totalitarismo, palabra que no quiere decir gran cosa, se debería hablar de absolutismo. En efecto, con nociones como las que enumeré, el Partido se dota de un poder simbólico absoluto, epistemocrático y democrático a la vez: efectivamente, la reivindicación de la cientificidad y la reivindicación de la representatividad se refuerzan mutuamente para fundar un poder que se ejerce sobre el pueblo real en nombre del "proletariado metafísico" (como dice Kolakowski). Gracias a la relación de equivalencia perfecta entre el representante y los supuestos representados (sobre la que Robespierre hizo la afirmación más ingenuamente perentoria: "Yo soy el pueblo"), el Partido monopolista puede simple y llanamente sustituir al pueblo que habla y actúa a través de él. La delegación al Partido es, como en el caso de Tomás de Aquino, una *alienación*: el pueblo aliena su autoridad originalmente soberana en provecho del Partido *plenipotenciario* (i.e. dotado de la *plena potentia agendi et loquendi*) que sabe y que hace mejor que el pueblo lo que es bueno para el pueblo. Y el régimen soviético, por una especie de falsificación sociológica, puede absorber a la "sociedad civil" dentro del Estado, a los dominados dentro de los dominantes, realizando bajo la forma de una verdadera dictadura disfrazada de dictadura del proletariado, el sueño de la burguesía sin proletariado que Marx atribuía a la burguesía de su tiempo.

Lo que hizo la singularidad del sovietismo es que pudo reunir dos principios de legitimación que los regímenes democráticos también utilizan, pero en estado separado, la cientificidad y la representatividad democrática, apoyándose especialmente en este otro invento metafísico que es la idea del proletariado como clase universal. Llevó hasta el límite extremo la

monopolización de lo político, por consiguiente el desposeimiento de los representantes en beneficio de los representados, y dio libre curso a las tendencias que están inscritas en el acto mismo de la *delegación* y en la lógica del funcionamiento de los partidos, incluso de los más "democráticos", o de las burocracias con pretensión científica.

Este análisis nos introduce a lo que es la especificidad de las recientes rebeliones de Europa del Este, menos próximas de la Revolución Francesa, con la que se las comparó mucho debido a la coincidencia aniversaria, que de la Reforma y de la crítica luterana del papel sacramental del sacerdocio o de la voluntad de reducir a la Iglesia a una simple *congregatio fidelium*. En realidad, estas revoluciones se inspiran en una profunda desconfianza hacia estos inventos organizativos heredados de la Revolución Francesa y de las luchas sociales del siglo diecinueve, que son los partidos y los sindicatos. Nacidas de una experiencia, particularmente larga y dolorosa en el caso de Europa del Este, de los efectos más extremos del funcionamiento de los partidos, de "la ley de hierro de las oligarquías", como decía Michels, de la propensión de los mandatarios a anteponer los intereses asociados a su posición y a la reproducción de su posición frente a los intereses de sus supuestos mandantes, estas resistencias prácticas a la delegación incondicional, la *fides implicita* que hace la felicidad de todos los clérigos, y en especial de los que pretenden representar a los más desamparados, encuentran sus condiciones sociales de posibilidad en la elevación generalizada de la instrucción.

Dicho esto, cuando no conducen a una forma, a menudo políticamente peligrosa, de apoliticismo, los movimientos nacidos de la rebelión contra el monopolio de los políticos son siempre inestables y frágiles, como lo muestra el reciente ejemplo de la Alemania del Este, donde pasamos, en muy poco tiempo, de un movimiento altamente refinado de contestación intelectual del monopolio político, a las formas más brutales de la política de partidos a la americana. Esto, en parte, porque los movimientos alternativos, tanto en el Oeste como en el Este, no disponen de la teoría que les permitiría comprenderse y organizarse conforme a su profunda vocación.

No puedo sino hacer votos para la instauración de una nueva colaboración entre los intelectuales críticos –no sólo con el orden social, sino consigo mismos y con todos los que pretenden transformar el orden social– y los movimientos que tanto en el Este como en el Oeste pretenden cambiar el mundo social y las formas de pensar y de cambiar el mundo social. (Podríamos pensar en una gran convención europea que reúna, bajo el mode-

lo de Solidaridad, a intelectuales y movimientos alternativos como los Verdes y los ecologistas o las feministas, Asociaciones o agrupaciones surgidas de la lucha contra el sovietismo, Nuevo Foro, Carta 77, etc., que tenga por objetivo fundar una "coordinación europea" de estos movimientos y de los grupos de trabajo y análisis destinados a definir los nuevos propósitos de la política y los objetivos y métodos de una nueva forma de acción política).

En todo caso, es a condición de reformular las cuestiones más fundamentales de la filosofía política, como el asunto de la delegación, y de restaurar en toda su dignidad la función utópica que desempeñaron, bien o mal, las grandes filosofías políticas del pasado, que podremos escapar a la desencantada aceptación del orden establecido hacia la cual inclina el derrumbamiento de las grandes utopías políticas del pasado, sin sucumbir nuevamente ante las místicas y mistificaciones políticas que los mandatarios políticos no dejarán de proponer para justificar su existencia.

Llegó el tiempo de abandonar la vieja alternativa del utopismo y del sociologismo para proponer utopías sociológicamente fundadas. Para esto, sería necesario que los especialistas de las ciencias sociales llegaran a eliminar colectivamente las censuras que creen que están en el deber de imponerse en nombre de una idea mutilada de la cientificidad. No dispongo de tiempo para recordar ahora las razones que hacen que los especialistas en ciencias sociales hayan renunciado a la función que cumplieron, durante siglos, los teóricos políticos, de Brunetto Latini a Rousseau, pasando por Budé, Bodin o Maquiavelo. Pero sabemos que el desarrollo de una sociología científica está ligado, tanto en Europa como en Estados Unidos, al surgimiento durante el siglo XIX, de problemas llamados "sociales" y de políticas "sociales" o "socialistas". Lazo tan evidente que durante largo tiempo hemos asociado –como sin duda sucede todavía hoy en ciertos medios– sociología y socialismo. Es cierto que las ciencias sociales debían conquistar su autonomía con relación a la política y a los políticos, y para esto afirmar su capacidad de imponer sus propias normas de validación y sobre todo definir ellas mismas los problemas que tenían que tratar –problemas propiamente *sociológicos*– por oposición a "sociales" o "políticos". Este fue, en el caso de Francia, el trabajo de Durkheim, con las famosas *Règles de la méthode sociologique* o, más directamente, toda la reflexión sobre las relaciones entre sociología y socialismo. En otro contexto, Max Weber elaboraba el concepto de "neutralidad ética" o "axiológica" que se volvió el centro indiscutido de la ideología profesional de los sociólogos. En realidad podemos decir, simplificando un poco, que las ciencias sociales pagaron su

acceso (por lo demás siempre discutido) al estatus de ciencias con una formidable renunciación: por una autocensura que constituye una verdadera automutilación, los sociólogos –y yo antes que nadie, que denuncié frecuentemente la tentación del profetismo y de la filosofía social– se imponen el rechazo, como faltas a la moral científica que desacreditan a su autor, de todas las tentativas por proponer una representación *ideal y global* del mundo social. Y todo sucede como si las censuras, cada vez más apremiantes de un mundo científico cada vez más cuidadoso con su autonomía (real o aparente), se impusieran cada vez más rigurosamente a los investigadores que, para merecer el título de científico, deben aniquilar en sí mismos lo político y abandonar al mismo tiempo la *función utópica* en favor de los menos escrupulosos y los menos competentes de entre ellos, o en favor de los hombres políticos y periodistas. Creo que nada justifica esta abdicación cientista que destruye la convicción política, y que llegó el momento en que los científicos están en la obligación de intervenir en la política, con toda su competencia, para imponer utopías fundadas en la verdad y en la razón.

Que se me entienda bien, no se trata de restaurar la ambición epistemocrática que estuvo durante largo tiempo asociada al marxismo y que, con la noción de socialismo científico, fue uno de los fundamentos de los regímenes comunistas. Pero tampoco se trata de dar la razón a quienes, tanto en el Este como en el Oeste, se afanan por desechar lo científico y lo racionalista junto con el marxismo. Se trata de afirmar la función que siempre fue la del intelectual: la que consiste en intervenir en el universo político –a la manera de Zola– con la autoridad y la competencia asociadas a la pertenencia al universo autónomo del arte, de la filosofía o de la ciencia. No hay antinomia, como se cree, entre la autonomía y el compromiso, entre la separación y la colaboración, que puede ser conflictiva y crítica. Contra todo lo que sugiere el fantasma del "intelectual orgánico", ideología profesional de los productores culturales de aparato, el intelectual auténtico es aquel que está en condiciones de instaurar una *colaboración dentro de la separación*: a diferencia de los que deben todo a los aparatos, incluida a veces una pretendida autoridad intelectual (al estilo de Stalin interviniendo en materia de lingüística), no le debe a nadie más que a sí mismo y a sus obras (y no como ciertos ensayistas, a sus manifestaciones políticas o a sus exhibiciones periodísticas) una autoridad propiamente intelectual y una competencia de la que se vale para intervenir, a título de autor, por cuenta y riesgo propios, en la política (así como Chomsky o Sakharov en época reciente y de muchos otros antes de ellos).

Para aclarar un último malentendido, debo decir algo que saben bien los que conocen mis trabajos sobre el mundo intelectual: es obvio que el intelectual tiene motivaciones e intereses, al igual que los otros agentes sociales, y que es importante que se ejerza sobre él –en caso de no ser capaz de ejercerla él mismo– la vigilancia crítica que el conocimiento de los mecanismos específicos del mundo intelectual desarrolla. La República de las Letras, como la República a secas, es un universo de luchas donde se enfrentan intereses, donde se ejercen efectos de dominación, y las más "puras" acciones pueden inspirarse en motivaciones o determinaciones que lo son en menor medida. Es cierto, por ejemplo, que aquellos a los que Max Weber clasificaba dentro de la "intelligentsia proletaroide", es decir, los intelectuales menores, los semi-científicos, encontraron a menudo en la intervención política, a lo largo de la historia, la ocasión de una revancha contra los que dominan el mundo intelectual (pienso aquí en los trabajos de Robert Darnton sobre el papel de la *intelligentsia bohemia* en la Revolución Francesa o en los trabajos, muy numerosos, que analizaron el rol de los intelectuales menores, verdadera "clase peligrosa", en movimientos tan diversos como el nazismo, el stalinismo –en particular con el jdanovismo* – o la revolución china). Vemos así que entre las condiciones de la instauración de una verdadera Realpolitik de la Razón, una de las más determinantes es la crítica sociológica de la institución intelectual, de los intereses ocultos que los agentes políticos, en calidad de mandatarios separados de sus mandantes, pueden comprometer dentro de su acción sin olvidar los intereses de otro tipo, que los intelectuales llamados libres, *free lance*, pueden igualmente comprometer, como lo vemos hoy en día en Rusia, en su crítica de los hombres de aparato. Sólo quiero tomar un ejemplo, prestado de la historia, de estos intereses ocultos –a sus propios portadores– que pueden adornar toda una acción política con una apariencia altamente generosa. Sabemos que, desde el Renacimiento, una gran cantidad de autores exaltaron la *vera nobilitas* que confiere la virtud o, más ampliamente, la sabiduría y la ciencia. Pero esta denuncia subversiva de la nobleza hereditaria encontraba muy frecuentemente su límite en el hecho de que estos mismos autores (pienso por ejemplo en Lawrence Humphrey en *The No-*

* Andrei Alexandrovic Jdanov, teórico y político ruso (1896-1948), bolchevique, miembro del comité central ruso, uno de los principales defensores de la ortodoxia estalinista (N. de T.).

bles or of Nobility) observaban que, como por casualidad, las virtudes nuevas brillaban más fuertemente en los nobles que en los hombres comunes. Sucede lo mismo hoy en día, cuando los detentores de capital cultural omiten sacar las conclusiones del hecho de que las virtudes de "inteligencia" que ellos ponderan, se encuentran más a menudo en los herederos de las familias cultas. Este "racismo de la inteligencia" puede ser la raíz de numerosas posiciones de apariencia generosa en materia cultural y política. Especialmente de la propensión a exigir o a enaltecer las virtudes universales olvidándose de trabajar en universalizar las condiciones económicas y sociales del acceso a lo universal. En una palabra, que será la última, diré solamente que nadie debe estar al abrigo de la crítica sociológica, incluso y sobre todo no los intelectuales críticos.

Roma, marzo de 1990

Espacio social y campo político

La reflexión sobre las clases sociales se encierra muy frecuentemente en el tema de la existencia o no existencia de las clases, y las teorías de percepción del mundo social que subtienden a las representaciones relativas a las clases sociales se organizan según oposiciones análogas a las que encontramos a propósito de la percepción del mundo natural. La oposición entre teoría empírica, según la cual la percepción extrae sus estructuras de la realidad, y teoría constructivista, para la que no hay objetos percibidos más que por un acto de construcción, es la misma, trátese del mundo natural o del mundo social, de las ciencias de la naturaleza o de las ciencias sociales. La teoría constructivista objeta a la teoría realista, que basa la existencia de las clases sociales en su medida empírica por medio de indicios objetivos, la imposibilidad de encontrar discontinuidad en la realidad: los ingresos, al igual que la mayoría de las propiedades sociales que podemos vincular a individuos, se distribuyen de manera continua, y el recorte en categorías discontinuas operado sobre este continuum es enteramente producido por la estadística.

Este bloqueo de la reflexión alrededor de este interrogante en términos substancialistas, nos devuelve a la historia y al estado presente del campo de las ciencias sociales, que está atravesado por divisiones institucionales e intelectuales entre los teóricos puros y los empíricos, pero también a la naturaleza misma de los objetos (*enjeux*) que se disimulan bajo el tema de las clases sociales: lo que se juega en los debates alrededor de la noción de clase social es, en efecto, de orden político, ya que la heteronomía del campo de las ciencias sociales tiene por consecuencia que la investigación en

ciencias sociales se quede encerrada en una retraducción pseudo-científica de problemas y divisiones políticos. Son en realidad los defensores de posiciones políticas de derecha y de izquierda quienes se enfrentan en este terreno; los primeros, defendiendo una teoría de la estratificación social que tiende a evacuar la noción de lucha social ligada a la afirmación de la existencia de las clases sociales, y los segundos, exponiendo una teoría de las clases sociales que, utilizando a menudo antiguos conceptos petrificados para describir las luchas sociales, están totalmente desarmados para comprender en su originalidad histórica las nuevas formas de conflictos sociales observables en la realidad presente.

Para escapar a esta problemática política, debemos primero plantear la existencia de un espacio social, comparable al espacio físico, que el sociólogo reconstruye como un mapa geográfico. Construido sobre la base de principios de diferenciación o de distribución constituidos por un conjunto de propiedades que actúan dentro del universo social considerado, este espacio está orientado con un polo positivo y un polo negativo en el que los individuos no están situados en cualquier lugar, de una forma cualquiera, sino que ocupan un lugar determinado por su posición en la distribución de recursos sociales. Los individuos pertenecientes a regiones diferentes de este espacio están separados por distancias más o menos grandes, pero también pueden efectuar, no de una forma cualquiera, traslados al interior de este espacio, los mismos que exigen esfuerzos y, de manera general, tiempo.

Basándonos en el conocimiento del espacio de las posiciones, podemos separar clases lógicas o teóricas, compuestas por el conjunto de los agentes que ocupan posiciones similares y que, situados en condiciones similares y sometidos a condicionamientos similares, tienen todas las oportunidades de tener posiciones e intereses similares, por consiguiente de producir prácticas, comportamientos y también opiniones similares. Estas clases no son clases reales, es decir, grupos constituidos por individuos unidos a través de la conciencia de su identidad común y de su pertenencia a la misma unidad social; se trata más bien de clases probables cuyos elementos constitutivos son movilizables (y no necesariamente movilizados de manera práctica) sobre la base de sus similitudes, es decir, de su pertenencia a una misma clase de posiciones, a una misma región del espacio social. El espacio social constituye entonces una estructura de probabilidades de acercamiento o de alejamiento, de proximidad o de distancia sociales entre los individuos (que se actualizan, por ejemplo, de modo particularmente manifiesto en

las regularidades de los comportamientos matrimoniales), y el paso de la probabilidad a la realidad no es cosa fácil, contrariamente a lo que supone la teoría marxista cuyo error radica, precisamente, en que lleva a cabo de forma automática este paso de lo probable a lo real. En otros términos, la teoría marxista, al identificar a la clase construida con la clase real, identifica, como el mismo Marx le reprochaba a Hegel, las cosas de la lógica con la lógica de las cosas o, para hablar más simplemente, comete el error de creer que las cosas que existen en el lenguaje existen en la realidad. En esta perspectiva, el "salto ontológico" es concebido o bien dentro de una lógica mecánica y totalmente determinista, como si debiera inevitablemente producirse con el tiempo, o bien dentro de una lógica plenamente voluntarista y espontaneísta, como el efecto de la "toma de conciencia", identificada con una "toma de conocimiento" de la teoría, operada bajo la dirección iluminada del partido. En ambos casos, la teoría marxista omite interrogarse sobre los procesos sociales, sobre la misteriosa alquimia por la cual un "grupo en lucha", una clase actuante, surge de las condiciones económicas objetivas, omitiendo elaborar la teoría del efecto mismo que produce la teoría a nivel de la realidad social por su intervención, en cuanto teoría, en el universo de las representaciones simbólicas y sociales o incluso en el espacio político.

En efecto, toda teoría del universo social, por muy decididamente objetiva que sea, debe integrar a su sistema explicativo la representación que los agentes se hacen del mundo social y, más precisamente, la contribución que aportan a la construcción de la visión de este mundo, y de este modo a la construcción misma de este mundo. Dicho de otra forma, debe tomar en cuenta el trabajo simbólico de fabricación de los grupos, trabajo de representación (en todos los sentidos del término) que los agentes sociales no dejan de realizar para imponer su visión del mundo o la visión de su propia posición en este mundo, de su identidad social. El espacio social, en efecto, no es solamente un objeto de percepción en el que los individuos o las instituciones son caracterizados de forma fija por la combinación de un cierto número de propiedades y por la ocupación de una posición determinada dentro de un sistema de clasificación; es también un objeto de luchas entre los agentes para imponer su construcción y su representación del mundo social, sus categorías de percepción y de clasificación, y por esta vía actuar sobre el mundo social. La visión dominante del mundo social o incluso la producción de taxonomías legisladoras, es el objeto de una lucha entre agentes que, según su posición en la distribución de los diferentes

recursos sociales (los tipos de capital, económico, cultural, social) y en el espacio de las clasificaciones que ahí se encuentran potencialmente inscritas, están armados muy desigualmente para imponer su visión del mundo y, en particular, para actuar a nivel de las denominaciones y de las instituciones, que, al igual que los esquemas de percepción y de apreciación depositados en el lenguaje, o los títulos (de nobleza, escolares) son a su vez el producto de las luchas simbólicas y de las luchas de clasificación anteriores y expresan, de una forma más o menos transformada, el estado de las relaciones de fuerza simbólicas.

Pero la lucha simbólica que libran de manera permanente los grupos de agentes sociales pasa, y esto de forma cada vez más marcada y cada vez más visible, por la mediación de un cuerpo de profesionales de la representación (en todos los sentidos del término), productores culturales e ideológicos, hombres políticos, representantes sindicales, que, actuando como portavoces de los grupos a cuyo servicio ponen su competencia específica, su poder simbólico, se enfrentan entre profesionales en el campo de producción simbólica. Estos profesionales ocupan dentro de este campo una posición homóloga a la que ocupan en el espacio social los grupos que dan forma a sus posiciones y cuyos intereses expresan. La homología de posición entre mandatarios y mandantes hace que los primeros lleguen a servir los intereses de los segundos, pero sirviendo además sus propios intereses, ligados a los desafíos específicos del campo de producción simbólica. El trabajo propiamente político que cumplen estos profesionales, empeñados en hacer ver y hacer creer, en producir e imponer la clasificación legítima o legal (oficial), ambición indisociablemente gnoseológica y política, tiene su propia lógica, la misma que está ligada a la autonomía del campo propiamente político con sus diferentes categorías de productores, sus divisiones y objetos de lucha específicos.

Zürich, octubre de 1985

La representación política[10]

El silencio sobre las condiciones que sitúan a los ciudadanos, y tanto más brutalmente cuanto más desamparados económica y culturalmente están, ante la alternativa de la dimisión por la abstención o del desposeimiento por la delegación, es a la "ciencia política" lo que el silencio sobre las condiciones económicas y culturales de la conducta económica "racional" es a la ciencia económica. Bajo pena de *naturalizar* los mecanismos sociales que producen y reproducen la brecha entre los "agentes políticamente activos" y los "agentes políticamente pasivos"[11] y de constituir en leyes eternas unas regularidades históricas válidas dentro de los límites de un estado determinado de la estructura de distribución del capital, y en particular del capital cultural, todo análisis de la lucha política debe tener como fundamento los determinantes económicos y sociales de la división del trabajo político.

Las teorías neo-maquiavelianas no toman en cuenta la división entre los detentores de los instrumentos de producción cultural y, más precisamente, los detentores del monopolio de facto de los instrumentos de producción política (líderes de partidos políticos, de sindicatos, directores de periódicos y periodistas importantes, etc.) y los simples profanos, más que para inscribirla dentro de la naturaleza humana, como una especie de fatalidad inherente a la naturaleza de las "masas" y de las "multitudes", condenadas a la "apatía" (¡cuántos libros de politólogos dedicados a este "problema"!).

---

10 Esta es una versión modificada de un artículo publicado en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 36-37, febrero-marzo de 1981, pp. 3-24.

11 M. Weber, *Wirtschaft und Gesellschaft*, II, Berlín, Colonia, Kiepenheuer und Witsch, 1956, p. 1067.

Es así que Michels habla de "incompetencia incurable"[12] o de "incompetencia innata de las masas"[13] y describe la relación de los profanos con los profesionales en el lenguaje de la *necesidad* ("la necesidad de jefe en las masas" –p. 49–, "la necesidad de veneración en las masas" –p. 59–, etc.) o de la *naturaleza* (a la apatía de las multitudes y a su necesidad de ser guiadas corresponde, en los jefes, una sed ilimitada de poder). Y es así que el desarrollo de la oligarquía se encuentra favorecido, "acelerado por las propiedades generales de la naturaleza humana" (p. 151). El volver a traer a la escena las condiciones sociales, es decir históricas, que hacen posibles los fenómenos de concentración y hasta de monopolización del poder político, en particular en el seno de los aparatos consagrados a la defensa de los intereses de los dominados, introduce, pues, una ruptura sin equívoco con las teorías que, como las de Mosca o de Michels, pueden aportar elementos para una *descripción* del funcionamiento de los aparatos políticos. Pasando por alto las condiciones históricas de posibilidad de los fenómenos de monopolización política y en particular la libertad dejada a los responsables políticos o sindicalistas en vista de la *incompetencia socialmente instituida* de las diferentes categorías de mandatos, y situando en pulsiones universales y eternas el principio de las tendencias inherentes a las grandes burocracias políticas –y religiosas– que como veremos son en cada caso el producto de un estado del campo, y por ello susceptibles de ser transformadas a costa de una transformación del campo –que puede por ejemplo resultar de una transformación de las relaciones con los "mandantes"– ambos autores *naturalizan* leyes de funcionamiento, cuya eficacia puede ser más o menos completamente anulada a costa de una transformación de las condiciones de su ejercicio.

Debido a que los instrumentos de producción de una representación propiamente política, es decir, explícita y explícitamente diferencial, del mundo social están desigualmente distribuidos, la vida política toma la forma de un intercambio entre productores profesionales y simples profanos y puede ser descrita dentro de la lógica de la oferta y la demanda. El campo (de producción) político es el lugar donde se fabrican, en medio de la competencia entre los agentes en él comprometidos, productos políticos, problemas, programas, análisis, comentarios, conceptos, acontecimientos, en-

12 R. Michels, *Les partis politiques*, Paris, Flammarion, 1971, p. 299.
13 op. cit., p. 302.

tre los que los ciudadanos ordinarios reducidos al estatus de "consumidores" deben escoger, arriesgándose a malentendidos tanto más importantes cuanto más alejados están del lugar de producción.

El monopolio de los profesionales

Sin retomar aquí el análisis de las condiciones sociales de constitución de la competencia social y técnica que requiere la participación activa en la "política"[14], se debe recordar al menos que los efectos de los obstáculos morfológicos que el tamaño de las unidades políticas y el número de ciudadanos oponen ante toda forma de gobierno directo, se ven en cierta forma duplicados por los efectos del desposeimiento económico y cultural: la concentración del capital político en manos de un pequeño número es menos contrarrestada, por consiguiente más probable, en la medida en que los miembros comunes o adherentes están más completamente desposeídos de los instrumentos materiales y culturales necesarios para la participación activa en la política, es decir, especialmente de *tiempo libre* y de *capital cultural*[15].

Debido a que los productos ofrecidos por el campo político son instrumentos de percepción y de expresión del mundo social o, si se quiere, principios de visión y de división, la distribución de las opiniones dentro de una población determinada depende del estado de los instrumentos de percepción y de expresión disponibles y del acceso que los diferentes agentes tienen a estos instrumentos. Esto quiere decir que el campo político ejerce en realidad un efecto de censura limitando el universo del discurso político y, por este medio, el universo de lo que es políticamente pensable, al espacio finito de los discursos susceptibles de ser producidos o reproducidos dentro de los límites de la *problemática* política como espacio de toma de posiciones efectivamente adoptadas dentro del campo, es decir, sociológica-

14 Cf. en particular, *La Distinction*, París, Editions de Minuit, 1979, pp. 466-542.

15 Lo que implica que la división del trabajo político varía en función del volumen global del capital económico y cultural acumulado en una formación social determinada (su "nivel de desarrollo") y también de la estructura, más o menos disimétrica, de la distribución de este capital, particularmente cultural. Es así que la generalización del acceso a la enseñanza secundaria dio origen a un conjunto de transformaciones de la relación entre los partidos y sus militantes o sus electores.

mente posibles dadas las leyes que rigen la entrada al campo. La frontera entre lo que es políticamente decible o indecible, pensable o impensable, se determina, para una categoría de profanos, en la relación entre los intereses expresivos de esta categoría y la capacidad de expresión de estos intereses que le garantiza su posición en las relaciones de producción cultural y, por tanto, política. "Una intención –observa Wittgenstein– se encarna en una situación, en costumbres e instituciones humanas". Si la técnica del ajedrez no existiera, yo no podría tener la *intención* de jugar ajedrez. "Si puedo proponerme la construcción de una frase, es que puedo hablar la lengua considerada"[16]. La intención política se constituye sólo en la relación con un determinado estado del juego político y, más precisamente, del universo de las técnicas de acción y de expresión que ese juego ofrece en un momento dado del tiempo.

En este caso como en otros, el paso de lo implícito a lo explícito, de la impresión subjetiva a la expresión objetiva, a la manifestación pública en un discurso o en un acto público, constituye por sí un acto de *institución* y representa por este hecho una forma de oficialización, de legitimación: no es por casualidad que, como lo observa Benveniste, todas las palabras que tienen una relación con el derecho tienen una raíz que significa *decir*. Y la institución entendida como lo que ya está instituido, ya explicitado, ejerce a la vez un efecto de asistencia y licitación y un efecto de cierre y censura. Dado que, por lo menos fuera de los períodos de crisis, la producción de las formas de percepción y de expresión políticamente actuantes y legítimas es monopolio de los profesionales, y que por eso se encuentra sometida a las obligaciones y a las limitaciones inherentes al funcionamiento del campo político, vemos que los efectos de la lógica censataria que rige en realidad el acceso a la elección entre los productos políticos ofrecidos, son duplicados por los *efectos de la lógica oligopólica que rige la oferta de los productos*. Monopolio de la producción dejado a un cuerpo de profesionales, es decir, a un pequeño número de unidades de producción, a su vez controladas por profesionales; presiones que pesan sobre las opciones de los consumidores, tanto más completamente condenados a la *fidelidad* indiscutida hacia las marcas conocidas y a la delegación incondicional a sus representantes, cuanto más desprovistos están de *competencia social* para la política y de instrumentos propios de producción de discursos o de actos políticos.

16 L. Wittgenstein, *Philosophical Investigations*, New York, Macmillan, 1953, párrafo 337, p. 108.

La relación entre los profanos y los profesionales toma formas muy diferentes para los dominantes y para los dominados: siendo capaces, la mayor parte del tiempo, de producir por sí solos sus actos y sus opiniones políticas, nunca es sin reticencia ni ambivalencia que los primeros, que pueden contentarse con grupos de presión, asociaciones o partidos-asociaciones[17], se resignan al desposeimiento que implica la delegación. Esto se ve claramente en el hecho de que los ámbitos preferidos por los intelectuales, como en Francia el PSU* o, de manera más general, los grupúsculos izquierdistas, están condenados a la división en sectas irreductibles. Por su lado, los miembros de las fracciones dominantes de la clase dominante, y especialmente los dirigentes de las grandes empresas industriales y comerciales, tienen a menudo una imagen negativa, o por lo menos ambivalente, del universo político: por un lado, porque es el escenario de un cuestionamiento del orden existente que, como tal, tiene algo de inconveniente; por otro lado, porque el hombre político está sometido a las sanciones del voto y del juicio colectivo y porque hay una dimensión de "servicio" en su función. De esto resulta que los elegidos de los partidos conservadores son, frecuentemente, gente para la que la política es o una carrera secundaria (para los que acumularon previamente capital en alguna otra carrera, especialmente la de funcionario), o una carrera de substitución para los que no tuvieron pleno éxito en la vida profesional.

Las presiones del mercado pesan primero en los más desfavorecidos económica y culturalmente, quienes no tienen otra opción que la dimisión o entregarse al partido: esta organización permanente debe producir la *representación permanente de la existencia continua en tanto que clase*, movilizada o movilizable, de los que pretende representar y que están siempre expues-

17 Podemos llamar *partido-asociación* a una organización cuyo objetivo casi exclusivo es la preparación de las elecciones y que debe a esta función permanente una permanencia que no poseen las asociaciones ordinarias: próxima a la asociación por el carácter limitado y parcial de sus objetivos y del compromiso que exige y, al mismo tiempo, por la composición social fuertemente diversificada de su *clientela* (hecha de electores y no de militantes), está cerca del partido por la permanencia que le impone la recurrencia de la función específica, la preparación de las elecciones. (Es notable que el *partido ideal*, tal como lo describe Ostrogorski, sea exactamente una asociación, es decir, una organización *temporal*, creada *ad hoc* con miras a una reivindicación determinada o a una causa específica).

* Partido Socialista Unificado. A juicio de Pierre Bourdieu, este partido de izquierda de los años 70 encarna un partido de intelectuales, sin base social. (N. de T.)

tos al peligro de recaer en la discontinuidad de la existencia atomizada (con el repliegue sobre la vida privada y la búsqueda de vías de salvación individuales) o en la particularidad de las luchas estrictamente reivindicativas. Para ellos, el mercado de la política es uno de los menos libres que existe. Tienen necesidad de partidos concebidos como organizaciones *permanentes* orientadas hacia la conquista del poder y que propongan a sus militantes y electores, no solamente una doctrina, sino un *programa* de pensamiento y de acción, y que pidan por este hecho una adhesión global y anticipada. Como lo observa Marx en *Miseria de la filosofía*, podemos fechar el nacimiento de un grupo social desde el momento en que los miembros de sus organizaciones representativas no luchan únicamente por la defensa de los intereses económicos de los mandantes, sino por la defensa y el desarrollo de la organización misma. ¿Pero cómo no ver que si la existencia de una organización permanente, relativamente independiente de los intereses corporativos y coyunturales, es la condición de la *representación* permanente y propiamente política de un grupo y, de este modo, de la existencia de este grupo como tal, ella encierra también la amenaza del desposeimiento de los miembros "cualquiera"? La antinomia del "poder revolucionario establecido", como dice Bakunin, es totalmente similar a la de la Iglesia reformada tal como la describe Troeltsch. La *fides* implícita, delegación global y total por la cual los más desamparados otorgan en bloque al partido de su elección una suerte de crédito ilimitado, deja libre curso a los mecanismos que tienden a desposeerlos de todo control sobre el aparato: esto es lo que hace que, por una extraña ironía, la concentración del capital político nunca sea tan grande, salvo intervención deliberada (e improbable) en sentido opuesto, como en los partidos que se fijan como objetivo la lucha contra la concentración del capital económico.

Gramsci mencionó a menudo la inclinación al fideísmo milenarista y a la representación providencialista del partido y de sus jefes, que se observa en la clientela de los partidos comunistas: "Otro aspecto del peligro que fue de lamentar en nuestro Partido, es la esterilización de toda actividad individual, la pasividad de la masa del Partido, la certeza estúpida de que, de todos modos, había alguien que pensaba en todo y que se encargaba de todo"[18]. "Preocupadas por esta su condición de inferioridad absoluta, las masas abdicaron completamente toda soberanía y todo poder, la organiza-

18 A. Gramsci, *Écrits politiques*, t. II, París, Gallimard, 1974, p. 265.

ción y la persona del organizador se transformaron para ellas en una única y misma cosa, de la misma forma que, para un ejército en campaña, la persona del *condottiere* encarna la salvación común, se vuelve el garante del éxito y de la victoria"[19]. Y podríamos igualmente citar, *a contrario*, a Rosa Luxemburgo cuando describe (al estilo del *wishful thinking*) a un partido que limita su propio poder por un esfuerzo consciente y constante de jefes que se destituyen para actuar como ejecutantes de la voluntad de las masas: "El único papel de los pretendidos 'dirigentes' de la socialdemocracia consiste en ilustrar a la masa sobre su misión histórica. La autoridad y la influencia de los 'jefes' en la democracia sólo crecen proporcionalmente al trabajo de educación que cumplen en este sentido. Dicho de otro modo, su prestigio y su influencia no aumentan sino en la medida en que los jefes destruyen lo que fue hasta aquí la función de los dirigentes, la ceguera de las masas, en la medida en que ellos mismos se despojan de su calidad de jefes, en la medida en que hacen de la masa la dirigente, y de ellos mismos los órganos *ejecutivos* de la acción consciente de la masa"[20]. Sería interesante determinar, en las posiciones de los diferentes "teóricos" sobre este problema (que, como Gramsci, pueden oscilar entre el "espontaneísmo" del *Ordine Nuovo* y el "centralismo" del artículo sobre el Partido Comunista)[21], lo que se debe a factores objetivos (como el nivel de formación general y política de las "masas"), y en particular a la experiencia directa de las disposiciones de las "masas" en una coyuntura determinada, y lo que se debe a efectos de campo y a la lógica de las oposiciones internas.

Los que dominan el partido y tienen intereses en la existencia y persistencia de esta institución y en los beneficios específicos que garantiza, encuentran en la libertad que les deja el monopolio de la producción y de la imposición de los *intereses políticos instituidos*, la posibilidad de imponer, como intereses de sus mandantes, sus intereses de mandatarios. Y esto sin que nada permita probar completamente que los intereses así universalizados y plebiscitados de los mandatarios no coinciden con los intereses inexpresados de los mandantes, ya que los primeros tienen el monopolio de los instrumentos de producción de los intereses políticos, es decir, políticamente expresados y reconocidos, de los segundos. Nada sino esta forma de abs-

19 A. Gramsci, op. cit., II, p. 82.

20 R. Luxemburgo, *Masse et chefs*, París, Spartacus, 1972, p. 37.

21 A. Gramsci, *Écrits politiques*, t. I, París, Gallimard, 1974, pp. 389-403.

tención activa, que se arraiga en la rebelión contra una doble impotencia, impotencia frente a la política y a todas las acciones puramente seriales que propone, impotencia ante los aparatos políticos: el apoliticismo, que toma a veces la forma de un antiparlamentarismo y que puede ser desviado hacia todas las formas de bonapartismo, de boulangismo* o de gaullismo, es fundamentalmente una impugnación del monopolio de los políticos que representa el equivalente político de lo que fue, en otros términos, la rebelión religiosa contra el monopolio de los clérigos.

Competencia, objetos de lucha (*enjeux*) e intereses específicos

En materia de política como en materia de arte, el desposeimiento de las mayorías es correlativo, o incluso consecutivo, a la concentración de los medios de producción propiamente políticos en manos de profesionales, que pueden entrar con alguna oportunidad de éxito al juego propiamente político únicamente a condición de poseer una competencia específica. Nada es menos natural, en efecto, que el modo de pensamiento y de acción exigido por la participación en el campo político: como el habitus religioso, artístico o científico, el habitus del político supone un entrenamiento especial. En primer lugar, por supuesto, todo el aprendizaje necesario para adquirir el corpus de conocimientos específicos (teorías, problemáticas, conceptos, tradiciones históricas, datos económicos, etc.) producidos y acumulados por el trabajo político de los profesionales del presente o del pasado, o de las capacidades más generales, como el dominio de un cierto lenguaje y de una cierta retórica política, la del *tribun*, indispensable en las relaciones con los profanos, o la del *debater*, necesaria en las relaciones entre profesionales. Pero es también, y sobre todo, esta especie de *iniciación*, con sus pruebas y sus ritos de paso, que tienden a inculcar el *dominio práctico* de la lógica inmanente del campo político e imponer una *sumisión* de hecho a los valores, a las jerarquías y censuras inherentes a este campo, o a la forma específica que sus obligaciones y controles revisten en el seno de

* Georges Boulanger, general y político francés (1837-1891), en torno al que, entre 1886 y 1889, se agrupó la oposición al régimen parlamentario, de donde recibiera el nombre de "sindicato de descontentos" (N. de T.).

cada partido. Esto significa que, para comprender cabalmente los discursos políticos ofrecidos en el mercado en un momento dado, cuyo conjunto define el universo de lo que puede ser dicho y pensado políticamente, por oposición a lo que es rechazado como lo indecible e impensable, se debería analizar todo el proceso de producción de los profesionales de la producción ideológica: desde el marcado, operado en función de una definición a menudo implícita de la competencia deseada, que los designa para estas funciones, y la formación general o específica que los prepara para asumirlas, hasta la acción de normalización continua que les imponen, con su complicidad, los miembros más antiguos de su grupo, especialmente cuando, recién elegidos, acceden a una instancia política adonde podrían llevar consigo una franqueza y una libertad de modales atentatorias a las reglas del juego.

El desposeimiento correlativo a la concentración de los medios de producción de los instrumentos de producción de discursos o de actos socialmente reconocidos como políticos, no dejó de aumentar a medida que el campo de producción ideológica ganaba autonomía con la aparición de las grandes burocracias políticas de profesionales a tiempo completo y con la aparición de instituciones (como el Institut des Sciences Politiques y la Ecole Nationale de l'Administration en Francia) encargadas de seleccionar y de formar a los productores profesionales de esquemas de pensamiento y de expresión del mundo social, hombres políticos, periodistas políticos, altos funcionarios, etc., al mismo tiempo que de codificar las reglas de funcionamiento del campo de producción política y el corpus de conocimientos y de *savoir-faire* indispensables para conformarse a ellas. La "ciencia política" que se enseña en instituciones especialmente habilitadas para este fin, es la *racionalización* de la competencia que exige el universo de la política y que poseen, en estado práctico, los profesionales: tiende a aumentar la eficacia de este dominio práctico poniendo a su servicio técnicas racionales, como el sondeo, las relaciones públicas o el marketing político, al mismo tiempo que tiende a legitimarla dándole las apariencias de la cientificidad e instituyendo los asuntos políticos como asuntos de especialistas que los especialistas deben decidir en nombre del saber y no del interés de clase. Es así, por ejemplo, que la teoría elitista de la opinión que está casi siempre operando en la elaboración o en el análisis de los sondeos de opinión o en las lamentaciones rituales sobre la abstención, se traiciona muy inocentemente en las encuestas sobre los *opinion makers* que, inspirándose en una filosofía emanatista de la "difusión" como

manantial, pretenden remontar las redes de circulación de opiniones hasta la fuente de donde se supone deben surgir, es decir hasta la "élite" de los "hacedores de opinión", sin que nadie piense jamás en preguntar cómo ellos forman su opinión[22].

La autonomización del campo político de producción va acompañada, sin duda, de una elevación de los requisitos de ingreso al campo y, en particular, de un reforzamiento de las exigencias en materia de competencia general, o incluso específica (lo que contribuye a explicar el aumento del peso de los profesionales formados en las escuelas y, es más, en las escuelas especializadas –Ciencias Políticas, ENA*– en detrimento de los militantes comunes)[23]. También va acompañada, sin duda, de un fortalecimiento del efecto de las leyes internas del campo político –y en particular de la pugna entre profesionales– con relación al efecto de las transacciones directas o indirectas entre profesionales y profanos[24]. Esto significa que, tratándose de comprender una posición política, programa, intervención, discurso electoral, etc., es cuando menos tan importante conocer el universo de las tomas de posición en competencia propuestas por el campo, como las demandas de los laicos, que tienen como responsables de estas tomas de posición a sus representantes declarados (la "base"): tomar una posición, la palabra lo dice de maravilla, es un acto que toma su sentido sólo de forma relacional, en y por la diferencia, *la distancia distintiva*[25]. Y esta lógica nun-

22 Cf. por ejemplo, C. Kadushin, "Power, Influence and Social Circles: A new Methodology for Studying Opinion Makers", *American Sociological Review*, XXXIII, 1968, pp. 685-699.

* Ver nota de traducción en p. 20.

23 Resulta que esta evolución podría encontrarse contrarrestada, en cierta medida, por la elevación general del nivel de instrucción que, dado el peso determinante del capital escolar en el sistema de factores explicativos de las variaciones de la relación con la política, es sin duda susceptible de entrar en contradicción con esta tendencia a reforzar, en diferentes grados según las organizaciones, la presión de la base, menos predispuesta a una delegación incondicional.

24 El debate televisado que confronta a profesionales elegidos por su competencia específica, pero también por su sentido de decencia y respetabilidad políticas, en presencia de un público reducido al estatus de espectador, produciendo así la lucha de clases con la forma de una confrontación teatralizada y ritualizada entre dos campeones, simboliza perfectamente el desenlace de un proceso de autonomización del juego propiamente político, encerrado más que nunca en sus técnicas, jerarquías y reglas internas.

25 En una entrevista acerca de las discusiones de actualización del programa común en las que había participado en nombre del Partido Comunista, un alto funcionario comunista atribuye en varias ocasiones la demagogia de la delegación comunista *a la preocupación*

ca es tan visible como en los casos en que la oposición entre los competidores (en el seno de un partido, por ejemplo) reviste la forma que a menudo la caracteriza en el seno del campo literario o artístico, la de la alternativa casi vacía entre lo antiguo y lo nuevo, lo viejo y lo joven, el arcaísmo y el modernismo, el conflicto entre los poseedores y los pretendientes, presentando la apariencia de un conflicto de generaciones.

El político sagaz es aquel que llega prácticamente a dominar el sentido objetivo y el efecto social de sus tomas de posición gracias al dominio que posee del espacio de las tomas de posición actuales y sobre todo potenciales o, aún mejor, del principio de esas tomas de posición, es decir, el espacio de las posiciones objetivas dentro del campo y de las disposiciones de sus ocupantes: este "sentido práctico" de las tomas de posición posibles e imposibles, probables e improbables para los diferentes ocupantes de las diferentes posiciones, es lo que le permite "elegir" las tomas de posición convenientes, y evitar las tomas de posición "comprometedoras", por ejemplo, aquellas que le harían encontrarse sin querer con los ocupantes de posiciones opuestas en el espacio del campo político. Este sentido del juego político que permite a los políticos prever las tomas de posición de los otros políticos es también lo que los hace a ellos mismos previsibles ante los demás políticos. Previsibles, por consiguiente responsables, en el sentido del inglés *responsible*, es decir, competentes, serios, fiables, en resumen, dispuestos a desempeñar con constancia y sin sorpresa ni traición el papel que les es asignado por la estructura del espacio de juego.

No hay nada que el juego político exija de manera más absoluta que esta adhesión fundamental al juego mismo, *illusio*, *involvement*, *commitment*, inversión en el juego que es producto del juego al mismo tiempo que es la condición del funcionamiento del juego: bajo pena de excluirse del juego y de los beneficios que ahí se obtienen, trátese del simple *placer* de jugar o de todas las ventajas materiales y simbólicas asociadas a la posesión de un capital simbólico, todos los que tienen el *privilegio* de invertir en el juego (en

---

por distinguirse, por "marcar la diferencia": "Para ellos (los dirigentes), era absolutamente necesario diferenciarse del PS, y para esto, les parecía necesario ir 'más lejos, más a la izquierda' (...). Más que el SMIG (salario mínimo nacional), ya que el PS cedió rápidamente, es el tema de las filiales el que fue antepuesto de forma deliberada. Pienso que fue voluntario. La Dirección quiso marcar la diferencia con el PS para no llegar al poder con un PS que tenga 28% de los votos, y un PC estabilizándose en 22%". (T. Roucaute, *Le PCF et les sommets de l'État de 1945 à nos jours*, París, PUF, 1970, pp. 175-181).

lugar de ser reducidos a la indiferencia y a la apatía del apoliticismo) aceptan el contrato tácito implicado en el hecho de participar en el juego, de reconocer de esta forma que éste *vale la pena* ser jugado, y que los une a todos los demás participantes por una especie de *colusión originaria*, mucho más poderosa que todas las alianzas abiertas o secretas. Esta solidaridad de todos los iniciados, vinculados entre sí por la misma adhesión fundamental a los juegos y a lo que está en juego, por el respeto al juego mismo y a las leyes no escritas que lo definen, por la misma inversión fundamental en el juego, cuyo monopolio poseen y deben perpetuar para garantizar la rentabilidad de sus inversiones, nunca se manifiesta más claramente como cuando el juego es amenazado como tal[26].

Los grupos unidos por una forma cualquiera de colusión (como los conjuntos de *colegas*) hacen de la *discreción* y del *secreto*, sobre todo lo que concierne a las creencias íntimas del grupo, un imperativo fundamental. Condenan con la más extrema violencia, cuando son exhibidas al exterior, manifestaciones de cinismo que, entre *iniciados*, son totalmente admitidas porque no pueden, por definición, afectar a la creencia fundamental en el valor del grupo, pues la libertad frente a los valores es vivida a menudo como un testimonio complementario de valor. Ejemplo típico, la indignación con la cual los hombres políticos y sobre todo los periodistas políticos, comúnmente tan diligentes en divulgar rumores y anécdotas desengañosas sobre los hombres políticos, reciben a los que, por un momento, fingen "romper el juego", llevando a la existencia política el apoliticismo popular y pequeño burgués, que es a la vez condición y producto del monopolio de los políticos. De este modo, la candidatura de Coluche a la presidencia de la República fue condenada desde el principio por la casi totalidad de los profesionales de la política con el argumento del *poujadismo*. Sin embargo, buscaríamos en vano en la temática del cómico parisino los tópicos más típicos del librero de Saint-Céré, tal como los enumera el estudio clásico de Stanley Hoffmann: nacionalismo, anti-intelectualismo, anti-parisinismo,

26 La *illusio* puede llamarse igualmente interés, pero en un sentido que no es el del economicismo: el interés por el juego que el juego produce, *libido* propiamente social, es decir, socialmente instituida y labrada, es lo que lleva a participar en el juego inclinando a marcar la diferencia, por consiguiente a dejar la indiferencia para la que todo es igual ("me da lo mismo"). La *illusio* propiamente económica que alienta el juego económico, constituido como tal, no es más que un caso particular del universo de formas de libido o de interés posibles.

xenofobia racista y fascista, exaltación de las clases medias, moralismo, etc.[27]. Y nos cuesta comprender cómo, "observadores sagaces", pudieron confundir al "candidato de las minorías", de todos aquellos "que jamás son representados por los partidos políticos", "homosexuales, aprendices, negros, árabes", etc. ("programa" de Coluche), con el defensor de los pequeños comerciantes en lucha contra "los metecos" y "la mafia apátrida de los traficantes y pederastas"[28].

A pesar de nuestro escaso conocimiento de las bases sociales del movimiento poujadista, es indiscutible que éste encontró sus primeras tropas y sus más leales apoyos en la pequeña burguesía de los artesanos y comerciantes provinciales, más bien de edad y amenazados por las transformaciones económicas y sociales. Ahora bien, dos encuestas totalmente convergentes, la del IFRES y del IFOP*, establecen que los que otorgan su simpatía a la *candidatura* de Coluche presentan características opuestas en todos los puntos. La propensión a aprobar la candidatura de Coluche varía inversamente con respecto a la edad: alcanza su máxima intensidad en los más jóvenes (y entre ellos, sobre todo en los hombres), y únicamente ante una parte (aproximadamente un tercio) de las personas mayores de 65 años provoca escándalo. Asimismo, tiende a crecer con el tamaño de la ciudad de residencia: muy débil en los municipios rurales y en las pequeñas ciudades, culmina en las grandes ciudades y en la aglomeración parisina. Si bien las categorías empleadas por los dos institutos de sondeo son igualmente imprecisas y poco comparables, todo parece indicar que los obreros y los empleados, así como los intelectuales y los artistas, son quienes se manifiestan más claramente en favor del candidato anómico, mientras que los más marcados rechazos se encuentran en los empresarios de la industria y del comercio. Esto se comprende fácilmente si sabemos que los votos así desviados son recolectados principalmente en la izquierda (nítidamente más en el Partido Socialista que en el Partido Comunista) y también entre los ecologistas y abstencionistas. La cantidad de personas interrogadas que, a falta de una candidatura de Coluche, votaría por la derecha, es débil (muy particularmente entre los obreros) y los votos se dirigirían sobre todo ha-

27 S. Hoffmann, *Le mouvement Poujade*, Cahiers de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, París, A. Colin, 1956, pp. 209-260.
28 S. Hoffmann, *op. cit.*, p. 246.
* Ambos, institutos franceses especializados en sondeos de opinión. (N. de T.).

cia el partido socialista (siendo evidentemente muy fuerte en todas las categorías la cantidad que corresponde a aquellos que escogerían la abstención). El hecho de que el número de partidarios de Coluche sea netamente más elevado en los hombres que en las mujeres, permite suponer que esta elección es la expresión de un abstencionismo activo, muy diferente de la simple indiferencia ligada a la incompetencia estatutaria. De este modo, los profesionales, hombres políticos y periodistas, intentan negar al "rompe juegos" el derecho de ingreso que los profanos le otorgan masivamente (dos tercios están en favor del principio de su candidatura). Sin duda porque este jugador extraordinario, al entrar al juego sin tomarlo en serio, amenaza el fundamento mismo del juego, es decir, la creencia y la credibilidad de los jugadores ordinarios.

El teatro del mundo social

La lucha que opone a los profesionales es, sin duda, la forma por excelencia de la lucha simbólica por la conservación o la transformación del mundo social por medio de la conservación o la transformación de la visión y de los principios de división de este mundo; o, más precisamente, por la conservación o la transformación de las divisiones establecidas por medio de la transformación o la conservación de los sistemas de clasificación, que constituyen su forma incorporada, y de las instituciones que contribuyen a perpetuar la clasificación en vigencia, legitimándola. Esta lucha encuentra sus condiciones sociales de posibilidad en la lógica específica, según la cual se organiza en cada formación social el juego propiamente político, en el que se juegan, por una parte, el monopolio de la elaboración y de la difusión del principio legítimo de división del mundo social y, por esta vía, de la movilización de los grupos; y, por otra parte, el monopolio de la utilización de los instrumentos de poder objetivados (capital político objetivado). Entonces, adquiere la forma de una lucha por el poder, propiamente simbólico, de hacer ver y hacer creer, de predecir y prescribir, de hacer conocer y hacer reconocer.

El campo político es uno de los lugares privilegiados del ejercicio del *poder de representación o de manifestación*, que contribuye a dar plena existencia, es decir en estado objetivado, directamente visible por todos, público, publicado, oficial y por lo tanto autorizado, a lo que existía en estado práctico, tácito o implícito. Este poder de manifestación puede ejercerse con

respecto a todo lo que atañe al mundo social, a la visión de este mundo y nunca es tan eficiente como cuando se aplica a los principios de visión, por ende de división, del mundo social, reforzando o transformando los principios de visión o de división en vigencia (por ejemplo, con el feminismo, el principio de la división del trabajo entre los sexos), haciendo surgir nuevas oposiciones, nuevas formas de jerarquizar la forma y el fondo, el primer plano y el segundo plano, lo actual y lo inactual, imponiendo nuevos principios de clasificación y de reagrupamiento de las cosas percibidas y, por esta vía, de nuevos *grupos*. Es así como los actos de teatralización, a través de los cuales los grupos se brindan en espectáculo (primero ante ellos mismos), ceremonias, procesiones (como las Panateneas), cortejos, desfiles, manifestaciones, etc., constituyen la forma elemental de la objetivación y, al mismo tiempo, de la manifestación, para sí mismos y para los demás, de los principios de división según los cuales se organizan objetivamente y a través de los cuales se organiza la percepción que tienen de sí mismos. De esta manera, las instituciones representativas (Consejos, Cortes, Estados Generales, Parlamentos, etc.) sirvieron de base, sin duda, a las primeras representaciones, mentales u objetivas, de la nación y de su estructura. Al igual que el ceremonial que hace *visibles* los *rangos* y los *números* (y que a este título puede ser objeto de discusiones, como fue el caso durante la apertura de los Estados Generales), la proyección espacial que realiza el esquema en dos dimensiones hace aparecer la *jerarquía* de los grupos representados (expresada por su rango de arriba abajo o de derecha a izquierda) y, en ciertos casos, su peso numérico[29], sin olvidar lo esencial, es decir, la existencia misma de los grupos representados y *nombrados*. Asimismo, en los regímenes parlamentarios modernos, las asambleas representativas son una especie de proyección espacial del campo político y, a través de él, del campo social en su conjunto, del cual la escena política da una representación teatralizada. Esto significa que la estructura según la cual se organizan –y en particular la oposición entre la izquierda y la derecha– tiende a imponerse como una manifestación paradigmática de la estructura social y a funcionar en los cerebros como un principio de

29 En realidad, todo parece indicar que la idea de representar el *peso numérico* de los grupos (como es el caso del grabado representando al "cuadro de elección" para los Estados Generales, con la doble representación otorgada al Tercer Estado el 27 de diciembre de 1788) supone que la idea de rango comienza a sufrir la competencia de la idea de número y de *representatividad* numérica (cf. el voto por cabeza).

visión y de división del mundo social (y, en particular, de la división en clases)[30].

En las democracias parlamentarias, la lucha por conquistar la adhesión de los ciudadanos (su voto, sus contribuciones, etc.) es también una lucha por mantener o subvertir *la distribución del poder sobre los poderes públicos* o, si se prefiere, por el monopolio del uso legítimo de los recursos políticos objetivados, derecho, fuerzas armadas, policía, finanzas públicas, administraciones, etc. Los agentes por excelencia de esta lucha son los partidos, organizaciones de combate especialmente preparadas con miras a dirigir esta *forma sublimada de guerra civil movilizando duraderamente* por medio de previsiones prescriptivas, el mayor número posible de agentes dotados de la misma visión del mundo social y de su porvenir. Con el fin de garantizar esta movilización duradera, los partidos deben, por una parte, elaborar e imponer una representación del mundo social capaz de obtener la adhesión del mayor número posible de ciudadanos, y por otra parte, conquistar cargos (de poder o no) cuya "posesión" permita mantener a quienes los mantienen.

De este modo, la producción de ideas sobre el mundo social se encuentra en realidad siempre subordinada a la lógica de la conquista del poder, que es la de la movilización de las mayorías. De aquí resulta, sin duda, el privilegio otorgado en la elaboración de la representación legítima al modo de producción eclesial, en el que las propuestas (mociones, plataformas, programas, etc.) son inmediatamente sometidas a la aprobación de un grupo y, por tanto, no pueden ser impuestas más que por profesionales capaces de manipular, a la vez, ideas y grupos, de producir ideas capaces de producir grupos manipulando estas ideas de manera de garantizarles la adhesión de un grupo: entran, por ejemplo, en esta tecnología social totalmente específica la retórica del *meeting* o el conjunto de las técnicas de palabra, de redacción, de manipulación de la asamblea, que permiten "hacer aprobar" una "moción", sin hablar de procedimientos y procederes que,

30 La tradición que pretende que, en todos los parlamentos, los conservadores sesionen a la derecha y los liberales a la izquierda del presidente, se remonta a la Asamblea Constituyente: después de la reunión de las tres órdenes se comienza a distinguir a los miembros de la Asamblea que, habiendo renunciado a la distinción de la vestimenta, se habían reagrupado según sus ideas, en partidarios de la monarquía a su derecha, y partidarios de la revolución a su izquierda, o más simplemente *lado derecho* y *lado izquierdo*, y más tarde *derecha* e *izquierda*.

como el juego con el número de cargos, controlan directamente la producción misma del grupo.

Nos equivocaríamos al subestimar la autonomía y la eficacia específica de todo lo que acontece en el campo político y al reducir la historia propiamente política a una especie de manifestación epifenomenal de fuerzas económicas y sociales, de la cual los actores políticos serían en cierta forma las marionetas. Además de que sería ignorar la eficacia propiamente simbólica de la representación y de la creencia movilizadora que ésta suscita por la virtud de la objetivación, esto equivaldría a olvidar el poder propiamente político de *gobierno* que, aunque sea dependiente de las fuerzas económicas y sociales, puede garantizar una eficacia real sobre estas fuerzas a través de la acción sobre los instrumentos de administración de las cosas y de las personas.

La relación entre el partido y la clase, entre la lucha de las organizaciones políticas y la lucha de clases, es una relación propiamente simbólica entre un significante y un significado, o, más claramente, entre *representantes* que dan una *representación* y agentes, acciones y situaciones representados. La concordancia entre el significante y el significado, entre la representación y el mundo representado, proviene sin duda menos de la búsqueda consciente del ajuste a la demanda de la clientela, o de la coerción mecánica ejercida por presiones externas, que de la homología entre la estructura del teatro político y la estructura del mundo representado, entre las luchas sociales y la forma sublimada de estas luchas que se juega en el campo político.

El efecto de las necesidades específicas del campo político nacional que, como el campo literario o el campo filosófico, tiene su propia historia y sus instituciones originales, se revela en las diferencias considerables entre las representaciones y las estrategias políticas de organizaciones "representativas" de poblaciones que ocupan posiciones equivalentes, como los obreros o los "ejecutivos", en el espacio social de los diferentes países europeos, y esto a pesar de todos los efectos homogeneizantes, como la "bolchevización" de los partidos comunistas; está claro que estas diferencias le deben al menos tanto a las tradiciones específicas del espacio político (por ejemplo al peso que en él tienen el partido comunista y la tradición marxista, cuya forma y contenido varían en función del éxito diverso de las traducciones, y también de los debates en el seno del campo universitario y del campo político, así como de la relación entre estos dos universos), como a diferencias entre las propiedades objetivas de las poblaciones representa-

das, las que a su vez podrían deberse, en gran parte, a estas diferencias de tradición: que se piense, por ejemplo, hasta qué punto los trabajadores de la industria de diferentes naciones piensan su existencia como la de una "clase" y conciben sus relaciones con los otros sectores del espacio social en la óptica de la lucha de clases.

Es la homología entre el espacio político y el espacio social tomado en su conjunto lo que hace que, persiguiendo la satisfacción de los intereses específicos que les impone la competencia dentro del campo, los diferentes grupos de profesionales den satisfacción por añadidura a los intereses de los ocupantes de posiciones homólogas a la suya en el espacio social; o, inversamente, que en las tomas de posición más conformes al interés de los que se supone representan, persigan también, sin necesariamente admitirlo, la satisfacción de sus intereses específicos de representantes, es decir, esos mismos que les asigna la estructura de las posiciones y oposiciones constitutivas del espacio interno del campo político.

La relación aparente entre representantes y representados, concebidos como causa determinante ("grupos de presión", etc.) o causa final ("causas" que defender, intereses que "servir", etc.) encubre la relación de competencia entre los representantes. Sin duda, Max Weber tiene razón al recordar, con una sana brutalidad materialista, que "podemos vivir 'para' la política y 'de' la política"[31].

Pero para ser completamente rigurosos, deberíamos más bien decir que podemos vivir de la política a condición de vivir para la política: en efecto, es en la relación entre los profesionales donde se define el tipo particular de inversión en la política que conduce a cada categoría de representantes a consagrarse a la política y, por esta vía, a sus mandantes. Más precisamente, la relación que los vendedores profesionales de servicios públicos (hombres políticos, periodistas políticos, etc.) mantienen con sus clientes está siempre mediatizada, y más o menos completamente determinada, por la relación que mantienen con sus competidores[32]. Sirven los intereses de sus clientes en la medida (y únicamente en la medida) en que también se sirven sirviéndolos, es decir, *de manera tanto más exacta cuanto su posición en la es-*

31 M. Weber, *op.cit.*, II, p. 1.052.

32 "Los oportunistas de todos los campos que defienden los intereses bien establecidos de las diferentes camarillas, intereses materiales, no cabe duda, pero más aún intereses que se ligan a la dominación política de las masas, obstaculizan la unidad del proletariado" (A. Gramsci, *Écrits politiques*, t.I, París, Gallimard, 1974, p. 327).

tructura del campo político coincide más exactamente con la posición de sus clientes en la estructura del campo social (el rigor de la correspondencia entre los dos espacios depende en gran parte de la intensidad de la competencia, es decir, ante todo del *número* de partidos o de tendencias que exige la diversidad y la renovación de los productos ofrecidos obligando, por ejemplo, a los diferentes partidos, a modificar sus programas para conquistar nuevas clientelas). En consecuencia, los discursos políticos producidos por los profesionales siempre están doblemente determinados y afectados por una duplicidad que nada tiene de intencional, puesto que proviene de la dualidad de los campos de referencia y de la necesidad de servir a la vez los fines esotéricos de las luchas internas y los fines exotéricos de las luchas externas.

Esta duplicidad estructural que hace que, como sucede a menudo con los productos literarios o artísticos destinados al mercado masivo, todo discurso político esté doblemente codificado y apunte a la vez hacia el público masivo de clientes y hacia el público restringido de competidores, encuentra su límite en lo que la tradición revolucionaria de la URSS llama la "lengua de Esopo". Ese lenguaje indirecto, al que los revolucionarios recurrían para escapar a la censura zarista, reaparece en el partido bolchevique en ocasión del conflicto entre los partidarios de Stalin y de Bujarin, es decir, cuando se trata de evitar, por "patriotismo de partido", que los conflictos al interior del Politburó o del Comité Central se filtren fuera del partido. Enmascarando bajo una apariencia anodina una verdad oculta que "todo militante suficientemente culto" sabe descifrar, puede ser objeto, según sus destinatarios, de dos interpretaciones diferentes[33].

No existe manifestación más evidente de este efecto de campo que esta especie de *cultura esotérica*, hecha de problemas totalmente ajenos o inaccesibles al común de la gente, de conceptos y discursos sin referente en la experiencia del ciudadano ordinario y, sobre todo, tal vez, de distingos, matices, sutilezas, finezas, que pasan desapercibidos ante los no iniciados y que no tienen otra razón de ser que las relaciones de conflicto o de competencia entre las diferentes organizaciones o entre las "tendencias" o "corrientes" de una misma organización. Podemos nuevamente citar el testimonio de Gramsci: "Nosotros, los demás, nos alejamos de la masa: entre nosotros y la masa se forma una pantalla de *quid pro quos*, de malentendidos, de juego verbal complicado. Terminaremos por aparecer como gente que

33 Cf. S. Cohen, *Nicolas Boukharine, la vie d'un bolchevik*, París, Maspero, 1979, pp. 330 y 435.

quiere a toda costa conservar su lugar"[34]. En realidad, lo que hace que esta cultura propiamente política permanezca inaccesible a la gran mayoría es, seguramente, menos la complejidad del lenguaje en el que se expresa, que la complejidad de las relaciones sociales constitutivas del campo político que en él se expresan: esta creación artificial de las luchas de Curie aparece menos como ininteligible que como desprovista de razón de ser ante aquellos que, al no estar en el juego, "no le ven el interés" y no pueden comprender que tal o cual otro distingo entre dos palabras o dos expresiones de un discurso-desafío, programa, plataforma, moción o revolución, haya dado lugar a semejantes debates, porque no se adhieren al principio de las oposiciones que suscitaron estos distingos[35].

Un sistema de distancias

De este modo, la estructura del campo y la competencia cuya forma y objetos (*enjeux*) determina, contribuyen, tanto como la relación directa y única reconocida *con* los clientes, descritos como mandantes, a determinar las tomas de posición por intermedio de las presiones e intereses asociados a una posición determinada en el campo y en la competencia que en él se desarrolla. La producción de tomas de posición jamás puede ser completamente independiente del sistema de tomas de posición en pugna propuestas por el conjunto de los agentes y las organizaciones en competencia: la *problemática política* es ese espacio de posibles objetivamente ofrecidos a la elección de cada uno de los productores (o de los consumidores) bajo la forma, muy concreta, del conjunto de tomas de posición efectivamente propuestas en el conjunto de las posiciones constitutivas del campo, en un momento dado del tiempo. Los partidos, al igual que las "tendencias" o las "corrientes" en el seno de los partidos, sólo tienen una existencia relacional y sería vano intentar definir lo que son y lo que profesan independientemente de lo que son y profesan sus competidores en el seno del mismo campo. Así como los movimientos artísticos, literarios o incluso filosófi-

34 A. Gramsci, *op. cit.*, t. II, p. 225.

35 Entre los factores de este efecto de cierre y de la forma tan particular de esoterismo que engendra, se debe contar la tendencia, a menudo observada, de los miembros permanentes de los aparatos políticos a frecuentar sólo a otros miembros permanentes.

cos, los movimientos políticos existen y subsisten únicamente en y por la relación de oposición continuamente renovada, por el efecto mismo de la lucha que los une a los movimientos competidores, lo cual explica el fracaso de todas las tentativas por definir de forma absoluta los conceptos en –ismo que les son aplicados, por ejemplo, las de todos los historiadores de Alemania que, después de Rosenberg, intentaron definir el "conservadurismo" sin ver que debía cambiar continuamente de contenido sustancial para conservar su *valor* relacional[36].

Debido a que todo campo político tiende a organizarse alrededor de la oposición entre dos polos (que, como los partidos del sistema americano, pueden constituir verdaderos campos organizados según divisiones análogas), las relaciones entre las doctrinas o los grupos situados en las posiciones polares, "partido del movimiento" y "partido del orden", "progresistas" y "conservadores", "izquierda" y "derecha", presentan propiedades *invariantes*. Las propiedades de los partidos que las tipologías realistas registran se comprenden inmediatamente si las relacionamos con la fuerza relativa de los dos polos, con la distancia que los separa y que rige las propiedades de sus ocupantes, partidos u hombres políticos (y en particular su propensión a la divergencia hacia los extremos o a la convergencia hacia el centro) e, inseparablemente, la probabilidad de que sea ocupada la posición central, intermedia, el lugar neutro. El campo en su conjunto se define como un sistema de distancias de niveles diferentes y nada, ni en las instituciones o los agentes, ni en los actos o los discursos que producen, tiene sentido más que relacionalmente, por el juego de oposiciones y distinciones. Es así, por ejemplo, que la oposición entre la "derecha" y la "izquierda" puede mantenerse en una estructura transformada a costa de un

---

36 Esto es aún más cierto con los "conceptos" del "materialismo histórico" cuyos productores y usuarios olvidan, paradójicamente, que también tienen una historia, y que a menudo deben su existencia y su sustancia a los conflictos en los que se engendraron. Armas del análisis y también del anatema, instrumentos de conocimiento pero también instrumentos de poder, todos estos conceptos en –ismo que la tradición marxológica eterniza tratándolos como simples construcciones conceptuales, libres de todo contexto y separadas de toda función estratégica, están "a menudo ligados a las circunstancias, manchados de generalizaciones prematuras, marcados por polémicas acerbas" y engendrados "en la divergencia, en las confrontaciones violentas entre representantes de diversas corrientes" (G. Haupt, "Les marxistes face à la question nationale: l'histoire du problème" en G. Haupt, M. Lowy y C. Weill, *Les marxistes et la question nationale, 1848-1914*, París, Maspero, 1974, p. 11).

intercambio parcial de las tomas de posición entre los que ocupan estas posiciones en dos momentos diferentes (o en dos lugares diferentes): el racionalismo, la fe en el progreso y en la ciencia que, entre las dos guerras, en Francia como en Alemania, eran asunto de la izquierda, mientras que la derecha nacionalista y conservadora se entregaba más bien al irracionalismo y al culto a la naturaleza, son hoy en día, en estos dos países, el corazón del nuevo credo conservador, basado en la confianza en el progreso, la técnica y la tecnocracia, en tanto que la izquierda trae de vuelta temas ideológicos o prácticas que pertenecían propiamente al polo opuesto, como el culto (ecológico) a la naturaleza, el regionalismo y un cierto nacionalismo, la denuncia del mito del progreso absoluto, la defensa de la "persona".

La misma estructura diádica o triádica que organiza el campo en su conjunto puede reproducirse en cada uno de sus puntos, es decir, en el seno del partido o del grupúsculo, según la misma lógica doble, a la vez interna y externa, que pone en relación los intereses específicos de los profesionales y los intereses reales o presuntos de sus mandantes, reales o presuntos. Es sin duda en el seno de los partidos cuya clientela es la más desamparada y, por este hecho, la más propensa a entregarse al partido, que la lógica de las oposiciones internas puede manifestarse más claramente. De modo que no hay nada que dé cuenta mejor de las tomas de posición que una *topología* de las posiciones a partir de las cuales se enuncian. "En lo que concierne a Rusia, siempre supe que en la *topografía* de las fracciones y tendencias, Radek, Trotski y Bujarin tenían una posición de izquierda; Zinoviev, Kámanev y Stalin una posición de derecha, mientras que Lenin estaba al *centro* y hacía de *árbitro* para el conjunto de la situación, esto naturalmente en el lenguaje político corriente. El núcleo que llamamos leninista sostiene, es bien sabido, que estas posiciones 'topográficas' son absolutamente ilusorias y falaces"[37]. Efectivamente, todo sucede como si la distribución de las posiciones en el campo implicara una distribución de papeles; como si cada uno de los protagonistas fuera llevado o devuelto a sus tomas de posición, tanto por la *competencia* con los ocupantes de las posiciones más alejadas y también de las más próximas, que amenazan de diferentes formas su existencia, como por *la contradicción lógica* entre sus tomas de posición y las que ellos defienden.

De este modo, ciertas oposiciones recurrentes, como la que se establece entre la tradición libertaria y la tradición autoritaria, no son más que la transcripción al plano de las luchas ideológicas de la contradicción funda-

37 A. Gramsci, *op. cit.*, t. II, p. 258 (subrayado por nosotros).

mental del movimiento revolucionario, obligado a recurrir a la disciplina y a la autoridad, hasta a la violencia, para combatir a la autoridad y a la violencia. Contestación herética de la iglesia herética, revolución contra "el poder revolucionario establecido", la crítica "izquierdista" en su forma "espontaneísta" se esfuerza por explotar contra los que dominan el partido la contradicción entre las estrategias "autoritarias" en el seno del partido y las estrategias "anti-autoritarias" del partido en el seno del campo político en su conjunto. Y encontramos hasta en el movimiento anarquista, que reprocha al marxismo su autoritarismo[38], una oposición igual entre el pensamiento "plataformista" que, preocupado por poner los fundamentos de una organización anarquista poderosa, relega a segundo plano la reivindicación de la libertad ilimitada de los individuos y de los pequeños grupos, y el pensamiento "sintetista" que prefiere dejar su plena independencia a los individuos[39].

Pero aquí también, al favor de las homologías entre las posiciones ocupadas por los líderes en el campo político y las posiciones ocupadas por sus clientes actuales o potenciales en las regiones inferiores del espacio social, los conflictos internos se encuentran con conflictos externos. Así, es en la medida (y únicamente en la medida) en que cada tendencia del movimiento obrero es llevada a apelar a los sectores homólogos del mundo obrero, que las divisiones y contradicciones reales de ese mundo pueden encontrar su correspondencia en las contradicciones y divisiones de los partidos obreros: los intereses del subproletariado no organizado sólo tienen la oportunidad de acceder a la representación política (sobre todo cuando está compuesto por extranjeros, desprovistos del derecho al voto, o de etnias estigmatizadas) en la medida en que se conviertan en un arma y en un objeto (*enjeu*) en la lucha que, en ciertos estados del campo político, opone el espontaneísmo o, en el límite, el voluntarismo ultra-revolucionario, siempre inclinados a privilegiar a las fracciones menos organizadas del proletariado cuya acción espontánea precede o desborda la organización, al centralismo (calificado por sus adversarios de "burocrático-mecanicista") para el que la organización, es decir el partido, precede y condiciona la lucha.

---

38 Sabemos que Bakunin, que impone la sumisión absoluta a los órganos dirigentes en los movimientos que forma (por ejemplo la Fraternidad Nacional), y que es en el fondo partidario de la idea "blanquista" de las "minorías actuantes", es llevado, en su polémica contra Marx, a denunciar el autoritarismo, a exaltar la espontaneidad de las masas y la autonomía de las federaciones.

39 J. Maitron, *Le mouvement anarchiste en France*, París, Maspero, 1975, t. II, pp. 82-83.

Un análisis del campo político de producción y, en su seno, del subcampo de los "partidos de izquierda" o del "movimiento obrero", mostraría sin duda que las diferentes visiones, incluso opuestas, de la acción revolucionaria, del futuro del capitalismo, de la relación entre el partido y las masas, etc., están estrechamente ligadas a la posición, central y dominante, o marginal y dominada, dentro del aparato partidario, posición a su vez estrechamente dependiente del capital cultural poseído, especialmente con la oposición entre los intelectuales patentados y los "autodidactas". Es evidente, por ejemplo, que el economicismo y la propensión a acentuar el lado determinista, objetivista y científico del marxismo se encuentran en los "teóricos" (por ejemplo Tugan-Baranowski o los "economistas" en el seno del partido socialdemócrata) más que en los "militantes" o en los "agitadores", a menudo "autodidactas", es decir, desprovistos de títulos específicos en materia de filosofía o de economía. La oposición entre el "centralismo" y el "espontaneísmo" o, más ampliamente, entre el socialismo autoritario y el socialismo libertario, parece variar de manera totalmente paralela, ya que la propensión al cientismo o al economicismo induce a dar a los detentores del conocimiento el derecho a definir autoritariamente las orientaciones del "movimiento". He aquí sin duda uno de los principios de la oposición entre Bakunin y Marx, cuya vida está atravesada por la división entre el espontaneísmo subjetivista y el objetivismo cientista y determinista, entre el "militante" y el "científico" –que se resuelve, a medida que envejece– en favor del "científico".

Consignas e ideas-fuerza

La tendencia a la autonomización y a la partición indefinida en minúsculas sectas antagonistas inscrita, en estado de potencialidad objetiva, en la constitución de un cuerpo de especialistas dotados de intereses específicos y en situación de competencia por el poder en el campo político (o en tal o cual otro sector de este campo, por ejemplo, en un aparato partidario), es contrarrestada, en diferentes grados, por el hecho de que el desenlace de las luchas internas depende de la fuerza que los agentes y las instituciones comprometidos en esta lucha puedan movilizar fuera del campo. En otros términos, la tendencia a la escisión encuentra su límite en el hecho de que la fuerza de un discurso depende menos de sus propiedades intrínsecas que de la fuerza movilizadora que ejerce, es decir, al menos en parte, del grado en el que es

reconocido por un grupo numeroso y poderoso que se reconoce en él y cuyos intereses expresa (bajo una forma más o menos transfigurada e irreconocible).

La simple "corriente de ideas" se convierte en un movimiento político sólo cuando las ideas ofrecidas llegan a hacerse reconocer más allá del círculo de profesionales. Las estrategias que las necesidades de la lucha interna imponen a los profesionales, y que pueden tener por fundamento objetivo, más allá de las diferencias profesadas, diferencias de habitus y de intereses (o más precisamente, de capital económico y escolar, y de trayectoria social), ligadas a posiciones diferentes en el campo, solamente pueden tener éxito en la medida en que coincidan con las expectativas (a veces inconscientes) de grupos externos al campo. Es así cómo las tendencias a la escisión sectaria se encuentran contrarrestadas continuamente por las obligaciones impuestas por la competencia que hacen que, para triunfar en sus luchas internas, los profesionales deban apelar a fuerzas que no son todas y totalmente internas (a diferencia de lo que sucede en el campo científico o artístico donde el éxito ante los profanos encierra siempre la amenaza del descrédito). Los grupúsculos de vanguardia no pueden importar al campo político la lógica característica del campo intelectual, no sólo porque están desprovistos de base, y por consiguiente de obligaciones, sino también de fuerza. Funcionando en calidad de sectas nacidas de la escisión y condenadas a la escisiparidad, y consiguientemente basadas en un renunciamiento a la universalidad, pagan con una pérdida de poder y de eficacia la afirmación de la plena calificación técnica y ética que define a la *ecclesia pura* (a los Puritanos), al universo de los "puros" y de los "puristas", capaces de manifestar su excelencia de políticos virtuosos en su apego a las tradiciones más puras y más radicales ("la revolución permanente", "la dictadura del proletariado", etc.). Bajo pena de excluirse del juego político y de la ambición de participar, si no en el poder, por lo menos en el poder de influir en la distribución de poder, el hombre político, y con mayor razón el jefe de partido y el mismo partido, no pueden entregarse a virtudes tan exclusivas: así como la Iglesia se fija como misión prodigar su gracia de institución a todos los fieles, justos o injustos, y someter a los pecadores, sin distinción, a la disciplina del mandamiento divino, el partido se fija como meta ganar a su causa al mayor número posible de refractarios (este es el caso en que el partido comunista se dirige, en período electoral, a "todos los republicanos de progreso"). Por esto no duda, con el fin de ampliar su base y atraer hacia él a la clientela de los partidos competidores, en transigir con la "pureza" de su línea y en jugar más o menos conscientemente con las ambi-

güedades de su programa. De esto resulta que, entre las luchas que tienen lugar en cada partido, una de las más constantes se entabla entre los que denuncian los pactos necesarios para aumentar la *fuerza* del partido (por lo tanto de los que lo dominan), pero en detrimento de su *originalidad*, es decir, a costa de un abandono de las tomas de posición distintivas, inéditas y originales y que llaman por consiguiente a un retorno a sus orígenes, a una restauración de la pureza original, y por otro lado, los que se inclinan a buscar el reforzamiento del partido, es decir, la ampliación de la clientela, así fuera a costa de transacciones y de concesiones, o incluso de una interferencia metódica de todo cuanto las posiciones originales del partido pueden tener de demasiado "exclusivo". Los primeros jalan al partido hacia la lógica del campo intelectual que, llevada al límite, puede despojarlo de toda fuerza temporal; los segundos poseen la lógica de la *Realpolitik* que es la condición del acceso a la existencia política.

Los electores se ven enfrentados, en sus estrategias de voto, a una alternativa similar: en realidad, tienen que escoger entre una representación (partido, diputado, representante, etc.) adecuada, pero poco poderosa (grupúsculo, etc.), y una representación imperfecta (incluyendo el paradigma y el *catch-all party*) pero, por eso mismo, poderosa: es decir que la lógica misma que, al menos en período normal (los tiempos de crisis pueden ser favorables a la emergencia política de individuos aislados) identifica debilidad numérica con debilidad política, puede obligar a opciones de compromiso y confiere en todo caso una ventaja decisiva a las tomas de posición garantizadas respecto de las opciones originales.

El campo político es, pues, el terreno de una competencia por el poder, que se realiza por intermedio de una competencia por los profanos o, mejor, por el monopolio del derecho a hablar y a actuar en nombre de una parte más o menos extendida de profanos. El portavoz se adueña no solamente de la palabra del grupo de profanos, es decir, la mayor parte del tiempo, de su silencio, sino también de la fuerza misma de este grupo que él contribuye a producir prestándole una palabra reconocida como legítima en el campo político. La fuerza de las ideas que propone no se mide, como en el terreno de la ciencia, por su valor de verdad (aunque deban una parte de su fuerza a la capacidad de convencer de que él posee la verdad), sino por la fuerza de movilización que encierran, vale decir por la fuerza del grupo que las reconoce, ya sea por el silencio o por la ausencia de desmentido, y que puede manifestar recolectando sus votos o concentrándolos en el espacio. Esto es lo que hace que el campo de la política, donde buscaríamos vana-

mente una instancia capaz de legitimar las instancias de legitimidad, oscile siempre entre dos criterios de validación: la ciencia y el plebiscito[40].

En política, "decir es hacer" significa, más exactamente, darse los medios de hacer, haciendo creer que podemos hacer lo que decimos, haciendo conocer y reconocer principios de visión y de división del mundo social que, como las *consignas*, producen su propia confirmación produciendo grupos y, de este modo, un orden social. La palabra política –es lo que la define propiamente– compromete totalmente a su autor porque constituye un compromiso por hacer que no es verdaderamente político, a menos que sea obra de un agente o de un grupo de agentes *responsables políticamente*, es decir, capaces de comprometer a un grupo y a un grupo que sea capaz de cumplirla: es únicamente bajo esta condición que ésta equivale a un acto. La verdad de la promesa, o del pronóstico, depende de la veracidad, pero también de la autoridad de aquel que la pronuncia, vale decir, de su capacidad de hacer creer en su veracidad y en su autoridad. Cuando admitimos que el futuro que está en discusión depende de la voluntad y de la acción colectivas, las ideas-fuerza del portavoz capaz de suscitar esta acción son infalsificables puesto que tienen el poder de hacer que el futuro que anuncian se haga realidad. (Esto es ciertamente lo que hace que, para toda la tradición revolucionaria, el tema de la verdad sea indisociable del tema de la libertad o de la necesidad histórica: si admitimos que el futuro, es decir, la verdad política, depende de la acción de los responsables políticos y de las masas –y todavía se debería precisar en qué grado–, Rosa Luxemburgo tuvo razón contra Kautsky, quien contribuyó a hacer que sucediera lo que era probable, y que anunciaba, no haciendo lo que debía hacerse según Rosa Luxemburgo; en el caso contrario, Rosa Luxemburgo se equivocó ya que no supo prever el futuro más probable).

Lo que sería un "discurso irresponsable" en la boca de uno, es una previsión razonable en la boca de otro. Las declaraciones políticas, programas, promesas, previsiones o pronósticos ("ganaremos las elecciones") jamás son verificables o falsificables lógicamente; son verdaderas sólo en la medida en que aquel que las enuncia (por cuenta propia o en nombre de un grupo) es capaz de volverlas históricamente verdaderas, haciéndolas ocurrir en la historia, lo cual depende inseparablemente de su aptitud para

40 No es por casualidad que el sondeo de opinión manifieste la contradicción entre dos principios de legitimidad antagonistas, la ciencia tecnocrática y la voluntad democrática, alternando las preguntas que invitan al juicio de experto o al deseo de militante.

apreciar de manera realista las posibilidades de éxito de la acción destinada a hacerlos pasar al acto, y de sus capacidades de movilizar las fuerzas necesarias para hacerlo, logrando inspirar la confianza en su propia veracidad, y, por lo tanto, en sus posibilidades de éxito. Dicho de otra forma, la palabra del *portavoz* debe una parte de su "fuerza ilocucionaria" a la fuerza (y especialmente al número) del grupo que contribuye a producir como tal, a través del acto de simbolización, de representación, de manifestación. Esta fuerza propiamente simbólica tiene su principio en el trabajo de enunciación, de explicitación, que revela al grupo ante sí mismo, otorgando al enunciado toda la fuerza que contribuye a producir movilizando actualmente o potencialmente al grupo al cual se dirige. Esto se ve claramente en la lógica tan típicamente política de la promesa o, mejor aún, de la predicción: verdadera *self-fulfilling prophecy*, la palabra por la cual el portavoz atribuye una voluntad, un proyecto, una esperanza o, muy simplemente, un futuro a un grupo, *hace lo que dice* siempre y cuando los destinatarios se reconozcan en ella, confiriéndole la fuerza simbólica y también material (bajo forma de votos pero también de subvenciones, contribuciones, fuerza de trabajo o de combate, etc.) que le permite realizarse. Porque basta que las ideas sean profesadas por algunos *responsables* para que se conviertan en ideas-fuerza capaces de imponerse a la creencia o, incluso, en consignas capaces de movilizar o de desmovilizar la fuerza que encierran los grupos, en tanto los errores están condenados a aparecer como *faltas* o, en el lenguaje corriente, como "traiciones".

Crédito y creencia

El capital político es una forma de capital simbólico, *crédito* fundado en las innumerables operaciones de crédito por las que los agentes confieren a una persona (o a un objeto), socialmente designada como digna de confianza, los poderes que ellos le reconocen. Poder objetivo que puede ser objetivado en cosas (y en particular en todo lo que hace el simbolismo del poder, tronos, cetros y coronas), al estilo de la *fides*[41] tal cual la analiza Benveniste, el poder simbólico es un poder tal que quien lo sufre *reconoce* en quien lo ejerce y, al mismo tiempo, a quien lo ejerce. *Credere*, dice Ben-

41 E. Benveniste, *Le vocabulaire des institutions indo-européennes*, t. I, París, Éditions de Minuit, 1969, pp. 115-121.

veniste, "es literalmente situar el *kred*, es decir, el poder mágico, en un ser del que se espera protección, por lo tanto creer en él[42] . Especie de fetiche, el hombre político obtiene su poder propiamente mágico sobre el grupo, de la creencia del grupo en la representación que da al grupo y que es una representación del grupo mismo y de su relación con los otros grupos. Mandatario unido a sus mandantes por una suerte de contrato racional (el programa), es también héroe, unido por una relación mágica de identificación a los que, como se dice, "depositan en él todas sus esperanzas". Y debido a que su capital específico es un mero *valor fiduciario* que depende de la representación colectiva, más o menos completamente objetivada en cosas o instituciones, el hombre político es especialmente vulnerable a las sospechas, a las calumnias, al escándalo, en resumen, a todo lo que amenaza la confianza (y esto tanto más completamente, ya lo veremos después, cuanto su capital le debe menos a la delegación)[43]. Este capital sumamente *lábil* sólo puede ser conservado a costa del trabajo permanente que es necesario para acumular el crédito y evitar el descrédito: de aquí vienen todas las precauciones, todos los silencios, todos los disimulos que impone a personajes públicos, situados sin cesar ante el tribunal de la opinión, la inquietud constante de no decir o de no hacer nada que pudiera ser recordado por la memoria de los adversarios, principio despiadado de irreversibilidad, de no traicionar nada que pudiera contradecir las profesiones de fe, presentes o pasadas, o desmentir su constancia en el curso del tiempo[44]. Y la atención

---

42 *bid.*

43 La violencia de la polémica política y el recurso constante a la denuncia ética que se arma, a menudo, de argumentos dirigidos contra la persona o, incluso, contra su apariencia física, con la *caricatura*, por ejemplo, se explica también por el hecho de que las ideas-fuerza deben una parte de su crédito al crédito de la persona que, al profesarlas, las garantiza, y que no se trata solamente de rechazarlas, por una argumentación puramente lógica, sino de *desacreditarlas* desacreditando a su autor.

44 La prudencia extrema que define al político realizado y que se mide en particular por el alto grado de eufemización de su discurso, se explica sin duda por la vulnerabilidad extrema del capital político que hace del oficio del hombre político una profesión de alto riesgo, sobre todo en los períodos de crisis en que, como vemos en el caso de de Gaulle y Petain, pequeñas diferencias en las disposiciones y en los valores comprometidos pueden dar lugar a elecciones totalmente exclusivas: esto debido a que imponiendo un sistema de clasificación organizado en torno a un solo criterio, propia y exclusivamente político, las situaciones extra-ordinarias debilitan la posibilidad de compromisos, ambigüedades, juegos dobles, pertenencias múltiples, etc., a los que autoriza el recurso ordinario a criterios de clasificación múltiples y parcialmente integrados.

especial que los hombres políticos deben prestar a todo lo que contribuye a producir la representación de su *sinceridad* o de su desinterés, se explica si se piensa que estas disposiciones aparecen como la última garantía de la representación del mundo social que se esfuerzan por imponer, de los "ideales" y de las "ideas" que tienen la misión de hacer reconocer[45].

Las especies del capital político

"Banquero de hombres en régimen de monopolio"[46], como dice Gramsci respecto de los funcionarios sindicalistas, el hombre político debe su autoridad específica dentro del campo político –lo que el lenguaje corriente denomina el "peso político"– a la fuerza de movilización que posee, sea a título personal o por delegación, en su calidad de mandatario de una organización (partido, sindicato) poseedora de un capital político acumulado en el curso de luchas pasadas, y primeramente en forma de cargos –dentro del aparato o fuera del aparato– y de militantes *atados* a estos cargos[47]. El

45 Esta es la causa por la cual el hombre político tiene intereses comunes con el periodista, poseedor de un poder sobre los instrumentos de difusión masiva que le da un poder sobre toda especie de capital simbólico: capaces, al menos en ciertas coyunturas políticas, de controlar el acceso de un hombre político o de un movimiento a la condición de fuerza política que cuenta, y más comúnmente, de contribuir a hacer o a deshacer las reputaciones, los periodistas están condenados, como el crítico, al papel de beneficiadores que no están en condiciones de hacer para su propio beneficio lo que hacen. Esto hace que mantengan con aquellos que han contribuido a crear (proporcionalmente a su valor como beneficiadores), una relación de *ambivalencia* que los lleva a oscilar entre la sumisión admirativa o servil y el rencor pérfido, presto a expresarse al primer paso en falso del ídolo que contribuyeron a producir.

46 "Estos jefes se convirtieron en banqueros de hombres en régimen de monopolio, y la más mínima alusión a una competencia los vuelve locos de terror y de desesperación" (A. Gramsci, *op. cit.* t. II, p. 85). "Por muchos aspectos, los dirigentes sindicales representan un tipo social similar al *banquero*: un banquero experto, que tiene un buen instinto en los negocios, que sabe prever con cierta exactitud el curso de las bolsas y de los contratos, da crédito a su institución, atrae a los ahorristas y a los cobradores de intereses; un dirigente sindicalista, que en pleno enfrentamiento de las fuerzas sociales en lucha sabe prever los posibles resultados, atrae a las masas hacia su organización, se convierte en un "*banquero de hombres*" (*op. cit.*, p. 181).

47 La oposición entre los dos tipos de capital político es el origen de una de las diferencias fundamentales entre los representantes del PC y los del PS: "Mientras que la gran mayoría de los alcaldes socialistas evocan su 'notoriedad', basada en el prestigio familiar, en la competencia profesional o en los servicios prestados en una actividad cualquiera, los dos tercios de los comunistas se consideran primero y ante todo delegados de su partido" (D. Lacorne, *Les notables rouges*, París, Presses de la fondation nationale des sciences politiques, 1980, p. 67).

capital personal de "notoriedad" y de "popularidad" basado en el hecho de *ser conocido* y *reconocido* como persona (de tener un "nombre", un "renombre", etc.) y también en la posesión de un cierto número de calificaciones específicas que son la condición de la adquisición y de la conservación de una "buena reputación", es a menudo el producto de la reconversión de un capital de notoriedad acumulado en otros terrenos (y en particular en profesiones que, como las profesiones liberales, garantizan tiempo libre y suponen un cierto capital cultural y, en el caso de los abogados, un dominio profesional de la elocuencia). Mientras que este capital personal de *notable* es producto de una acumulación lenta y continua, que toma en general toda una vida, el capital personal que podemos llamar heroico o profético y en el que piensa Max Weber cuando habla de "carisma", es producto de una acción inaugural, llevada a cabo en situación de crisis, en el vacío y el silencio dejados por las instituciones y los aparatos: acción profética de otorgación de sentido, que se fundamenta y se legitima a sí misma, retrospectivamente, por la confirmación que su propio éxito confiere al lenguaje de crisis y a la acumulación inicial de fuerza de movilización que realizó[48].

Contrariamente al capital personal que desaparece con la persona de su portador (aunque pueda dar lugar a disputas de herencia), el capital delegado de autoridad política es, como el del sacerdote, del profesor y, más generalmente, del *funcionario*, producto de la transferencia limitada y provisional (aunque renovable, a veces de por vida) de un capital poseído y controlado por la institución, y únicamente por ella[49]. Es el partido el que, a través de la acción de sus altos dirigentes y de sus militantes, acumuló, en el curso de la historia, un capital simbólico de *reconocimiento* y de *fidelidad* y se dotó, para y por la lucha política, de una organización permanente de miembros permanentes capaces de movilizar a los militantes, a los adherentes y simpatizantes y de organizar el trabajo propagandístico necesario

48 Pensaremos sin duda en la aventura gaullista. Pero encontraríamos también el equivalente en una región totalmente opuesta del espacio social y político. Es así que Denis Lacorne observa que los elegidos comunistas que gozan de una notoriedad personal deben casi siempre su condición de "personalidad local" a un "acto de naturaleza heroica" realizado durante la Segunda Guerra Mundial (D. Lacorne, *op.cit.*, p. 69).

49 Dicho esto, la misión política se distingue, incluso en este caso, de una simple función burocrática en que sigue siendo, como lo vimos, una misión que compromete a toda la persona.

para obtener los votos y de esta forma *los puestos* que permitan mantener y conservar duraderamente a los miembros permanentes. Este aparato de movilización, que distingue al partido o al sindicato tanto del club aristocrático como del grupo intelectual, se apoya *a la vez* en estructuras objetivas como la burocracia de la organización propiamente dicha, los puestos que ofrece con todos los beneficios correlativos, dentro de ella misma o en las administraciones públicas, las tradiciones de reclutamiento, de formación y de selección que la caracterizan, etc., y en las disposiciones, trátese de la fidelidad al partido o de los principios incorporados de división del mundo social que los dirigentes, los miembros permanentes o los militantes utilizan en su práctica cotidiana y en su acción propiamente política.

La *investidura*, acto propiamente mágico de *institución*, por el que el partido *consagra* oficialmente al candidato oficial a una elección, marca la transmisión de un capital político. Debido a esto, tiene sin duda mucho más en común de lo que parece con la investidura medieval que solemnizaba la tradición de un feudo o de bienes raíces. Lo cierto es que la investidura no puede ser sino la contrapartida de una profunda entrega a la institución y a sus garantes, avalada por una larga *inversión* de tiempo, de trabajo, de sumisión, y hasta de devoción. No es por casualidad que los partidos, al igual que las iglesias, sitúan tan a menudo a oblatos a la cabecera. La ley que rige los intercambios entre los agentes y las instituciones puede enunciarse como sigue: la institución da todo, comenzando por el poder sobre la institución, a los que dieron todo a la institución, pero porque no eran nada fuera de la institución y sin la institución, y porque no pueden renegar de la institución sin negarse a sí mismos, privándose de todo lo que son por y para la institución, a la que deben todo.

Podemos citar aquí a Michels: "Los conservadores más tenaces de un partido son aquellos que más dependen de él"[50]. Y más adelante: "Un partido que dispone de unas arcas bien guarnecidas puede no solamente renunciar al apoyo material de sus miembros más acaudalados y eliminar de este modo su preponderancia en los asuntos internos, sino también proveerse de un cuerpo de funcionarios leales y devotos, porque sacan del partido sus medios de existencia[51]. O a Gramsci: "Hoy en día los representantes de las cooperativas, de las oficinas de colocación, de las viviendas obreras, de los municipios, de las cajas de previsión, aunque son la minoría en el parti-

50 R. Michels, *op. cit.*, p. 101.
51 R. Michels, *op. cit.*, p. 105.

do, aventajan a los magistrados, a los periodistas, a los profesores, a los abogados, que persiguen inaccesibles y vanos planes ideológicos"[52].

En resumen, la institución inviste a quienes *invirtieron* en la institución: la inversión consiste en servicios prestados, frecuentemente más valorados por la institución cuanto más costosos psicológicamente son (como todas las "pruebas" de iniciación), por tanto aptos para favorecer la inversión psicológica en la institución. Puesto que la dependencia psicológica viene así a reforzar a la dependencia material, se comprende que la exclusión, como suspensión del capital de autoridad institucional y de todos los seguros y seguridades asociados, tome tan frecuentemente la forma de una *quiebra*, de una *bancarrota* a la vez social y psicológica (esto tanto más cuanto que, como la excomunión y la exclusión del sacrificio divino, se acompaña a menudo de un "rudo boicot social" "con la forma del rechazo a relacionarse con el excluido")[53]. Aquel que está investido de un *capital de función*, equivalente a la "gracia institucional" o al "carisma de función" del sacerdote, puede no poseer ninguna otra "calificación" más que la que le otorga la institución por el acto de investidura. Y, nuevamente, es la institución la que controla el acceso a la *notoriedad personal* controlando, por ejemplo, el acceso a las posiciones más *a la vista* (la de secretario general o de portavoz), o a los lugares de gran visibilidad (como actualmente los grandes "shows" en la radio o la televisión, o las conferencias de prensa). El poseedor de un capital delegado puede, sin embargo, obtener capital personal mediante una estrategia sutil que consiste en tomar, con relación a la institución, el máximo de distancia compatible con el mantenimiento de la pertenencia y la conservación de las ventajas correlativas. De esto resulta que el elegido del aparato depende por lo menos tanto del aparato como de sus electores –que se los debe al aparato y que pierde en caso de ruptura con el aparato– y también resulta que, a medida que la política se "profesionaliza" y los partidos se "burocratizan", la lucha por el poder político de movilización tiende siempre más a convertirse en una competencia de dos grados: el desenlace de la competencia por el poder sobre el aparato que se desarrolla en el seno del aparato, *únicamente entre los profesionales*, rige la elección de los que podrán entrar en la lucha por la conquista de los simples

52 A. Gramsci, *op. cit.*, t. II, p. 193.

53 M. Weber, *op. cit.*, t.II, p. 880 y también p. 916. Aquí también se comprende la analogía entre la experiencia del excluido y la de aquel que colgó los hábitos.

laicos; esto es lo que hace que la lucha por el monopolio de la elaboración y de la difusión de los principios de visión del mundo social, esté cada vez más estrechamente reservada a los profesionales y a las grandes unidades de producción y difusión, excluyendo de hecho a los pequeños productores independientes (comenzando por los "intelectuales libres").

La institucionalización del capital político

La delegación del capital político presupone la objetivación de esta especie de capital en instituciones permanentes, su materialización en "máquinas" políticas, en puestos e instrumentos de movilización, y su reproducción continua por medio de mecanismos y estrategias. La delegación es entonces propia de las empresas políticas ya antiguas que acumularon un capital político objetivado importante, en forma de puestos en el seno del partido mismo, en todas las organizaciones más o menos subordinadas al partido y también en los organismos del poder local o central, que están directa o indirectamente controlados por el partido (municipios, comités de empresas, etc.) y en toda la red de empresas industriales o comerciales que viven en simbiosis con estos organismos[54]. La objetivación del capital político garantiza una independencia relativa con relación a la sanción electoral, sustituyendo la dominación directa sobre las personas y las estrategias de inversión personal ("pagar con su persona"), por la dominación mediata que permite mantener duraderamente a los detentores de puestos manteniendo los puestos que poseen. Y comprendemos que a esta nueva definición de las posiciones correspondan características nuevas en las posiciones de sus ocupantes: en efecto, mientras más se institucionaliza el capital político en forma de puestos para tomar o para mantener, más benefi-

54 "Las alcaldías son para el Partido Socialista lo esencial de los medios, de los hombres, de las influencias (...). Mientras maneje las alcaldías, el partido durará, se mantendrá suceda lo que suceda. Se comprende que los municipios sean el gran negocio de los socialistas. A lo sumo el único negocio serio. La ideología, las declaraciones de principios, los planes de acción, los programas, debates, discusiones, diálogos, son importantes, por supuesto (...). Pero a nivel local, el partido está en el poder, o por lo menos tiene esa ilusión. Ese es el motivo por el que no jugamos más cuando se trata de elecciones municipales. Entramos a lo concreto. Defendemos nuestro terreno, sin habladurías teóricas, ávidamente, duramente, hasta el final" (P. Guidoni, *Histoire du nouveau Parti socialiste*, París, Tema-Action, 1973, p. 120).

cios hay en entrar al aparato, inversamente a lo que sucede en las fases iniciales o en los tiempos de crisis –en período revolucionario, por ejemplo– cuando los riesgos son grandes e inmediatos y los beneficios lejanos e inciertos.

El proceso a menudo designado con la palabra vaga de "burocratización" se comprende si vemos que, a medida que avanzamos en el *ciclo de vida de la empresa política*, los efectos que la oferta de cargos estables de miembros permanentes ejerce sobre el reclutamiento vienen a duplicar los efectos, con frecuencia observados[55], que ejerce la ocupación de estos puestos (a través, particularmente, de los privilegios relativos que garantiza). Mientras más adelantado está el proceso de institucionalización del capital político, más la conquista de los "espíritus" tiende a subordinarse a la conquista de los puestos y más los militantes, unidos sólo por la devoción a la "causa", retroceden en beneficio de los "prebendalistas", como los llama Weber, especie de *clientes*, duraderamente ligados al aparato por los beneficios y los provechos que les garantiza, sosteniendo al aparato mientras éste los sostiene retribuyéndoles una parte del botín material o simbólico que conquista gracias a ellos (con el *spoil system* de los partidos americanos, por ejemplo). Dicho de otro modo, a medida que el aparato de movilización se agranda, el peso de los imperativos ligados a la reproducción del aparato y de los puestos que ofrece, sujetando a sus ocupantes a través de toda clase de intereses materiales o simbólicos, no deja de crecer, tanto en la realidad como en las mentes, con respecto a los imperativos que impondría la realización de los fines proclamados del aparato: y se comprende que la preocupación por mantenerse en el poder, o simplemente en la existencia, lleve tan a menudo a los partidos a sacrificar el programa por el que fueron llevados al poder[56].

55 "El desarrollo normal de la organización sindical esparcirá resultados enteramente opuestos a los que habían sido previstos por el sindicalismo: los obreros convertidos en dirigentes sindicales perdieron completamente la vocación laboriosa y el espíritu de clase, y adquirieron todas las características del funcionario pequeño burgués, intelectualmente perezoso, moralmente pervertido o fácil de pervertir. Mientras más se amplía el movimiento sindical, abarcando grandes masas, más se expande el funcionarismo" (A. Gramsci, *op. cit.*, t. III, pp. 206-207).

56 Estos análisis se aplican también en el caso de la Iglesia: a medida que el capital político de la Iglesia se objetiva en las instituciones y, como es el caso en el período reciente, en puestos controlados por la Iglesia (en la enseñanza, la prensa, los movimientos de jóvenes, etc.); el poder de la Iglesia tiende a descansar cada vez menos en la inculcación y la "cura de almas", de manera que se mide sin duda mejor por el número de puestos y de

Los intereses ligados a la reproducción de los aparatos o de las posiciones dentro del aparato y de los poderes o privilegios que aquéllas garantizan, no se revelan nunca tan crudamente como en las relaciones entre los partidos o líderes situados en competencia directa. Así, por ejemplo, el Partido Comunista francés y el Partido Socialista francés deben conciliar de la mejor forma posible los intereses que pueden tener, en un momento determinado, en la unión o en la desunión y los beneficios o pérdidas simbólicos en que pueden incurrir, dependiendo de que una u otra de las estrategias sea aprobada o desaprobada, por toda su clientela o por parte de ella. De lo que resulta que uno de los mayores desafíos de la lucha entre los aparatos es la imposición de una visión de los aparatos y en particular de sus responsabilidades en la unión o la división. Sería bueno releer sobre este punto las declaraciones y los análisis producidos por los aparatos y sus dirigentes a propósito de la ruptura de la unión y la derrota electoral de 1978; observando que los aparatos divididos en cuanto a las razones de la división se ponen de acuerdo para combatir la visión según la cual el principio de la división podría residir en los intereses de los aparatos divididos que, salvo que se anexe al competidor y a su clientela –por una estrategia de "unión en la base"– tienen en común el no poder reproducirse *sin cambiar* más que reproduciendo la división.

Campos y aparatos

Aunque no existe empresa política, por monolítica que pueda parecer, que no sea escenario de enfrentamientos entre tendencias e intereses divergentes[57], resulta que los partidos están tanto más condenados a funcio-

agentes mediatamente controlados por la Iglesia, que por el número de "mesalisantes" o "pascalisantes". (De este modo, se explica que las disposiciones políticas de las autoridades religiosas, y especialmente su relación con los poderes públicos, estén tan completa y directamente determinadas por todo lo que puede afectar a las bases materiales de la existencia social de la Iglesia, como hoy en día los puestos de enseñanza financiados por el Estado).

57 Esto es lo que observamos en el caso aparentemente más desfavorable, el del partido bolchevique: "Detrás de la fachada de una unidad política y organizativa proclamada, conocida con el nombre de 'centralismo democrático', no existían en 1917, ni tampoco en los años posteriores, filosofía o ideología políticas bolcheviques uniformes. Inversamente, el partido ofrecía una notable variedad de puntos de vista: las diferencias iban desde simples palabras, hasta conflictos sobre las opciones fundamentales" (S. Cohen, *op. cit.*, 1979, p. 19).

nar según la lógica del aparato capaz de responder instantáneamente a las exigencias estratégicas inscritas dentro de la lógica del campo político, cuanto más desfavorecidos culturalmente y más atados a los valores de fidelidad están sus mandantes, y por consiguiente más propensos a la delegación incondicional y duradera; cuanto más antiguos y más ricos en capital político objetivado, por tanto más fuertemente determinados en sus estrategias por la inquietud de "defender sus adquisiciones"; cuanto más expresamente formados con miras a la lucha, por consiguiente organizados según el modelo militar del aparato de movilización; cuanto más desprovistos, sus altos dirigentes y miembros permanentes, de capital económico y cultural, por consiguiente más dependientes del partido.

La combinación de la fidelidad política inter e intrageneracional que les garantiza una clientela relativamente estable, despojando a la sanción electoral de una gran parte de su eficacia y de la *fides implicita*, que protege a los dirigentes del control de los profanos, es lo que hace que, paradójicamente, no existan empresas políticas que sean más independientes de las presiones y de los controles de la demanda y más libres de obedecer sólo a la lógica de la competencia entre profesionales (a veces a costa de los más súbitos y paradójicos *cambios de opinión*), que los partidos que se valen al más alto nivel de la defensa de las masas populares[58]. Y esto tanto más cuanto tienden a aceptar el dogma bolchevique, según el cual el hecho de hacer intervenir a los profanos en las luchas internas del partido, de recurrir a ellos o, muy simplemente, de dejar filtrar hacia afuera los desacuerdos internos, tiene algo de profundamente ilegítimo.

Así mismo, los miembros permanentes nunca dependen tanto del partido como cuando su profesión sólo les permite participar en la vida política a costa de un sacrificio de tiempo y de dinero: por tanto, no pueden esperar sino del partido el *tiempo libre* que los notables deben a sus ingresos o a la manera en que los obtienen, es decir, sin trabajar o trabajando de forma intermitente.

58 Aunque conocemos el lugar que el sistema popular de valores otorga a virtudes como la integridad ("ser íntegro", "de una sola pieza", etc.), la fidelidad a la palabra empeñada, la lealtad hacia los suyos, la constancia consigo mismo ("yo soy así", "no me cambiarán", etc.), tantas disposiciones que en otros universos aparecerían como una forma de rigidez, o hasta de estupidez, comprendemos que el efecto de fidelidad en las elecciones ordinarias, que tiende a hacer de la pertenencia política una propiedad casi hereditaria y capaz de sobrevivir a los cambios de condición intra o intergeneracionales, se ejerza con una fuerza particular en el caso de las clases populares y beneficie particularmente a los partidos de izquierda.

A pesar de que presenta rasgos invariables, la oposición entre los *miembros permanentes* y los simples adherentes (o, con mayor razón, los votantes ocasionales), reviste sentidos muy diferentes según los partidos. Esto, por intermedio de la distribución del capital y sobre todo, tal vez, del *tiempo libre* entre clases. Sabemos, en efecto, que si la democracia directa no resiste ante la diferenciación económica y social, es porque, por intermedio de la distribución desigual del tiempo libre resultante, se introduce la concentración de los cargos administrativos en beneficio de los que disponen del tiempo necesario para llenar las funciones gratuitamente o a cambio de una escasa remuneración. Este factor podría también contribuir a explicar la percepción diferencial de las diferentes profesiones (o incluso, de las diferentes posiciones en una misma profesión) en la vida política o sindical y, de manera más general, en todas las responsabilidades semi-políticas. Max Weber observa que los directores de los grandes institutos de medicina y ciencias de la naturaleza son poco propensos y aptos para ocupar los puestos de rector[59] y Robert Michels indica que los científicos que tomaron parte activa en la vida política "vieron a sus aptitudes científicas sufrir un lento pero progresivo descenso"[60]. Si añadimos que las condiciones sociales que favorecen o autorizan la negativa a dar de su tiempo a la política o a la administración inclinan también, muy a menudo, hacia el desprecio aristocrático o profético de los beneficios *temporales* que estas actividades pueden prometer o proporcionar, comprendemos mejor algunos de los invariantes estructurales de la relación entre los intelectuales de aparato (político, administrativo u otro) y los intelectuales "libres", entre obispos y teólogos, o entre decanos, rectores o administradores científicos e investigadores.

Si sabemos, además, que la dependencia de los miembros permanentes es tanto más completa cuanto más débil el capital económico y cultural que poseían antes de su ingreso al partido, comprendemos que quienes salen de la clase obrera tengan el sentimiento de deberle todo al partido, no solamente su posición, que los libera de los servilismos de su antigua condición, sino su cultura, y en resumen todo lo que hace su presente ser: "Y es que el que vive la vida de un partido como el nuestro no hace más que superarse. Me fui con el saber de un escolar de primaria y el partido me obligó a instruirme. Se debe trabajar, leer y devorar muchos libros,

59 M. Weber, *op. cit.*, t. II, p. 698.
60 R. Michels, *op. cit.*, p. 155.

empaparse íntegro... ¡Es una obligación! Si no... ¡seguiría siendo el borriquillo de hace 50 años! Yo digo 'Un militante le debe todo a su partido'"[61]. Comprendemos también que, como lo estableció Denis Lacorne, "el espíritu de partido" y el "orgullo partidario" estén netamente más acentuados entre los miembros permanentes del partido comunista, que entre los miembros permanentes del partido socialista quienes, habiendo salido más a menudo de las clases medias y superiores, y especialmente del cuerpo docente, son en menor medida dependientes del partido.

Vemos que la disciplina y el adiestramiento, tan a menudo sobrestimados por los analistas, se quedarían totalmente impotentes sin la complicidad que encuentran en las disposiciones de sumisión forzada o electiva que los agentes importan al aparato y que son continuamente reforzadas por la solidaridad de las disposiciones aguzadas y por los intereses inscritos en los puestos de aparato. Podemos decir indistintamente que ciertos habitus encuentran las condiciones de su realización, y hasta de su plenitud, dentro de la lógica del aparato, o inversamente, que la lógica del aparato "explota" en su favor las tendencias inscritas en ciertos habitus: podríamos mencionar, por un lado, todos los procedimientos comunes a todas las instituciones totales, por los que el aparato y los que lo dominan imponen la disciplina y ponen en vereda a los herejes y a los disidentes o, por otro lado, los mecanismos que, con la complicidad de aquellos cuyos intereses sirven, tienden a garantizar la reproducción de las instituciones y de sus jerarquías. No terminaríamos de enumerar y analizar las disposiciones que ofrecen sus resortes y engranajes a la mecanización militarista: trátese de la relación dominada con la cultura, que empuja a los miembros permanentes provenientes de la clase obrera hacia una forma de anti-intelectualismo apto para servir de justificación o de coartada a una especie de jdanovismo espontáneo y de corporativismo obrerista, o del resentimiento que saca provecho de la visión estalinista (en el sentido histórico), es decir policíaca, de las "fracciones", y de la tendencia a pensar en la historia con la lógica del complot o, aún más, de la culpabilidad que, inscrita en la posición de falsedad del intelectual, alcanza su máxima intensidad en el intelectual salido de las clases dominadas, tránsfuga, a menudo hijo de tránsfuga, que Sartre evocó magníficamente en el prólogo de *Aden Arabie*. Y no comprenderíamos ciertos "éxitos" extremos de la manipulación de aparato si

61 D. Lacorne, *op. cit.*, p. 114.

no viéramos hasta qué punto estas disposiciones están objetivamente orquestadas, viniendo las diferentes formas de miserabilismo, que predisponen a los intelectuales al obrerismo, a ajustarse por ejemplo al jdanovismo espontáneo para favorecer la instauración de relaciones sociales en las que el perseguido se hace cómplice del perseguidor.

El modelo organizativo de tipo bolchevique que se impuso en la mayoría de los partidos comunistas permite cumplir, hasta sus últimas consecuencias, las tendencias inscritas en la relación entre las clases populares y los partidos. Aparato (o institución total) preparado con miras a la lucha, real o representada, y basado en la *disciplina* que permite hacer actuar a un conjunto de agentes (aquí militantes) "como un solo hombre" con miras a una causa común, el partido comunista tiene las condiciones de su funcionamiento en la lucha permanente, cuyo escenario es el campo político, y que puede ser reactivada o intensificada a voluntad. En efecto, debido a que la disciplina que, como lo observa Weber, "garantiza la uniformidad racional de la obediencia de una pluralidad de hombres"[62], encuentra su justificación, si no su fundamento, en la lucha, basta con invocar a la lucha real o potencial, incluso reavivarla más o menos artificialmente, para restaurar la legitimidad de la disciplina.

Robert Michels, que nota la estrecha correspondencia entre la organización del "partido democrático de combate", la organización militar y los numerosos préstamos (particularmente en el caso de Engels y Bebel) de la terminología socialista a la jerga militar, observa que los dirigentes que, como lo recuerda, tienen intereses en la disciplina y en la centralización[63], no dejan de recurrir a la magia del interés común y a los "argumentos de orden militares" cada vez que su posición se ve amenazada: "Sostenemos en particular que, aunque sólo sea por razones de orden táctico y con el fin de mantener la cohesión necesaria frente al enemigo, los adherentes al partido no deberían, en ningún caso, negar su confianza a los jefes que eligieron libremente"[64]. Pero es sin duda con Stalin con quien la estrategia de la militarización que, como lo observa Stephen Cohen, es con certeza la única contribución original de Stalin al pensamiento bolchevique; por lo tanto, la característica principal del stalinismo alcanza su realización: los sectores de intervención se

62 M. Weber, *op. cit.*, t. II, p. 867.
63 R. Michels, *op. cit.*, pp. 129, 144.
64 R. Michels, *op. cit.*, p. 163.

convierten en "frentes" (frente de victoria, frente de la filosofía, frente de la literatura, etc.); los objetivos o los problemas son "fortalezas" que las "brigadas teóricas" deben "tomar por asalto", etc. Este pensamiento "militar" es evidentemente maniqueo, alaba a un grupo, una escuela de pensamiento o un concepto constituido en ortodoxia para aniquilar mejor a los demás[65].

Real o ficticia, la situación de lucha refuerza la posición de los dominantes en el seno del aparato y los militantes renuncian a la función de tribunos que les asigna la definición oficial del papel, para convertirse en simples "cuadros" encargados de hacer *ejecutar* las órdenes y las consignas de la dirección central y condenados por "camaradas competentes" a la "democracia de ratificación". Si las luchas libradas al interior del partido comunista contra el autoritarismo de los dirigentes y contra la prioridad que dan a los intereses de aparato con respecto de los intereses de los mandantes, tienen tan a menudo el efecto de reforzar las mismas tendencias que combaten, es porque les basta a los dirigentes con invocar, o incluso inventar, la lucha política, en particular contra los competidores más próximos, para autorizar el llamado a la disciplina, es decir, a la sumisión ante los dirigentes, que se impone en tiempos de lucha. Esto es lo que hace de la denunciación del anticomunismo un arma absoluta en las manos de quienes dominan el aparato, puesto que descalifica la crítica, incluso la objetivación, e impone la unidad contra el exterior.

Nada expresa mejor la lógica de esta organización de combate que el procedimiento del "¿Quién está en contra?" tal como lo describía Bujarin: se convoca a los miembros de la organización –explica él– y se les pregunta: "¿Quién está en contra?". Y como todos tienen más o menos miedo de estar en contra, el individuo designado es nombrado secretario, la resolución propuesta es adoptada, y siempre por unanimidad[66]. El proceso que llamamos "militarización" consiste en el hecho de valerse de la situación de "guerra" a la que se encuentra enfrentada la organización, que puede ser producida por un trabajo sobre la *representación* de la situación, con el fin de producir y reproducir continuamente el *miedo de estar en contra*, fun-

65 Cf. S. Cohen, *op. cit.*, pp. 367-368 y 388.

66 Cf. S. Cohen, *op. cit.*, p. 185. Una etnografía de las prácticas de asamblea proporcionaría mil ilustraciones de los procedimientos de imposición autoritaria que se apoyan en la imposibilidad práctica de romper, *sin inconveniente*, la unanimidad unánimemente cultivada (absteniéndose en una votación a mano alzada, rayando un nombre de una lista preestablecida, etc.).

damento último de todas las disciplinas militantes y militares. Si no existiera el anticomunismo, el "comunismo de guerra" no dejaría de inventarlo. Estando toda oposición interna condenada a aparecer como colusión con el enemigo, ella refuerza la militarización que combate reforzando la unanimidad del "nosotros" asediado, que predispone a la obediencia militar: la dinámica histórica del campo de luchas entre ortodoxos y herejes, defensores del pro y defensores del contra, por una explotación semirracional de los efectos psicosomáticos de la exaltación de la unanimidad de adhesiones y aversiones o, inversamente, de la angustia de la exclusión y la excomunión, hace del "espíritu del partido" un verdadero *espíritu de cuerpo*.

De este modo, la ambigüedad misma de la lucha política, este combate por "ideas" e "ideales", que es inseparablemente un combate por poderes y, se quiera o no, por privilegios, da origen a la contradicción que amenaza a todas las empresas políticas condicionadas con miras a la subversión del orden establecido: todas las necesidades que pesan sobre el mundo social concurren a hacer que la función de movilización, que llama a la lógica mecánica del aparato, tienda a adelantarse a la función de expresión y representación que reivindican todas las ideologías profesionales de los hombres de aparato (la del "intelectual orgánico" como la del partido "partero" de la clase) y que no pueda ser garantizada realmente sino por la lógica dialéctica del campo. La "revolución por arriba", proyecto de aparato que el aparato supone y produce, tiene por efecto interrumpir esta dialéctica que es la historia misma, primero en el campo político, este campo de luchas a propósito de un campo de luchas y de la representación legítima de estas luchas, y luego, en el seno mismo de la empresa política, partido, sindicato, asociación, que no puede funcionar como un solo hombre más que sacrificando los intereses de una parte, si no de la totalidad de sus mandatos.

Por un saber comprometido[67]

¿Pueden y deben los intelectuales, y más precisamente los investigadores, y más precisamente aún, los especialistas en ciencias sociales, intervenir en el mundo político, y bajo qué condición pueden hacerlo eficazmente? ¿Qué papel pueden desempeñar dentro del movimiento social, a escala nacional y sobre todo internacional, es decir, en el nivel mismo en el que se juega, hoy en día, el destino de los individuos y de las sociedades? ¿Cómo pueden ellos contribuir a la invención de una nueva forma de hacer política?

Primer punto: para evitar cualquier malentendido, hay que establecer claramente que un investigador, un artista o un escritor que interviene en el mundo político, no por ello se convierte en hombre político; según el modelo creado por Zola cuando el caso Dreyfus se transforma en un intelectual, o, como se dice en los Estados Unidos, en un "*public intellectual*", es decir, en alguien que compromete en un combate político su competencia y su autoridad específicas, y los valores asociados al ejercicio de su profesión, como los valores de verdad o de desinterés, o, en otros términos, en alguien que va al terreno de la política pero sin abandonar sus exigencias y sus competencias de investigador. (Esto equivale a decir, de paso, que la oposición que se hace a menudo en la tradición anglosajona, entre *scholarship* y *commitment* está quizás desprovista de fundamento: las intervenciones de los artistas, escritores o científicos –Einstein, Russell o Sakharov– dentro

67 "A scholarship with commitment", videoconferencia dirigida a la Modern Language Association Meetings, Chicago, diciembre de 1999, por invitación de Edward Said.

del espacio público, encuentran su principio, su fundamento, en una "comunidad" comprometida (*committed*) con la objetividad, con la probidad y el desinterés. Es, por lo demás, a su supuesto respeto de esas leyes morales no escritas, tanto como a su competencia técnica, que el *scholar* debe su autoridad social.

Interviniendo de este modo, se expone a decepcionar (la palabra es demasiado débil), o mejor aún, a chocar: chocar, por un lado, dentro de su propio universo, a los que habiendo elegido la facilidad virtuosa de quedarse encerrados en su torre de marfil, ven en el *commitment* una falta a la famosa "neutralidad axiológica" erróneamente identificada con la objetividad científica; chocar, por otro lado, dentro del mundo político, a los que ven en él una amenaza para su monopolio y, de manera más general, a todos aquéllos a los que su intervención incomoda. En una palabra, se expone a despertar todas las formas de antiintelectualismo que dormitan aquí y allá, un poco por doquier, en los poderosos de este mundo, banqueros, patrones y altos funcionarios, en los periodistas, en los hombres políticos (sobre todo de izquierda), casi todos, actualmente, poseedores de capital cultural, y por supuesto, en los propios intelectuales.

Pero condenar el antiintelectualismo, cuyo principio es casi siempre el resentimiento, no significa eximir al intelectual de toda crítica del intelectualismo: la crítica a la que el mismo intelectual puede y debe someterse, o, dicho de otro modo, la reflexividad crítica, es una condición previa absoluta de toda acción política de los intelectuales. El mundo intelectual debe dedicarse permanentemente a la crítica de todos los abusos de poder o de autoridad cometidos en nombre de la autoridad intelectual, o, si se prefiere, a la crítica del uso de la autoridad intelectual como un arma política; debe además someterse a la crítica del *scholastic bias* cuya forma más perversa, que aquí nos concierne particularmente, es la propensión a un revolucionarismo sin objeto y sin efecto: pienso, efectivamente, que el ímpetu tan generoso como irrealista que llevó a numerosos intelectuales de mi generación a entregarse ciegamente a las consignas partidarias, inspira aún con demasiada frecuencia hoy en día, lo que yo llamo el *campus radicalism*, vale decir, la propensión a confundir las cosas de la lógica y la lógica de las cosas, según la despiadada fórmula de Marx, o, más cerca de las realidades actuales, a tomar las revoluciones en el orden de las palabras, o de los textos, por revoluciones en el orden de las cosas.

Una vez planteadas claramente estas condiciones previas críticas, aparentemente negativas, creo poder afirmar que los intelectuales (me refiero

siempre a artistas, escritores y científicos que se comprometen en una acción política) son indispensables para la lucha social, en particular actualmente, dadas las formas totalmente nuevas que adquiere la dominación. Cantidad de trabajos históricos mostraron el rol que desempeñaron los *think tanks* en la producción y en la imposición de la ideología neoliberal que gobierna hoy el mundo; a las producciones de estos *think tanks* conservadores, reuniones de *expertos* pagados por los poderosos, debemos oponer las producciones de redes críticas, reuniendo a "intelectuales específicos" (en el sentido de Foucault) en un verdadero *intelectual colectivo* capaz de definir por sí mismo los objetos y los fines de su reflexión y de su acción, en resumen, que sea autónomo. Este intelectual colectivo puede y debe cumplir primeramente funciones negativas, críticas, trabajando en la producción y diseminación de instrumentos de defensa contra la dominación simbólica que se arma, actualmente y muy a menudo, de la autoridad de la ciencia; fortalecido por la competencia y la autoridad del colectivo reunido, puede someter el discurso dominante a una crítica lógica que refuta especialmente el léxico ("mundialización", "flexibilidad", etc.), pero también la argumentación, y en particular el uso de metáforas; puede igualmente someterlo a una crítica sociológica, que prolonga la primera, revelando los determinantes que pesan sobre los productores del discurso dominante (comenzando por los periodistas, en particular económicos) y sobre sus productos; puede finalmente oponer una crítica propiamente científica a la autoridad supuestamente científica de los expertos, sobre todo económicos.

Pero puede igualmente cumplir una función positiva contribuyendo a un trabajo colectivo de invención política. El derrumbe de los regímenes de tipo soviético y el debilitamiento de los partidos comunistas en la mayoría de las naciones europeas y sudamericanas liberó el pensamiento crítico. Sin embargo, la doxa neoliberal llenó todo el lugar que de este modo se dejó vacante y la crítica se refugió en el "pequeño mundo" académico, donde se embelesa consigo misma, sin estar en condiciones de preocupar realmente a quienquiera que fuera sobre el tema que fuera. Por consiguiente, todo el pensamiento político crítico debe reconstruirse, y esto no puede ser obra, como se pudo creer en otros tiempos, de uno solo, maestro del pensamiento entregado únicamente a los recursos de su pensamiento singular, o portavoz autorizado por un grupo o una institución para llevar la palabra supuesta de la gente sin palabra.

Es aquí donde el intelectual colectivo puede desempeñar su papel, irremplazable, contribuyendo a crear las condiciones sociales de una pro-

ducción colectiva de utopías realistas. Puede organizar u orquestar la búsqueda colectiva de nuevas formas de acción política, de nuevas formas de movilizar y de nuevas formas de hacer trabajar unida a la gente movilizada, de nuevas formas de elaborar proyectos y de realizarlos conjuntamente. Puede hacer de partero, apoyando la dinámica de los grupos trabajadores en su esfuerzo por expresar, y al mismo tiempo descubrir, lo que son y lo que podrían o deberían ser, y contribuyendo a la recolección y acumulación del inmenso conocimiento social sobre el mundo social, del que el mundo social está preñado. Podría de esta manera ayudar a las víctimas de la política neoliberal a descubrir los efectos de una misma causa refractados de diversas formas, en los acontecimientos y en las experiencias en apariencia radicalmente diferentes, sobre todo para quienes los viven, los mismos que están asociados a los diferentes universos sociales (campos), medicina, educación, servicios sociales, justicia, etc., de una misma nación o de diferentes naciones.

La tarea es a la vez extremadamente urgente y extremadamente difícil. En efecto, las representaciones del mundo social que se deben combatir, contra las que se debe resistir, salieron de una verdadera *revolución conservadora*, como se decía en la Alemania de los años 30, de los movimientos pre-nazis. Los *think tanks* de donde surgieron los programas políticos de Reagan o Thatcher, o, después de ellos, Clinton y Blair, Schröder o Jospin, para estar en condiciones de romper con la tradición del *Welfare State*, debieron realizar una verdadera contrarrevolución simbólica y producir una *doxa paradójica*: esta doxa, conservadora, se presenta como progresista; restauración del pasado en su forma a veces más arcaica (en materia de relaciones económicas, particularmente), ofrece regresiones, retrocesos por reformas o revoluciones. Esto se observa claramente en todas las medidas que apuntan a desmantelar el *Welfare State*, es decir, a destruir todos los logros democráticos en materia de legislación del trabajo, de la salud, de la protección social o de la educación. Combatir una política tal, es exponerse a parecer conservador cuando se defienden los logros más progresistas del pasado. Esta situación es aún más paradójica cuando uno es llevado a defender cosas que a fin de cuentas desea transformar, como el servicio público y el Estado nacional, que nadie piensa siquiera conservar en las actuales condiciones, o los sindicatos o incluso la Escuela pública, que debemos seguir sometiendo a la crítica más despiadada. Es así que hoy resulto ser sospechoso de blasfemia o acusado de contradicción cuando defiendo una Escuela pública de la que no dejé de recordar que cumplía una función conservadora.

Considero que los *scholars* tienen que desempeñar un papel determinante en la lucha contra la nueva doxa y el cosmopolitismo puramente formal de todos los que sólo tienen en la boca palabras como "globalización" o "*global competitiveness*". Este aparente universalismo sirve en realidad a los intereses de los dominantes: así, sirve para condenar, como regresión políticamente incorrecta hacia el nacionalismo, a la única fuerza, la del Estado nacional, que los países llamados emergentes, Corea del Sur o Malasia, en ausencia de un Estado mundial y de un banco mundial financiado por una tasa sobre la circulación de los capitales, pueden oponer al dominio de las multinacionales; es así cómo permite diabolizar y estigmatizar, bajo la etiqueta infamante de islamismo, por ejemplo, los esfuerzos de tal o cual otro país del sur para afirmar o restaurar su "identidad". A este universalismo verbal, que también hace estragos en las relaciones entre los sexos y que deja a los ciudadanos aislados y desarmados frente a potencias económicas internacionales, los *committed scholars* pueden contraponer un nuevo internacionalismo, capaz de enfrentar con una fuerza verdaderamente internacional problemas que, como los temas ambientales, contaminación atmosférica, capa de ozono, recursos no renovables o nubes atómicas, son necesariamente "globales", porque no conocen las fronteras entre las naciones o las "clases"; y también problemas más puramente económicos o culturales que, como el tema de la deuda de los países emergentes, o el tema de la influencia del dinero en la producción y la difusión culturales (con la concentración de la producción y de la difusión cinematográfica, de la edición, etc.), pueden reunir a intelectuales decididamente universalistas, es decir, realmente preocupados por universalizar las condiciones de acceso a lo universal, por encima de las fronteras entre las naciones, y, en particular, entre las naciones del Norte y del Sur.

Para alcanzar este objetivo, los escritores, los artistas y sobre todo los investigadores que, debido a su profesión, ya son más propensos y más aptos que cualquier otro profesional a superar las fronteras nacionales, deben trascender la *frontera sagrada* que está igualmente grabada en sus mentes, más o menos profundamente según las tradiciones nacionales, entre el *scholarship* y el *commitment*, para salir con decisión del microcosmos académico, entrar en interacción con el mundo exterior (es decir, especialmente con los sindicatos, las asociaciones y todos los grupos en lucha) en lugar de contentarse con conflictos "políticos" a la vez íntimos y últimos, y siempre un poco irreales, del mundo escolástico, e inventar una combinación improbable, pero indispensable: el *scholarship with commitment*, vale decir, una

política de intervención en el mundo político que obedezca, lo más posible, a las reglas vigentes en el campo científico (y sobre las que los invitados a su tribuna ya dieron magníficas ilustraciones, acerca, particularmente, de la política extranjera de los Estados Unidos o de la cuestión palestina). Esto, dada la mezcla de urgencia y de confusión que es norma en el mundo de la acción, sólo es verdadera y plenamente posible para y por una organización capaz de orquestar el trabajo colectivo de un conjunto internacional de investigadores, de artistas y de científicos. En esta empresa colectiva, es sin duda en los científicos en quienes recae el papel primordial, en momentos en que las fuerzas dominantes no dejan de invocar la autoridad de la ciencia, especialmente económica. Pero los escritores, y sobre todo tal vez los artistas (y muy en especial, entre ellos, los que como Hans Haacke y Nancy Frazer, para sólo citar a dos de mis amigos americanos, ya comprometieron su talento en combates críticos) tienen también su lugar, que es importante. "No hay fuerza intrínseca de la idea verdadera", decía Spinoza, y no es el sociólogo quien podrá contradecirlo. Sin embargo, también puede sugerir que los escritores y los artistas, dentro de la nueva división del trabajo político, o más exactamente, en la nueva forma de hacer política que se debe inventar, podrían desempeñar un papel totalmente irremplazable: dar *fuerza simbólica*, con los medios que ofrece el arte, a las ideas, a los análisis críticos; y por ejemplo, dar una forma *visible y sensible a las consecuencias, aún invisibles pero científicamente previsibles, de las medidas políticas inspiradas por las filosofías neoliberales.*

Para concluir, desearía recordar lo que sucedió en Seattle[68] el mes pasado. Creo que, sin sobrestimar su importancia, se puede ver en este acontecimiento una primera experiencia ejemplar que es necesario analizar para tratar de identificar los principios de lo que podrían ser los medios y los fines de una acción política internacional en la que los logros de la investigación serían transformados en manifestaciones políticas exitosas o incluso en instrumentos de intervención rápida de una nueva forma de Agit Prop; lo que podrían ser, de manera más general, las estrategias de lucha política de una nueva Organización No Gubernamental definida por un compromiso (*commitment*) total con el internacionalismo y una adhesión completa al *scholarship*.

68 Durante una reunión de la Organización Mundial de Comercio, una manifestación internacional de asociaciones y de organizaciones no gubernamentales perturbó el desarrollo de la cumbre; y ésta fue considerada como el primer fracaso del neoliberalismo.

Segunda parte

Intervenciones políticas de Pierre Bourdieu desde 1960

"Utopías sociológicamente fundadas"

Intervenciones políticas de Pierre Bourdieu desde 1960

Franck Poupeau - Nicolas Caron

"Vivimos sumergidos en la política. Nos bañamos en la marea inmutable y cambiante de la cháchara cotidiana sobre las oportunidades y los méritos comparados de candidatos intercambiables. No necesitamos leer a los editorialistas de diarios o semanarios o sus obras de análisis que florecen en la época electoral y que irán a reunirse con el surtido amarillento de vendedores de libros viejos, pasto de los historiadores de las ideas, luego de un breve paso por la lista de los best-sellers: sus autores nos ofrecen en todas las radios y en todos los canales de televisión "ideas" que no son tan fáciles de recibir sino porque se trata de "ideas recibidas". Todo puede decirse y volver a decirse indefinidamente, puesto que en efecto nunca se dice nada. Y nuestros expositores asalariados que se encuentran a una hora fija para discutir sobre la estrategia de tal hombre político, de la imagen o de los silencios de tal otro, dicen la verdad de todo el juego cuando expresan la esperanza de que su interlocutor no estará de acuerdo, "para que pueda haber un debate". Las declaraciones sobre la política, como las palabras al viento sobre la lluvia y el buen tiempo, son de esencia volátil, y el olvido continuo, que evita descubrir su extraordinaria monotonía, es lo que permite continuar el juego"[69].

Las intervenciones políticas de Pierre Bourdieu, de las huelgas de diciembre del 95 al movimiento de desempleados del invierno del 97, han sido condenadas por los periodistas y los intelectuales mediáticos cuyo poder Pierre Bourdieu analizaba en sus escritos sobre la televisión y el campo mediático. Fue acusado de descubrir tar-

---

69 "Penser la politique", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, N° 71-72, marzo 1988, pp. 2-3.

díamente la acción política, de abusar de su prestigio, o de volver a figuras intelectuales "pasadas". Recordando la continuidad del compromiso de Bourdieu, que se remonta a sus primeros textos sobre la guerra de Argelia, esta recopilación de intervenciones políticas tiene el propósito de narrar la génesis de una forma de intervención política específica, donde actividad científica y compromiso, lejos de oponerse, constituyen las dos caras de un mismo trabajo: el análisis de la realidad social y el descubrimiento de los mecanismos de dominación que la atraviesan. Mientras que todo en la formación universitaria de jóvenes investigadores los incita, para obtener un reconocimiento académico, a especializarse en una disciplina, donde la ciencia queda separada del mundo político y de las pulsiones militantes, la trayectoria de Pierre Bourdieu incita por el contrario a pensar que la sociología se encuentra enriquecida por la intervención política y la reflexión sobre las condiciones de esta intervención.

> "Llegó el tiempo de abandonar la vieja alternativa del utopismo y del sociologismo para proponer utopías sociológicamente fundadas. Por esto, sería necesario que los especialistas de las ciencias sociales lleguen a eliminar colectivamente las censuras que creen que están en el deber de imponerse en nombre de una idea mutilada de la cientificidad. [...] Podemos decir, simplificando un poco, que las ciencias sociales pagaron su acceso (por lo demás siempre discutido) al estatus de ciencias con un formidable renunciamiento: mediante una autocensura, que constituye una verdadera automutilación, los sociólogos –y yo antes que nadie, que denuncié frecuentemente la tentación del profetismo y de la filosofía social– se imponen el rechazo, como faltas a la moral científica capaces de desacreditar a su autor, de todas las tentativas por proponer una representación ideal y global del mundo social"[70].

Esta determinación de intervenir en la "cosa pública" implica para Pierre Bourdieu otra manera de "hablar de política", otro punto de vista sobre la política. Las dificultades encontradas por este modo de intervención política son, según él, del mismo orden que los obstáculos a las investigaciones y al trabajo de revelación sociológicas: la ilusión de la comprensión inmediata de la "cotidianidad política"[71]

En este campo, el sociólogo se enfrenta a un discurso semi-científico sobre la cosa pública, en el que los profesionales de la política y del análisis político (periodistas,

---

70 "Monopolisation politique et révolutions symboliques", intervención en Roma, marzo 1990.

71 "Penser la politique" op. cit.

intelectuales mediáticos, ensayistas, politólogos, etc.) se hicieron especialistas. Si es necesario, según él, criticar a estos "doxósofos"[72], *no sólo es a causa de sus "errores científicos", es decir de los lugares comunes y de las mistificaciones de sus discursos, sino a causa del lugar que ocupan en el campo del poder. Pero este trabajo constituye un verdadero* "atentado contra las normas de decencia", *y transgrede* "la frontera sagrada entre la cultura y la política, el pensamiento puro y la trivialidad del ágora"[73]. *Se opone entonces* "a las prudencias de la decencia académica que inclinan al retiro hacia los objetos confirmados" y "aspira a someter la actualidad, tanto como sea posible, a las exigencias ordinarias del conocimiento científico".

La dificultad del análisis sociológico reside en la naturaleza misma del objeto político: los "hechos" no son dados, sino construidos por todos los agentes del campo político, que buscan definir la interpretación en función de sus intereses. La ilusión de tener que tratar directamente con "problemas de actualidad" inmediatamente accesibles constituye así el primer obstáculo epistemológico que hay que superar.

> "No se puede pensar en someter la actualidad al análisis científico si no se ha roto con la ilusión de comprender todo de golpe, ilusión que define la relación ordinaria con el dato inmediato de la experiencia social. Y la ruptura reside, en efecto, en el hecho de constituir como discutible lo que parece fuera de discusión, evidente, de esa evidencia que se impone a la indignación ética, a la simpatía militante o a la convicción racional. [...] No habría mejor ejemplo de esos 'problemas de actualidad' que se imponen con semejante fuerza que los hombres políticos, pero también, muy a menudo, los investigadores cuando retoman por su cuenta todos los presupuestos en problemáticas que, como la evaluación de los costos y los beneficios, contradicen en su mismo principio las respuestas 'generosas' que algunos querrán darles. La distancia social, y mental, entre el debate público y la problemática científica es en este caso tan grande que la ruptura inaugural está expuesta a pasar como toma de posición inspirada por el prejuicio"[74].

Es posible encontrar esta voluntad de "pensar la política sin pensar políticamente" desde los primeros trabajos de Pierre Bourdieu sobre Argelia. Cuando habla, a este respecto, de la "conversión de la mirada", es además a la situación de investigación etnográfica a la que él hace referencia:

---

72 La expresión fue tomada de Platón. Ver al respecto el artículo "Les doxosophes", Minuit, 1, noviembre 1972, pp. 26-45.

73 "Penser la politique", op. cit.

74 "La science et l'actualité", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, Nº 61, marzo 1986, pp. 2-3.

> "No tenemos ninguna oportunidad de comprender realmente todo lo que pone en juego la comprensión inmediata de un 'golpe mediático' [...] sino a condición de hacer un trabajo análogo al del etnólogo, del etnobotánico o del etnolingüista para sacar a la luz los esquemas cognitivos que son empleados en actos, discursos u objetos ajenos a su tradición".

De esta manera, el compromiso de Pierre Bourdieu se sitúa en la intersección de dos exigencias aparentemente contradictorias: la elaboración de una sociología rigurosa que no se deja imponer sus problemas por las preocupaciones del momento, ni por el contacto con situaciones históricas muy a menudo ajenas al mundo científico. El modo de intervención específico del sociólogo se constituye en la búsqueda incesante de un equilibrio entre la respuesta a la necesidad histórica y la preservación de la autonomía científica. La experiencia argelina constituye el primer momento de este itinerario indisociablemente político y científico: como lo observó Abdelmalek Sayad, la sociología de Pierre Bourdieu "lleva el sello de este aprendizaje inicial"[75].

Las condiciones sociales de la acción revolucionaria

Pierre Bourdieu llega a Argelia en 1957 para su servicio militar que se prolongaría durante más de 30 meses. Es al final cuando puede disponer del tiempo necesario para escribir su primer libro, "Sociologie de l'Algérie" (PUF, 1958). *Toma luego un puesto de asistente en la facultad de Argel, que deja en abril de 1960, cuando Raymond Aron le propone un puesto de asistente en la Sorbona.*

> *Argelia, antes de la independencia, representa tres departamentos franceses, donde viven más de un millón de europeos, y cuya administración está confiada al Ministerio del Interior. Los nueve millones de "ciudadanos argelinos", cuyo ingreso bruto es en promedio veinte veces inferior al del europeo, votan en una circunscripción separada, y solamente el15% de los niños musulmanes están escolarizados*[76]. *La guerra de descolonización, que comienza en noviembre de 1954 en Argel, polariza durante varios años la vida política e intelectual: provoca la caída de seis presidentes del consejo, y la caída de la IV República. El frente republicano que llevó, en 1956, a los socialistas al poder, hizo imposible la negociación acentuando la repre-*

75 Entrevista publicada en M.A.R.S., Nº 6, 1996.

76 Benjamín Stora, *Histoire de la guerre d'Algérie*, La Découverte, París, 1993.

sión, principalmente con la ley sobre los poderes especiales de marzo de 1956. Esta política no deja de suscitar múltiples reacciones entre los intelectuales: aun si se debe, con Pierre Vidal-Naquet, subrayar la diversidad de las formas de compromiso[77]*, la denuncia de la represión y de la tortura constituye la causa más generalmente defendida por los diferentes comités de apoyo a Argelia. Los periódicos como* France Observateur, L'Express, Témoignage Chrétien *o* Le Monde *entablan una batalla por la información. A la cabeza de este combate, las* Editions de Minuit, *dirigidas por Jerôme Lindon, hacen publicar* La question *de Henri Alleg, y* Déserteur *de Maurienne, lo que les significa múltiples embargos por provocación a la desobediencia y atentado a la seguridad del Estado. Entre las figuras sobresalientes de la escena intelectual, Camus, dividido entre el rechazo de las posiciones de los ultras de la Argelia francesa y su reticencia a admitir la independencia argelina, opta por callarse, en tanto que Sartre toma posición, ya desde 1956, en favor de la lucha contra la "tiranía colonial"*[78]*. Preconiza la independencia argelina inmediata y la lucha junto al pueblo argelino, denunciando la tortura, testificando en los procesos, participando en manifestaciones, firmando el "manifiesto de los 121"*[79]*, brindando su apoyo a la red Jeanson de ayuda al FLN. La revista* Les Temps Modernes, *de la cual es director, se convierte en el órgano del tercermundismo laico, y el libro de Franz Fanon,* Les Damnés de la Terre, *para el cual escribe un prefacio, le da la ocasión de afirmar su anticolonialismo, justificando una violencia que supuestamente debe constituir, para el colonizado, el "medio de recomponer su naturaleza humana". El activismo sartreano tiene así como objetivo contrarrestar la tibieza de los partidos y sindicatos de izquierda. En el campo de la derecha liberal, los análisis de Raymond Aron, favorable a la independencia con la aparición de la* Tragédie Algerienne *en 1957, lo desacreditan en el periódico donde él escribe, Le Figaro, dirigido por Pierre Brison, partidario de la Argelia francesa, pero condena también toda acción ilegal y clandestina.*

Durante esos años de Argelia, Pierre Bourdieu inicia investigaciones etnológicas en Kabilia, en condiciones precarias y difíciles. Lo que él llamará luego "el choque de Argelia"[80] *lo incita a escribir su primer libro* "en una lógica militante"[81],

77 Pierre Vidal-Naquet, "une fidelité têtue. La résistence française à la guerre d'*Algérie*", *Vingtième siècle, Revue d'Histoire, N° 10, abril-junio 1986, p. 17.*

78 J.-P. Sartre, *Situations V*, Gallimard, 1964, p. 42.

79 Texto firmado por 121 intelectuales franceses, en apoyo a la lucha por la independencia de Argelia.

80 Entrevista con P.M. de Biasi, "Tout est social", *Magazine Littéraire*, 303, octubre 1992, pp. 104-111.

81 La edición americana de este libro (en las ediciones Beacon Press) presenta en cubierta la bandera argelina, antes incluso de la proclama de la independencia.

pero también crítica con respecto al irrealismo de las posiciones de los intelectuales parisinos sobre el problema:

> "Había emprendido este trabajo sobre la sociedad argelina porque tenía el sentimiento de que el mundo intelectual francés, cuyas posiciones éticas yo aprobaba plenamente (sobre la tortura, etc.), tenía una visión muy ingenua de esta sociedad" [...]
> "Quería ser útil para sobrellevar mi sentimiento de culpabilidad de ser simplemente un observador participante en esta guerra que consterna. Mi integración, más o menos afortunada, al campo intelectual está tal vez en el origen de mis actividades en Argelia. No podía contentarme con leer periódicos de izquierda o en firmar peticiones; era necesario que yo hiciese alguna cosa como científico [...] Era absolutamente indispensable para mí estar en el corazón de los acontecimientos de manera de informar a la opinión, sea cual fuere el peligro que esto hubiera podido representar. Para ver, grabar, tomar fotografías"[82].

El trabajo sociológico consiste, entonces, en replantear, sobre el terreno y en términos científicos, un cierto número de problemas teóricos, las condiciones sociales de posibilidad de acceder a la conciencia revolucionaria. Para superar los obstáculos a la investigación, en ese período de guerra, Bourdieu actúa, según los términos de Abdelmalek Sayad, como un verdadero "emprendedor científico" convenciendo y motivando a sus equipos de investigación. Dos libros, Le déracinement, *así como* Travail et travailleurs en Algérie[83], *escritos en 1960-62, surgieron de este período.*

> *En estos trabajos, el proceso de colonización aparece más como una conmoción determinada por la opresión colonial, que como una transformación resultante del contacto entre dos civilizaciones. Las mejores tierras están concentradas en manos de los súbditos europeos, y la agricultura tradicional, no pudiendo competir con las nuevas técnicas de la agricultura colonial, deja a una gran parte de la población rural al borde del nivel de sobrevivencia. Los agrupamientos de poblaciones ocasionan una destrucción del orden tradicional: urbanización creciente, segregación social y espacial, reducen al campesino a una miseria material y moral. La precariedad generalizada es agravada por el desconcierto resultante de la pérdida de los lazos de pertenencia y de los valores tradicionales.*

---

82 Entrevista con Anette Axel, Herman Kocyba y Bernd Scxibs, "The struggle for symbolic order: an interview with Pierre Bourdieu", *Theory, Culture and Society*, 1986, N° 3, p. 37.

83 El primero, en coautoría con A. Sayad; el segundo con A: Darbel, J.P. Rivet y C. Seibel.

El primer artículo de intervención, "Révolution dans la révolution", *publicado en* Esprit *en 1961, se apoya en esas encuestas. Rompiendo con el uso apolítico de la etnografía, Pierre Bourdieu analiza la situación revolucionaria engendrada por el sistema colonial. Esta situación no puede ser reducida a una lucha de clases* "inspirada por reivindicaciones económicas:" *ella se sitúa también en el orden de lo simbólico, y compromete la participación activa de la población en la construcción de un nuevo orden social. Artículos publicados en el mismo período contribuyen a definir las condiciones sociales del movimiento revolucionario: así en* "Les sous-prolétaires algériens"[84], *Pierre Bourdieu muestra los efectos del desempleo sobre los trabajadores y en particular sobre su manera de sufrir la prolongación. Al estudiar el paso de actitudes económicas tradicionales al ethos capitalista, muestra que los trabajadores afectados por la inestabilidad del empleo son colocados en* "una situación de inseguridad permanente, que amenaza el equilibrio de la familia, compromete la inserción del individuo en la sociedad", *ocasionando una desintegración de la conducta, y de la manera de aprehender el porvenir. Incapaces de pensar en una escapatoria a su condición, encerrados en el presente y en la inmediatez de la satisfacción de las necesidades, son incapaces de pensar en un proyecto cualquiera, y por lo tanto en un cambio revolucionario cualquiera.*

> "El sentimiento es, en efecto, el único principio de unificación de una experiencia dramática dominada por la incoherencia. El sufrimiento y la desesperanza no son nunca aprehendidos a plena luz y constituyen solamente la coloración afectiva de la conciencia; por eso el mundo natural o social, que la razón científica concibe como determinado por leyes generales, es percibido como portador de cualidades emocionales, amenazas o rechazos, como habitado por intenciones... [...] El fracaso, bajo la forma del desempleo, por ejemplo, parece imputable a una intención hostil, encarnada objetivamente en el orden social. Esta visión mágico-mítica del mundo se nutre de la confrontación con el patrón o el capataz europeo, con el colono, quienes dan a la malignidad objetiva un rostro, una fisonomía y también un lenguaje perfectamente adecuado. [...] Por ello hay que cuidarse de ver en la rebelión de los subproletarios la expresión de una verdadera conciencia revolucionaria. La protesta indignada contra la maldad objetiva puede, en efecto, coincidir con la adhesión al orden objetivo. Rebelarse contra la maldad establecida, no es necesariamente impugnar el orden que funda la maldad. La rebelión y la protesta pueden ser una manera de aceptar la inferio-

84 Ver también "La société traditionnelle. Attitude à l'égard du temps et conduites économiques", *Sociologie du travail*, 1, enero-marzo 1963, pp. 24-44.

ridad confesándose. [...] Debido a que todo proyecto individual o colectivo les está prohibido, los subproletarios tienden a formarse de sí mismos la misma imagen que los miembros de la casta dominante. 'Estamos hechos para eso', dicen, más o menos explícitamente, y los otros: 'están acostumbrados'. Como el racismo, el miserabilismo es un esencialismo"[85].

Revolución en la revolución

[...] Negar que la guerra revolucionaria haya encontrado fundamento en una situación objetiva, es negarla en su propia naturaleza y su existencia misma. Pretender que la guerra es impuesta al pueblo argelino por un puñado de cabecillas utilizando la coacción y la astucia, es negar que la lucha pueda encontrar sus fuerzas vivas y sus intenciones en un sentimiento popular profundo, sentimiento inspirado por una situación objetiva. Ahora bien, la guerra existe y persiste y puede persistir. Sólo existe y persiste en función de la situación en la cual y de la cual ha nacido; pero al mismo tiempo modifica esta situación por el solo hecho de que existe y persiste. La sociedad autóctona está trastornada hasta en sus fundamentos debido a la política colonial y al choque de las civilizaciones. Además, la sociedad colonial global está desgarrada por la tensión tácita o manifiesta entre la sociedad europea dominante y la sociedad argelina dominada. La evolución del sistema colonial hace que la distancia (y la tensión correlativa) que separa a la sociedad dominante de la sociedad dominada no deje de crecer y eso en todos los campos de la existencia, económica, social y psicológica. El equilibrio casi estacionario en el cual se encuentra mantenida la sociedad colonial es el resultado de fuerzas opuestas siempre acrecentadas, es decir, por una parte, la fuerza que tiende a un crecimiento de las desigualdades y de la discriminación, "fundada objetivamente", si se puede decir, en la realidad social, a causa de la pauperización y de la desagregación de la cultura argelina original, y por otra parte, la fuerza que constituye la rebelión y el resentimiento contra el crecimiento de las desigualdades y de la discriminación. En resumen, arrastrado por su lógica interna,

85 Id., pp. 1.047-1.050.

el sistema colonial tiende a desarrollar todas las consecuencias implicadas en su fundamento mismo y a revelar su verdadero rostro. Por eso, la agresión abierta y la represión por la fuerza se sitúan perfectamente en la coherencia del sistema; si la sociedad colonial está como nunca tan poco integrada, la guerra sí está integrada en el sistema colonial para el cual ella constituye el momento de la revelación de sí mismo.

La guerra hace estallar a plena luz el fundamento real del orden colonial, a saber la relación de fuerza por la cual la casta dominante tiene bajo su tutela a la casta dominada. Comprendemos, pues, que la paz pueda constituir la peor amenaza en opinión de algunos de los miembros de la casta dominante. Sin el ejercicio de la fuerza, nada más haría contrapeso a la fuerza dirigida contra la raíz misma de este orden, es decir, la rebelión contra la situación inferior.

[...] Sucede que la guerra de la liberación constituye el primer cuestionamiento radical del sistema colonial y, cosa esencial, el primer cuestionamiento que no sea, como en el pasado, *simbólico* y, en cierta forma, mágico. El apego a ciertos detalles de indumentaria (el velo o la fez, por ejemplo), a ciertos tipos de conducta, a ciertas creencias, a ciertos valores, podía ser vivido como forma de expresar, simbólicamente, es decir, a través de comportamientos implícitamente investidos de la función de *signos*, el rechazo a adherirse a la civilización occidental, identificada con el orden colonial, la voluntad de afirmar la diferencia radical e irreductible, de negar la negación de sí, de defender una personalidad asediada. En la situación colonial, toda renuncia a la civilización de origen hubiera significado, objetivamente, la renuncia a sí mismo y la sumisión aceptada a la otra civilización, es decir, al orden colonial. Y tal es precisamente el sentido que los partidarios del orden colonial daban a lo que ellos denominaban "los signos de evolución". En la situación colonial, el rechazo sólo podía expresarse de modo simbólico. Es así que los argelinos se sentían, sin cesar, bajo la mirada de los europeos y actuaban en consecuencia, como lo prueban estas fórmulas usuales, en las cuales se expresa la preocupación de no dar lugar o pretexto a los juicios peyorativos de los europeos: "Los franceses los van a ver" o bien "No se ridiculicen". A través de esto, se entienden todas las resistencias

consciente o inconscientemente acumuladas hasta hoy día como por placer, todos los rechazos aparentemente aberrantes y absurdos. [...]

Debido a su forma y a su duración, la guerra afectó a todos los aspectos de la realidad, tanto, por ejemplo, a la economía y a la demografía como a las estructuras sociales, las creencias y las prácticas religiosas o al sistema de valores.

El pueblo argelino vive hoy en día una verdadera diáspora. Los desplazamientos de las poblaciones, forzados o voluntarios, han adquirido proporciones gigantescas. Según estimaciones dignas de confianza, el número de personas desplazadas se aproximaría a los dos millones, es decir que un argelino sobre cuatro, aproximadamente, vive fuera de su residencia habitual. De estos fenómenos de migración interna, las reagrupaciones de población sólo constituyen un aspecto, pero sin ninguna duda el más importante. La ruptura con un entorno familiar y con un universo social estable y habitual en el cual las conductas tradicionales eran vividas como naturales, ocasiona el abandono de estas conductas arrancadas del suelo originario en el cual echaban raíces. La transformación del espacio de vida exige una transformación global de la conducta. Pero, el destierro es en general tan total y tan brutal que el desconcierto, el hastío y la desesperación son infinitamente más frecuentes que las conductas innovadoras que serían necesarias para adaptarse a condiciones radicalmente nuevas. Por una ignorancia deliberada o inconsciente de las realidades sociales y humanas, las autoridades locales encargadas de organizar estas nuevas colectividades imponen a menudo, sin consideración por los deseos y las aspiraciones de los agrupados, un orden totalmente ajeno, orden para el cual ellos no están hechos y que no está hecho para ellos. En estas inmensas aglomeraciones, alineaciones de casas o de chozas dispuestas según una geometría rigurosa, grupos de orígenes diversos son reunidos, lo que tiende a disolver los antiguos lazos comunitarios sin que puedan nacer, por la situación de asistido, solidaridades nuevas fundadas en el interés común o en la participación en una obra común. Estos hombres sólo comparten, mayormente, sus miserias y su desencanto. Alejados de su tierra, los campesinos condenados a la ociosidad se esfuerzan por adaptarse bien o mal; por eso vemos aparecer, como en las ciudades, una proliferación de peque-

ños comercios sin clientela. Numerosos pueblos de reagrupamiento, entre los mejor "logrados", con sus calles anchas, su fuente, su tienda de abarrotes y su café moro, tienen la apariencia desolada de las ciudades muertas. Quienes los habitan, aun cuando gozan de una comodidad hasta entonces desconocida (y es el caso algunas veces), están profundamente descontentos. Tal vez, esencialmente, porque las estructuras más fundamentales, tales como el ritmo de las jornadas o la organización del espacio, se encuentran destrozadas. ¿Cómo decir y sobre todo hacer sentir, en algunas líneas, los mil aspectos solidarios de este drama de la existencia y del arte de existir hecho migajas? La miseria material que golpea a menudo a los observadores no es nada al lado de la miseria moral de estos hombres arrancados a su universo familiar, a su tierra, a sus casas, a sus costumbres, a sus creencias, a todo lo que les ayudaba a vivir y puestos en una situación tal que no pueden ni siquiera pensar en inventar un nuevo arte de vivir para procurar adaptarse a un mundo que les resulta totalmente extraño.

La migración interna toma también la forma de éxodo hacia las ciudades que son vistas por los campesinos como un refugio contra la miseria y la guerra. Las barrios marginales no dejan de crecer. Los citadinos antiguos acogen a los parientes del campo. Lo importante desde el punto de vista sociológico es el proceso "de urbanización" en que se encuentra toda la Argelia rural, o mejor, si permiten el neologismo, de "*bidonvillisation*"*. Reagrupados, emigrados, refugiados de las ciudades, se encuentran arrojados brutalmente hacia un universo insólito, incapaz de asegurarles un empleo y sobre todo ese conjunto de garantías que podría dar a su existencia estabilidad y equilibrio. El hombre de las comunidades rurales, fuertemente encerrado en los lazos comunitarios, estrechamente encuadrado por los ancianos y sostenido por todo el aparato de las tradiciones, es reemplazado por el hombre gregario, aislado y desarmado, separado

* En alusión a la expansión de las "bidonvilles" (de bidón y ciudad), barrios situados en las márgenes de las grandes ciudades del norte africano, con construcciones precarias que acogen, generalmente, a migrantes rurales, a semejanza de los llamados "barrios marginales" de Latinoamérica. (N. de T.).

de las unidades orgánicas en las cuales y por las cuales existía, separado de su grupo y de su terruño, puesto a menudo en tal situación material que no podría acordarse de los antiguos ideales de honor y de dignidad.

En resumen, la guerra y sus secuelas no hacen sino precipitar el movimiento de desagregación cultural que el contacto de civilizaciones y la política colonial habían desencadenado. Aún más, este movimiento se extiende esta vez al ámbito que se había mantenido relativamente protegido porque había permanecido a salvo de las empresas de colonización y sobre todo en las zonas montañosas, particularmente alcanzadas hoy por la guerra, las pequeñas comunidades rurales, replegadas sobre sí mismas en la fidelidad obstinada hacia su pasado y a su tradición, habían podido salvaguardar los rasgos esenciales de una civilización de la que no se podrá, en lo sucesivo, hablar más que en pasado.

No hay persona que no tenga conciencia de que un abismo profundo separa a la sociedad argelina de su pasado y que un movimiento irreversible se ha llevado a cabo. Lo que cuenta es menos la ruptura que el sentimiento de la ruptura. De esto resulta una suspensión y un cuestionamiento de los valores que daban su sentido a la existencia de antaño. La experiencia de una vida siempre interrumpida, siempre amenazada, hace tomar como vanas tradiciones y creencias que eran consideradas sagradas. Las prohibiciones más estrictas son infringidas. La situación revolucionaria socava también las antiguas jerarquías asociadas al sistema de valores caduco y las sustituye por hombres nuevos cuya autoridad descansa muy a menudo sobre fundamentos distintos del nacimiento, la riqueza o el ascendiente moral y religioso. Los antiguos valores de honor se desmoronan ante las crueldades de la guerra. La imagen ideal de sí mismo y los valores que le son asociados son expuestos a la prueba más radical.

Como una máquina infernal, la guerra hace tabla rasa de las realidades sociales; tritura, dispersa las comunidades tradicionales, pueblo, clan o familia. Miles de hombres están en las guerrillas, en los campos de reclusión, en las prisiones o bien refugiados en Túnez o en Marruecos; otros partieron hacia las ciudades de Argelia o de Francia, dejando a sus familias en los centros de reagrupamiento o en el

pueblo; otros están muertos o desaparecidos. Regiones enteras están casi vacías de hombres. En los pueblos desiertos, ¿quedará al menos el recuerdo de las antiguas tradiciones? La transmisión de la civilización tradicional que la adhesión a los nuevos valores tiende a desacralizar ante los jóvenes, se ve interrumpida por la separación. Las mujeres y los ancianos se quedaron en el pueblo con los niños. Los jóvenes, lanzados a la vida urbana, no aprenden ya de los mayores los preceptos, las costumbres, las leyendas o los proverbios que constituían el alma de la comunidad. La enseñanza de los ancianos ha sido desplazada por la educación política, impartida por los que saben leer. La conservación de la tradición suponía el contacto continuo de las generaciones sucesivas y el respeto reverencial hacia los ancianos. La familia patriarcal, comunidad primordial que, en el campo mucho más que en las ciudades, había escapado a la desagregación y permanecía como la clave de todo el edificio social, es dispersada y a menudo desgarrada por el conflicto entre las generaciones, expresión del conflicto entre los antiguos valores y los nuevos valores.

Los jóvenes de las grandes ciudades escapan a los controles tradicionales y a la presión de la opinión pública, fundamento esencial del orden de las comunidades pueblerinas. Además sucede que la ausencia del padre o del hermano mayor los deja casi completamente abandonados a sí mismos. Numerosos jóvenes, sobre todo en las ciudades, se encuentran hoy en día en la situación de aquel que los cabileños llaman "el hijo de la viuda", es decir, del hombre sin pasado, sin tradiciones, sin ideal de sí mismo. La autoridad del padre, aunque muy viva, es a menudo alterada. El jefe de la familia ha dejado en todo caso de ser considerado como el fundamento de todos los valores y como el que pone en orden todas las cosas, y es que la guerra ha invertido la escala de valores que daba a los ancianos la primacía y la autoridad. Los valores revolucionarios son los de la nueva generación. Formados en la guerra, volcados hacia el porvenir e ignorando todo sobre un pasado en el cual los más ancianos, hagan lo que hagan, permanecen arraigados, los adolescentes están a menudo animados por un radicalismo y un negativismo que los separan a veces de sus mayores, como lo testifica el papel que desempeñan en la guerra revolucionaria.

Para expresar el estado actual de cosas, los argelinos ancianos dicen frecuentemente: "Estamos en el siglo XIV"... El siglo XIV es el siglo del fin del mundo donde todo lo que era regla se convierte en excepción, donde todo lo que estaba prohibido está permitido, donde, por ejemplo, los niños no respetan más a sus padres, la mujer va al mercado, y así sucesivamente. La conciencia popular expresa de esta manera su experiencia de un universo invertido donde todo está al revés; ve en el desorden y en el caos que la envuelven el mundo del fin anunciador del fin del mundo. Y es que, efectivamente, asistimos al fin del mundo en Argelia. Pero el fin de este mundo es vivido como el anuncio de un nuevo mundo. [...]

Descolonización de Argelia, descolonización de la sociología

En su segunda intervención "De la guerre révolutionaire à la révolution", *Bourdieu inicia una reflexión sobre las condiciones sociales de la investigación, reflexión que no dejará de desarrollar en un retorno acumulativo sobre el trabajo y las experiencias pasadas, ya sea en* Algérie 1960 (1977)[86], *en* Le Sens Pratique (1981) *o en numerosos artículos ulteriores*[87].

La construcción de una ciencia de las sociedades coloniales que no sea reductible a una ciencia colonial plantea el problema de "la autonomía del campo científico"[88], *ya que la liberación de la sociedad colonial tiene su equivalente en el ámbito de la teoría.*

"Durkheim decía más o menos: el inconsciente es el olvido de la historia. Pienso que el inconsciente de una disciplina es su historia; el inconsciente

86 *Algérie 1960. Structures économiques et structures temporelles*, París, Editions de Minuit, 1977.

87 Se puede citar entre otros textos la entrevista con A. Bensa ("Quand les Canaques prennent la parole", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 56, marzo 1985, pp. 69-83) o con M. Mammeri ("Du bon usage de l'ethnologie", *Awal* Cahiers d'études berbères, 1, 1985, pp. 7-29).

88 "Les conditions sociales de la production sociologique: sociologie coloniale et décolonisation de la sociologie ", Intervención en el Coloquio sobre "Ethnologie et pouvoir au Maroc", Paris, junio 1975, in *Le Mal de Voir*, Paris, UGE, 10/18, Cahiers Jussieu 2, 1976.

son las condiciones sociales de producción escondidas, olvidadas: el producto separado de sus condiciones sociales de producción cambia de sentido y ejerce un efecto ideológico.[...] Liberar a la ciencia social, y en especial aquélla de los países recientemente descolonizados, de su inconsciente, es emprender cierto tipo de ciencia social de la 'ciencia colonial'".

El investigador no puede entonces ahorrarse un análisis de la situación de investigación y de su contexto, a saber, la relación de dominación establecida entre la sociedad colonizadora y la sociedad colonizada. La situación colonial no constituye en realidad sino un caso límite de la relación de la ciencia con su objeto[89]. *¿Pero el hecho de que todo estudio de las situaciones coloniales dependa de la ciencia colonial, no invalida acaso cualquier intervención política sobre bases científicas? En el prólogo de* Travail et travailleurs en Algérie, *Pierre Bourdieu analiza el fundamento de este problema:*

"Es preciso recordar, para someterla a examen, la ideología según la cual toda investigación llevada a cabo en la situación colonial estaría afectada por una impureza esencial. *[...]*
Se opone la ciencia 'pura' a la ideología comprometida al servicio de tal o cual poder o de tal o cual orden establecido. Y se añade que la intención pura de hacer una ciencia pura está necesariamente condenada al fracaso. El postulado que sirve de base a la demostración es que el etnógrafo, por su pertenencia a la sociedad colonizadora, lleva el peso del error original, el pecado del colonialismo. [...] ¿Pero acaso esta complicidad original tiene otra naturaleza que la que ata a su clase al sociólogo que estudia su propia sociedad? [...] ¿Es preciso pensar, como se dice a menudo, que no habrá etnología 'pura' sino la hecha por los indígenas? ¿Pero por qué este privilegio ético y epistemológico? Tantas preguntas que no se tiene cuidado de plantear, porque alejarían del terreno firme de las evidencias indiscutibles. [...] Detrás de la denuncia de los compromisos de la etnología se esconde frecuentemente la convicción de que no hay ciencia pura de un objeto impuro, como si la ciencia y el científico 'participaran' de su objeto. Pero se debe recordar la lección que dio Parménides a Sócrates: No hay, para la ciencia, sujetos nobles y sujetos indignos... [...] Lo que se puede exigir con todo rigor al etnólogo, es que se esfuerce en restituir a otros hombres el sentido de sus comportamientos, del cual el sistema colonial los ha desposeído, entre otras cosas".

89 En el mismo artículo, escribe: "Es el problema de saber lo que es ser observador, de saber lo que es la práctica". Es el mismo problema que está desarrollado en Le *Sens Practique* en 1981 o en la primera parte de *Méditations pascaliennes* en 1998.

Finalmente, el etnólogo o el sociólogo deben ser una de esas "mediaciones", llamadas por Bourdieu al final de su segundo artículo, capaces de hacer aceptar una "política racional" que prolongue la actividad revolucionaria: es, entonces, una verdadera educación de masas la que se impone, y es por lo demás la investigación sobre el sistema educativo la que ocupará en un primer tiempo a Bourdieu a su regreso a Francia.

> "Sería apasionante analizar sistemáticamente los sistemas de pensamiento utilizados para pensar en los campesinos y en la clase obrera en Francia y los sistemas de pensamiento utilizados para pensar en los argelinos: por ejemplo, ¿es acaso un azar que las primeras instituciones de enseñanza agrícola se llamaran 'colonias', que la metáfora colonial esté todo el tiempo presente en la historia de la educación?"[90].

Como lo dirá él mismo más adelante[91]*, la transposición de los métodos etnográficos en el estudio de la sociedad francesa, con motivo de sus estudios sobre los campesinos bearneses y el sistema de educación, es un verdadero "acto político" debido a que transgrede no sólo las fronteras disciplinarias, sino también las barreras mentales que una sociedad erige contra toda mirada sobre sí. Escribir sobre Argelia es también escribir sobre Francia efectuando, en circunstancias poco ordinarias, mucho más que un "desvío" etnológico: "una conversión de la mirada".*

De la guerra revolucionaria a la revolución

El fin de la guerra de liberación nacional coloca al pueblo argelino frente a sí mismo. Las preguntas que cada uno se planteaba hasta entonces de modo abstracto y casi imaginario (tan apremiante era la urgencia de los objetivos inmediatos) se imponen hoy en día en un contexto nuevo. ¿Cómo sustituir con los objetivos de una revolución los objetivos de la guerra revolucionaria que estaban unánimemente aprobados porque eran impuestos por una situación objetiva y colectivamente experimentada? ¿Cómo efectuar la revisión de los fines que impone el surgimiento de una situación tan nueva?

90 En "Les conditions sociales de la production sociologique", op. cit.
91 *Choses dites*, París, Éditions de Minuit, 1987.

La ilusión más perniciosa es sin duda lo que se puede llamar el mito de la revolución revolucionadora según la cual la guerra habría, como por arte de magia, transformado la sociedad argelina de arriba abajo; además habría resuelto todos los problemas, incluso aquéllos suscitados por su existencia. No hay duda de que la guerra, en razón de su forma, de su duración y del significado que ha tomado en la conciencia de todos los argelinos, ha determinado una verdadera mutación cultural. No hay duda de que numerosas resistencias culturales deban desaparecer con la abolición del sistema colonial y la instauración de un gobierno de los argelinos por los argelinos. En este sentido todo ha cambiado. ¿Pero el viejo hombre murió por ello?

Primero, al lado de aquéllos para quienes la revolución ha sido la ocasión de operar una verdadera revolución vivida, también están todos los que han pasado por la guerra sin comprender, todos aquellos quienes, echados de sus moradas, forzados a abandonar su tren de vida habitual por el barrio marginal de las ciudades vecinas o por los centros de reagrupamiento, no han hecho más que sufrir y padecer.

Sin duda, la guerra y la situación revolucionaria han podido determinar, en gran parte de la población, y especialmente en los que sabían leer, un desarrollo de la conciencia política y, más profundamente, una transformación real de la visión del mundo. Como lo muestran las investigaciones realizadas entre 1958 y 1961, la situación revolucionaria y el esfuerzo de educación política han favorecido la uniformización de las opiniones. En ámbitos tan diferentes como la educación de los niños o el porvenir de Argelia, obreros o comerciantes, artesanos o funcionarios, citadinos o campesinos tienden a entenderse sobre lo esencial. Pero en realidad la unificación del lenguaje no debe disimular la diversidad de las actitudes. Lo que impresiona, por el contrario, es la distancia entre las opiniones y los comportamientos, entre los juicios formulados de modo imaginario, en el orden del conformismo verbal, y las conductas concretas. Estas divergencias y estas contradicciones inconscientes traducen un desasosiego profundo al mismo tiempo que un esfuerzo no formulado por reinventar nuevos modelos de comportamiento. Con respecto al trabajo de las mujeres, por ejemplo, vemos al mismo individuo justificar modelos prestados de Occidente con argumentos extraídos de

la lógica de su tradición, tales como proverbios o refranes, y justificar preceptos tradicionales con razones prestadas de la lógica occidental. Esta especie de fluctuación entre dos culturas debe ser el centro de toda reflexión sobre los problemas de la educación en la Argelia de mañana. Se trata, en efecto, de ayudar a todo un pueblo a inventarse un sistema de modelos de comportamiento, en suma, una civilización a la vez original y coherente; y para esto, es importante descubrir nuevas técnicas pedagógicas al mismo tiempo que dar un contenido nuevo a la enseñanza.

La uniformidad relativa de las opiniones prueba la eficacia de un esfuerzo de educación o de propaganda bien pensada pero también de sus límites. No es poco imponer un lenguaje común. Sin embargo, hay que cuidarse de ignorar que los comportamientos, las actitudes y las categorías de pensamiento se modifican más difícilmente. A pesar de la fuerza de convicción que pueda tener cuando es impartida por las autoridades reconocidas, la educación, que tiene como meta transformar profundamente las conductas con el fin de adaptarlas a una sociedad nueva y a objetivos nuevos, no debe minimizar los obstáculos que deberá levantar a costa de mucha paciencia.

[...] Sin duda, la guerra y los sufrimientos que ha infligido constituyen, por sí mismos, una enseñanza política. A través de sus pruebas, el pueblo argelino ha tomado conciencia de su verdad. Pero, es preciso cuidarse de ignorar que la conciencia política afectiva lleva la delantera a la conciencia política racional. Esto es principalmente cierto en mujeres que han sufrido y vivido la guerra más pasiva y pasionalmente que activa y racionalmente. En ellas, a menudo, la sensibilidad política no tiene punto de comparación con la conciencia y la cultura políticas. Sucede lo mismo con los jóvenes que han crecido en la guerra y, en grados diferentes, con muchos argelinos.

En particular, es solamente a costa de una alteración de la realidad, inspirada en la preocupación por aplicar esquemas de explicación clásicos, que se puede ver en el campesinado a la única clase revolucionaria. *Fuerza de revolución*, el campesinado no es una fuerza revolucionaria en el sentido verdadero. Sin duda los campesinos argelinos han tenido un papel capital en la lucha, como actores y como víctimas. Y ellos lo saben. Sin duda, tienen todo por ganar y nada

que perder. Sin duda, son ellos las primeras víctimas del colonialismo. Sin duda, han adquirido una memoria aguda de las expropiaciones y de las expoliaciones de las cuales han sido víctimas. "Ven ustedes allá, entre los dos árboles, ésa era mi tierra. Los franceses la tomaron después de la rebelión de 1875 y se la dieron a un fulano, que nos había traicionado". ¡Y esos ancianos que en un pliegue de sus albornoces llevan enganchada el acta de aplicación del *Senatus Consulte* que no pueden leer y que los ha despojado! Sin duda, y es tal vez lo esencial, el mundo campesino ha sufrido en Argelia trastornos excepcionalmente profundos, debido a las grandes leyes territoriales, a los embargos y, más recientemente, a la guerra y a los reagrupamientos. En consecuencia, las masas campesinas no corren el riesgo de jugar el papel de freno a la revolución, como ocurrió en otras partes.

Por todas estas razones, las masas rurales constituyen una fuerza explosiva, pero una fuerza disponible para las acciones más contradictorias. No pudiendo definir sus propias metas sino afectiva y negativamente, esperan que se les revele su destino. Animadas por una rebelión profunda, invadidas por energías menos racionales que pasionales, pueden ser una presa ideal para los demagogos; pueden también, a condición de que se sepa organizarlas y orientar la fuerza que encierran, seguir desempeñando en la revolución el papel de ala activa que tuvieron en la guerra revolucionaria.

Lo mismo es cierto del subproletariado de las ciudades, desempleados, obreros, jornaleros, vendedores ambulantes, pequeños asalariados, cargadores, trabajadores a destajo, guardianes, revendedores minoristas de una cajetilla de cigarrillos o un racimo de plátanos. El acostumbramiento al desempleo prolongado y al simulacro de los míseros oficios, la ausencia de empleo regular, impiden la elaboración de una organización coherente del presente y del futuro, de un sistema de expectativas en función del cual toda la actividad y toda la existencia puedan orientarse. Al no poseer sobre el presente este mínimo asidero que es la condición de un esfuerzo deliberado y racional para proyectarse hacia el futuro, todos estos hombres están entregados al resentimiento incoherente antes que estar animados por una verdadera conciencia revolucionaria; la falta de trabajo o la

inestabilidad laboral van del brazo de la falta de perspectiva en las aspiraciones y en las opiniones, de la falta de un sistema de proyectos y previsiones racionales del cual la voluntad revolucionaria es un aspecto. Estos hombres, encerrados en una condición caracterizada por la inseguridad y la incoherencia, tienen generalmente una visión incierta e incoherente. Sufren, experimentan y sienten la miseria de su condición más que concebirla, lo cual demandaría un cierto distanciamiento y también instrumentos de pensamiento inseparables de la educación. Es entonces natural que esta experiencia vivida como una prueba se exprese en el lenguaje de la afectividad. El tipo de expresión más frecuente es lo que podemos denominar la "casi-sistematización afectiva", es decir, la visión del mundo colonial como dominado por una voluntad todopoderosa y maligna. "Los franceses, dice un desempleado de Saida, no quieren darme trabajo. Todos estos señores que están aquí cerca de mí no trabajan. Todos tienen certificados, el uno es albañil, el otro es chofer, todos tienen un oficio. ¿Por qué no tienen derecho a trabajar? Todo nos falta. Los franceses tienen todo lo que necesitan para vivir bien. Pero a nosotros, no quieren darnos nada, ni trabajo, ni nada". Y este otro vendedor de limonada en Argel: "Tenemos la impresión de luchar contra la fatalidad. Un amigo me decía: 'Por donde quiera que vaya, soy precedido por Dios, un saco de cemento sobre la espalda y un badilejo en la mano; abro una puerta y él me tapia la que está delante'". La experiencia cotidiana es vivida como el resultado de una especie de designio sistemático concebido por una voluntad maligna. El sistema colonial es percibido como un Dios malvado y solapado, que puede encarnarse, según las ocasiones y las circunstancias, en "los Europeos", los "Españoles", "Francia", "la administración", "el gobierno", "Ellos", "Aquéllos", "los Otros". Es el "alguien" que quiere aquello de lo que se dice "es deliberado, intencional".

Con el empleo permanente y el salario regular, con la aparición de perspectivas reales de ascenso social, puede formarse una conciencia temporal, abierta y racional. Desde ese momento, se ve desaparecer las contradicciones entre las aspiraciones desmesuradas y las posibilidades disponibles, entre las opiniones proferidas en modo imaginario y las actitudes reales. Las acciones, los juicios de valor y

las aspiraciones se ordenan en función de un plan de vida. Es entonces, y solamente entonces, que la actitud revolucionaria toma el lugar de la evasión en el sueño; de la resignación fatalista o del resentimiento enfurecido.

Es por eso que hay que impugnar la tesis según la cual, en los países colonizados, el proletariado no sería una verdadera fuerza revolucionaria, porque, a diferencia de las masas campesinas, tiene todo para perder, a título de engranaje irremplazable de la máquina colonial. Es cierto que en un país amenazado por el desempleo, los trabajadores que tienen la garantía de un empleo permanente y regularidad en sus ingresos forman una categoría privilegiada, y esto por diferentes motivos. Primero, pueden realizar de manera relativamente coherente sus aspiraciones a un modo de existencia moderna: la estabilidad laboral y el salario seguro son la condición de acceso y de adaptación al hábitat moderno y, al mismo tiempo, a una existencia provista de la comodidad básica. Seguidamente, porque su vida profesional los pone en contacto con la sociedad industrial, han podido adoptar e integrar técnicas, modelos de comportamiento e ideales; en resumen, toda una actitud frente al mundo. Como todos los aspectos de esta visión del mundo que tiene por centro una cierta actitud frente al porvenir forman una totalidad coherente, la adopción de una "conducta racional de la vida" es inseparable de la formación de una conciencia revolucionaria racional.

A pesar del dualismo económico que caracteriza a la sociedad colonial, una parte importante de la población argelina, sobre todo urbana, participa, en diferentes grados, de las ventajas que procura el sector moderno, escolarización de los niños, empleo estable. ¿Se debe ver aquí un regalo envenenado del colonialismo? ¿Se debe pensar que el apego a estos "privilegios" (que son reivindicados como derechos por referencia a los europeos) y la existencia de necesidades creadas por el efecto de demostración podrán constituir obstáculos reales para la realización de una política revolucionaria? Por el contrario, sólo los individuos provistos de un sistema coherente de aspiraciones y de reivindicaciones, capaces de situarse en la lógica del cálculo racional y de la previsión, podrán comprender y aceptar deliberadamente los sacrificios y los renunciamientos inevitables. Sólo

individuos acostumbrados a someterse a exigencias racionales sabrán desbaratar, si es necesario, las apariencias engañosas de la demagogia y exigir a los responsables de Argelia una política racional. El éxito de una política tal supone además que, por un esfuerzo de educación, se trabaje en apaciguar o en reorientar la impaciencia mágica del subproletariado de las ciudades y de los campesinos desruralizados que esperan de la independencia todo lo que el sistema colonial les negó.

Una de las contradicciones de la situación viene del hecho de que la rebelión de las masas tiene por fundamento la destrucción de las estructuras de la sociedad y de la cultura tradicionales. La política colonial y la política de guerra, que no han hecho más que acabar con una especie de ensañamiento ciego y metódico lo que la colonización había comenzado, han destruido o alterado las bases económicas de la antigua sociedad, las estructuras sociales, los sistemas de representaciones y de valores. Una política de racionalización revolucionaria sólo puede tender a acentuar el cuestionamiento de la cultura tradicional; en esto, la herencia más catastrófica de la colonización puede tener una función positiva, debido a que por haber sido manipuladas tanto como se podía, las masas ofrecerán una resistencia menor a los esfuerzos de reconstrucción racional de un nuevo orden social. Pero aun acá, la realidad tiene doble cara: si bien es cierto que las transformaciones que podrá requerir una educación dirigida a introducir nuevas técnicas, nuevos modelos de comportamiento y nuevos valores serán poco frente a los trastornos ocasionados por la política colonial y la guerra, si bien es cierto que Argelia, en cierto sentido, ha sido eminentemente favorecida porque el cuestionamiento del antiguo orden ha sido tan profundo como era posible, porque los nuevos modelos y los nuevos valores que se trata de introducir no serán jamás totalmente nuevos para aquellos que tendrán que adoptarlos, resulta que la desagregación y el desconcierto pueden proveer el terreno más favorable para el desarrollo de ideologías pasionales y, tal vez, retrógradas.

[...] ¿Cómo concertar el radicalismo del sentimiento, nacido de la experiencia y de la prueba, con el radicalismo revolucionario, nacido de la reflexión y de la consideración sistemática de la realidad? ¿Cómo llenar el desfase entre las aspiraciones marcadas por la ambigüedad y

por la incoherencia del sentimiento y la racionalización revolucionaria?

[...] El problema más urgente es el de los mediadores. El éxito de una política racional supone que sea comprendida y admitida por la mayoría. Cuando se pretende producir transformaciones profundas, uno no puede apoyarse solamente en la disciplina elemental del tiempo de combate; hay que convencer y persuadir, es decir, dialogar y enseñar.

Sociología de la educación y sociología del poder

En París, Pierre Bourdieu se convierte en asistente de Raymond Aron, y después de haber sido maître de conférences *en Lille asume la secretaría general del Centro de Sociología Europea, lanzado por Aron gracias a una subvención de la Fundación Ford.*

Entre el conjunto de actividades realizadas o impulsadas por Pierre Bourdieu en el Centro de Sociología Europea en los años 60, podemos citar investigaciones colectivas, principalmente sobre las prácticas culturales (Un art moyen, 1965; L'amour de l'art, 1966), *publicaciones en las revistas de sociología más reconocidas, como* la Revue française de sociologie, Études rurales, Sociologie du travail, *o publicaciones colectivas, como* Le partage des bénéfices (Darras, Editions Minuit, 1966), Le métier de sociologue (Mouton-Bordas, 1968) *o números especiales de la* Revue française de sociologie *sobre educación*[92]. *En momentos en que la sociología francesa alcanza ya una cierta especialización, él trabaja sobre diferentes temas: educación, cultura y estética, trabajo, mundo rural.*

> *Bourdieu crea un grupo de investigadores, entre los cuales están: Luc Boltanski, François Bonvin, Robert Castel, Jean-Claude Chamboredon, Patrick Champagne, Yvette Delsault, Claude Grignon, Gérard Lagneau, Jean-Claude Passeron, Monique de Saint-Martin, Dominique Schnapper. Su actividad está esencialmen-*

92 Dos números de la *Revue française de sociologie* fueron coordinados por Pierre Bourdieu y Viviane Isambert en 1967 (volumen 8, número especial 67; volumen 9, número especial 68), y en otro número de 1966 él había publicado el artículo "L'école conservatrice".

te dirigida hacia la investigación y las publicaciones: la colaboración con las revistas Esprit y Les Temps Modernes *sólo fue, como él lo diría después, episódica y* "a desgana", *para dar* "eficacia" *a sus trabajos*[93]. *En 1964, es nombrado director de la VI sección de la École Pratique des Hautes Études, con el apoyo de Fernand Braudel, Raymond Aron y Claude Lévi–Strauss, y funda igualmente una colección,* "Le Sens Commun", en Editions de Minuit.

Las relaciones con Raymond Aron se deterioran poco a poco, en un primer tiempo luego de la publicación de los Héritiers en 1964, trabajo que según Aron influirá en los líderes de mayo del '68. La ruptura se produce cuando Aron da la dirección del Centro de Sociología Europea como punto de reunión del "comité por la defensa y la renovación de la universidad francesa", mientras que Bourdieu aparece como favorable al movimiento -notas de reflexión, redactadas en el CSE., sobre el sistema educativo y su reforma, son inclusive difundidas en las asambleas generales: proyecto de control continuo, supresión de la agrégation*, *etc. (ver el recuadro). En 1969, Aron y Bourdieu constituyen, cada uno, un equipo de investigadores con su propio programa.*

Textos escritos durante el movimiento estudiantil de "mayo del 68"

Estos textos son fragmentos de los Documentos del Centro de Sociología Europea que en su mayoría no están ya disponibles. No llevan firma individual, pero Pierre Bourdieu participó activamente en su redacción.

En un primer texto, firmado colectivamente por numerosos profesores e investigadores (principalmente de la École Pratique des Hautes Études o de La Sorbonne), como J. Bollak, L. Boltanski, P. Bourdieu, R. Castel, J.C. Chamboredon, J.C. Combessie, M. Conche, G. Condomidas, Y. Delsault, J. Derrida, J. Dumazedier, J.-P. Faguer, L. Goldman, C. Grignon, D. Julia, M. Lemaire, J. Le Goff, E. Leroy-Ladurie, P. Maldinier, L. Marin, A. Matheron, A. Miquel, J. Ozouf, J.C. Passeron, M. Perrot, J.-B.

93 Expresiones empleadas por Pierre Bourdieu en una entrevista con Rémi Rieffel, en *Les intellectuels sous la V República*, tomo 2, p. 115.

* Procedimiento de titulación altamente selectivo del sistema educativo francés por el cual, después de cursar altos estudios superiores, quienes aprueban un concurso o examen (la *agrégation*) obtienen el título de "agregado" *(agrégé)*, que sanciona su aptitud para ser titulares de un puesto de profesor de secundaria o de ciertas facultades (N. de T.).

Pontalis, P. Ricoeur, D. Roche, M. de Saint-Martin, J.M. Vincent, N. Wachtel, podemos encontrar el siguiente llamado:

"En el momento en que, por su coraje, los estudiantes ganaron una primera batalla, un grupo de profesores y de investigadores, reunidos en París el 12 de mayo, estimó útil llamar a todos los grupos interesados en una transformación democrática de la universidad francesa a definir los lineamientos de un programa y someter, sin espera, a la discusión de todos algunos datos y algunas orientaciones. Se trata no tanto de reafirmar reivindicaciones que se afirman o se afirmarán en cualquier caso, como de enunciar las lagunas que todo programa definido en la institución por los beneficiarios del sistema tiene la probabilidad más grande de presentar.

"Nos parece que la participación de los profesores y de los investigadores en un movimiento que han seguido más que provocado, no podría basarse por mucho tiempo más y sin riesgo en buenos sentimientos, trátese del 'afecto' de los 'maestros' por sus alumnos o de la indignación legítima contra la represión policíaca. Nos parece, en efecto, que un análisis objetivo del funcionamiento de la universidad y de sus funciones, tanto técnicas como sociales, es lo único capaz de crear un programa de reivindicaciones lo suficientemente explícitas y coherentes como para resistir a las tentativas de recuperación tecnocrática o conservadora que no tardarán en multiplicarse".

Luego de haber recordado que las víctimas del sistema de enseñanza están excluidas de él y no pueden hacerse escuchar, y que el problema principal es por tanto el de la eliminación de las clases populares, el texto llama a los "estados generales de la enseñanza y de la investigación" definiendo algunas direcciones de trabajo sobre los procedimientos de contratación de los profesores, el control de los efectos de la herencia de clase por el cambio de los contenidos transmitidos, la crítica del diploma como criterio exclusivo de competencias, la transformación o la eliminación del examen tradicional, el recurso a nuevas técnicas pedagógicas, la transformación de la estructura de las carreras y de la repartición de los poderes en la enseñanza superior.

Estas orientaciones están más ampliamente desarrolladas en los documentos elaborados por el Centro de Sociología Europea.

Documento Nº 1: algunas indicaciones para una política de democratización

"Todo proyecto de inspiración tecnocrática se caracteriza porque tiende a dejar actuar a los mecanismos sociales de eliminación de las clases desfavorecidas: no existe decisión técnica que sea socialmente neutra y, en el ámbito de la educación y de la cultura, el 'dejar hacer' es una manera en apariencia irrepochable de favorecer a los más favorecidos. Toda transformación democrática supone entonces que, desde el parvulario, sean puestos en marcha mecanismos de acción institucionalizados capaces de contrarrestar los mecanismos sociales".

Aun si Pierre Bourdieu abandona más tarde la idea de una democratización real por la vía del sistema de enseñanza, podemos encontrar en estos textos ciertos principios que serán retomados posteriormente en los informes de 1985 y 1989 (ver infra). Se da una importancia particular a los "ejercicios de verbalización" *en la medida en que la desigualdad entre los niños de diferentes medios se debe fundamentalmente* "a las diferencias que separan la lengua popular de la lengua culta" *–no es un azar si los trabajos de Bernstein y Labov serán posteriormente publicados en la colección* "Le Sens Commun".

Las medidas propuestas para contrarrestar los mecanismos de eliminación de las clases desfavorecidas son acciones de información sobre los establecimientos y su jerarquía, la concesión más amplia de becas de enseñanza secundaria para las familias desfavorecidas, una compensación de las diferencias de dotación entre establecimientos, una transformación del internado dirigida a una ayuda en el trabajo, enseñanzas complementarias de recuperación (como trabajos dirigidos), la creación de una verdadera enseñanza popular nocturna en las universidades, una reestructuración de la enseñanza secundaria "con un ánimo opuesto a la tradición humanista" *privilegiando el uso expresivo, metódico y lógico de la lengua materna (el documento Nº 5 está incluso consagrado a la idea de una enseñanza "antropológica" de las culturas hebraica, griega y romana sin ceder al "mito de la virtud formadora del análisis gramatical").*

"Se debe hacer todo para cubrir la brecha entre las instituciones marginales de educación permanente o de difusión cultural (casas de

la cultura, animación cultural, etc.) y la institución escolar. La ideología antiescolar sólo puede ser combatida si la contratación es profundamente cambiada y si los profesores están estrechamente asociados a estas empresas, en todos los niveles".

Documento Nº 12: *agrégation** y sistema de valores tradicionales

"La *agrégation*, según la opinión de sus defensores más asiduos, supone asegurar, en las mejores condiciones posibles, la contratación del cuerpo docente, tanto en la enseñanza secundaria como en la enseñanza superior. Ahora bien, el carácter ilusorio y por tanto ideológico de una propuesta semejante aparece inmediatamente cuando se la confronta con la realidad de los hechos. [...] Se ha visto, en efecto, desarrollarse en la enseñanza secundaria, para responder a las necesidades crecientes del sistema, todo un cuerpo docente contratado sin pasar por la *agrégation* y asegurando en parte, si no en su totalidad, el relevo de los *agregados*. [...] Sólo el 19% de los profesores de la enseñanza secundaria eran agregados en 1963-64. El mantenimiento de un concurso cuya función real se encontró tan profundamente cambiada no tiene otro efecto que establecer en la enseñanza secundaria una jerarquía ficticia basada en la diversidad de las contrataciones [...]. Esta división del cuerpo docente en categorías jerarquizadas [de acuerdo a un simple sello escolar] es contraria al principio de una sociedad verdaderamente democrática que quiere que a un trabajo igual le corresponda un salario igual. En el estado actual del sistema, el mantenimiento de la *agrégation* sólo contribuye a crear una división arbitraria en el seno del cuerpo docente y a consagrar un mandarinato cuya perpetuación garantiza. [...] La predilección por los temas más generales, reputados aptos para medir las cualidades más generales y más auténticas, aquellas que caracterizan a la persona, muestran por ejemplo que se trata menos de juzgar saberes que individuos. [...]

* Ver nota de traducción. en p. 136.

"La contradicción entre criterios escolares y criterios científicos que se observa en ciencias no puede aparecer en los reportes de *agrégation* en literatura, puesto que las exigencias puramente escolares se presentan y se dan siempre como exigencias puramente científicas, es decir, como exigencias universales. Esta confusión perpetua entre las normas escolares y las normas intelectuales tiene un efecto deformador puesto que incita a tomar como normas intelectuales universales lo que sólo se debe a las particularidades del sistema de enseñanza francés. La *agrégation* contribuye a consolidar y a perpetuar esta especie de artefacto escolar que paraliza la vida intelectual y cuyos efectos eran denunciados por Renan: *'Se adquiere una habilidad singular solamente para disfrazar ante sí mismo y ante los demás el vacío del pensamiento bajo una forma hueca, deslumbrante y pomposa... Un espíritu estrecho y formalista es el rasgo característico de la enseñanza en Francia*'".

La agrégation *es criticada porque sólo valora a los candidatos que realizan mejor los valores del sistema escolar. Luego de un análisis detallado de los informes del jurado de* agrégation, *el documento termina con observaciones que remiten a un texto escrito por Bourdieu, Passeron y de Saint-Martin en 1965,* Rapport pédagogique et communication *(pero cuyas repercusiones se pueden también encontrar en la crítica de ciertas prácticas de enseñanza expresadas en el trabajo colectivo de* ARESER *del cual Bourdieu es presidente (ver recuadro)*: "Un sistema tal de valores encierra el principio de una relación pedagógica necesariamente aristocrática y paternalista. [...] En un sistema que sume a los estudiantes en la indignidad, es comprensible que el estudiante sólo pueda responder ante la arrogancia profesoral con una conducta servil, yendo desde la prudencia astuta hasta la imitación ciega y desesperada. Arrogancia profesoral y servilismo estudiantil, rechazo despreciativo de la pedagogía y rechazo de la situación de aprendiz, constituyen una pareja funcional que fundamenta la relación pedagógica misma".

En 1970, se publica La Reproducción *(con J.-C. Passeron), trabajo vivamente atacado, principalmente por Antoine Prost* en* Esprit, *porque presenta, se-*

* Historiador de la educación. (N. de T.).

gún él, una visión fatalista de la escuela y de la sociedad. Tampoco es mejor acogido en los círculos de izquierda, y en particular en el Partido Comunista, lo que no impide a Bourdieu lanzar, en el Centro de Sociología de la Educación y de la Cultura, las primeras investigaciones sobre las "grandes escuelas", que conducirán, en 1989, a la aparición de La Noblesse d'État. *Es en el prólogo de este libro donde él explicita más claramente la importancia de la sociología de la educación en política:*

> "La sociología de la educación es un capítulo, y no de los menores, de la sociología del conocimiento y también de la sociología del poder –sin hablar de la sociología de las filosofías del poder–. Lejos de ser esa especie de ciencia aplicada, por tanto inferior, y buena solamente para los pedagogos, que se tenía costumbre de ver en ella, es el fundamento de una antropología general del poder y de la legitimidad: conduce, en efecto, al principio de los 'mecanismos' responsables de la reproducción de las estructuras sociales y de la reproducción de las estructuras mentales que, por estar genética y estructuralmente ligadas a aquéllas, favorecen el desconocimiento de la verdad de estas estructuras objetivas y, por esta vía, el reconocimiento de su legitimidad. Debido a que, como se estableció en otras obras[94], la estructura del espacio social tal como se observa en las sociedades diferenciadas es el producto de dos principios de diferenciación fundamentales, el capital económico y el capital cultural, la institución escolar, que juega un papel determinante en la reproducción de la distribución del capital cultural, y, de este modo, en la reproducción de la estructura del espacio social, se ha convertido en objeto central de las luchas por el monopolio de las posiciones dominantes"[95].

La sociología del sistema de enseñanza marca una etapa importante en el recorrido intelectual de Bourdieu: los ataques de los cuales ella es objeto, ya sea en el círculo científico o fuera de él, contribuyen a alimentar su reflexión sobre las condiciones de la acción política y del compromiso sociológico, como lo explica en una entrevista más tardía.

---

94 En *La distinction*, París Éditions de Minuit. 1979 y "Espace social et genèse des "classes", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales, N° 52-53, junio 1984, pp. 3-14.*

95 *La noblesse d'État*, París Éditions de Minuit, 1989, pp. 13.

Entrevista sobre la educación[96]

[...] Retrospectivamente, me parece que *Les Héritiers*, el primer libro donde estaban expuestos los resultados de los trabajos sobre la educación, ha sido una especie de tormenta en el cielo político. El libro tuvo mucho éxito. Ha sido leído por toda una generación y ha causado el efecto de una revelación cuando no decía nada muy extraordinario: los hechos eran bien conocidos por la comunidad científica[97]. Teníamos desde hacía tiempo investigaciones sobre la eliminación diferencial de los niños según su medio de origen. Creo que lo que ha impactado es que este libro, a diferencia de los trabajos anglosajones, ha sacado las conclusiones, o, más bien, ha puesto al descubierto los mecanismos que son el fundamento de las observaciones empíricas. No nos hemos contentado con decir que el sistema escolar elimina a los niños de las clases desfavorecidas: hemos tratado de explicar por qué era así y, en particular, cuál era la responsabilidad, la contribución –puesto que la palabra responsabilidad ya es normativa–, cuál era la contribución que el sistema escolar, por lo tanto los profesores, aportaban a la reproducción de las divisiones sociales.

Espontáneamente, los lectores de trabajos de sociología tienen tendencia a leer en una perspectiva normativa. Segundo principio de error, ellos invierten sus intereses y, contrariamente a lo que se creía, las personas tienen muchos intereses invertidos en el sistema de educación, particularmente los profesores. Y, paradójicamente, aquellos que sin duda tienen los intereses más importantes son aquellos que llamo los productos milagrosos, es decir, aquellos que han ascendido por el sistema escolar, los advenedizos de la cultura, los hijos de maes-

96 Extractos de la entrevista realizada en Tokio, en octubre 1989, por los profesores T. Horio y H. Kato. Pierre Bourdieu es conducido a volver sobre la recepción de sus trabajos relativos al sistema de enseñanza y sus repercusiones políticas.

97 En los años 50 y 60, toda una serie de informes sobre los flujos escolares habían sido financiados por el Estado: los informes *Early Living*, *Crowther*, *Newson Robbins o Plowden* en Inglaterra, el informe *Coleman* en los Estados Unidos. En Francia, varias investigaciones del Instituto Nacional de Estudios Demográficos, principalmente sobre la orientación de los alumnos en la escuela primaria, habían sido conducidas por Alain Girard.

tros por ejemplo. Había dicho más o menos eso durante la semana del pensamiento marxista, semana de discusiones intelectuales que el partido comunista, todavía bastante poderoso en esa época, organizaba cada año: tenía a mi derecha a Joaquín, hijo de ferroviario, y a Cognot, ambos *agregados* en la universidad, advenedizos de la cultura, que me habían invitado pero muriendo de miedo por lo que yo fuera a decir. Y, evidentemente, no les había fallado porque tengo siempre por principio decir lo que es más difícil de admitir para el público al cual yo hablo –que es lo contrario de la demagogia–. En vez de hacer grandes discursos, yo había dicho: "Aquellos a los que la escuela ha liberado ponen su fe en la escuela liberadora al servicio de la escuela conservadora"... No fui muy aplaudido (había como 3.000 ó 4.000 personas); consideraron que no había sido muy elocuente a diferencia de Juquin, quien había hecho un gran discurso, como se hace habitualmente en situación similar, es decir, todo lo contrario del análisis.

Esta historia no es anecdótica. Hace comprender una de las reacciones más violentas a lo que yo había hecho y que venía de la base del partido comunista, es decir, de los productos milagrosos de la escuela, que tenían dos razones para estar resentidos conmigo: estaban resentidos primero por decir su inconsciente, lo que ellos habían reprimido; y estaban resentidos también y sobre todo, en su calidad de intelectuales, de analistas, en su calidad de responsables políticos, por haber dicho lo que ellos hubieran tenido que decir. Es así como llegamos a Langevin-Wallon[98], Langevin-Wallon era el alfa y omega, era la Biblia y de ahí nadie se movía.

Si me permito contar estas cosas que pueden parecer historia vieja, es [...] porque quisiera transmitir una manera de percibir la discusión política, a propósito de la educación o de cualquier otra cosa, en Francia o en el Japón. Delante de personas que toman una posición, izquierdista o conservadora, en materia de educación, es preciso pre-

98 Se trata de una célebre comisión de reflexión sobre los problemas de la enseñanza, creada durante la Liberación, presidida por el profesor del collège de France Paul Langevin, luego, a su muerte, por el psicólogo Henri Wallon último. Compuesta en parte, pero no solamente, por comunistas, preconizó una organización escolar según el "principio de justicia" y la meritocracia.

guntarse qué intereses tienen en el sistema escolar, en qué grado su capital está ligado al paso por la institución escolar, etc. Pienso que, en el mundo intelectual en el sentido amplio, la relación con el sistema escolar es uno de los grandes principios explicativos de las prácticas y de las opiniones.

Vuelvo al análisis. En esa época, en el cuerpo docente, el fondo ideológico era la ideología de la escuela liberadora: había un periódico que llevaba este nombre, el Sindicato Nacional de maestros estaba empapado de esta idea, y un hombre como Pierre Vilar, un gran historiador marxista, un día que lo encontré en un coloquio, me reprochó públicamente por haber escrito lo que escribí en *Les Héritiers*. Para las personas que yo denomino los productos milagrosos, la revelación de los determinantes sociales del éxito escolar tiene ribetes de escándalo. Entre otras razones porque eso les quita todo mérito. Una buena parte de esas personas se han convertido en ultra-conservadoras durante y desde el movimiento estudiantil. Pasaron de la izquierda clásica, del partido comunista principalmente, a la derecha clásica o más bien a la extrema derecha. El movimiento estudiantil ha provocado en ellos un verdadero trauma; ha destruido su idea de sí mismos. [...]

Después, vino *La Reproduction*. Y ahí, la palabra reproducción ejerció un efecto catastrófico. Contribuyó mucho, sobre todo en los Estados Unidos, al éxito de lo que ellos denominan el "paradigma" según el cual el sistema escolar contribuye a reproducir la estructura social, pero al mismo tiempo ha bloqueado la lectura. La historia de la literatura muestra muy bien que lo común en la vida intelectual de una época, muy frecuentemente, es, no el contenido de los libros, sino los títulos. Por ejemplo, en los años 1880, todo era saturniano, poemas, poetas, etc. La reproducción es igual: la palabra ha circulado, pero la gente no ha leído el libro y ha dicho –los sociólogos en primer lugar–: "Bourdieu dice que el sistema escolar reproduce las clases". Y como leen normativamente, han sobreentendido: "Y él dice que está bien, por lo tanto es conservador" (pienso que Touraine ha interpretado así y que aún hoy en día me atribuye una visión mecanicista, pesimista, ignorante de la efervescencia del mundo social). Es lo mismo con Antoine Prost. Otros han hecho la lectura

inversa: "Bourdieu dice que la escuela reproduce y está mal". En este caso dos cosas han actuado: el título, pero también el epígrafe. Me divertí poniendo en epígrafe un poema de Robert Desnos, *Le Pélican de Jonathan* (el pelícano de Jonathan pone un huevo, de donde sale otro pelícano y eso puede continuar por largo tiempo si antes no se hace una tortilla). Entonces se ha dicho: "Bourdieu dice que hay que hacer la revolución".

Todo un conjunto de personas ha estado contrariado por la existencia de este libro. Evidentemente, los más contrariados fueron los colegas, sobre todo cuando se decían de izquierda, las personas que se supone debían hacer la sociología de la educación; y que eran miembros del partido comunista o cercanos a él, como el señor Snyders, para no nombrarlo, o la señora Isambert, o un católico progresista como el señor Prost que había comenzado a hacer historia de la educación porque había leído *Les Héritiers*, lo que no le había impedido ser injusto, al contrario. Han hecho "un cordón sanitario". Y dispararon encima, a tontas y a locas diciendo cualquier cosa...

El artículo de Prost es interesante en este aspecto, porque me reprocha el no esperar nada del maestro republicano a la vez que apela a Illich. La posición de Prost es interesante. Recurre a una estrategia que es muy a menudo utilizada en política para deshacerse de un mensaje que provoca realmente dificultades, problemas, que molesta: se lo acentúa hacia la izquierda; más precisamente, para hacer absurda o anodina una posición de izquierda, hay que radicalizarla, empujarla hasta su límite, es decir, hasta el punto en que se vuelve absurda: la escuela conserva, hay que suprimirla. Es una idea tonta, irreal, irrealizable. Ni siquiera es una utopía, es una forma de nihilismo estúpido. Prost, que en el fondo de sí mismo sabía sin duda que *La Reproduction* es un libro progresista, que lo molestaba justamente por esta razón, neutralizaba el malestar que este libro provocaba en él yendo aparentemente más allá, cuando en realidad se quedaba por acá... Es algo muy conocido, el ultra-izquierdismo es a menudo una forma de conservadurismo. Al mismo tiempo, los ataques se multiplicaban proviniendo del partido comunista, en las revistas del partido comunista... Yo no los leo, pero algunos de mis

alumnos que hacían trabajos sobre la historia del partido comunista me han dicho que soy el intelectual francés más atacado por el partido comunista, lo que, a primera vista, puede parecer sorprendente...

Esto es lo que denomino el cordón sanitario. Ha habido todo un trabajo para anular los efectos del mensaje: es algo que se conoce muy bien, la sociología del profetismo lo enseña... No digo que el mensaje de *La Reproduction* sea profético propiamente hablando, pero, al estilo de la profecía, propone una verdad que trastorna las estructuras mentales, que cambia la visión del mundo. Antes, el sistema escolar aparecía como un lugar donde se iba para aprender cosas universales, progresistas, etc. Viene un mensaje que trastorna las ideas recibidas mostrando que el sistema de educación ejerce efectos conservadores. Este mensaje debe ser neutralizado y entonces la casta de sacerdotes llega (el fenómeno ha sido estudiado cien veces, en diversas sociedades) y dice que nada ha ocurrido, y ahí está... Se ha convertido en un hecho social y ahora lo interesante es que, veinte años después, todo el mundo está de acuerdo en reconocer como evidente que el sistema escolar reproduce. Se escucha eso en la televisión, pero el sistema de defensa (en el sentido en que lo entiende Freud) sigue funcionando.

Entre los sistemas de defensa recientes está el que consiste en decir: es así, nada se puede hacer. Ahora la constatación se ha hecho masiva. Todo el mundo está de acuerdo en decir: sí, sabemos bien que en Francia el sistema escolar reproduce. Pero hacemos como si fuera un hecho natural. ¡No van a cambiar la ley de la gravedad! Y lo paradójico es que soy yo quien debe ahora recordar que la ley de la gravedad es lo que ha permitido volar (es lo que siempre he dicho, desde *Les Héritiers*: los remito a la conclusión “sobre la pedagogía racional” que había sido considerada como “reformista” por algunos). Es porque se conoce las leyes de la reproducción, es decir, que se puede tener una pequeñísima oportunidad de minimizar la acción reproductora de la institución escolar.

Sociología de la política y política de la sociología

Los años 70 constituyen el período en el que los textos teóricos de Pierre Bourdieu se consagran más directamente a las "cuestiones de política", al mismo tiempo que consolida su "empresa científica": en enero de 1973, publica en Les Temps Modernes, *un artículo que sacudirá –y sacude aún– a la ciencia política durante muchos años:* "La opinión pública no existe". *Dos años más tarde, ve la luz el primer número de* Actes de la Recherche en Sciences Sociales.

La dimensión polémica de "La opinión pública no existe" *va más allá de su título: en esa época, Jean Stoetzel, profesor en París I, miembro del Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS), del Conseil National des Universités (CNU, que controla la contratación de los maîtres de conférences), es también el fundador del Instituto Francés de Opinión Pública (IFOP), que ha desarrollado la técnica de los sondeos. Partiendo de la constatación de que las no respuestas nunca son tomadas en cuenta, Bourdieu desarrolla un análisis que se pretende "no mecánico" de los sondeos de opinión, de sus funciones y de su funcionamiento. Comienza por poner en duda los tres postulados que éstos proponen implícitamente:*

> "Todo sondeo de opinión supone que todo el mundo puede tener una opinión; o, dicho de otra manera, que la producción de una opinión está al alcance de todos. A riesgo de herir un sentimiento ingenuamente democrático, rebatiré este primer postulado. Segundo postulado: se supone que todas las opiniones se equivalen. Yo pienso que se puede demostrar que no es así y que el hecho de acumular opiniones que no tienen para nada la misma fuerza real conduce a producir artefactos desprovistos de sentido. Tercer postulado implícito: en el hecho mismo de plantear la misma pregunta a todo el mundo se encuentra implicada la hipótesis de que hay un consenso sobre los problemas, dicho de otra manera, de que hay un acuerdo sobre las preguntas que merecen ser planteadas".

No se trata de una crítica de la representatividad de las muestras, sino de los presupuestos no explícitos de la metodología utilizada, y de sus consecuencias políticas. Así, la dependencia de las preguntas con relación a las preocupaciones políticas dominantes hace de los sondeos un "instrumento de acción política" que impone "la ilusión de que existe una suma de opiniones públicas como suma puramente aditiva de opiniones individuales". *Contra este* "efecto de consenso", *que equivale a eliminar del debate a los menos dotados de "competencia política", la sociología evidencia* "la imposición de problemática" *contenida en las preguntas,*

y descubre los intereses y los grupos sociales subyacentes: "la opinión pública no existe, en todo caso bajo la forma que le atribuyen aquellos que tienen interés en afirmar su existencia".

En una conferencia pronunciada ante la Association Française des Sciences Politiques en noviembre de 1973 (ver el recuadro), retoma una distinción durkheimiana entre un sufragio resultante de una simple adición de voces individuales, y aquel que expresa "algo de colectivo" *para explicar que* "el principio esencial y mejor escondido del desposeimiento reside en la agregación de las opiniones". *Es en realidad la relación entre la opinión y sus condiciones sociales de producción (el modo de existencia del grupo social) la que debe retener la atención, lo cual explica la importancia de las nuevas formas de manifestación política ("sit-ins, boycots, picketings, draft-cart burnings, etc.") en las cuales los grupos movilizados se resisten al desposeimiento de su palabra utilizando portavoces que concentran el* "capital simbólico".

La opinión pública[99]

[...] A la ideología liberal, que constituye el principio de la filosofía de la elección como decisión libre e individual, Durkheim opone otra filosofía: la opinión verdadera es la opinión elaborada colectivamente sobre la base de una unidad previa. Poco importa lo que pensemos de esta filosofía "corporativista", ella tiene el mérito de obligar a llevar al estado explícito la filosofía implícita de la democracia electoral. La filosofía liberal identifica la acción política con una acción solitaria, incluso silenciosa y secreta, cuyo paradigma es el voto, "compra" de un partido en el secreto de la cabina electoral. Al hacer esto, reduce el grupo a la serie, la opinión movilizada de un grupo colectivo organizado o solidario a una agregación estadística de opiniones individuales expresadas. Pensamos en la utopía de Milton Friedman quien, para captar el punto de vista de las familias con respecto a la escuela, propone distribuir bonos que permitan comprar servicios educativos provistos por empresas competidoras.[...]

99 Texto extraído de *Formas de la acción política y modo de existencia de los grupos*, Charla en la Asociación Francesa de Ciencias Políticas, 1973.

La acción política se encuentra reducida a una forma de acción económica. La lógica del mercado o del voto, es decir, la agregación de estrategias individuales se impone siempre que los grupos son reducidos al estado de agregados o, si se prefiere, son desmovilizados. Cuando un grupo es reducido a la impotencia (o a estrategias individuales de subversión, sabotaje, derroche, lentitud, protesta aislada, ausentismo, etc.) porque no tiene poder sobre sí mismo, el problema, común a todos sus miembros, no pasa de ser un malestar y no puede ser constituido como problema político. Los miembros de un grupo pueden estar unidos, por un acuerdo tácito basado en una connivencia, como dice Weber, una complicidad profunda, tan profunda que no necesita expresarse, que marcha por sí sola. Pero esta complicidad sólo accede a la existencia a través de palabras o de conductas simbólicas que están dotadas de una carga emocional más fuerte que la palabra hablada o escrita y cuyo ejemplo privilegiado es la manifestación. Las palabras, palabras de explicitación que hacen ver y hacen creer, o consignas, que hacen actuar de forma concertada, son principios unificadores de la situación y del grupo, signos movilizadores que permiten constituir la situación y constituirla como algo común al grupo. [...]

El problema político radica en saber cómo dominar los instrumentos que tuvieron que ser puestos en marcha para dominar la anarquía de las estrategias individuales y producir una acción concertada. ¿Cómo puede el grupo controlar la opinión expresada por el portavoz, aquel que habla en nombre del grupo y en su favor, pero también en su lugar [...], siendo la cuestión fundamental saber lo que significa hablar para gente que no hablaría si alguien no hablara por ella? [...] El modo de producción atomístico y agregativo valioso para la visión liberal favorece a los dominantes que tienen interés en el *dejar hacer* y pueden contentarse con estrategias individuales (de reproducción) porque el orden social, la estructura, juega en su favor. Por el contrario, para los dominados, las estrategias individuales, protesta, derroche, lentitud, etc., y todas las formas de la lucha de clases cotidiana son poco eficaces. Ellos pueden tener estrategias eficaces sólo si son colectivas, y que, por consiguiente, suponen estrategias de construcción de la opinión colectiva y de su expresión. Sólo

se puede salir de la adición mecánica de las preferencias que opera el voto tratando las opiniones como signos que pueden ser cambiados por el intercambio, por la discusión, por la confrontación, siendo el problema ya no el de la opción, como en la tradición liberal, sino el del modo de construcción colectiva de opciones, del modo de fabricación de la "voluntad general", [...] por el trabajo colectivo de búsqueda de la opinión común.

La creación de Actes de la Recherche en Sciencies Sociales *responde entonces a una doble exigencia política. Si bien en esta iniciativa existe una verdadera política de la sociología (constituir un polo alternativo de investigación y de publicación), la revista se orienta claramente en el sentido de una sociología de la política, desde los ángulos más diversos, y a veces los más inesperados. La voluntad de yuxtaponer textos "acabados", notas breves, o textos de trabajo, se inscribe en* "la búsqueda de un modo de expresión realmente adaptado a las exigencias de una ciencia que, tomando por objeto las formas y los formalismos sociales, debe reproducir en la exposición de sus resultados la operación de desacralización que ha permitido alcanzarlos"[100]. *El primer artículo,* "Método científico y jerarquía social de los objetos" *constituye un verdadero manifiesto de política científica en sociología:*

> "La jerarquía de los objetos legítimos, legitimables o indignos es una de las mediaciones a través de las cuales se impone la censura específica de un campo determinado que, en el caso de un campo cuya independencia con respecto a las demandas de la clase dominante está mal afirmada, puede ser la máscara de una censura propiamente política. La definición dominante de las cosas que vale la pena decir y de temas dignos de interés es uno de los mecanismos ideológicos que hacen que cosas que valen la pena decir no sean dichas y que temas dignos de interés no interesen a nadie...".

No se trata pues solamente de "deconstruir" los discursos científicos, sino de echar abajo la jerarquía social de los objetos consagrados por la ciencia dominante de la época, pues "el conflicto entre la gran ortodoxia del sacerdocio académico y la herejía distinguida de los francotiradores forma parte de los me-

100 *Actes de la Recherche en Sciences Sociales, 1975 N° 1, p. 2.*

canismos que contribuyen a mantener la jerarquía social de los objetos y, al mismo tiempo, la jerarquía de los grupos que sacan de ella sus beneficios materiales y simbólicos". *Contra el radicalismo verbal de numerosas revistas y grupos intelectuales de vanguardia –se piensa inmediatamente en* Tel Quel, *en los situacionistas o en los maoístas– el trabajo científico aparece como una verdadera "ascesis", que implica tanto el rechazo de las posiciones estetizantes o de la seducción de las palabras vacías, como el repliegue en los temas de investigación cuya distancia de la realidad social aumenta la rentabilidad científica. La variedad de artículos se sitúa entonces en el marco de este proyecto: la alta costura, el automóvil, las caricaturas, las fuerzas armadas, la enseñanza técnica, los trabajadores sociales, etc. El mismo discurso político es considerado como objeto –tanto la retórica marxista de Althuser y Balibar como "la producción de la ideología dominante" expresada en los trabajos de ciencia política–. Un artículo de Bourdieu,* "Questions de politique", *será la base de un capítulo de* La Distinction *en 1979, y artículos como* "Décrire et prescrire" *sobre las condiciones de eficacia del discurso político, figurarán luego en* Ce que parler veut dire. *Pero más allá del análisis del poder de imposición de las palabras, el verdadero objeto reside en las relaciones de dominación, y sus mecanismos tanto más invisibles cuanto más profundamente inscritos están en las estructuras mentales cuyo vehículo son los discursos.*

> "El discurso dominante sobre el mundo social debe su coherencia práctica al hecho de que es producido a partir de un pequeño número de esquemas generadores que fácilmente pueden ser reducidos a la oposición entre el pasado (superado) y el porvenir o, en términos más vagos y aparentemente más conceptuales, entre lo tradicional y lo moderno. Como las del mito, las oposiciones fundamentales de este sistema práctico, cerrado/abierto, bloqueado/desbloqueado, pequeño/grande, cerrado/abierto, local/universal, etc., son a la vez relaciones formales, que pueden funcionar en los contextos más diferentes, con relación a los objetos más diversos, y a los contrastes vividos, a las experiencias antagónicas, tales como la oposición entre el pequeño pueblo y la gran ciudad, entre la tienda de abarrotes y el *drugstore*, el mercado y el supermercado, entre la pre-guerra y la post-guerra, entre Francia y América, etc. Cualquiera que sea el terreno al cual se aplique, el esquema produce dos términos opuestos y jerarquizados, y al mismo tiempo la relación que los une, es decir, el proceso de evolución (o de involución) que conduce del uno al otro (sea, por ejemplo, lo pequeño, lo grande y el crecimiento)"[101].

101 "La production de l'idéologie dominante", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 1976, Nº 2-3, p. 39, en coautoría con Luc Boltanski.

La tradición libertaria de la izquierda

La intervención con respecto a Polonia, en el momento en que Pierre Bourdieu, al acceder a la cátedra de sociología del Collège de France, se consagra científicamente, no se produce en un "vacío político": lo lleva, por el contrario, a intensificar sus compromisos, a reflexionar sobre las condiciones de una acción política eficaz. La acción emprendida por Bourdieu, en colaboración con Michel Foucault, en el momento del golpe del general Jaruzelski en Polonia, en diciembre de 1981, puede ser interpretada como la afirmación de la necesaria autonomía de los intelectuales frente al poder político, aunque éste fuera socialista y deseoso de encarnar, como lo había profetizado Jack Lang, el mediático Ministro de Cultura del primer gobierno socialista, "el paso de la sombra a la luz".

> *En ese período, la efervescencia militante de principios de los años 70, consecutiva al movimiento de Mayo del 68, había decaído desde hacía unos años ya, incluso para Michel Foucault quien, más que ningún otro intelectual, había simbolizado el pensamiento crítico. Su acción en favor de los derechos de los presos, de los inmigrantes y de los homosexuales se había inscrito, en efecto, en las movilizaciones contestatarias que contribuyeron a modificar los repertorios de acción de las formas tradicionales de protesta sindicales y partidarias[102]. "El izquierdismo contracultural"[103], al cual se asocia el nombre de Foucault, fue marcado por la apertura de múltiples frentes de agrupaciones en diferentes sectores del espacio social. Los "nuevos" movimientos sociales, Frente Homosexual de Acción Revolucionaria, Movimiento de Liberación de las Mujeres, Frente de Liberación de los Jóvenes y otros movimientos regionalistas, encontraron en los temas de la marginalidad, de la disidencia y del ilegalismo consignas unificadoras para su ánimo contestatario y antiinstitucional[104]. Los autores más destacados de la Universidad Experimental de Vincennes, Deleuze, Guattari y Lyotard, se constituyeron en portavoces de este estilo vanguardista y contribuyeron en gran parte a la producción filosófica de las temáticas antirrepresivas[105]. La crea-*

---

102 Véase Gérard Mauger, "Un nouveau militantisme", *Sociétés et représentations*, noviembre de 1996, N° 3, pp. 51-76, y Erik Neveu, *Sociologie des mouvements sociaux*, París, La Découverte, 1996, pp. 66-74.

103 Véase Gérard Mauger, "En France, trente ans après, comment parler de Mai 68?", *Scalpel*, N°4-5, 1999, pp. 169-177 y del mismo autor "Gauchisme, contre culture et néo-libéralisme. Pour une histoire de la génération 68", en CURAPP, *L'identité politique*, Paris, PUF, 1994, pp. 206-226.

104 *Ibid*, p. 176.

105 Para un análisis de esta coyuntura ideológica y de los temas "antirrepresivos", véase Louis Pinto, *Les philosophes entre le lycée et l'avant garde, les métamorphoses de la philosophie*

ción del diario Libération, al cual Sartre y Foucault aportaron su garantía simbólica, y cuyo objetivo inicial era "dar la palabra al pueblo", es testimonio del éxito del izquierdismo, cuyos temas, como la autonomía y la autogestión, fueron integrados a los programas de los partidos de izquierda, preocupados por canalizar y recuperar, para beneficio propio, las energías militantes movilizadas durante estos años de contestación. Sin embargo, el peso de la crisis y del desempleo contribuyeron, con el tiempo, a volver a centrar las movilizaciones de los años 80 en torno a objetivos clásicos, los salarios y el empleo[106].

La mitad de los '70 fue, en efecto, marcada por una verdadera inversión de la coyuntura ideológica, que pone término progresivamente al ciclo de acción pública iniciado a lo largo de los años 60. Con las dificultades económicas de los países del bloque del Este, la repercusión de los acontecimientos de Praga y de Gdansk, y las polémicas en torno a la publicación de El Archipiélago Gulag *de Soljenitsyn*[107], *el marxismo iba a desaparecer progresivamente del horizonte de la izquierda intelectual y política. La revelación de los crímenes perpetrados en Camboya bajo el régimen de Pol Pot y en China durante la revolución cultural, contribuía también a desacreditar los compromisos maoístas y tercermundistas, generando un trabajo de duelo en aquellos que se habían entusiasmado por estas causas riesgosas. A las pasiones revolucionarias suceden entonces las conversiones, las reconversiones y demás vueltas. En la intersección de los campos intelectual y periodístico, las trayectorias de los nuevos filósofos ilustran estas mutaciones del ambiente ideológico. Cercanos al Nouvel Observateur, estos autores logran la hazaña de pasar, en pocos años, del izquierdismo político a la irrupción en el debate público, basándose en interpelaciones dramáticas relativas a la naturaleza del totalitarismo*[108]. *Su estilo filosófico inédito desemboca, en realidad, en la culpabilización virtual de todo intelectual que emita una crítica al orden social. El eco que encuentran en la prensa es testimonio del descrédito que pesa desde entonces sobre los filósofos contestatarios de la época posterior al '68. Los decesos casi simultáneos de figuras prestigiosas de la intelligentsia en los albores de los años 80, como Sartre, Lacan, Barthes, la tragedia personal que golpea a Althusser y el suicidio de Poulantzas, confieren a este período un aspecto de*

---

aujourd'hui, París, L'Harmattan, 1987, pp. 109-119, para un historial de la universidad de Vincennes, véase Charles Soulié, "Le destin d'une institution d'avant garde: histoire du département de philosophie de Paris VIII", *Histoire de l'éducation*, 77, enero 1988, pp. 47-69.

106 Erik Neveu, *Sociologie des mouvements sociaux*, op. cit. pp. 71-72.

107 Véase "Les paradis perdus", en Michel Winock, *Le siècle des intellectuels*, París, Seuil, 1999, pp. 739-754.

108 Véase la interpretación que propone Louis Pinto sobre estas trayectorias, en *Les philosophes entre le lycée et l'avant garde, les métamorphoses de la philosophie aujourd'hui*, op. cit., pp. 152-154.

> *fin de ciclo, del cual se apropian numerosos comentadores liberales y postmodernos, reunidos por el anuncio de la desaparición del clásico intelectual de izquierda, universalista y prosélito*[109]. *Esta tendencia irá acentuándose con las desilusiones políticas engendradas por el mitterrandismo.*

En este contexto, y más allá de las divergencias teóricas o políticas que separan a Foucault y Bourdieu (este último no apoya la revolución iraní), su compromiso mutuo con otros intelectuales y sindicatos es testimonio de su voluntad de poner su notoriedad científica al servicio de causas progresistas[110], *aprovechando el cambio político provocado por la victoria de la izquierda en las elecciones de mayo de 1981.*

La ausencia de reacción del gobierno francés frente a la proclamación del Estado de guerra en Polonia, la noche del 12 al 13 de diciembre de 1981, acompañada del arresto de líderes políticos y sindicales, lleva a Michel Foucault a aceptar la acción conjunta que le propone Pierre Bourdieu. La propuesta es la siguiente: entrar en contacto con la CFDT[*], *con la idea de desarrollar, entre este sindicato y los intelectuales, lazos similares a los que existían entre* Solidarnos *y los medios universitarios en Polonia. La atención de los comentaristas de la actualidad política se había centrado en la intervención radiofónica de Claude Cheysson, ministro de Asuntos Exteriores, quien, al responder a un periodista que le preguntaba si el gobierno francés tenía la intención de hacer algo, había afirmado: "En absoluto. Por supuesto que no vamos a hacer nada. Nos mantenemos informados sobre la situación"*[111].

El llamado publicado en el diario Libération, el 15 de diciembre de 1981, titulado "Les rendez-vous manqués"[**], *al pie del cual se encuentran las firmas de Pierre Bourdieu, Patrice Chéreau, Marguerite Duras, Simone Signoret, Michel Foucault y Jorge Semprún, es de una tonalidad muy crítica hacia los dirigentes socialistas:* "El gobierno francés no debe, al igual que Moscú y Washington,

---

109 Véase Eric Fassin, "Play it again Sartre? New dreyfusards in search of a new Dreyfus", *French politics and society*, vol. 16, N° 1, Winter 1998, pp. 23-37.

110 Tras el fallecimiento de Michel Foucault, en junio de 1984, Pierre Bourdieu evocará las múltiples actividades militantes del filósofo, realizadas *"con cierto furor racional"*, y celebrará la figura insustituible del compromiso que encarnó, "Le plaisir de savoir", *Le Monde*, 27 de junio de 1984.

* Confederación Francesa Demócratica del Trabajo, sindicato francés próximo a la Democracia Cristiana. (*N. de T.*).

111 Véase Jean François Sirinelli, *Intellectuels et passions françaises. Manifestes et pétitions au XXème siècle*, París, Fayard, 1990, p. 228.

** "Las citas fallidas" (*N. de T.*).

hacer creer que la instauración de una dictadura militar en Polonia es un asunto interno que dejará a los polacos la facultad de decidir su destino por ellos mismos. Esta es una afirmación inmoral y mentirosa". *El texto insiste, principalmente, en la coacción que el Partido Comunista Francés ejerce en la actitud del gobierno francés:* "Al afirmar, en contra de toda verdad y de toda moral, que la situación en Polonia sólo concierne a los polacos, los dirigentes socialistas franceses ¿no están otorgando más importancia a sus alianzas internas que a la asistencia que se debe a toda nación en peligro? ¿El buen entendimiento con el Partido Comunista Francés es, entonces, más importante para ellos que el aplastamiento de un movimiento obrero bajo la bota militar?", *y concluye con el recordatorio de los compromisos electorales por los cuales la mayoría de izquierda fue llevada al poder:* "En 1981, el gobierno se ve confrontado al golpe de Varsovia. Le recordamos que prometió hacer prevalecer las obligaciones de la moral internacional contra la Realpolitik"[112].

Como lo indica Didier Eribon[113], *la vivacidad de la reacción de Jack Lang ante este manifiesto es testimonio del hecho de que un llamado de personalidades de izquierda que critican la acción del gobierno constituye probablemente, a sus ojos, una herejía. "Qué payasos, qué deshonestidad" declara a propósito de los firmantes en* Les nouvelles littéraires. *En* Le Matin, *denuncia: "La inconsecuencia típicamente estructuralista"*[114] *de ese grupo de intelectuales. También organiza una contramanifestación de apoyo al pueblo polaco en la Opera de París, el 22 de diciembre, y coordina la firma de otra petición, publicada en* Le Monde, *el 23 de diciembre, que denuncia la represión aunque apoyando la acción del gobierno francés.*

La entrevista que otorga Pierre Bourdieu al día siguiente al diario Libération, tras un segundo llamado común de la CFDT y de los intelectuales, concretización del proyecto esbozado días antes, le permite volver a hablar de las motivaciones que lo llevaron a actuar.

---

112 Citado por Jean François Sirinelli, *Intellectuels et passions françaises. Manifestes et pétitions au XXeme siècle*, op. cit., p. 302.

113 Didier Eribon, *Michel Foucault*, op. cit., p. 319.

114 *Ibid.* p. 318.

Recobrar la tradición libertaria de la izquierda...[115]

P.: *Junto a otros diez intelectuales (a los que se suman centenares de otros firmantes), usted ha tomado la iniciativa, desde el lunes pasado, de lanzar un llamado en favor de Polonia criticando duramente al gobierno francés (ver:* "Libération" *del martes 15:* "Les rendez-vous manqués"*). Estas críticas han parecido aún más fuertes por estar dirigidas a un gobierno socialista...*

P.B.: Frente a acontecimientos como los de Varsovia no hay vueltas que dar, es preciso hablar, se debería poder actuar. Pero, ¿cómo? La única acción posible para un ciudadano francés común pasa por el gobierno francés. En este sentido, en nuestro texto, hablábamos de Polonia y solamente de Polonia. Nos ha parecido particularmente intolerable que un gobierno socialista que pretende, con mucha razón, dar una dimensión moral a su acción, no exprese por lo menos una condena simbólica clara e inmediata frente al abuso de poder. Se hace como si no hubiera otra elección más que la guerra. Resulta cómodo cuando no se quiere hacer nada o para justificarse por no hacer nada. De hecho, si se quiere buscar bien, hay todo un arsenal de armas económicas o simbólicas. Y el gobierno ha empezado a encontrar algunas bajo la presión de la opinión pública, que debe aún presionar para que el gobierno las ponga realmente en marcha.

Pero volviendo al punto, ¿qué hay de anormal en el hecho de dirigirse al gobierno? Tratándose de un asunto de política exterior, él es el único que puede hablar y actuar eficazmente en nombre nuestro. Nosotros le hemos delegado nuestros poderes en la materia. Tenemos derechos sobre él. Como intelectuales, tenemos el privilegio de poder ejercer este derecho, el de todo ciudadano, con cierta eficacia. (Aunque la publicación de nuestro llamado haya tropezado con algunos obstáculos...). ¡Tendríamos tal vez que haber esperado que el Presidente de la República viniera a explicarnos, un mes después, en una charla al calor de un hogar, lo que él piensa de Polonia

115 René Pierre y Didier Eribon, *Libération*, miércoles 23 de diciembre de 1981, pp. 8-9.

y lo que ha podido decir en el secreto de los encuentros "en cumbre"! Veinte años de Quinta República han debilitado los reflejos democráticos elementales. Un gobierno puede y debe ser llamado al orden.

***P.**: Vimos su reacción "ética" frente a la represión en Polonia, pero la iniciativa de algunos de los primeros firmantes de este texto, al proponer un llamado común con la CFDT, va más allá. ¿En qué medida la crisis polaca justifica, a su juicio, la declaración de una especie de estado de emergencia para el movimiento intelectual?*

P.B.: El régimen en el cual estamos es tal que los gobernantes concentran todos los poderes. Y esto me parece una situación malsana. En cualquier caso. Sobre todo cuando los que tienen el poder se sienten autorizados, apoyados, justificados por fuerzas populares de las cuales uno no ve cómo pueden expresarse. El único contrapoder eficaz que yo veo es la crítica intelectual y la acción de los sindicatos. Creo que los intelectuales tienen el derecho, como todos los ciudadanos, de ejercer una vigilancia crítica –lo que no quiere decir negativa– en todo momento. No hace mucho se deploraba el silencio de los intelectuales. Cuando hablan se arma un escándalo. Lo que significa, en buena lógica, que el único derecho otorgado a los intelectuales, y por extensión, a los demás ciudadanos, es el de estar a favor del gobierno. Sobre este punto nuestro llamado ha funcionado como revelador (Sartre hubiera dicho: como engañabobos). Ha suscitado declaraciones estúpidas o ridículas, unas veces indecentes –pienso en los ataques contra Yves Montand o contra los intelectuales de izquierda entre comillas–, otras preocupantes –pienso en el tono digno de Kanapa que supo encontrar nuestro Ministro de Cultura para oponer "la lealtad perfecta" de los ministros comunistas a la inconsecuencia típicamente "estructuralista" de los intelectuales.

Ahora bien, ¿por qué vincularse con la CFDT? Hay razones obvias: esta organización tuvo de inmediato, antes que cualquier otra, la reacción que debió haber sido la de todas las organizaciones sindicales frente al atropello militar a un movimiento sindical. Esta acción normal sólo parece excepcional por la dimisión anormal de los órganos de expresión del movimiento obrero. No fuimos nosotros los que escogimos tener por único interlocutor a la CFDT.

P.: Pero, ¿por qué este vínculo entre intelectuales y sindicatos le ha parecido a usted necesario?

P.B.: Primero, por su valor simbólico, en la medida en que evocaba lo que ha sido una de las originalidades del movimiento *Solidarnosc* y podía constituir, por eso mismo, una contribución a la defensa de *Solidarnosc*. Pero había también cierta convergencia en el análisis de la situación polaca. *Solidarnosc* es un gran movimiento obrero no militarizado aplastado por las fuerzas militares; y también un movimiento alzado en contra del socialismo de Estado. El poder de pensar la sociedad, de cambiar la sociedad, no se delega, y menos aún, a un Estado que se toma el derecho de hacer la felicidad de los ciudadanos sin ellos, o a pesar de ellos. Este poder de transformación, más o menos revolucionario, no se delega a hombres de aparato desde siempre preparados para convertirse en hombres de aparato de Estado. Esto es lo que el movimiento polaco ha recordado: el fracaso de un sistema en el cual se supone que el movimiento viene de arriba.

P.: ¿Significa esto que usted piensa que debe establecerse una alianza permanente entre los intelectuales y la CFDT?

P.B.: Sobre este punto, la decisión es de cada uno. Por mi parte, pienso que el llamado que lanzamos en común es un acontecimiento puntual, y sería preciso, si tal iniciativa se repitiera, volver a discutir caso por caso. Dicho esto, me parece que, dado el estado actual, la CFDT ha expresado, dirán unos, recuperado dirán otros, toda la corriente antiinstitucional, uno de los componentes importantes de la izquierda en Francia. Vino el '68 y la crítica del sistema educativo, vino la ecología y el cuestionamiento de todo un modo de vida, vino el movimiento feminista, vino, y no es menos importante, la crítica de los aparatos, del centralismo, la crítica de las relaciones jerárquicas y de la relaciones de autoridad en la empresa, la escuela, la familia, etc. Todo esto por la posición que ocupa en el campo de competencia entre las centrales sindicales y especialmente con respecto a la CGT*, también por las características particulares de sus militantes, quienes tienen especial sensibilidad por lo simbólico y por las formas simbólicas de dominación, la CFDT lo entendió mejor y lo expresó. Pero aquí sería necesario un análisis muy largo.

* Confédération Générale du Travail: Confederación General del Trabajo. (N. de T).

El encuentro entre los intelectuales y la CFDT quizás se explique también por esto: tanto unos como otros son sensibles al hecho de que las corrientes antiinstitucionales parecen estar mal o poco expresadas desde el 10 de mayo. Nos vuelven a sacar programas y promesas, como si todo lo que no hubiera pasado por el rodillo de los aparatos, de los congresos, de los programas y de las plataformas no existiera. Olvidan que, por razones sociológicas que no puedo desarrollar aquí, la sociedad francesa ha sido, desde hace veinte años, el escenario de una prodigiosa invención política y que hay espacios, en el mundo intelectual y también en otros, en los cuales este trabajo continúa. En resumen, no se puede decir que la imaginación está en el poder.

P.: *¿Pueden los intelectuales constituir una expresión social y política que les sea propia? Y, ¿no es muy problemático el vínculo con el movimiento social?*

P.B.: En efecto, es difícil dar una verdadera eficacia a la crítica intelectual. Se trata de dar una fuerza social a la crítica intelectual y una fuerza intelectual a la crítica social; excluyendo en un principio la postura del "compañero de ruta" que se traga todo en nombre de la disciplina, y el sueño leninista del intelectual disciplinando un aparato obrero. Es cierto que la posición de intelectual libre o, si se quiere, "irresponsable", es la condición de un análisis político libre y particularmente de un análisis libre del mundo político. Intento, por mi parte, defender sin complejos esta posición contra todos los "responsables" que hacen pasar los intereses de las organizaciones antes que el interés por la verdad, contra todos los que hablan con un PC en la boca. De manera más general, el principal obstáculo para la instauración de nuevas relaciones entre los intelectuales y el movimiento obrero nace de la convergencia del obrerismo de algunos ejecutivos de origen obrero en las organizaciones de izquierda y del antiintelectualismo de algunos intelectuales que se sirven de los aparatos de izquierda para reforzar su posición de intelectuales. Aquí, también, se debería desarrollar y precisar largamente el análisis.

Para volver a la acción en favor de Polonia, pienso que la conjunción entre los intelectuales y un gran movimiento sindical es, sin duda, la mejor manera de dar a esta acción toda su eficacia y de hacer

sentir la presión sobre el gobierno. Los intelectuales no han inventado ningún nuevo medio de acción desde Zola; sufren la ineficacia de la petición y del estrellato al cual ésta les condena. Además, la lógica de la petición –que supone siempre una iniciativa, o sea un lugar inicial– tiende a dividir el medio que, por la lógica misma de su funcionamiento, está destinado a la competencia personal. Es por esto que, desde hace tiempo, he formulado la utopía de constituir un grupo de intelectuales cuya firma sería colectiva, cuyos textos serían escritos por el más competente de ellos en el tema considerado y serían leídos por un actor. En ese sentido, el programa Montand-Foucault en la radioemisora Europe 1, que suscitó tanta emoción en nuestros dirigentes –y también, lo que es más importante, en el público– me parece ejemplar.

P.: *¿Es su acción actual una máquina de guerra en contra del Partido Comunista Francés?*

P.B.: Diré al menos que el Partido Comunista Francés, que dice estar preocupado por la paz interna en Polonia (y en el seno del gobierno francés), ha subestimado sin duda el poder que tiene, como hija predilecta de la Iglesia (comunista), para actuar por la paz interna de Polonia. Basta ver las repercusiones que han tenido las notables declaraciones de Berlinguer para medir la gravedad de la complicidad del Partido Comunista Francés.

Si Polonia no es Chile, es que A no es igual a A: el principio de identidad se derrumba y con él la identidad de los intelectuales.

Educación y política: cómo intervenir en la política educativa

En 1984, el libro Homo Academicus, *tomando como objeto el medio universitario, constituye a la vez una sociología de los intelectuales y una sociología de la sociología donde aparecen los límites del compromiso político de intelectuales inmersos en el juego académico. Aparece un año antes de la publicación del informe del Collège de France*:* Propuestas para una enseñanza para el futuro. *En una*

* Prestigioso centro de enseñanza francés, en París; dependiente del Ministerio de Educación, pero independiente de la Universidad, sus catedráticos son nombrados por el gobierno. Imparte una enseñanza libre con carácter universal. (N. de T.).

entrevista con Eribon en 1984, Bourdieu desarrolla su concepto de una acción política eficaz:

> "Los hombres políticos no quieren a los científicos sino muertos. Se han usado mis trabajos para justificar medidas que no tenían ninguna relación con ellos, y, en todo caso, como si hubieran sido elaborados por un autor del pasado a quien no se le podía ni preguntar su opinión. El problema es que en Francia no hay reglas para el discurso competente sobre el mundo social. Con Michel Foucault, hemos pensado en elaborar un libro blanco, asociando a varios especialistas en una crítica rigurosa de cierto número de medidas políticas, en materia de cultura y de educación, particularmente... De todas maneras, pienso que la comunidad científica, por medio del Collège de France, se expresará pronto sobre el futuro de la ciencia y de su enseñanza. Por fin, un cuerpo compuesto por científicos de prestigio ha recibido del poder político el encargo de ocuparse de sus propios asuntos. Esto no tiene nada de trivial y constituye un hecho político de primera envergadura"[116].

Contra el doble escollo que constituyen la impugnación de las jerarquías universitarias en nombre de la democratización, y la defensa de estas jerarquías en nombre de la calidad de la enseñanza, "par de fuerzas que incitan al statu quo en lo que concierne a lo esencial", *Bourdieu plantea la necesidad de procedimientos que permitan un mejor reconocimiento del trabajo científico en la universidad, proceso que las reformas del momento no permiten considerar, como lo explica más adelante en la entrevista:*

> "No sólo es por el efecto de las reformas emprendidas sin investigaciones ni análisis, como todas las que se han sucedido desde hace 20 años, y basadas en una ignorancia casi total de los verdaderos retos y de los verdaderos mecanismos, que llegaremos a parar el vaivén, ayer la demagogia superficialmente igualitarista, hoy el culto al esfuerzo y los aplausos de la Sociedad de los Agregados. De manera más general, no se actúa sobre universos tan finamente diferenciados con reformas formalistas y universalistas, incapaces de tratar metódicamente la singularidad de los casos siempre particulares, e inspiradas generalmente en representaciones –plataformas, programas o informes de comisiones– que informan más sobre los intereses específicos de sus autores que sobre la realidad del sistema de enseñanza".

116 "Université. Les rois sont nus", *Le Nouvel Observateur*, 1984.

Hacer política de otra manera[117]

P.: *¿Si entiendo bien, usted no propone medidas políticas sino simplemente critica la política?*

P.B.: Lo que está en juego, y que la discusión ordinaria sobre la política no toca jamás, es la idea misma de lo que puede ser y hacer la acción política –lo que antes se llamaba el "gobierno"–. Los hombres políticos deberían meditar sobre la distinción estoica entre lo que depende de nosotros y lo que no depende de nosotros. El gran principio de error consiste, es sabido, en la ignorancia de su límite. Todo lo que puede hacer la política es controlar suave e insensiblemente los campos de fuerza, cosa evidentemente contradictoria con las pulsiones hacia lo espectacular y lo exhibicionista de la reforma. Es buscar en el campo de fuerzas y en las luchas que en él se entablan, las fuerzas capaces de modificar el campo de fuerzas hacia la dirección deseada. Estamos más cerca de Fourier, y del arte de utilizar las pasiones, que de Marx. Sería necesario saber conducir una política de pequeños empujones, bien dados, que podrían mover los engranajes hoy en día trabados por un sistema en el cual se distribuyen de manera aleatoria las sanciones y los beneficios. De todas maneras, no podremos quedarnos indefinidamente en la situación actual, pues creo haber comprendido que cuando los ratones son sometidos a un tratamiento bastante parecido al que se da hoy a los profesores y a los investigadores, repartiendo al azar descargas eléctricas y granos de trigo, se vuelven locos.

P.: *Usted parece tener un concepto muy pragmático de la política; ¿piensa que hay que deshacerse de las visiones globales del mundo y de las grandes ideologías?*

P.B.: En absoluto. No se trata de anunciar una vez más el fin de las ideologías. Pero lo que se llama la experiencia de izquierda ha hecho comprender ampliamente, y es un logro positivo, que las oposiciones principales entre derecha e izquierda no estaban allá donde

117 Entrevista con Didier Eribon (fragmento), "Université: les rois sont nus", *Le Nouvel Observateur*, 1984.

las situaba la izquierda. Lo que hoy se ha vuelto evidente, estaba encubierto ante los propios políticos por la lógica de la competencia entre partidos, y en el seno del mismo partido entre las corrientes y las tendencias. El desconcierto resultante puede favorecer una indiferencia política altamente peligrosa, pero puede ser también la ocasión para una búsqueda libre de los principios reales de divergencia, siempre que el vacío así creado no sea llenado por "artilugios" ideológicos como la informática, a la cual se atribuye la solución de todos los problemas, desde la soledad individual hasta el comercio exterior, siempre y cuando el descubrimiento de las limitaciones económicas y el débil margen de libertad que dejan a la opción política no vengan a reforzar las tendencias al economicismo. El tecnicismo –para Lenin era la electricidad, ahora es la electrónica–, generalmente se combina con el economicismo para suplir la ausencia de una verdadera invención política, basada en un conocimiento profundo del mundo social. Los políticos han aprendido algo de economía, pero siguen siendo casi igual de pésimos en sociología.

P.: Pero, ¿de quién hay que esperar esta invención?

P.B.: No sólo de los políticos, por supuesto. Lo que les corresponde, reitero, es conocer los límites de la acción política, lo que supondría, desde ya, una verdadera conversión personal de su parte, y un replanteamiento total de la imagen social de su papel.

La oportunidad de poner en práctica estas concepciones de la acción política se le presenta entonces con el informe "Propuestas para una enseñanza para el futuro", *redactado a pedido del Presidente de la República*[118]. *El capital simbólico del Collège de France es puesto al servicio de una intervención política colectiva:* "No es mi texto", *dice en ese momento Bourdieu,* "expresa a una colectividad, y a una colectividad reconocida, por su posición en el universo y por el pedido que se le ha hecho, que reconoce esta posición"[119].

118 Se trataba de "reflexionar sobre lo que podrían ser [...] los principios fundamentales de la enseñanza del futuro", en "Le rapport du Collège de France: Pierre Bourdieu s'explique", entrevista con J. P. Salgas, *La Quinzaine Littéraire,* 445, 1 -30 agosto, 1985, p. 8.

119 *La Quinzaine Littéraire*, op. cit.

Los principales temas de este informe son el desarrollo de disposiciones críticas, gracias al aprendizaje conjunto de las ciencias del hombre y de la naturaleza, la diversificación de las formas de excelencia, contra el privilegio de las matemáticas, el desarrollo de las experimentaciones científicas y artísticas, contra las divisiones jerárquicas entre lo puro y lo aplicado, la teoría y la práctica, pero también la atenuación de los veredictos escolares que pesan sobre los individuos como tantas otras profecías autoconfirmatorias. La abolición de toda selección tampoco es considerada como una solución: "La igualación no debe buscarse en la "nivelación", en la cual la crítica de derecha ha notado que tiene por principio el resentimiento, sino en la multiplicación, en la diversificación de los terrenos donde puedan asentarse las diferencias y en el debilitamiento de las jerarquías entre los principios de la jerarquización"[120]. *Se propone una acción en favor de la autonomía de los colegios, para superar la antinomia del estatismo y del liberalismo, mediante una multiplicación de las fuentes de financiamiento: se trata de sustituir la competencia desleal y desigual por un espíritu de emulación abierta y controlada gracias a un replanteamiento del papel del Estado.*

Se plantean otras propuestas sobre los programas de enseñanza: instauración de un "minimum commun", *revisión periódica de los saberes enseñados, historia social de las obras culturales contra la insularización de los saberes y contra la especialización muy precoz, derecho a la educación a cualquier edad, uso de técnicas modernas de difusión como la televisión, apertura hacia participantes externos para* "evitar que el sistema escolar se constituya en un universo separado, sagrado, que proponga una cultura a su vez sagrada y separada de la existencia común". *También se propone una revalorización de la docencia para* "hacer del oficio de educador lo que debería ser, el primero de los oficios".

Cabe preguntarse cómo una sociología crítica puede conformarse con una acción reformadora: ¿acaso, según sus tesis, la escuela no es la imposición de una arbitrariedad cultural favorable a las clases dominantes, mediante la acción pedagógica?

120 *La Quinzaine Littéraire*, op. cit., p. 10.

Según Bourdieu, es iluso pensar que se puede transformar todo, y el informe sólo se interroga acerca de la cantidad de desigualdades que es posible corregir, sin evocar la cuestión de la democratización ya que el sistema de enseñanza no parece estar en condiciones de poder responder a ella[121].

> "El informe del Collège de France –esto es algo importante y nadie lo ha visto– no menciona la palabra reproducción ni la palabra democratización. Nunca se dice que el sistema escolar va a igualar las oportunidades, ni que el sistema escolar va a dar cultura a todos. Jamás... y eso es sumamente importante. Y, ¿por qué? Porque el sistema escolar está organizado de tal manera que prácticamente no puede democratizar y que todo lo que puede hacer, lo mejor que puede hacer, es no acrecentar las desigualdades y no duplicar por su eficacia específica, esencialmente simbólica, las diferencias ya existentes entre los niños que le son confiados. Hay toda una serie de proposiciones que van en este sentido: la más importante, desde ese punto de vista, es la que consiste en la advertencia contra el efecto de destino con el cual la institución escolar transforma las desigualdades preexistentes en desigualdades naturales. Si yo fuera ministro, la primera recomendación que haría a los profesores sería: nunca emitan juicios de valor sobre sus alumnos, no tienen derecho de usar la palabra "idiota", no tienen derecho de usar la palabra "estúpido", no tienen derecho de escribir "este razonamiento es imbécil", no tienen derecho de poner "pésimo"... Dicho de otra manera, deben excluir todos los juicios de valor que atañen a la persona... Ustedes podrían decir: "esta tarea no está bien", "Esta solución es errónea", pero ustedes no pueden decir: "Eres nulo en matemáticas", "no estás dotado para las matemáticas". Los profesores de matemáticas deberían saber y comprender que tienen un poder diabólico de nominación, de constitución que se ejerce sobre la identidad misma de los adolescentes, sobre la imagen que tienen de sí mismos, y que pueden infligir traumas terribles, más aún cuando sus veredictos son retomados y reforzados por padres desesperados y angustiados. En definitiva, pienso que lo más progresista en este informe es lo que no se dice, es el hecho de que no promete cosas imposibles, no pide al sistema escolar cosas que no puede hacer"[122].

La participación de Bourdieu en un informe oficial no le impide estar atento a los movimientos sociales que agitan al sistema de enseñanza y a la sociedad france-

121 Entrevista con Gérard Mauger y Louis Pinto, *Lire les sciences sociales*, volume 1, París, Berlín, 1994.

122 Entrevista de Tokio, noviembre de 1989, inédita.

sa. Los años 80 ven surgir formas de protesta atípicas, simbolizadas por las coordinadoras; y si la de las enfermeras constituye el ejemplo más conocido, el movimiento estudiantil en contra del proyecto Devaquet[123] *en 1986, y la huelga de maestros en 1987 contra la redistribución de los poderes en la escuela primaria*[124], *marcan los tiempos fuertes de la movilización política. Con motivo del movimiento estudiantil, Bourdieu da una entrevista con un título algo provocativo:* "¿Para cuándo un colegio Bernard Tapie?"[125], *en la cual critica la política de los gobiernos de izquierda y su ausencia de proyecto político para una escuela abandonada a la competencia descontrolada. Bernard Tapie, hombre de negocios que encarna "el espíritu empresarial" valorado en los años 80 –el presidente socialista François Mitterrand incluso lo nombrará ministro–, es conocido entonces por sus inversiones industriales y deportivas, ampliamente comentadas en los medios de comunicación.*

¿Para cuando un colegio Bernard Tapie?*[126]

P.: El actual movimiento estudiantil ha sorprendido a sus mayores...

P.B.: En los años sesenta, cierto número de personas, sociólogos en Francia y en Estados Unidos, anunciaban "el fin de las ideologías". Algunos años después, en el '68, se produjo una de las más extraordinarias explosiones de "ideología" que el mundo haya conocido. En el 86, los mismos, o sus descendientes, constataban el fin de las "ideas del '68": "La gran limpieza...". Y he aquí que surgen movimientos vivos, inteligentes, divertidos y profundamente serios, que trastornan la ideología del fin de las ideologías. Aquellos que hacen votos por "el fin de las ideologías", es decir, globalmente, el retorno

123 Del nombre de un diputado del RPR, que había propuesto, en la gestión del ministro René Monory, una reforma de la universidad y en particular un aumento del costo de la matrícula, medida impopular que catalizó el movimiento.

124 Véase al respecto el artículo escrito por un estudiante de Pierre Bourdieu que dedica al tema una parte de su tesis: Bertrand Geay, "Espace social et 'coordinations'. Le 'mouvement' des Instituteurs de l'hiver 1987", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, N° 86-87, marzo 1991, pp. 2-24.

125 *Libération*, 4/12/86, con A. de Gaudemar.

* Bernard Tapie, empresario muy requerido por los medios de comunicación en los años 80.

126 Entrevista con Antoine de Gaudemar, *Libération*, jueves 4 de diciembre de 1986.

al "realismo", a las realidades de la empresa, de la productividad, de la balanza del comercio exterior, de los "imperativos" de la política internacional de Francia (pienso en la venta de armas o en Greenpeace), y por el repudio a las esperanzas ilusorias (igualdad, fraternidad), solidaridad, hablan como los padres burgueses hablaban a sus hijos, en pocas palabras, como los viejos. El fin de las ideologías es el envejecimiento a escala colectiva, la resignación al orden de las cosas, esta "sabiduría" que consiste en hacer de la necesidad una virtud.

La izquierda en el poder: ¡qué antigualla! La izquierda antiinstitucional, libertaria, estando excluida (o habiéndose excluido) del poder, los *apparatchiks* se pusieron a predicar, y a menudo con el ejemplo, la modernización ideológica, es decir, la renuncia a las "ilusiones" que los habían llevado al poder. Todo lo que la derecha se empeñaba en repetir sin llegar a hacerse creer, esta izquierda lo ha dicho y repetido: tampoco creímos lo que decía. Pero dejamos de creer en ella.

P.: Los universitarios y los estudiantes de secundaria de hoy dicen ser apolíticos...

P.B.: Efectivamente, y en cierto sentido tienen razón. Primero porque, a diferencia de sus predecesores del '68, no se preocupan por los grandes modelos políticos: la declinación del PC, el paso de los socialistas por el poder, han cambiado muchas cosas. Y además su formación política no proviene tanto de las células del PC o de grupúsculos trotskistas, sino de la observación, en torno a ellos, del desempleo de los diplomados y de la devaluación de los títulos escolares, y también escuchando a Coluche o a Bedos*, quienes les ofrecen, con el lenguaje de la parábola, el equivalente de los análisis más sutiles sobre el racismo, el sindicalismo, el mundo político, etc. También aprendieron mucho de la izquierda. De alguien que miente descaradamente, los cabileños dicen: "me ha puesto el Este en el Oeste". Los *apparatchiks* de izquierda nos han puesto la izquierda a la derecha. Los universitarios y los estudiantes de secundaria podrían estar desorientados y en cierto sentido lo están, como todo el mundo. ¿Qué es lo que separa a Devaquet de Chevènement*, y a los profesores

* Guy Bedos, al igual que Coluche, es comediante satírico. Ver nota en p. 13. (N. de T.).

* Jean-Pierre Chevènement, Ministro de Educación del gobierno socialista de 1984 a 1986. (N. de T.).

revanchistas, que rodean al primero, de los normalistas apegados a la restauración de las jerarquías de su juventud, que aconsejaban al segundo?

Las renuncias o las negaciones de los unos han hecho creer a los otros que, esta vez, se había acabado con las aspiraciones, si no a la igualdad, por lo menos a la solidaridad o, mejor aún, a la generosidad. Los gobernantes de hoy han creído que podrían llevar a cabo lo que sus predecesores habían empezado tan bien. Porque los hombres políticos de izquierda habían ensalzado a la empresa (y al ejército), la derecha creyó que ya había llegado el momento, que podía seguir adelante. Sin ver que dicha izquierda no expresaba más las aspiraciones progresistas, sobre todo las de los más jóvenes, que no han olvidado las promesas traicionadas.

P.: Dicho de otra manera, la derecha, de vuelta al poder, ¿se sintió autorizada para ir hasta el final de su lógica debido a los intentos de la izquierda?

P.B.: La política, en materia de educación, es como un test proyectivo en el cual un grupo dirigente proyecta sus aspiraciones para el futuro de la sociedad. Sin embargo, ¿qué es lo que vimos perfilarse? No vimos aparecer ni a Marx ni a Jesús, como quien dice, ni a Baudelaire ni a Manet, ni siquiera a Pasteur o a Marie Curie, sino a Berlusconi y a Bernard Tapie. ¿Para cuándo un colegio Bernard Tapie, en lugar de Claude Bernard o Marie Curie? La exaltación de la empresa ganadora –piensen en todos los programas de televisión y de radio sobre este tema– ha conducido a hacer del empresario de vanguardia, a veces del empresario de combate, el ideal humano propuesto a la juventud.

P.: Este es el sistema de valores que rechazan los universitarios y los estudiantes de secundaria...

P.B.: Ofrecer como ideal la empresa y la competencia, y luego del modelo americano, el modelo japonés, es instalar el vacío en el corazón del sistema de valores. Sabemos a qué aberraciones puede llevar un modelo educativo que, como el japonés, subordina toda la empresa pedagógica a la lógica del concurso, de la competencia, de la selección mediante exámenes. Ahora bien, nosotros no estamos tan lejos de este sistema, y creo que es esta lógica infernal de la lucha de todos contra todos, de la competencia sin piedad por la buena nota, luego por la buena opción en secundaria, luego por la buena

carrera, luego por la buena escuela superior, etc., lo que denuncian los universitarios y los estudiantes de secundaria. Es por eso que exaltan los valores de solidaridad y de generosidad. No hay nada que divida y que aísle más que la entrega de exámenes corregidos o, más aún, la búsqueda de un lugar en la universidad, cuando se sabe nada o poco sobre las orientaciones y las carreras, y de las jerarquías que no dejan de cambiar.

Estas y estos jóvenes nos dicen que los últimos serán los primeros. Quieren introducir en la escuela la filosofía de los comedores populares. Quieren evitar que la lógica de la competencia (y el individualismo furibundo que ésta estimula), otrora casi circunscrita a los cursos de preparación a los concursos de los grandes colegios parisinos, llegue poco a poco, como lo hace hoy en día, hasta el sexto de primaria del más pequeño de los colegios del interior.

P.: *¿No es esto una forma de utopismo?*

P.B.: Sí, evidentemente. Y en este sentido, los estudiantes de secundaria del '86 son los herederos de los estudiantes del '68. Pero el utopismo contiene una información y una fuerza. La enseñanza ha sido entregada a las camarillas pedagógicas, a los grupos de presión corporativos o a los servicios de ministerio, sin hablar de los ministros y de los políticos. Hubo un tiempo en el que los más grandes científicos de la Sorbona y del Collège de France no desdeñaban, como Lavisse, reflexionar sobre los programas de la enseñanza primaria o secundaria, o incluso escribir textos para las escuelas de pueblo. Los profesores del Collège de France hicieron un trabajo parecido, hace uno o dos años. Ya sabe usted la atención que prestaron a estas proposiciones las mismas autoridades que las habían solicitado...

P.: *Quiere usted decir que se deberían volver a formular por completo los objetivos del sistema de enseñanza. ¿Pero no conduciría esto a otra reforma más?*

P.B.: En absoluto. Pienso que la característica de todas las reformas sucesivas es que brillan por la ausencia de un verdadero proyecto educativo. En el centro tienen un hoyo: no saben qué tipo de hombre quieren hacer y para qué tipo de mundo social. Es lo que los estudiantes y universitarios han notado. Algunos de ellos hablan, *con todo derecho*, de presentar al ministro un contraproyecto educativo.

¿Cuál es el centro de la filosofía del proyecto propuesto por el ministro (más allá del restablecimiento de las prerrogativas de los profesores titulares)? Ajustar la producción de diplomados a la demanda económica. Además de ser algo que no sabemos hacer, debido al desfase inevitable entre el tiempo de la producción escolar de productores y los cambios de la economía, no estoy totalmente seguro de que esto sea deseable. Podría evocar todas las invenciones económicas, científicas y sociales que nacieron, directa o indirectamente, de una "sobreproducción" de titulados: por ejemplo, toda la vanguardia artística del siglo XIX, cuyo culto se celebra hoy en el Museo d'Orsay, ¡nació de una sobreproducción de pintores y aprendices de pintor!

Pero lo esencial, no esta ahí. Lo que es insoportable, pienso yo, para los jóvenes estudiantes y universitarios, es la intención de *normalización* que se oculta detrás de este deseo de ajuste al mercado laboral. Cuando una madre burguesa o hasta pequeño-burguesa se refiere a su hijo que quiere estudiar historia, se creería que anuncia una catástrofe. Y no hablemos de filosofía o de letras clásicas. Los estudiantes de letras se han vuelto bocas que alimentar. Y no sólo para los "medios gubernamentales", de derecha o de izquierda, sino también para sus familias y muchas veces para ellos mismos.

P.: *¿Cuál es, según usted, el centro de este sistema de antivalores?*

P.B.: En mi opinión, es la descalificación de toda forma de investigación *gratuita*, artística o científica. Sobre todo cuando puede producir efectos críticos, como las ciencias sociales. Se honra a los artistas muertos, pero, como siempre, se los prefiere muertos antes que vivos. El rechazo a la gratuidad es el rechazo a la *generosidad*. Es este rechazo que la edad de la generosidad rechaza: todo este conjunto de gestos mezquinos y lamentables, cuyo mayor ejemplo es la expulsión de los Malíes, que nos ofrecieron nuestros guardianes del orden moral, nuestros ministros de Justicia, de Policía y de Educación. Y sería posible mostrar que esta descalificación de la gratuidad y de la generosidad ni siquiera se identifica con un interés real por la *rentabilidad*.

P.: *Pero los universitarios y los estudiantes de secundaria proponen reivindicaciones precisas que conciernen a la gratuidad de los estudios, a la selección, etc.*

P.B.: Creo que todo viene del rechazo fundamental a ser carne de patrón. Y del rechazo a la moral que está implicado en la instauración del reino de los exámenes de oposición. En ausencia de un verdadero *proyecto colectivo* para la educación (por ende para la sociedad), sólo quedan las estrategias individuales de reproducción. Como en las situaciones de pánico o de desbandada, sálvese quien pueda, es la lucha de los egoísmos. Uno lucha para salvarse y para salvar a los suyos, aunque tenga que subir a un barco que se está hundiendo.

El dejar hacer en materia de educación, encarnado por nuestro ministro empresario, es el pretexto para la falta de pensamiento, para la falta de proyecto. Tratándose de educación, nada grande se puede hacer sin una movilización en torno a una idea del hombre y de la sociedad. Es algo que sienten y que dicen los estudiantes de secundaria y los universitarios: sienten que no tienen un verdadero lugar en una sociedad que es incapaz de pensar el futuro. Es por eso que el actual movimiento no tiene nada de pasajero. Y aun si, en su forma visible, manifiesta, acabara por desaparecer, seguirá existiendo tanto tiempo como las preguntas que plantea, y que he tratado de formular, no hayan sido explícita y decididamente encaradas.

P.: Pero, ¿no hay algo de irrealista en el hecho de rechazar la selección?

P.B.: Una situación de crisis abierta, como la que enfrentamos, tiene por efecto sacar a la luz, por tanto a la conciencia, asuntos ocultos. Rechazar la selección, de manera algo utopista, es condenarse a descubrir tarde o temprano que ella ya existe. Se podría decir lo mismo en cuanto a la gratuidad: ¿cree usted que para el hijo del cartero de Luchon, que estudia en Toulouse, los estudios sean gratuitos (como lo son de hecho para el alumno de Dauphine que vive en la calle de la Pompe)? Todo eso es lo que las reformas a repetición han encubierto.

Los políticos hacen de la escuela un objeto de lucha, porque no tienen *proyecto*. Piensan que la Escuela es una cosa demasiado importante como para dejársela a los jóvenes. En realidad, estos jóvenes nos recuerdan que no sabemos lo que queremos; que no sabemos lo que queremos hacer de ellos. Tenemos mil maneras de hacerles sentir que están de sobra. Y el desempleo no es la menor. Esta es una de las razones que hacen que ellos se sientan solidarios con todos aquéllos a quienes no se deja de recordarles, a veces brutalmente, que están demás: como los inmigrantes y sus hijos.

P.: ¿Más que de selección y de liberalismo salvaje, es de competencia justa que habría que hablar?

P.B.: Obviamente; desde ya, en el texto de las proposiciones del Collège de France, si se lo lee bien, se encuentra una condena anticipada al liberalismo salvaje cuyo retorno era fácil de prever. Dice que la competencia a ultranza existe ya, engendrando desigualdades crueles: ¿Cree usted que los estudiantes de letras de Villetaneuse no saben que su diploma vale menos que el de París I? Dice que le corresponde al Estado controlar y regular esta competencia, así como neutralizar sus efectos negativos.

Los universitarios y los estudiantes de secundaria no tardarán en comprender que no se trata tanto de rechazar la competencia, que obviamente no sólo tiene efectos negativos, como de reivindicar los medios, *todos* los medios, para entrar con armas iguales en la competencia, y también de inventar nuevas formas, más colectivas, más solidarias, de competición. Pero esto supondría, una vez más, un verdadero proyecto colectivo. El hijo de un obrero de Saint-Etienne debería poder acceder a estudios realmente (y no formalmente) gratuitos en una universidad realmente capaz de darle los mejores títulos, y que le ofreciera una enseñanza realmente adecuada a sus deseos, ya sea que quiera estudiar filosofía, cine o artes plásticas. No vemos por qué el privilegio de la *gratuidad*, en todos los sentidos del término, debería estar reservado a los que pueden pagar.

Si Bourdieu se muestra luego muy crítico hacia el uso que harán los políticos del informe del Collège de France (un poco de "suplemento de alma en la carta del Presidente de la República a los Franceses" *durante la campaña electoral de 1988), acepta, no obstante, presidir una comisión sobre los contenidos de la enseñanza (véase el recuadro) establecida por Lionel Jospin, ministro de Educación Nacional bajo el gobierno de Rocard, luego de la reelección de Mitterrand. Estos siete* "Principios para una reflexión sobre los contenidos de la enseñanza", *más conocidos con el nombre de* "informe Bourdieu-Gros", *tienen por finalidad reestructurar las divisiones del saber y las condiciones de su transmisión, pero no serán aplicados en la política educativa. Sin duda, esta experiencia en los medios "oficiales", y la decepción que de ella resultó, ha sido determinante en el*

apoyo brindado a los movimientos sociales que emergen en los años 90, así como en la elaboración de La miseria del mundo, *cuya contratapa interpela directamente a los "políticos" y a su olvido de la realidad social.*

Fragmentos de los principios para una reflexión sobre los contenidos de enseñanza

Comisión presidida por Pierre Bourdieu y François Gros.
Marzo de 1989.

A fines del año 1988, el ministro de Educación Nacional creó una comisión de reflexión sobre los contenidos de la enseñanza. Presidida por Pierre Bourdieu y François Gros, tuvo la misión de proceder a una revisión de los saberes enseñados, cuidando de reforzar su coherencia y su unidad.

En la primera fase de su trabajo, los miembros de la comisión se dieron la tarea de formular los principios que debían regirlo. Conscientes y preocupados por las implicaciones y, particularmente, las aplicaciones prácticas de estos principios, se esforzaron, para fundamentarlos, por obedecer sólo a la disciplina intelectual que proviene de la lógica intrínseca de los conocimientos disponibles y de las anticipaciones o de las preguntas formulables. No teniendo la misión de intervenir directamente ni a corto plazo en la definición de los programas, los miembros de la comisión quisieron esbozar las grandes orientaciones de la transformación progresiva de los contenidos de la enseñanza, transformación indispensable aunque necesite tiempo, para seguir e incluso adelantarse, tanto como sea posible, a la evolución de la ciencia y de la sociedad.

Comisiones de trabajo especializadas que aceptaron estos principios continuaron o empezaron un trabajo de reflexión más profundo en cada uno de los grandes campos del saber. Intentaron proponer [...] no el programa ideal de una enseñanza ideal, sino un conjunto de observaciones precisas, poniendo de relieve las implicaciones de los principios propuestos. Estas proposiciones tratarán, esencialmente, de la reestructuración de las divisiones del saber y de la redefinición

de las condiciones de su transmisión [...].

Primer principio. Los programas deben ser sometidos a un cuestionamiento periódico que tienda a introducir los saberes exigidos por los avances de la ciencia y los cambios de la sociedad (en primer lugar los de la unificación europea); todo aumento deberá ser compensado por supresiones [..]

Segundo principio. La educación debe privilegiar todas las enseñanzas capaces de ofrecer modos de pensamiento dotados de una validez y de una aplicabilidad generales en comparación con enseñanzas que propongan saberes susceptibles de ser adquiridos de manera igualmente eficaz (y a veces más agradable) por otras vías [...]

Tercer principio. Abiertos, flexibles, revisables, los programas son un marco y no una cruz: deben ser cada vez menos limitantes a medida que subimos en la jerarquía de los registros de enseñanza; su elaboración y su adecuación práctica deben requerir la colaboración de los profesores [...]

Cuarto principio. El examen crítico de los contenidos actualmente exigidos siempre debe conciliar dos variables: su exigibilidad y su transmisibilidad. Por un lado, el dominio de un saber o de un modo de pensar es más o menos indispensable, por razones científicas y sociales, en un nivel determinado (en tal o cual curso); por otra parte, su transmisión es más o menos difícil, en esa etapa de los estudios, tomando en cuenta las aptitudes de los alumnos para asimilar y la formación de los maestros implicados [...]

Quinto principio. Con el propósito de mejorar el rendimiento de la transmisión del saber diversificando las formas de la comunicación pedagógica y atendiendo a la cantidad de conocimientos realmente asimilados más que a la cantidad de conocimientos teóricamente propuestos, se distinguirá, tanto entre las especialidades como en el seno de cada especialidad, lo que es obligatorio, opcional o facultativo y, además de las clases, se establecerán otras formas de enseñanza: trabajos dirigidos y enseñanza colectiva agrupando a los profesores de dos o varias especialidades, pudiendo utilizarse encuestas o trabajos de campo [...]

Sexto principio. La preocupación por reforzar la coherencia de las enseñanzas debería favorecer las enseñanzas impartidas en común

por profesores de diferentes especialidades y hasta replantear las divisiones en "disciplinas" [...]

Séptimo principio. La búsqueda de la coherencia debería acompañarse de una búsqueda del equilibrio y de la integración entre las diferentes especialidades y, en consecuencia, entre las diferentes formas de excelencia [...]

El Consejo Nacional de Programas de Enseñanza tendrá por tarea la ejecución del conjunto de los principios aquí enunciados [...]

El desencanto de lo político

En el umbral de los años 80, Pierre Bourdieu publica varios textos sobre el funcionamiento del mundo político y de los partidos, entre los que figura "La représentation politique", *que pone al descubierto la fuerza de las lógicas de aparato. Esta crítica del cierre del mundo político se prolonga con el apoyo a la candidatura del cómico Coluche* en las elecciones presidenciales de 1981, junto a otros intelectuales como Foucault o Deleuze. Por otro lado, el "giro liberal" de la izquierda francesa que está en el poder a partir de 1983, no permite atenuar la denuncia de un juego político cada vez más sometido a las exigencias televisivas de visibilidad. Así, puede parecer sorprendente ver al sociólogo escribir, en 1988, un artículo que termina honrando la acción del primer ministro socialista Michel Rocard, recientemente nombrado por François Mitterrand reelecto a la cabeza del Estado. Este ex responsable del PSU encarna un "socialismo modernista" pero también tiene una imagen de hombre de convicciones, íntegro y serio. Inmediatamente después de su nominación, encuentra una solución negociada al "problema caledonio", mientras que algunas semanas antes, entre las dos rondas del escrutinio electoral, el gobierno de derecha ordenó el asalto a la gruta de Ouvéa donde independentistas estaban atrincherados con sus rehenes. Bourdieu escribe entonces* "La vertu civile" *para resaltar la ruptura introducida por el Primer Ministro en un mundo político en el que, más allá de la influencia creciente de la imagen pública, es en realidad el principio de la representación política el que está en tela de juicio, o, más precisamente, la* "usurpación legítima" *de todo* ministerium

* Ver nota en p. 13 (N. de T.).

(cargo, ministerio). El "misterio del ministerio" *es ese poder que el mandatario político obtiene de la delegación:*

"El misterio del ministerio sólo actúa a condición de que el ministro disimule su usurpación y el *imperium* que ésta le confiere, ratificándose como humilde y simple ministro. La desviación en provecho de la persona de las propiedades de la posición sólo es posible en la medida en que se disimule: ésta es la definición misma del poder simbólico. Un poder simbólico es un poder que supone el reconocimiento, es decir, el desconocimiento de la violencia que se ejerce a través de él. En consecuencia, la violencia simbólica del ministro sólo puede ejercerse con ésta especie de complicidad que le otorgan, por el efecto del desconocimiento que la negación alienta, aquéllos sobre quienes se ejerce esta violencia"[127].

Pero este pesimismo respecto al ejercicio del poder no conduce a la resignación: aunque la acción ejemplar de un hombre político es prueba de ello, se trata, de manera más general, de inventar estructuras institucionales para que los políticos se interesen por la virtud, como Bourdieu lo explicará en Raisons pratiques:

"Podemos reemplazar la pregunta sobre si la virtud es posible con la pregunta de si se puede crear universos en los que la gente se interese por lo universal"[128].

La constitución de las burocracias europeas es un ejemplo histórico de este proceso[129]*: si unos grupos sociales pudieron trabajar en la instauración del Estado de derecho, de la idea de servicio público o de interés general, es que allí encontraron beneficios de universalización. Una política eficaz y realista consiste entonces en extender este principio de interés por lo universal hacia otros universos sociales.*

"La moral política no puede caer del cielo: no es parte de la naturaleza humana. Sólo una Realpolitik de la Razón y de la Moral puede contribuir a favorecer la instauración de universos donde todos los agentes sociales estarían sometidos –en particular por la crítica– a una especie de test de universalidad permanente. [...] La moral, especialmente en política, tiene la oportunidad de existir sólo si se trabaja para crear los medios institucionales

---

127 "La délégation", *Choses dites*, Paris, Editions Minuit, 1987 de p. 191.

128 *Raisons pratiques*, París, Seuil, 1995 p. 166.

129 Para una presentación más detallada, referirse a "Un acte désintéressé est-il possible?" y "Esprits d'Etat" en *Raisons pratiques*, París, Seuil, 1995.

de una política de la moral. La verdad oficial de lo oficial, el culto al servicio público y la dedicación al bien común, no resisten a la crítica de la sospecha que descubre por doquier corrupción, arribismo, clientelismo o, en el mejor de los casos, interés privado por servir al bien público. Condenados a lo que Austin designa, de paso, como una "impostura legítima", los hombres públicos son hombres privados socialmente legitimados y alentados a tomarse por hombres públicos"[130].

El papel de la crítica pública se hace entonces determinante en una política semejante, para forzar a los políticos a ser lo que su función social les ordena ser, es decir, a reducir "la brecha entre lo oficial y lo oficioso" *y a* "crear las condiciones *de la* instauración del reino de la virtud civil"[131]. *Esta moral política paradójica, según Catherine Coliot-Thélène*[132], *conduce de este modo a promover regulaciones institucionales que hagan una necesidad de las conductas exteriormente conformes a la virtud, en lugar de esperar que la virtud improbable de los individuos moralice la política.*

La virtud civil[133]

En el mundo político intervienen dos tendencias de sentido inverso: por una parte, la política se cierra cada vez más sobre sí mismo, sobre sus juegos y sus desafíos; por otra parte, es cada vez más directamente accesible a la mirada del común de los ciudadanos; la televisión juega un rol determinante en ambos casos. Resultado de esto es que la distancia entre los profesionales y los profanos no deja de crecer, así como la conciencia de la lógica característica del juego político.

Ya no hay necesidad, hoy en día, de ser un experto en sociología política para saber que el número de declaraciones y acciones de los políticos, no solamente las "pequeñas frases" sobre los "grandes designios" o los grandes debates sobre las pequeñas divergencias entre los líderes o las "corrientes", sino también las más graves decisiones

130 *Raisons pratiques*, París, Seuil, 1995 p. 243.

131 Id.

132 "La sociologie réflexive, l'anthropologie, l'histoire", *Critique*, 1995 (número especial sobre Pierre Bourdieu) p. 634.

133 Artículo publicado en el periódico *Le Monde* en, 1988.

políticas pueden encontrar su principio en los intereses nacidos de la competencia por una u otra posición excepcional, la de secretario general, primer ministro o presidente de la República, y así en todos los niveles del espacio político. La discordancia entre el ansia de sinceridad o las exigencias de desinterés inscritas en la delegación democrática de poderes y la realidad de las maniobras microscópicas, contribuye a reforzar un indiferentismo activo, en cierto momento simbolizado por Coluche, diferente del antiparlamentarismo pujadista al cual, para defenderse, pretenden reducirlo los mismos que contribuyen a suscitarlo. Pero esta discordancia puede también inspirar un sentimiento de escándalo que transforma el apoliticismo ordinario en hostilidad hacia la política y los que viven de ella.

Es así cómo los súbitos y repetidos cambios de opinión de los dirigentes evidentemente más inspirados por la preocupación de su propia perpetuación que por los intereses de quienes profesan defender, tienen mucho que ver con el hecho de que el Frente Nacional reclute su gente a menudo, hoy en día, en los antiguos bastiones del Partido Comunista, que se benefició más que nadie de la entrega de sí confiada o resignada al portavoz (sabemos en efecto que esta disposición es cada vez más frecuente a medida que se desciende en la jerarquía social). Y si las alianzas con los partidos de derecha benefician tanto al propio Frente Nacional, es menos, como se dice, por el toque de respetabilidad que le garantizan, que por el descrédito que aquéllas infligen a quienes denuncian sus propias rupturas mostrándose dispuestos a todo para garantizar su propia reproducción.

De este modo, el desencanto de lo político proviene casi automáticamente del doble movimiento del universo político. Por un lado, los que están comprometidos en el juego político se encierran cada vez más en su juego a puerta cerrada, muy frecuentemente sin otra comunicación con el mundo exterior que unos sondeos que producen respuestas imponiendo las preguntas, y gran cantidad de ellos, movidos sólo por el deseo de existir (como los aspirantes) o de sobrevivir (como los vencedores caídos), se deciden, tanto los unos como los otros, por acciones que lejos de tener como principio la convicción ética o la dedicación a una causa política, no son más que reacciones a las reacciones de los demás. Pero el colmo de la perversión

se alcanza cuando, habiéndose convertido la "performance televisiva" en la medida de todas las cosas, los consejeros en comunicación guiados por los expertos en sondeos, forman a los políticos para simular la sinceridad e interpretar la convicción.

Por otro lado, la televisión, debido a uno de sus efectos más sistemáticamente ignorados por quienes le imputan todas las desgracias del siglo, en otros tiempos "la masificación" de las "masas" y, actualmente, la degradación de la cultura, abrió una ventana hacia el campo cerrado donde los políticos juegan su juego con el príncipe, con la ilusión de pasar desapercibidos. Como en las antiguas democracias de los pequeños grupos de interconocimiento o en la ciudad griega imaginada por Hegel, los mandatarios están de ahora en adelante bajo la mirada continua del grupo en su conjunto: para quien los observó a lo largo de entrevistas, declaraciones o debates en las noches electorales, los protagonistas del juego político ya no tienen secretos y los más inconscientes de ellos perderían mucho de su soberbia si pudieran enterarse de los retratos psicológicos de una rara agudeza que hacen de ellos los telespectadores, aun los más desfavorecidos culturalmente, cuando se les interroga a su respecto. Cada uno sabe que, como lo observaba Hugo, "cuando la boca dice sí, la mirada dice tal vez". Y el ciudadano, convertido en telespectador, por poco que sepa del arte de descifrar los imponderables de la comunicación infralingüística, se encuentra en condiciones de ejercer el "derecho de vigilancia" que más o menos conscientemente siempre ha reivindicado.

La "apertura" que los electores aprobaron en ocasión de la última elección presidencial no es la que instiga y divide a los aparatos, a los *apparatchiks* y también a los comentadores políticos, no es la que reforzaría la tendencia del microcosmos político al cierre sobre sí mismo, es decir, sobre formas simplemente un poco más complicadas de las combinaciones ordinarias. Es la que ofrecería el mundo político, aun más ampliamente, a la mirada crítica de todos los ciudadanos, impidiendo al cuerpo político interponer la pantalla de sus intereses personales y de sus preocupaciones, que se tiene razón de llamar politizadas, puesto que no tienen más causa y fin que la defensa del cuerpo político. Todo el mundo comprendió que hay demasiados problemas reales como para que se pueda dejar a los políticos la tarea

de inventar los falsos problemas necesarios para su propia perpetuación.

La solución que el gobierno de Michel Rocard dio al problema caledonio es, en este sentido, ejemplar. Afrontar, sin otro fin más que el de resolverlo, un problema que acababa de ser objeto de una verdadera explotación política, era hacer estallar a plena luz del día, retrospectivamente, el instrumentalismo cínico de una decisión política como el ataque a la gruta de Ouvéa: era recordar que, como lo había enseñado en otros tiempos Mendès France, la valentía política consiste en ponerse al servicio de los problemas, a riesgo de no perdurar, en vez de servirse de los problemas para perpetuarse a cualquier precio. Y el éxito de la negociación mostró que la virtud civil, quizás porque es tan rara, quizás porque convoca a la virtud, constituye a veces un arma política altamente eficaz. [...]

Los responsables políticos más libres, objetiva y subjetivamente, con respecto a las exigencias del juego político y a las presiones de los aparatos, pueden hacerse escuchar mientras que los *apparatchiks* están momentáneamente reducidos al silencio. Por otro lado, puede ser que se estén creando las condiciones para que se instauren de forma duradera reglas, escritas o no escritas y, mejor aún, mecanismos objetivos capaces de imponer de manera práctica a los políticos las disciplinas de la virtud civil. Depende de todos los ciudadanos, y en particular de aquellos que, como los intelectuales, tienen la oportunidad y los medios para ejercer su derecho de vigilancia hacia el mundo político, que un modo de ejercicio del poder, que es a veces denunciado como una forma de moralismo ingenuo (justamente es esto lo que se pretende decir cuando se habla de "boyscoutismo") sea en realidad una anticipación creadora de un estado del mundo político en el que los responsables políticos, bajo la mirada permanente de todos y al desnudo, estarían obligados a instaurar esta forma de democracia directa que hacen posible, paradójicamente, la transparencia y la apertura del campo político garantizadas por un uso democrático de la televisión.

Se habló mucho del silencio de los intelectuales en tiempos en que se precisaba mucha virtud para no denunciar a cada instante, a riesgo de servir designios más cínicos, las faltas a la virtud civil. Tal

vez les llegó el momento de tomar la palabra, no para honrar a los poderes, como se les pide comúnmente, sino para participar junto con otros y en particular con los periodistas, en el ejercicio de la vigilancia cívica que, por medio de la crítica y la revelación, tanto como a través del elogio y la complicidad tácita, contribuiría a instaurar un mundo político en el que los responsables políticos se interesarían por la virtud.

El descubrimiento de Europa

Si la crítica del cierre del mundo político puede convertirse en una "crítica" *positiva de la* "virtud civil", *el conjunto de las acciones emprendidas por Bourdieu durante esos años, tiene por objetivo, de manera más general, superar el cierre del plano estrictamente nacional y situar la reflexión en un plano europeo e internacional. La primera fase de esta gestión está constituida por la revista* Liber, *que es algo así como la concretización del proyecto de reactivar la tradición del* "intelectual colectivo", *basándose en el modelo de los enciclopedistas del siglo de las Luces*[134]. *La primera ambición de* Liber *es llegar a difundir hacia un vasto público obras literarias, artísticas y científicas de vanguardia. Se traza como objetivo contrarrestar el cierre de estos universos sobre sí mismos, resultante de su autonomización progresiva, y de atenuar de este modo la brecha con el público masivo. La experiencia europea de* Liber *pretende igualmente romper la barrera cultural entre las diferentes naciones, cuyo efecto es confinar los debates intelectuales alrededor de un área lingüística. Se trata más bien de favorecer una libre circulación de las ideas, de recobrar el ánimo que presidía los intercambios intelectuales hasta el siglo XVIII, antes que la nación se convirtiera en el valor de referencia*[135]. *El*

134 El sociólogo había formulado ya, en 1985, las premisas de esta empresa en el marco del *Collège des Artistes et des Savants Européens*, y pretendía entonces la creación de una *European review of books* en la cual los intelectuales podrían ratificar sus normas específicas.

135 Durante una entrevista relativa a la experiencia de Liber, Joseph Jurt subrayará las transformaciones resultantes de la implantación de sistemas nacionales de enseñanza. Estos permitieron la alfabetización de extensos estratos de la población pero se organizaron según criterios específicos. Este enclaustramiento está igualmente ligado al retroceso del latín y luego del francés como lengua substrato a nivel europeo. "La experiencia de Liber", Entrevista con Joseph Jurt y Olivier Christin, *Les Carnets de la CFDT aujourd'hui*, N° 1, 1991, p. 35.

manifiesto inaugural de la revista, que sale en octubre de 1989, insiste así en la necesidad de "superar los desfases temporales y los malentendidos ligados a las barreras lingüísticas, a la lentitud de las traducciones (...) y a la inercia de las tradiciones escolares"[136].

Para alcanzar estos objetivos se consideran diferentes iniciativas: generalizar los análisis de obras publicadas en otra lengua que no sea el francés, investigar los particularismos de instituciones nacionales como el servicio militar en Suiza, los clubes ingleses o los bomberos finlandeses, en el marco de una rúbrica de etnografía europea. Liber *es entonces un suplemento publicado en el* Frankfurter Allgemeine Zeitung, L'Indice, Le Monde, El País y el Times litterary supplement. *Los artículos son redactados simultáneamente en su lengua nacional por críticos literarios, escritores y científicos. La primera fórmula de* Liber, *que llega a cerca de dos millones de lectores en toda Europa,* "revista de vanguardia producida por periódicos exotéricos"[137], *sólo alcanzará cinco números, de octubre de 1989 a diciembre de 1990. La revista se convertirá seguidamente en un suplemento de* Actes de la recherche en sciences sociales, *haciéndose su difusión más confidencial desde entonces. El editorial de apertura del número 7 afirma la continuidad del proyecto, insistiendo no obstante en la necesidad de ir contra la corriente* "de las creencias indiscutidas de las ortodoxias académicas, tan poderosas en estos tiempos de restauración"[138].

De acuerdo con estas intenciones, la línea editorial de Liber *se caracteriza por el lugar otorgado a los artistas y escritores, cuyas obras se refieren a temas políticos. Este es el caso de Hans Haacke, que utiliza su notoriedad para integrar en sus creaciones los conflictos del mundo real, en particular aquéllos ligados a la influencia del mundo de los negocios en el de la cultura. Los escándalos suscitados en ocasión de sus exposiciones, algunas de las cuales son canceladas debido a que el contenido de las obras presentadas es juzgado demasiado subversivo, constituyen para el artista la oportunidad de confirmar su autonomía y de revelar las presiones económicas y políticas a las que están sometidos los directores de museos*[139]. *Esta afirma-*

136 *Liber*, N° 1, octubre de 1989, p. 2.

137 Según una fórmula empleada por Pierre Bourdieu durante una reunión de trabajo para explicar el carácter efímero de la primera fórmula de la revista.

138 "Liber continúa", *Liber*, número 7, septiembre de 1991, p. 1.

139 Referirse sobre este punto al retrato que dedica Inès Champey al artista. "Hans Haacke: *Liber*, número 8, diciembre de 1991, pp. 1-4. Pierre Bourdieu y Hans Haacke harán públicos sus puntos de convergencia en ocasión de la salida de *Libre échange* (París, Seuil, 1994), obra en la cual precisarán su análisis acerca de la evolución política y social de los países occidentales.

ción de temas políticos en obras de vanguardia trasluce igualmente en la publicación de poemas como el de Volker Braun, "Iphigénie en liberté"[140]. *La caída del Muro de Berlín y la reunificación alemana constituyen entonces para la revista un tema de estudio privilegiado: entre numerosos artículos, podemos citar el análisis que hace Robert Darnton de los mecanismos de la censura en la RDA*[141], *o una entrevista con Jürgen Habermas en la que el filósofo alemán critica la dimensión instrumental del proceso de reunificación*[142].

El propio Bourdieu dedica dos artículos al análisis del derrumbe del sovietismo: su preocupación es aportar una aclaración sobre esta conmoción por medio de los recursos del análisis científico y del pensamiento crítico: enfrentando la realidad del funcionamiento de estos regímenes políticos dictatoriales, inicialmente portadores de un proyecto emancipador, pero también alertando contra la instrumentalización de la revolución con fines de restauración política y de hegemonía del neoliberalismo. En el primer texto, "L'histoire se lève à l'Est", *Bourdieu se sitúa, como en su enfoque teórico, en el punto geométrico de las diferentes perspectivas, para escapar a los límites y a las cegueras atadas a cada uno de estos puntos de vista*[143], *y denunciar las* "falsas alternativas" *(socialismo vs. liberalismo, etc.) que no dejarán de ser manipuladas por los profesionales del discurso político.*

---

140 Volker Braun, "Un inédito: Iphigénie en liberté", *Liber*, número 10, junio de 1992, pp. 5-8. Según la presentación de la germanista Anna Chiarloni, el poema, en referencia a la Ifigenia en Táuride de Goethe, enfrenta a Thoas el bárbaro, personificación del poder soviético, Orestes y Pílades, dos mercaderes europeos sin escrúpulos, e Ifigenia, la RDA, que es objeto de un trueque entre las grandes potencias. La obra está marcada por un doble rechazo: al capitalismo del oeste de Alemania y a la tutela asfixiante de la URSS, cuyo fin está presentado como una liberación.

141 Robert Darnton, "La fin d'une littérature planifiée", *Liber*, número 7, septiembre de 1991, pp. 13-17.

142 "Une union sans valeurs, Una entrevista con Jürgen Habermas", *Liber*, número 10, junio de 1992, pp. 16-17.

143 Cf. Pierre Bourdieu, "Genèse et structure du champ religieux", *Année sociologique*, vol 12 N° 3, 1971, pp. 295-334. Para un análisis del método de Pierre Bourdieu referirse a Louis Pinto *Pierre Bourdieu et la théorie du monde social*, París, Albin Michel, 1998, pp. 74-75 y pp. 92-99.

La historia se levanta al Este
Por una política de la verdad. Ni Stalin ni Thatcher

Creímos durante mucho tiempo que habíamos llegado al fin de la historia. El movimiento social que, a lo largo de todo el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, había llevado la esperanza a los hombres, se había apagado poco a poco en los fracasos y en los horrores de una tiranía burocrática. El mundo tenía la edad de Brezhnev. Allá donde se quiso ver una sociedad sin clase, se instauró una sociedad de casta. Una oligarquía totalmente cerrada sobre sus privilegios podía encontrar en el doble lenguaje que le garantizaba el monopolio usurpado de una retórica revolucionaria, el medio de ocultar y de ocultarse el muro de incomprensión que la separaba de los ciudadanos comunes. El destino trágico de este universo sin más allá histórico pesaba como un tapón sobre la humanidad progresista en su conjunto. Y no solamente porque este socialismo con rostro inhumano proporcionaba a los conservadores de todos los países la mejor de las justificaciones del statu quo.

Acabamos de asistir al final de una dictadura: pero que no era, a pesar de lo que se diga, una dictadura como las demás. Se instauró y ejerció en nombre del pueblo y fue abatida por el pueblo; en nombre de la verdad, y fue abatida en nombre de la verdad; en nombre de la libertad y de la igualdad, y fue abatida en nombre de la libertad y de la igualdad. ¡Formidable homenaje a la Revolución de 1789! Esta revolución contra los crímenes cometidos en nombre de la Revolución, por una vez, no es contrarrevolucionaria. La colisión de las palabras, libertad contra libertad, verdad contra verdad, igualdad contra igualdad, podría conducir al nihilismo, al cabo de una importante devaluación semántica. Ahora bien, qué hacen ante nuestros ojos estos pueblos que fueron vejados, oprimidos, encarcelados, embastillados en nombre de estas palabras reducidas al estado de consignas, en nombre de la verdad convertida en mentira de Estado, sino poner en práctica el programa del poeta: "Dar un sentido más puro a las palabras de la tribu". Es natural que el poeta, el escritor, el intelectual, llámese éste Mircea Dinescu, Vaclav Havel o Christopher Hein, recupere su papel originario de portavoz del grupo o, más mo-

destamente, de escritor público. Es efectivamente aquel que enseña que las grandes palabras sobre las que están depositados los sueños o los ideales de la humanidad, salen más puras y más fuertes de la duda radical a la que las sometió la historia; irguiéndose para defenderlas contra el abuso del lenguaje que está siempre acompañado por un abuso de poder, recuerda que la política de la verdad es sin duda más realista, incluso en política, que todas las formas de Realpolitik.

Este es el motivo por el cual los intelectuales de todos los países deben hoy en día organizarse para continuar la lucha así emprendida. Se acabó el "intelectual orgánico" que se creía obligado a doblegar su razón ante los veredictos de la Razón de Estado, o el "compañero de ruta" al estilo de Sartre, que a fin de borrar su "pecado original" se esforzaba en "embrutecerse" para ponerse a la altura de los "pensadores" de partido. No hay compromiso en materia de verdad. Que no se nos venga a decir que hay que preparar, para 1992, un "mercado común del alma". La cultura que Europa necesita, para sí misma y para el mundo, y en particular para el tercer estado del mundo, no saldrá de una negociación de expertos o de una confrontación de tecnócratas. Se trata de trabajar para hacer del uso riguroso de la razón, y por consiguiente del lenguaje, una virtud política, la primera de las virtudes políticas; se trata entonces de dar a los intelectuales el único poder que están en el derecho y en el deber de reivindicar, el de ejercer una vigilancia incesante y eficaz contra los abusos de palabras, y sobre todo de grandes palabras.

El impulso revolucionario que los pueblos del Este acaban de insuflar a la languidecida historia de Europa debe ser tomado. Todos los profesionales del discurso político tratarán de apoderarse de él, para desviarlo en su favor. Volverán con sus falsas alternativas, Stalin o Thatcher, socialismo o liberalismo, Karl Marx o Milton Friedman, Moscú o Chicago, Estado o mercado, planificación o dejar-hacer, ocultando que detrás de cada una de estas palabras ocultan sus intereses, sus fantasmas o, simplemente, su incapacidad de pensar libremente. Tratarán de lanzar nuevamente el péndulo que remite indefinidamente de un absurdo económico y político a otro. Además, la colusión de los adversarios cómplices hará difícil el descubrimiento de este punto superior, que no es ni un justo medio, ni una "tercera

vía" como lo pretendían los ideólogos de la revolución. Aquellos que descubrieron los ideales de verdad, de libertad o incluso de igualdad y de fraternidad contra las distorsiones perversas que hicieron y hacen las noblezas de Estado "socialistas" son los mejor ubicados, paradójicamente, para volver a enseñarnos a liberarnos de las palabras y de los modos de pensamiento que depositaron en nuestro inconsciente los maestros megalómanos del pensar y los ingenieros irresponsables que están siempre prestos a sacrificar a los pueblos en el altar de sus mociones o de sus ecuaciones.

Pero también es preciso impedir, a cualquier precio, a los manipuladores de fobias y de fantasmas, que despierten los antiguos espantos, que se apoyen en las viejas culpabilidades, tan fáciles de invertir como autoafirmaciones perversas y desesperadas, que jueguen a todos esos "juegos para espantar" que, como en los niños, presentan siempre el riesgo de conducir a verdaderos terrores. Por el contrario, debemos alegrarnos de que la poderosa y fuerte Alemania, cada vez más propensa a dormirse sobre el blando cojín del éxito económico, a pesar del acicate de los movimientos alternativos, se encuentre situada al centro de la prueba de la verdad, en el corazón de la confrontación práctica entre las realidades del "paraíso capitalista", simple inversión del antiguo espejismo oriental, y las aspiraciones o las exigencias que dejaron en los espíritus de sus ciudadanos orientales la retórica socialista y sobre todo, quizás, la rebelión cotidiana contra los privilegios negadores de los ideales proclamados.

De este modo, la historia no se detuvo realmente, en el curso de los años treinta, en Moscú. Además, tanto las reivindicaciones como las esperanzas que nos trae el nuevo movimiento revolucionario y sobre todo las formidables contradicciones que nos legó este tiempo aparentemente muerto de la historia, pueden, si sabemos afrontarlas sin contentarnos con palabras, ser el principio de una nueva puesta en movimiento de un pensamiento y de una política liberadores.

Hacia un "intelectual colectivo" (1): el Parlamento Internacional de los Escritores

El segundo texto que Pierre Bourdieu consagra a la caída del Muro de Berlín ("Les murs mentaux") *constituye un programa de trabajo destinado a poner la ciencia al servicio de la causa de los intelectuales. Se refiere a utilizar la historia y la sociología como instrumentos del conocimiento de sí mismo con el fin de desarmar los impulsos regresivos en los que se apoya a veces la acción política de los artistas, científicos y filósofos. El socioanálisis colectivo al que Pierre Bourdieu aspira debe permitir desarmar las trampas que la historia ha legado y sedimentado en el lenguaje corriente: permite así ganar márgenes de libertad abriendo la vía a un internacionalismo realista que logre superar los obstáculos ligados a los conflictos nacionales pasados, tanto como a las leyes del mundo intelectual. Interrogado por Loïc Wacquant en* Réponses *respecto a la autonomía del campo científico, Bourdieu responde que el progreso de la razón* "no cae del cielo"[144] *y que pasa por la instauración de ciertas estructuras de comunicación capaces de favorecer la instauración de lo universal. Esta* Realpolitik *de la ciencia inspira el llamado en favor de un* "corporativismo de lo universal" *publicado al final de* les règles de l'art. *El conocimiento científico de lo social y de las condiciones del trabajo científico conduce efectivamente a la idea de instaurar formas racionales de organización colectiva. El análisis de las condiciones históricas de emergencia del poder crítico de los intelectuales muestra que éste se construyó superando la alternativa de la autonomía y del compromiso, en particular a fines del siglo XIX: la autoridad del intelectual proviene de la autonomía del mundo intelectual respecto de los poderes religiosos, políticos y económicos. El crecimiento de la eficacia política pasa entonces por el fortalecimiento de la autonomía del campo intelectual respecto de todos los demás poderes, de manera que se concilie la defensa de lo universal y las competencias específicas de cada intelectual.*

Según Pierre Bourdieu, la creación de una Internacional de los intelectuales se impone debido a las amenazas que pesan sobre su autonomía: interpenetración del mundo del arte y del dinero, recurso generalizado a patrocinadores para financiar la investigación universitaria, peso creciente de las presiones comerciales sobre las empresas de producción y de difusión culturales. Por consiguiente, nuevas formas de lucha deben ser inventadas.

> "Esta lucha debe ser colectiva puesto que la eficacia de los poderes que se ejercen sobre los intelectuales se debe en gran parte al hecho de que ellos

144 *Réponses*, París, Seuil, 1991 p. 163.

> los afrontan de manera dispersa y en medio de la competencia. También porque los intentos de movilización serán siempre sospechosos y condenados al fracaso, mientras se sospeche que éstos son puestos al servicio de las luchas por el *leadership* de un intelectual o de un grupo de intelectuales. Los productores culturales recobrarán el lugar que les corresponde en el mundo social sólo si, sacrificando de una vez por todas el mito del "intelectual orgánico", sin caer en la mitología complementaria, la del mandarín retirado de todo, aceptan trabajar colectivamente en la defensa de sus propios intereses: lo cual debería llevarlos a afirmarse como un poder internacional de crítica y de vigilancia, es decir, de proposición, frente a los tecnócratas [...]. Esta Realpolitik de la razón será, sin duda alguna, objeto de sospecha de corporativismo. Pero le corresponderá mostrar, por los fines a cuyo servicio pondrá los medios, duramente conquistados, de su autonomía, que se trata de un corporativismo de lo universal"[145].

Este compromiso colectivo se inscribe en la continuidad del trabajo crítico del intelectual autónomo: la crítica del lenguaje político, la reflexividad crítica inscrita en el análisis histórico de las condiciones presentes, deben estar respaldadas por estructuras transnacionales de comunicación y de intercambio intelectual. El llamado lanzado en Estrasburgo en noviembre de 1993, firmado por Jacques Derrida, Edouard Glissant, Toni Morrisson, Susan Sonntag y Salman Rushdie, tiene pues por objeto instaurar ese "contra poder crítico", *organizando* "una solidaridad concreta con los escritores amenazados" *y creando* "un lugar de reflexión sobre nuevas formas de compromiso"[146]. *En febrero de 1994, Salman Rushdie es llevado a la presidencia del Parlamento Internacional de los Escritores, que se dota de una instancia de deliberación y ejecución compuesta por cincuenta miembros. La fundación del PIE está acompañada por una Carta que define los principios, obligaciones y formas de acción de la organización: independencia frente a los poderes, reconocimiento de la diversidad de las tradiciones históricas para escapar al* "profetismo de la vieja conciencia universal", *denunciando los* "grandes problemas del momento" *definidos por los medios de comunicación, contribuciones anónimas y colectivas, etc. Entre las iniciativas tomadas por el PIE, podemos citar la organización de tribunas libres y conferencias de prensa (sobre Ruanda, Argelia, Sarajevo, el derecho de asilo, etc.) en los periódicos de numerosos países, y la constitución de una red internacional de 400 ciudades refugio repartidas en 34 Estados.*

---

145 "Pour un corporatisme de l'universel", *Les règles de l'art*, París, Seuil, 1992.
146 Citado en *Littératures*, revista del Parlamento Internacional de Escritores.

Los muros mentales[147]

Nuestra época es la de las ilusiones perdidas. Estamos obligados a una especie de duda radical. En este sentido estamos en un período fasto y muy especialmente aquí, en Berlín. ¿Qué podemos hacer? ¿Qué tarea, qué misión podemos asignarnos en calidad de filósofos, sociólogos, escritores, artistas? ¿Qué tarea realista, es decir, realizable colectivamente?

El primer objetivo de un programa *modesto* de trabajo intelectual es someter el lenguaje político y muy particularmente las *palabras* que designan *colectividades* (pueblo, nación, nacional, etc.) a una crítica radical. Como lo mostré a propósito de Heidegger, nuestro lenguaje corriente y, más aún, el lenguaje llamado *científico* está cargado de una *ontología política*. En el pasado, quienes aspiraban a una visión *crítica* del mundo social, desde los marxistas hasta la Escuela de Frankfurt, estaban entre los más importantes productores de conceptos cargados de ontología política. Es necesario que en lo sucesivo, la crítica se aplique primero a las palabras de la crítica. Esto es lo que llamo el principio de *reflexividad*. No debe tomarse esto como una exhortación al mero retorno reflexivo del sujeto cognoscente sobre sí mismo en la tradición de la filosofía del sujeto. Se trata de un verdadero socioanálisis que sólo puede ser *colectivo*. La vida intelectual (y sin duda también la vida política) sería profundamente cambiada si cada locutor, yo mismo en este momento, cada uno de los que hablarán esta tarde, se sintiera *expuesto* sin cesar a una crítica que aspire a captar no solamente las *razones* de su discurso, sino también las *causas posibles*, los determinantes sociales inconscientes, las disposiciones y los intereses ligados a la ocupación de una posición particular en el mundo social y, en especial, tratándose de intelectuales, en el mundo universitario o intelectual.

Debemos detenernos en este punto. Seguramente se me acusará de sociologismo, de reduccionismo y se me culpará de rebajar a la

147 Conferencia pronunciada en el Instituto Francés de Berlín el 2 de octubre de 1992, en el marco de una reunión de la asociación de amigos de *Liber* ("Les murs mentaux", *Liber*, número especial, enero de 1993, pp. 2-4).

razón. Lo he dicho y repetido cien veces, contra todas las formas del *absolutismo racionalista* –cuyo representante más iluminado es actualmente Jürgen Habermas– la razón es histórica de parte a parte y sólo nos queda trabajar en crear las condiciones históricas en las que ésta puede desplegarse. Esto es lo que yo llamo la Realpolitik de la razón. Combatir por la razón, por la comunicación no distorsionada que hace posible el intercambio racional de argumentos, etc., es combatir muy concretamente, contra todas las formas de violencia y ante todo de *violencia simbólica*. Debemos trabajar resueltamente, colectivamente, para sacar a la luz los mecanismos de esta violencia insidiosa que se ejerce a través de la competencia por puestos, por honores, por títulos, y que se puede observar de manera particularmente clara, aquí mismo, en este momento, en este país.

Pienso que el arma por excelencia de la *reflexividad crítica* es el análisis histórico: paradójicamente, la historización metódica de los instrumentos del pensamiento racional (categorías de pensamiento, principios de clasificación, conceptos, etc.) es uno de los medios más poderosos de arrancarlos a la historia. Popper hablaba, muy imprudentemente, de miseria del historicismo; estoy cada vez más convencido de que se debe hablar de *miseria del anhistorismo*: muchos de nuestros más puros debates teóricos sólo existen y subsisten porque oponen nociones deshistorizadas, productos de la transfiguración de construcciones históricas en esencias transhistóricas.

Seguramente les parezco abstracto. Temo que les parecería demasiado concreto o hasta algo prosaico si transpusiera estas reflexiones al campo de la práctica cotidiana, haciendo uso de la libertad –o de la irresponsabilidad– que me confiere mi estatus de extranjero, que me expone a la ingenuidad y a la arrogancia pretenciosa y antipática del dador de lecciones. Así, por ejemplo, el uso que algunos hacen de la referencia al pasado, especialmente en los debates sobre los intelectuales de la antigua Alemania del Este, es una ilustración perfecta de todo lo que expone la sociología de los intelectuales, a menudo tachada de pesimismo historicista: ¿cómo no ver el papel de los intereses específicos en las prácticas y los discursos de todos aquellos que hacen un uso jdanoviano (o maccartista) de la denuncia del jdanovismo para apoderarse de los puestos del Este, reproduciendo así lo mismo que están denunciando?

Las crisis revolucionarias brindan a menudo espectáculos de semejantes idas y venidas de la mala fe (en el sentido sartreano de *self-deception*). Sería bueno volver a leer a Robert Darnton sobre el papel de los intelectuales menores en la Revolución Francesa. Y aquellos que se apresuran hoy en juzgar y condenar sin comprender, deberían releer también lo que el historiador americano escribía, recientemente, sobre los mecanismos de la censura en la Alemania del Este, y meditar sobre la frase con la que concluye su evocación del encuentro con dos "censores" de la RDA: "Pero yo estaba también muy consciente de que nada era simple en este extraño mundo situado al otro lado del muro". (También hubiera podido citar el pequeño libro *Peurs blanches*, en el que Bohumil Hrabal relata, con mucha lucidez y valentía, sus encuentros con sus censores). Las armas del análisis científico, que aprehende los *invariantes* transhistóricos, son indispensables para *escapar* a la lógica de la *denunciación* que elude el trabajo necesario para *comprender* las conductas relacionándolas con las condiciones sociales que las hacen posibles y a veces inevitables.

Tal vez me acusarán ustedes de cientismo, pero me gustaría estar aquí, en Berlín, para participar en un análisis riguroso y, de este modo, liberador, de la *situación quasi experimental* que se ofrece a quien quiere estudiar las variaciones de las conductas y de las estrategias en función de diferentes variables sociales tales como la pertenencia nacional (Este/Oeste), la disciplina, la edad, la posición. No para distribuir las censuras y los elogios, en la lógica del proceso, a la que se entregan tan a menudo los historiadores. Sino para comprender, para explicar, y recordar a quienes juzgan y condenan, que aquellos a quienes condenan son sus semejantes, pero sus semejantes excepto en la historia, es decir, lo que habrían podido ser si hubiesen sido sometidos a las mismas condiciones. Es comprensible por qué se debe historizar. Soy parte de aquellos que, en Francia, se escandalizaban cuando escuchaban a los pacifistas alemanes gritar "mejor rojo que muerto" y luché lo mejor que pude, junto con muchos otros, para romper el aislamiento simbólico de los intelectuales de los países del Este. Soy por ello un poco más libre para juzgar con algo de severidad a los que juzgan tan severamente a quienes no tuvieron otra alternativa sino la de ser rojos antes que muertos.

Los Alemanes enfrentaron con mucha valentía –tal vez no tenían otra opción– su pasado histórico. Y esto sin contar los trabajos que sacan a la luz los mecanismos históricos que condujeron al horror histórico. Hoy en día debemos afrontar, con la misma intrepidez, el pasado y el presente. Ya no se trata de pensar en el todo ni de pensarlo todo, sino de pensar sin descanso en los límites del pensamiento. Más que nunca, la sociología crítica de los intelectuales es el preludio de toda investigación y de toda acción política de los intelectuales. Solamente intelectuales sin ilusiones sobre los intelectuales pueden emprender una acción intelectual "responsable" y eficaz.

Debemos continuar y generalizar el trabajo de anamnesis histórica. Para evitar ser los títeres del pasado, es decir, del inconsciente (Durkheim decía: "El inconsciente es la historia"), debemos reapropiarnos de ese pasado. La retórica unitaria tiende a ocultar que el muro ha dejado de existir como realidad física y política, pero que sigue existiendo en las mentes como *principio de visión y de división*. Dije en 1989, en una entrevista con el *Spiegel* (que, sin duda debido a que pareció demasiado pesimista, en medio de la euforia de la reunificación, no fue publicada entonces, sino después) que como la Vendée, dos siglos después de la Revolución Francesa, está todavía separada del resto de Francia por una frontera invisible, las dos Alemanias permanecerían largamente separadas. Podemos ver hoy, en el segundo aniversario de la reunificación, que los habitus pueden sobrevivir duraderamente a sus condiciones sociales de producción. Sobre todo cuando son reforzados por las condiciones objetivas (con, en gran desorden, el desempleo, el desprecio por los "occidentales", el *Abwicklung*, etc.).

Dicho esto, que no ocurra que por derribar este *muro mental*, vayamos a restaurar otros. Pienso en todos esos muros históricos, a menudo edificados por los intelectuales, y muy especialmente por la "intelligentsia proletaroide", la clase peligrosa por excelencia, que separaron a las naciones, esas "comunidades imaginarias" que terminan por hacerse muy reales. Aquí también, el arma más eficaz contra esta forma de *fetichismo* que es el nacionalismo, es la historia pero una *historia crítica* (crítica en el sentido de la Escuela de Frankfurt pero también en el sentido kantiano), es decir, una historia reflexiva

que se toma a sí misma por objeto y somete a la anamnesis histórica a la historia celebradora y constructora de *fetiches* (pienso particularmente en la historia de la literatura en su forma tradicional, que es uno de los fundamentos del culto nacional y nacionalista y de la imposición de la creencia en la "identidad nacional"; pero se podría decir lo mismo, o casi lo mismo, de la historia de las otras artes e incluso de la historia de la filosofía).

Se debe reemplazar esta historia creadora de fetiches por una *historia* orientada hacia la búsqueda de estos *transcendentales históricos* que son las categorías históricas del entendimiento (aquí se debe reconciliar, y esto es difícil menos por razones teóricas que por razones *sociales*, la tradición durkheimiana con la tradición kantiana, representada particularmente por Cassirer). De este modo, podríamos mostrar que la oposición histórica entre Francia y Alemania sirvió de base (inconsciente, reprimida) a cierto número de grandes alternativas (por ejemplo, cultura/civilización) *cuyo fundamento sólo es histórico* y que se debe desfetichizar, o lo que viene a ser igual, desnaturalizar. Tomaré aquí el ejemplo de una de las oposiciones más centrales –al menos en mi opinión–, la que separa al *imperialismo de lo universal*, nacida de los filósofos del *Aufklärung* y de la Revolución Francesa, y el *nacional populismo*, asociado para mí al nombre de Herder, pero que está presente en toda una tradición literaria y filosófica alemana, hasta Heidegger. Es importante ver que el pensamiento de Herder, y en general el pensamiento *a la Herder*, es, como muchos pensamientos conservadores (por ejemplo el de Burke), una *reacción* al pensamiento a la francesa en lo que tiene de "revolucionario", de progresista, de universal, pero también una reacción (que no es necesariamente reaccionaria) contra un imperialismo o un nacionalismo que (como se observa mejor en las empresas coloniales de Francia) invoca lo universal (los derechos humanos, etc.) para imponerse. Hay algo inquietante (al menos para mí) en el pensamiento de tipo herderiano y en las nociones como "espíritu del pueblo", "alma del pueblo", que fundamentan una especie de organicismo antiuniversalista, o en la exaltación del lenguaje como un condensado de la experiencia y de la autenticidad de las naciones, por consiguiente como posible fundamento de las reivindicaciones nacionales o de las

anexiones nacionalistas. Por otro lado, sin conferir al esclarecimiento científico y a la toma de conciencia una eficacia que probablemente no tienen, se podría esperar que si los alemanes tomaran conciencia de la ambigüedad de la tradición herderiana, que se reafirma periódicamente, y del hecho de que está fundada en la ambigüedad del *Aufklärung* a la francesa –ambigüedad que escapa tanto a sus defensores como a sus adversarios– tal vez ellos serían menos preocupantes para sí mismos y para los demás. Del mismo modo, los intelectuales franceses darían toda su fuerza a su universalismo si supieran despojarlo de todo el substrato inconsciente de particularismo, vale decir, de nacionalismo más o menos sublimado, que por ejemplo motiva la ambigüedad de su actual adhesión a la construcción de Europa. (Estas consideraciones algo abstractas son el fundamento de la revista *Liber*, y más particularmente de la rúbrica titulada Etnografía Europea, donde se publican textos con la intención de llevar al estado explícito ciertas tradiciones o presupuestos constitutivos de los inconscientes nacionales, es decir, esas particularidades o particularismos nacidos de la historia que se imputan a menudo a tipos de temperamentos, los "caracteres nacionales").

Es entonces a condición de trabajar sin descanso en esta exploración histórica de su inconsciente histórico que los artistas, escritores y científicos podrán ingresar sin peligro, ni para sí mismos ni para los demás, al combate para el que se encuentran mejor armados, vale decir, la lucha simbólica contra la violencia simbólica. Les corresponde, en efecto, forjar los instrumentos de defensa y de crítica contra todas las formas de poder simbólico que experimentaron un desarrollo extraordinario, tanto en el universo económico como en el mundo político –al punto que el pensamiento crítico sufre quizás un retraso de varias guerras–. Les corresponde también dar una fuerza simbólica a la crítica de la violencia simbólica (apoyándose para ello en artistas que, como Hans Haacke, saben poner todos los recursos de la invención artística al servicio de acciones de revelación). Esto asignándose particularmente la misión, sin volver a crear el mito del intelectual orgánico, de actuar como escritores públicos y hacer que accedan al espacio público los discursos privados de quienes están privados de discurso público.

Al comenzar hablé de programa *modesto*. La primera condición de una acción realista es el conocimiento de sus propios límites. Los intelectuales pueden representar una fuerza indiscutible, un poder crítico, un contrapoder, con la condición de que luchen colectivamente para garantizar el control de sus instrumentos de producción (contra los poderes económicos y políticos) y de la evaluación de sus productos (contra el periodismo). Es aquí donde la solidaridad internacional, basada en la construcción de instrumentos transnacionales de intercambio y de comunicación, puede desempeñar un rol decisivo liberando a los productores culturales de los efectos negativos asociados al *cierre* de los campos culturales y lingüísticos nacionales y a los efectos de dominación ejercidos por los poderes políticos, económicos o culturales (en especial universitarios) de base nacional. Se sabe por experiencia que los intelectuales libres encontraron a menudo refugio en el extranjero, en los Países Bajos en tiempos del absolutismo, en Francia, donde nacieron cantidad de movimientos de vanguardia, tanto literarios como artísticos y políticos del siglo XIX, en Inglaterra o en los Estados Unidos durante la escalada del nazismo. El extranjero es frecuentemente el lugar de la libertad, de la disidencia, de la ruptura y es luchando por la unificación del campo intelectual mundial y por el levantamiento de todos los obstáculos a la circulación internacional de los productores culturales y de sus productos, que los intelectuales podrán contribuir mejor al progreso de la libertad y la razón.

Hacia un intelectual colectivo (2): el Comité de Apoyo a los Intelectuales Argelinos (CISIA)

El CISIA, asociación creada a principios de los años 90, se esfuerza por brindar un apoyo a los intelectuales que, desde principios de la guerra civil argelina, son objeto de atentados y asesinatos, como sucedió en 1993 con el sociólogo Djellali Labes, con el jefe de redacción Tahar Djaout, o el dramaturgo Abdelkader Alloulla, a cuya muerte él escribió el texto "Arrêtons les assassins"[148]. *Conjuntamente con el PIE, el CISIA se*

148 En el texto "Detengamos la mano de los asesinos", Pierre Bourdieu escribe: "Saliendo de su domicilio ayer por la noche (10 de marzo), luego de la ruptura del ayuno para participar en una mesa redonda sobre la cultura argelina, los "asesinos consagrados"

esfuerza por facilitar el exilio de los intelectuales más amenazados. En un artículo en coautoría con Jean Leca (presidente del CISIA), publicado en Le Monde *el 7 de octubre de 1994, Bourdieu explica la necesidad de no limitarse al* "frío análisis político" *o a la* "prédica humanista indecente"[149] *y de llegar a una* "comprensión fina" *de las* "consecuencias de cada toma de posición", *lo que no equivale a* "justificarlo todo":

> "La experiencia de situaciones históricas similares muestra que es posible romper el círculo del miedo. La primera condición es la existencia de organizaciones capaces de arrancar a los individuos atrapados por el terror a la alternativa del heroísmo y la dimisión".

Se trata igualmente de romper el aislamiento de aquéllos a los que la situación de violencia privó de toda información, o, más aún, de aflojar "la tenaza mortal" *en el centro de la cual están encerrados los argelinos, y cuyas raíces, desde la colonización, están en la subordinación de la cultura a la política: contra la cultura instituida a priori,* "en nombre de la verdadera religión, de la ciencia del espíritu del pueblo o de la lógica de mercado", *se debe trabajar por la institución de un* "consenso de compromiso" *de una cultura hecha* "a partir de la multiplicidad de las experiencias concretas". *En la medida en que el* "modelo cultural dominante" *no fue tanto impuesto a partir del Islam tradicional como de una* "ideología modernista" *mezclando lo antiguo con lo nuevo dentro de un todo coherente que llama a la* "conversión", *es necesario luchar por la instauración de la libertad cultural:*

---

dispararon dos tiros a la cabeza de Abdelkader Alloula, dramaturgo y director de teatro argelino de renombre internacional. Su estado es crítico. El trabajo de Alloula se confunde totalmente con la historia de la cultura y del teatro argelinos contemporáneos y con la historia del combate democrático en Argelia. Desde hace treinta años sus obras de teatro tienen un inmenso éxito popular en Argelia, pero también en el Maghreb, en el mundo árabe y en Argelia. Laureado en numerosos festivales internacionales, adaptó con talento e inteligencia la obra de varios autores del patrimonio teatral universal: Chejov, Gogol, Kafka, Dostoiesvki, Goldoni. Paralelamente a sus actividades de hombre de teatro y de comediante en el Teatro de Oráan y en el seno de la cooperativa teatral independiente que había fundado, Abdelkader Alloula desarrolló un gran número de actividades en el seno del movimiento asociativo y humanitario. Fue miembro fundador de la Liga de los Derechos Humanos, de la Asociación de Defensa del Patrimonio Histórico y Arquitectural de la ciudad de Oráan, y dedicaba una enorme parte de su tiempo a una asociación de ayuda a niños cancerosos. Alloula había iniciado igualmente un importante trabajo de reflexión e investigación sobre el lenguaje teatral y la lengua popular en Argelia".

149 "Avec les intellectuels algériens", *Le Monde*, 7 de octubre de 1994.

> "Combatir una ideología porque niega la libertad de crear (que no es una esencia metafísica sino una conquista de las sociedades contemporáneas), no implica que se deba ignorar aquello de lo que es portadora. [...] Defender la libertad de crear es también proclamar la obligación de conocer. Es eso también, y tal vez ante todo, la solidaridad con los intelectuales argelinos".

Como lo explica en la conferencia que sigue a continuación, la intervención pública tiene entonces un doble fin: brindar los medios de una solución concreta para no quedarnos en un llamado público clásico e introducir, por consiguiente, elementos de análisis para inventar esos medios, en especial la creación de un "partido de la paz civil", *hacia el cual las elecciones presidenciales de noviembre de 1995, llevando a Zeroual al poder, parecen conducir*[150].

Finalmente, "el problema argelino es en cierto modo el límite extremo de todos los problemas sociales y políticos por los que puede atravesar un investigador y un intelectual"[151]. *Compromete la responsabilidad específica del científico y su deber de comunicar la verdad, comprometiendo, sobre todo, contra el rechazo colectivo surgido de la situación colonial, un trabajo de exploración del* "inconsciente histórico": *la mentira colectiva de la clase dirigente argelina, pero también la regresión a la barbarie, de la cual Francia da a veces el modelo volviendo a encontrar las fobias y los reflejos represivos de la guerra de Argelia.*

Acerca de Argelia[152]

¿Con qué derecho podemos hablar? ¿Cómo podemos callarnos? Todos cuantos estamos aquí, en esta sala, sentimos hoy profundamente esta contradicción. Aunque sin ilusiones por lo que podemos hacer contra la violencia, sólo con la fuerza de nuestras palabras, nos sentimos obligados a hacer algo, imperativamente, para combatir el despotismo del terror. Esta contradicción estoy seguro de que ustedes también la experimentan.

150 "Le parti de la paix civile" (con Marie Virolle), *Alternatives algériennes*, 2 de noviembre-diciembre de 1995, p. 4: "Los argelinos votaron por hombres. Pero votaron ante todo por una exigencia: la paz civil, de inmediato. Esto quiere decir el paso de la violencia de las armas a la confrontación política".

151 Conferencia pronunciada durante el coloquio Argelia-Francia-Islam del 27 de octubre de 1995.

152 Conferencia organizada en la Sorbona el 7 de febrero de 1994.

Sabemos que en el origen de la tragedia está toda la violencia de la que la nación francesa se hizo culpable, durante más de ciento cincuenta años, y de la cual nos sentimos responsables; pero sabemos también que esta culpabilidad, colectiva o individual, que es tal vez una de las razones más profundas de la emoción que nos moviliza, y nos paraliza, no justifica ningún tipo de intrusión y que no debemos tratar de adormecerla con vagos sermoneos humanistas. Podría seguir enunciando las contradicciones que nos reúnen y nos dividen, que introducen la división entre nosotros y en cada uno de nosotros, que hacen que no tengamos más elección que entre la violencia, el terrorismo o el terror de Estado, y el silencio, entre el compromiso y la dimisión; evidentemente, la misma incitación a hablar parecerá a algunos una concesión a los criminales, y el llamado a la democracia se verá como una abdicación ante el despotismo del terror. Me parece que éste es el motivo por el que podemos hablar de tragedia.

Sin embargo, añadiré solamente una última contradicción, sin duda la más terrible: sin faltar al deber de analizar y de comprender, que conduciría tal vez a decir que todo el mundo se equivoca o que todo el mundo tiene razón, ¿cómo tomar posición de manera activa, aunque sea poco eficaz, *contra* todos aquellos que contribuyen a hacer reinar el terror pero al mismo tiempo *por* el *partido de la paz civil*, que seguramente existe en Argelia, es decir, en favor de esa mayoría de hombres y sobre todo de mujeres, condenados por el reino del terror a la soledad y al silencio?

El CISIA, Comité Internacional de Apoyo a los Intelectuales Argelinos, que agrupa a intelectuales de todos los países, una buena parte de ellos especialistas en las sociedades maghrebinas, se había fijado como misión, entre otras, tratar de introducir la lógica del análisis en campos entregados a la pasión partidaria y a la incomprensión sectaria. A riesgo de parecer someterme a un utopismo ingenuamente cientista, quisiera recordar ahora las conclusiones de los análisis científicos de los mecanismos del terrorismo y del terror de Estado y de los efectos sociales que produjeron en los diferentes países de América Latina, donde reinaron en combinaciones diferentes, durante los años 70. En las situaciones de imprevisibilidad radical y de inse-

guridad total en las que, como veremos por los testimonios que escucharemos, la calle aparece como el lugar de todas las amenazas, donde la información se torna imprecisa o inaccesible, donde el miedo hace difícil la comunicación, incluso entre familiares, donde la violencia abierta y los actos de intimidación pública, secuestros, ejecuciones, etc., van acompañados de acciones más o menos clandestinas, como torturas y ejecuciones arbitrarias, donde los rumores vienen a duplicar la angustia, donde, en una palabra, el deseo de sobrevivir impide vivir. En estas situaciones de extrema inseguridad, se observa siempre que los grupos se atomizan, que las solidaridades se derrumban, dejando a los individuos aislados y aterrados, replegados, como dice Juan Corradi, en un "familismo amoral".

Pero el análisis muestra también que es posible salir del círculo del miedo, y cómo salir de él. La primera condición es la existencia de organizaciones capaces de arrancar a los individuos desmoralizados por el terror a la alternativa del heroísmo o la dimisión y de organizar acciones capaces de devolver el ánimo (y la moral) a todos aquellos a quienes el miedo condena al aislamiento; y esto, dándoles la ocasión de descubrir que muchos otros piensan como ellos y que personas e instituciones importantes, dentro del país y en el extranjero, apoyan sus acciones y refuerzan la protección que les es garantizada. Las estrategias más efectivas son las que conducen a la mayoría silenciosa a descubrir y a mostrar su fuerza colectiva a través de acciones relativamente triviales y poco arriesgadas, pero que producirán un inmenso efecto simbólico, primero sobre quienes las realizan y también sobre aquéllos contra los cuales están dirigidas, si es que son realizadas al mismo tiempo por un gran número de personas concertadas (marchar en silencio hacia un mismo lugar de encuentro, cerrar las casas, las tiendas, etc.). Acciones similares tuvieron lugar, en varias oportunidades, en Argelia, pero siempre fueron parcialmente neutralizadas por las anexiones partidarias, reales o supuestas.

Tengo la convicción de que nuestro llamado a la paz civil podría ser algo muy diferente de la declaración platónica y vagamente humanista de un grupo de intelectuales de buena voluntad. Para eso sería necesario que, en la misma Argelia, hombres y mujeres dotados

de una autoridad indiscutible –hay muchos en Argelia– autoridad intelectual, moral, religiosa o política, decidan reunir sus fuerzas simbólicas para llamar –eventualmente con el apoyo internacional que podrían darles el Comité Internacional de Apoyo a los Intelectuales Argelinos y el Parlamento Internacional de los Escritores– a la movilización de las fuerzas de paz en un Partido de la Paz Civil que reúna a la mayoría silenciosa, hoy en día atomizada, desmoralizada y condenada a la impotencia por el régimen del terror. Restaurando la confianza de todos los que tienen la voluntad de resistir a la violencia, este Partido de la Paz reuniría y acumularía las fuerzas de todos aquellos que, en su trabajo y en su vida diaria, a pesar de las amenazas muy particularmente dirigidas contra ellos, no dejaron de actuar en favor de la paz civil, a costa de una lucha cotidiana contra la intimidación y el miedo. De este modo, estarían en condiciones de denunciar y contrarrestar eficazmente las maniobras demagógicas de los aprendices de brujos que, escudados en la impunidad, se esfuerzan por explotar la angustia y la desesperación del inmenso subproletariado nacido de la crisis y de la explotación internacional.

Pensarán quizás que por un momento me entregué a la utopía y me apresuré en olvidar las antinomias que enunciaba al comenzar y todas las censuras que éstas implicaban. La ingenuidad, si es que hay ingenuidad, está a la par de la ansiedad que siento, junto a muchos otros, ante la amenaza de la guerra civil en sus formas más horribles. Me refiero entonces a acciones más limitadas, pero más seguras, para las que el CISIA fue creado. Debemos primero ocuparnos de lo que depende de nosotros, es decir de nuestros gobiernos. Otros les contarán las gestiones que pretendemos emprender ante gobiernos europeos con el fin de obtener la anulación de la deuda que aplasta a Argelia: vuestra adhesión a la petición que hemos redactado dará más fuerza a nuestras intervenciones. Después vienen las tareas de asistencia a quienes deben huir de la violencia. ¿Será acaso necesario decir, contrariamente a los rumores, que jamás hicimos una selección entre las víctimas y que no hacemos pasar ningún examen lingüístico a los que se dirigen a nosotros? Les explicarán las gestiones emprendidas con miras a obtener, para los que desean encontrar refugio en Francia, una condición jurídica conveniente. Gestiones par-

ticularmente difíciles, y necesarias, en estos tiempos de ideología de la seguridad. Trabajamos, de acuerdo con las antenas provinciales del CISIA y con diversas asociaciones, en encontrar puestos, viviendas y recursos para aquellos que piden nuestra ayuda. Aquí también necesitamos de ustedes: los que piensan poder ayudarnos sobre alguno de los puntos que mencioné, pueden hacérnoslo saber, aquí mismo al salir, o por carta, dejando su nombre y dirección, indicando el tipo de ayuda que pueden brindar.

Me limitaré a esas indicaciones muy concretas. La extrema gravedad de la situación en la que se encuentra Argelia, que no permite la complacencia retórica ni la exaltación ética, nos impone moderación y dignidad.

Hacia un intelectual colectivo (3): de diciembre del '95 a *Raisons d'agir*

El nacimiento de un "intelectual colectivo" *encuentra su realización, en el campo de la investigación, con la publicación de* La misère du monde. *Un equipo de sociólogos dirigidos por Pierre Bourdieu se consagra a comunicar y hacer comunicar, por medio de textos analíticos, pero sobre todo de entrevistas, el sufrimiento social vivido por todos aquellos (obreros, empleados, campesinos, enfermeros, docentes, jóvenes con o sin instrucción escolar, trabajadores sociales, policías, etc.) que no tienen los medios para hacerse escuchar por los responsables políticos, demasiado ofuscados por los sondeos y por el juego mediático como para preocuparse por la existencia común de sus conciudadanos. Este libro, que se presenta como* "otra manera de hacer política", *instaura también una* "política científica" *colectiva capaz de recorrer la diversidad de los efectos sociales de una política liberal conducida por altos funcionarios de Estado* (la "mano derecha") *pregonando la decadencia del Estado y dejando de hecho a todos los que están en el terreno* (la "mano izquierda") *el cuidado de administrar, al menor costo, la miseria social.*

De este modo, cuando en noviembre y diciembre de 1995 se desarrollan en Francia huelgas de protesta contra una reforma liberal de la protección social, Pierre Bourdieu toma partido por los huelguistas firmando una petición de apoyo y haciéndose presente en asambleas generales (su intervención en la estación de Lyon aparece en primera plana en los periódicos del día siguiente). Luego de este movimiento social, crea el grupo "Raisons d'agir", *reagrupando a investigadores*

preocupados por dar mayor fuerza política a sus trabajos. Este "militantismo científico" *pretende promover una postura crítica contra el discurso dominante que transmite, en nombre de la* "ciencia económica", *la adaptación a la* "mundialización" *y sus nuevas formas de precariedad.*

La instalación de un contrapoder crítico efectivo tiene como condición, según Pierre Bourdieu, la autonomía de los productores culturales frente a las censuras que el mercado económico impone a la distribución de los bienes culturales y, particularmente, el control efectivo de los instrumentos intelectuales de difusión por los mismos intelectuales: es así que en 1996 crea la editorial Liber-Raisons d'agir, *destinada a publicar obras poco caras y de fácil acceso, difundiendo trabajos que se apoyan en los métodos y resultados de las ciencias humanas y sociales, comúnmente confinados al mundo académico. El éxito alcanzado por la colección, con obras como* Sur la télévision *y* Contrefeux, *o también* Les nouveaux chiens de garde, *de Serge Halimi, parece abrir entonces un espacio para el discurso crítico de los medios de comunicación y de la ideología neoliberal dominante que la mayor parte de ellos vehicula. Con la publicación de dos artículos en* Le Monde, *diario nacional de referencia, Pierre Bourdieu es consagrado, o estigmatizado, por estos mismos medios de comunicación, como el "maestro del pensamiento" de la "izquierda radical": en el primero, apoya las ocupaciones efectuadas por los movimientos de desempleados, que hacen aparecer, en un escenario político aseptizado, los mecanismos de dominación por la precarización generalizada de los trabajadores; luego, critica la acción de las izquierdas europeas y su sumisión a las políticas liberales, para asumir la defensa del servicio público que los movimientos sociales intentaron preservar, desde 1995, a pesar de la desconsideración de la que son objeto en el "escenario político". A partir de estos textos publicados en 1998, la acción de Pierre Bourdieu y del colectivo* Raisons d'Agir *prosigue no solamente en la prolongación de la línea editorial de las ediciones* Liber-Raisons d'Agir, *sino también en una colaboración con los diferentes sindicatos y asociaciones de lucha a fin de constituir un movimiento social europeo.*

Las acciones de los desempleados flamean[153]

Aquellas y aquellos que nos habituamos a designar como "los excluidos" –excluidos provisionales, temporales, duraderos o definitivos del mercado del trabajo– son casi siempre también los excluidos de la palabra y de la acción colectiva. ¿Qué sucede cuando al cabo de varios años de esfuerzos aislados y aparentemente desesperados de algunos militantes, necesariamente minoritarios, una acción colectiva logra por fin romper el cerco de indiferencia mediática y política? Primero, la turbación risible y la rabia apenas disimulada de ciertos profesionales de la palabra, periodistas, sindicalistas y hombres o mujeres políticos, que vieron en estas manifestaciones de desempleados sólo un nuevo cuestionamiento intolerable de sus intereses comerciales, de su monopolio de la palabra autorizada sobre "la exclusión" y "el drama nacional del desempleo". Enfrentados a esta movilización inesperada, estos manipuladores profesionales, estos inamovibles de las plataformas televisivas, no supieron ver en ella sino una "manipulación de la miseria", "una operación con intenciones mediáticas", la ilegitimidad de una "minoría" o "la ilegalidad" de acciones pacíficas. Seguidamente, la extensión del movimiento y la irrupción en el escenario mediático-político de una minoría de desempleados movilizados: el primer logro del movimiento de desempleados es el movimiento mismo (que contribuye a desviar del Frente Nacional a un electorado popular desorientado). El movimiento de los desempleados es a la vez el inicio de una organización colectiva y las conversiones en cadena de las que ella es producto y que, a su vez, contribuye a producir: del aislamiento, de la depresión, de la vergüenza, del resentimiento individual, de la venganza hacia los chivos expiatorios, a la movilización colectiva; de la resignación, de la pasividad, del repliegue sobre sí mismo, del silencio, a la toma de la palabra; de la depresión a la rebelión; del desempleado aislado al colectivo de desempleados; de la miseria a la cólera. Es así cómo el *slogan*

153 Publicado en *Le Monde*, el 17 de enero de 1998, en coautoría con Frédéric Lebaron y Gérard Mauger.

de los manifestantes termina por confirmarse: "Quien siembra miseria, cosecha cólera". Pero también trae el recuerdo de algunas verdades esenciales de las sociedades neoliberales, que el movimiento de noviembre-diciembre de 1995 había hecho surgir y que los poderosos apóstoles del "pensamiento Tietmeyer" se esfuerzan en disimular, comenzando por la relación indiscutible entre tasa de desempleo y tasa de beneficio. Los dos fenómenos –el consumo desenfrenado de los unos y la miseria de los otros– no son sólo concomitantes –mientras que los unos se enriquecen durmiendo, los otros se pauperizan cada día más– también son interdependientes: cuando la bolsa se engalana, los desempleados pagan las consecuencias, el enriquecimiento de los unos está ligado a la pauperización de los otros. Evidentemente, el desempleo masivo sigue siendo el arma más eficaz de la que pueda disponer el empresariado para imponer el congelamiento o la baja de los salarios, la intensificación del trabajo, la degradación de las condiciones de trabajo, la precarización, la flexibilidad, la instalación de nuevas formas de dominación en el trabajo y la destrucción del código del trabajo. Cuando las empresas efectúan despidos, en virtud de uno de esos planes sociales anunciados estrepitosamente por los medios de comunicación, sus acciones flamean. Cuando se anuncia una baja del desempleo en los Estados Unidos, bajan los cursos en Wall Street. En Francia, 1997 fue el año de todos los récords para la Bolsa de París. Pero más que nada, el movimiento de los desempleados vuelve a cuestionar las divisiones metódicamente mantenidas entre "buenos pobres" y "malos pobres", entre "excluidos" y desempleados, entre desempleados y asalariados. Aunque la relación entre desempleo y delincuencia no sea mecánica, nadie puede ignorar hoy en día que "las violencias urbanas" tienen su origen en el desempleo, en la precariedad social generalizada y en la pobreza de las masas. Los condenados "para el ejemplo" de Estrasburgo, las amenazas de reapertura de los centros correccionales o de suspensión de los subsidios familiares a los padres "dimisionarios" de los promotores de disturbios son la cara oculta de la política del empleo neoliberal. ¿Cuándo llegará, con Tony Blair, la obligación impuesta a los jóvenes desempleados de aceptar cualquier trabajito y la substitución del "Estado providencia" con el "Estado de la seguri-

dad" a la moda americana? Porque obliga a ver que un desempleado es virtualmente un desempleado de larga duración, y un desempleado de larga duración es un excluido en suspenso, que la exclusión de la UNEDIC* es también la condena a la asistencia, a la ayuda social, a la caridad, el movimiento de los desempleados vuelve a poner en tela de juicio la división entre "excluidos" y "desempleados": enviar a los desempleados al servicio de ayuda social es quitarles su condición de desempleado, es empujarlos hacia la exclusión. Pero obliga a descubrir, también y sobre todo, que un asalariado es un desempleado virtual, que la precarización generalizada (en particular de los jóvenes), la "inseguridad social" organizada de todos los que viven bajo la amenaza de un plan social, hacen de cada asalariado un desempleado en potencia.

La evacuación *manu militari* no evacuará "el problema", porque la causa de los desempleados es también la causa de los excluidos, de los que viven en estado de precariedad y de los asalariados que trabajan bajo amenaza. Porque tal vez hay un momento en que el ejército de reserva de los desempleados y de los trabajadores precarios, que condena a la sumisión a todos los que tienen la oportunidad provisional de estar excluidos de él, se voltea contra aquellos que basaron su política (¡oh socialismo!) en la confianza cínica en la pasividad de los más dominados.

Por una izquierda de izquierda[154]

Quince días después del viernes negro de las elecciones a las presidencias regionales, curanderos de todo tipo se agitan en la cabecera de la República. Para el uno, un cambio de régimen electoral permitiría a la democracia recobrar sus hermosos colores moderados;

* Union Nationale Interprofessionnelle pour l'emploi dans l'industrie et le commerce: Unión Nacional Interprofesional para el empleo en la industria y el comercio. Organismo creado por los sindicatos para la protección de los desocupados (régimen de seguridad para el desempleo) (N. de T.).

154 Publicado en *Le Monde*, el 8 de abril de 1998, en coautoría con Bernard Lacroix, Frédéric Lebaron y Gérard Mauger.

para el otro, jurista científico, una revisión del sistema electoral rehabilitaría a una democracia paralítica; para un tercero, ex ministro y hábil estratega, la ausencia de un "centro" es lo que transformó al Estado en un barco a la deriva, oscilando de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, a riesgo de hundirse en la extrema derecha. El más alto personaje del Estado, en un papel de padre bueno demasiado grande para él, reprende a los partidos como si se tratara de niños revoltosos y promete el cambio de reglas que permitiría recomenzar el juego sin los *skinheads.* Un antiguo candidato a la presidencia, en un chispazo de lucidez tardía, se pregunta si los electores no están ya hartos de seguir viendo, desde hace treinta años, la misma comedia. Los expertos en resultados electorales evalúan porcentualmente los potenciales electorales de las nuevas coaliciones en gestación. Los tres últimos presidentes regionales mal elegidos ya alardean en los estudios televisivos: lejos de ser rehenes abrazaron al FN sólo para asfixiarlo mejor; poco falta para que inviten a su consejo regional a votar de emergencia para la erección de su propia estatua, con el cuento de ayudar a los artistas locales, a la cultura regional y al civismo republicano.

Pero ante el triste espectáculo de nuestros medicastros político-mediáticos, la burla no es suficiente. La "nueva" respuesta que pretenden dar a la fascistización de una parte de la clase política y de la sociedad francesa está hecha a su imagen, superficial. Restringen el círculo de las preguntas incómodas al vademecum habitual del futuro candidato a la próxima elección: ¿Cómo hacer para no perder las europeas? ¿Cómo preparar las legislativas en caso de nueva disolución? ¿A qué nuevo partido vale más adherirse? Y pronto: ¿cómo captar los votos del centro en desherencia?, etc. Esta es la concepción de la política que desde hace varios años es la aliada más segura del FN: instrumental y cínica, más atenta a los intereses de los elegidos que a los problemas de los electores, sólo espera una solución de la manipulación de las reglas del juego electoral y mediático.

Las verdaderas preguntas son de una importancia totalmente diferente: ¿Por qué, en menos de un año, la izquierda plural rompió violentamente la dinámica de su victoria cuando ni siquiera tiene la excusa de indicadores económicos en retroceso? ¿Por qué provocó

decepciones de las que los resultados electorales, interpretados como victorias, no dan más que una vaga idea? ¿Por qué, por ejemplo, tantos sufragios para las organizaciones que se pretenden o se dicen fuera del juego político? ¿Por qué una parte de la derecha en perdición prefiere radicalizarse cuando está en el poder a través de una izquierda que realiza todos sus sueños? Con su tentación extremista, la derecha vuelve a jugar un partido ya perdido por el centro y la derecha alemanes a principios de los años treinta bajo la República de Weimar. El Estado impotente suscita la indiferencia masiva de los electores hacia la República: está claro que no se va a votar para repartir prebendas, acallar los escándalos, vender los servicios públicos al mejor postor, entregarse a burocracias inamovibles e inaccesibles, nacionales e internacionales. Al hacer implosión, la derecha francesa retorna a los orígenes turbios del régimen que fundó. Cuando los conservadores no saben ya qué más conservar, están listos para cualquier revolución conservadora. La persistencia del éxito electoral de un partido como el FN, cuyo programa aplicado sería la ruina de sus electores más desfavorecidos, a menudo no expresa nada más que la aversión hacia un personal político obstinadamente sordo y ciego ante el desconcierto de las clases populares.

Las falsas apariencias de la izquierda plural decepcionan a los electores de izquierda, desmovilizan a los militantes, remiten a los más exasperados hacia la extrema izquierda. No es en absoluto sorprendente que los primeros en protestar hayan sido los primeros en ser estafados por la demagogia plural de una izquierda realmente peculiar: los indocumentados, los desempleados, los maestros. Una reforma electoral no bastará para calmar las reivindicaciones a las que unos ministros responden con la caridad ostentosa, con la distribución calculada de migajas del presupuesto o con los juegos de manos astutos. Y esto cuando no se dejan llevar por excesos verbales arrogantes o demagógicos, totalmente opuestos a la generosidad entusiasta de un mensaje movilizador, e incluso a prácticas trágicamente parecidas a las de sus predecesores. A la izquierda oficial le cuesta mucho deshacerse de la dudosa herencia del mitterrandismo; irrita a sus fieles sin poder esperar de sus enemigos ni la más mínima señal de satisfacción; aprovecha provisionalmente la mediocridad de sus

adversarios sin proponer otra cosa que una política sin preocupación por el mañana, que no cambia nada esencial en la vida cotidiana de la gran mayoría de los ciudadanos. El día del balance, tal vez más cercano de lo que ella piensa, con la amenaza nuevamente presente de la disolución, ¿qué podrá invocar para movilizar a los abstencionistas, disuadirlos de votar por el FN? ¿Los empleos-jóvenes* para algunos, las treinta y cinco horas en proceso de deterioro, el rigor ininterrumpido, una reforma de la educación transformada en show ministerial, entregarse a la Europa de los banqueros? ¿Creemos acaso poder engañar durante mucho tiempo la expectativa de una Europa social con una "izquierda plural europea" animada por la troika neoliberal "Blair-Jospin-Schröder"? La izquierda de base cree aún en la república social: es tiempo de que el cuarteto "Jospin, Chevènement, Hue, Voynet"** recuerde que las mayorías de izquierda condujeron al desastre cada vez que pretendieron aplicar las políticas de sus adversarios y tomaron a sus electores por idiotas amnésicos.

Las verdaderas respuestas a la fascistización reptante o declarada sólo pueden venir de los movimientos sociales que se desarrollan desde 1995. Esto, con la condición de que sepamos escucharlos y expresarlos, en lugar de trabajar en desconsiderarlos por la difamación pública o por los golpes dobles de antiguos apparatchiks políticos convertidos en hombres de aparato del Estado. Estas respuestas sugieren, en efecto, perspectivas políticas y a veces hasta anticipan proyectos y programas constituidos. La presión local en algunas regiones de izquierda contribuyó a hacer recapacitar a la derecha menos enceguecida. Las manifestaciones anti FN son testimonio de una capacidad militante que sólo pide defender causas más ambiciosas que el solo rechazo al fascismo. El movimiento por la renovación de los servicios públicos –y en particular por una educación nacional más justa, tal cual se expresa hoy en día en Seine-Saint-Denis– es lo opuesto a la exasperación identitaria con respecto a una institución

* Empleos-jóvenes (emplois-jeunes), programa de creación de empleos para los jóvenes en Francia, en los años 90. (N. de T.).

** Todos ellos son miembros de la actual coalición gobernante y representantes de los Partidos Socialista, Comunista y de los Verdes. (N. de T.).

arcaica: afirma la necesidad de servicios públicos eficaces e igualitarios en su funcionamiento y en sus efectos. El movimiento de los indocumentados, condenado a las gemonias por los "responsables" de todas las corrientes, es una resistencia colectiva frente a la política obtusa que, en nombre de la lucha contra Le Pen*, toma a menudo sus ideas y sus armas de Le Pen (con el éxito que ya sabemos...). El movimiento de los desempleados aparece como una "lucha escalonada", reiniciada continuamente contra los efectos destructores de la precarización generalizada. Los movimientos recientes contra el Acuerdo Multilateral por la Inversión (AMI) y en favor de la tasación de los capitales son testimonio de la subida potencial de la resistencia al neoliberalismo: ésta es, por naturaleza, internacional. Estas fuerzas, a las que nuestros profesionales de la manipulación acusan de estar bajo el dominio de manipuladores externos, son aún minoritarias, pero ya están profundamente enraizadas, tanto en Francia como en otros países europeos, en la práctica de grupos militantes, sindicales y asociativos. Son ellas las que, al internacionalizarse, pueden comenzar a oponerse prácticamente a la pretendida fatalidad de las "leyes económicas" y a humanizar el mundo social. El horizonte del movimiento social es una internacional de la resistencia al neoliberalismo y a todas las formas de conservadurismo.

* Ver nota en p. 17, primera parte. (N. de T.).

Postfacio
Por una nueva *Aufklärung* europea[155]

Sería necesario reunir las capacidades y los talentos de un Karl Kraus y de un Karl Marx, de un Max Weber y de un Emile Durkheim, y de algunos otros, para estar a la altura de las expectativas sociales que la idea de "movimiento social europeo" ha suscitado. Por esta razón, mi fin es aportar no un pensamiento acabado, cerrado, sino un programa de trabajo, destinado a hacer reflexionar y a hacer pensar.

El mundo económico y social ha conocido, en el curso de los últimos años, inmensas transformaciones de las cuales es necesario tomar la medida, pero una justa medida. Es necesario evitar ignorarlas o subestimarlas, por no hacer todo el trabajo de investigación y de documentación que es necesario para aprehenderlas en toda su amplitud y darse los instrumentos teóricos indispensables para asirlas en su sistematicidad; es necesario también no sobreestimarlas, a la manera de aquellos que, preocupados por no olvidar nada de la "modernidad" o de la "postmodernidad" y por afirmar sin demasiado costo su diferencia, toman prestado el lenguaje apocalíptico de la "mutación", incluso de la "revolución", para evocar la "nueva economía" o el "nuevo espíritu del capitalismo", y se prohíben, así, poner al día los mecanismos que –en su mayor parte ya conocidos, como los que aseguran la reproducción del capital cultural–, aseguran permanencias y constancias más allá de las variaciones y de los cambios.

155 Versión modificada para la presente edición de la contribución de Pierre Bourdieu al llamado a un movimiento social europeo el 1° de mayo del 2000. Traducción de Alicia Gutiérrez.

Luego de haber dado, en un primer momento, un modelo simplificado de esos cambios económicos y de sus efectos sociales, intentaré, en un segundo momento, evocar las relaciones de fuerza que se instauran hoy entre los dominantes, antes de intentar desprender de estos análisis, en un tercer momento, algunos principios de acción para un movimiento social europeo.

I. Una máquina infernal

Bearle y Means oponían (en los años 30) *los accionistas, los propietarios (owners)*, y los *managers, los ejecutivos*, cuyo triunfo anunciaban. Hoy se asiste al retorno de los accionistas al poder. Pero este triunfo no es sino *aparente*: no tienen más poder que en la época de la "tecnoestructura" de Galbraith. De hecho, los amos de la economía no son ni los pequeños portadores individuales de acciones, como lo querría la mitología de la "democracia de los accionistas", ni tampoco los *managers* sometidos a la tiranía de las tasas de beneficio, es decir, esos Presidente-Director General que son susceptibles de ser despedidos (la mayoría de las veces con formidables "indemnizaciones") en función del examen trimestral del "valor accionario" que han realzado, o esos ejecutivos que son pagados a corto plazo por el porcentaje de los negocios que aportan y que siguen *al día* los cursos de la Bolsa, de los cuales dependen el valor de sus *stock-options*.

Se asiste a una nueva *concentración del capital en las manos de un pequeño número de inversores llamados institucionales* que controlan una parte creciente de los capitales, por lo tanto, las inversiones. Los gestionarios de las grandes instituciones (fondos de pensión, grandes compañías de seguros y, sobre todo en los Estados Unidos, fondos de inversiones colectivas, *money market funds ou mutual funds*) dominan el campo del capital financiero en el cual este capital financiero es una apuesta y un arma y, por ello, detentan un formidable poder de presión, tanto sobre las empresas como sobre los Estados. Están así en condiciones de imponer lo que Frédéric Lordon llama, por una referencia irónica al salario mínimo, un *ingreso accionario mínimo garantizado* del capital (lo que en términos técnicos se llama el EVA, Economic Value Added): los gestionarios de los fondos de pensión, que están presentes en los consejos de administración (*corporate governance*) de las empresas, buscan beneficios cada vez más elevados (12, 15 y hasta el 18% del capital invertido) que las firmas no pueden alcanzar sino al precio de despidos, haciendo recaer el riesgo sobre los asalariados (es decir, de paso,

que los dominantes, y aquellos que, como Ulrich Beck y Anthony Giddens –tan prontos a exaltar el riesgo– se hacen sus portavoces, demandan de los dominados virtudes de las que ellos se ocupan de eximirse). En efecto, transfieren sobre los managers el imperativo de los beneficios a corto plazo, que deviene así el fin práctico de todo el sistema –sin tener en cuenta las consecuencias ecológicas y sobre todo humanas y fuera de toda preocupación por ser fieles a los asalariados, que, como lo observa Jean Gadrey, podría ser el principio de otra economía–.

[Mientras que el sistema anterior, llamado fordista, realizaba el beneficio gracias a la productividad del trabajo, tenía como contrapartida la seguridad del empleo y un nivel de remuneración relativamente elevado, que, alimentando la demanda, sostenía el crecimiento y el beneficio, el nuevo modo de producción maximiza el beneficio reduciendo la masa salarial por la compresión de los salarios y los despidos, inquietándose el accionista sólo por los cursos de la Bolsa de los que depende su ingreso nominal y por la estabilidad de los precios que debe mantener el ingreso real lo más cerca posible del nominal].

La búsqueda del beneficio a corto plazo comanda todas las elecciones: la política de reclutamiento, sometida al imperativo de flexibilidad –y de movilidad (con el reclutamiento sobre contratos a corto plazo o con base temporaria); la individuación de la relación salarial; y la ausencia de planificación a largo plazo, especialmente en materia de mano de obra. Con la amenaza constante de la "regulación del empleo", toda la vida de los asalariados está ubicada bajo el signo de la inseguridad y de la incertidumbre.

Así se ha instituido un régimen económico que es inseparable de un régimen político, un modo de producción que implica un modo de dominación, fundado sobre la *institución de la inseguridad*, la dominación por la precariedad: un mercado financiero des-regulado favorece un mercado de trabajo des-regulado, por lo tanto, un trabajo precario que impone la sumisión de los trabajadores. [Por ejemplo, es así cómo se explica el hecho, sobre el cual los economistas se interrogan, y que está sin duda ligado también, por una parte, al debilitamiento de los sindicatos, de que en Estados Unidos los salarios permanezcan muy bajos aunque la desocupación sea también muy baja.] En las empresas, uno está en relación con un management racional que utiliza el arma de la inseguridad (entre otros instrumentos) para poner a los trabajadores en estado de riesgo, de stress, de tensión, y favorece la auto-explotación. A diferencia de la precariedad "tradicional" de los servicios y de la construcción, la *precariedad institucionalizada* de las

empresas del futuro deviene en el principio de la organización del trabajo y estilo de vida. Ciertas empresas de tele-venta o de tele-marketing, cuyos asalariados, los "tele-consejeros", deben telefonear a domicilio para vender los productos, han puesto a punto un régimen que, desde el punto de vista de la productividad, del control y de la vigilancia, de los horarios de trabajo y de la *ausencia de carrera*, es un verdadero *taylorismo de los servicios* (límite: *click in*, *click out*). Por oposición a los obreros especializados del taylorismo, los asalariados son muy calificados (son frecuentemente estudiantes que han fracasado en cursos de carreras universitarias, técnicos reconvertidos), frágiles socialmente (son de primera generación en la universidad). Las cajeras de supermercado han devenido, gracias a la informatización del registro de los precios, en verdaderas trabajadoras en cadena, suerte de obreros especializados de la "nueva economía", cuyas cadencias son calculadas, cronometradas, controladas, y cuyos empleos del tiempo varían a merced de las fluctuaciones de la ola de clientes.

[Se puede temer que las estructuras de este *sistema en inestabilidad crónica*, inscribiéndose en los cerebros, bajo forma de estructuras cognitivas, contribuyan a producir un *hombre nuevo*, calculador universal llevado al cinismo oportunista en política (y en otra parte), o a la inconstancia y también al individualismo, por no decir al egoísmo, favorecido por la corrosión de la persona y la destrucción de las solidaridades (de los lazos familiares, especialmente)].

Pero la mayor consecuencia de este nuevo modo de producción es la instauración de una *economía dualista* (muy semejante a aquella que he observado en Argelia en los años 60, con, por un lado, un enorme ejército industrial de reserva, formado por un sub-proletariado sin carrera, sin futuro, sin proyecto, individual o colectivo, y condenado por ello a los ensueños milenaristas –más bien que a las ambiciones revolucionarias– y, por el otro, una pequeña minoría privilegiada de trabajadores estables y dotados de un salario permanente). La dualidad de los status y de los ingresos no deja de incrementarse: los empleos subalternos de servicio, sub-pagados, con débil productividad, no calificados o sub-calificados (fundados sobre un "short term on the job training") y sin asegurar carrera, en resumen, los *empleos rechazables* de una "sociedad de servidores" (André Gorz) se multiplican. Según Jean Gadrey, citando una investigación americana, de los 30 trabajos que van a crecer más, 17 no exigen ninguna calificación y 8 exigen una calificación superior. De 10, 7 no exigen ninguna calificación. En el otro extremo del espacio social, los *dominantes-dominados*, es decir, los ejecuti-

vos, conocen una forma nueva de alienación, la inseguridad de lujo de la *hurried leisure class*, que gana mucho dinero pero que no tiene tiempo para gastarlo. Esta posición ambigua, equivalente a la de los pequeño-burgueses en otro estado de la estructura, conduce a formas de auto-explotación organizada: la duración anual media del trabajo progresa en los Estados Unidos con una declinación correlativa del tiempo de ocio.

Por más que lo digan los profetas de la "nueva economía", este dualismo jamás se ve tan bien como en *los usos sociales de la informática*. Los cantores de la "nueva economía" y de la visión Silicon Valley (Manuel Castells, en *La société en réseaux*, habla de un "capitalismo colectivo sin rostro, compuesto por flujos financieros administrados por redes electrónicas" -p. 530) tienden a considerar los cambios económicos y sociales observables hoy como un efecto fatal de la tecnología, mientras que son el resultado de los usos sociales económica y socialmente condicionados que se hace de ella. De hecho, contrariamente a la ilusión de la novedad sin precedentes, las coacciones estructurales inscriptas en el orden social –como la lógica de la transmisión del capital cultural y escolar, que es la condición del dominio verdadero de las nuevas herramientas, *tanto técnicas como financieras*–, continúan pesando sobre el presente y formando lo inédito y lo inaudito.

La investigación estadística sobre los usos de la informática muestra que la ruptura es muy fuerte entre los "interactores" y los "interactuantes" y que ella tiene por principio la distribución desigual del capital cultural, por lo tanto, en último extremo, el sistema escolar y la transmisión familiar del capital. (Uno ve, de paso, que la utilización de la noción de capital cultural más bien que la de "capital humano", adoptada por los economistas, tiene por virtud evitar la *naturalización* de las diferencias económicas y sociales basadas en capital cultural, relacionando esas diferencias con diferencias sociales de formación, de origen social, y no de "dones" naturales). El utilizador modal de la informática es un hombre, de menos de 35 años, que ha hecho estudios superiores, dotado de un ingreso elevado, ciudadano y que habla inglés. Y no hay casi nada en común entre los virtuosos que pueden escribir ellos mismos sus programas y los nuevos trabajadores en cadena de la informática, tales como los asistentes telefonistas que hacen las 3/8 por mantener la *hot line* de los proveedores de acceso 24 horas sobre 24, o los *net surfeurs* que alimentan los anuarios, o los integradores HTLM que hacen copier-coller y que, atomizados, aislados, desprovistos de toda representación (delegados del personal), están destinados a la rotación, etc. Asimismo, en el orden de los usos económicos y financieros, los que están

conectados a Internet y disponen de terminales o de programas que les permiten comerciar y efectuar operaciones bancarias a domicilio, se oponen a los que están apartados de esta red.

[Asimismo, el mito según el cual Internet debía cambiar las relaciones entre el Norte y el Sur está completamente desmentido por los hechos: en 1997, los 20% más ricos de la población mundial representaban 93,3% de los utilizadores de Internet, y los 20% más pobres, 0,2%. Lo inmaterial, tanto al nivel de las naciones como de los individuos, se apoya sobre estructuras bien reales, como los sistemas de enseñanza y los laboratorios en el caso de las naciones.]

En el seno de las sociedades más ricas, este dualismo descansa, en gran parte, en la distribución desigual del capital cultural que, además que continúa determinando en gran medida la división del trabajo, constituye un instrumento muy potente de *sociodicea*. La clase dirigente debe, sin duda, su extraordinaria *arrogancia* al hecho de que, estando dotada de un muy fuerte capital cultural –o escolar– (ha terminado la oposición confortable entre el artista desinteresado e inspirado y el burgués filisteo del siglo XIX), se siente perfectamente justificada de existir como existe (el paradigma del nuevo burgués conquistador podría ser Bill Gates). El diploma no es solamente un título de nobleza escolar; es una garantía de *inteligencia*, de inteligencia natural, de don. Es así cómo la "nueva economía" tiene todas las propiedades para aparecer como el mejor de los mundos (en el sentido de Leibniz y sobre todo de Huxley): es global –y los que la dominan son internacionales, políglotas y policulturales (por oposición a los locales, "nacionales" o "provincianos"); es *inmaterial*, produce y hace circular objetos inmateriales, información, productos culturales. [La computadora manipula información, códigos, símbolos, mensajes.] Ella puede así aparecer como una economía de la inteligencia, reservada a la gente inteligente (lo que le atrae la simpatía de los periodistas y de los ejecutivos "conectados"). La sociodicea toma aquí la forma de un *racismo de la inteligencia*. Los pobres no son pobres como en el siglo XIX porque son imprevisores, gastadores, intemperantes, etc. (por oposición al *deserving poor*), sino porque son imbéciles, incapaces intelectualmente, idiotas. En resumen, "no tienen sino lo que merecen" escolarmente. Ciertos economistas, como Becker, pueden encontrar en un neo-darwinismo que hace de la racionalidad postulada por la teoría, el producto de la selección natural de los mejores, la justificación imparable del reino de "the best and the brightest". Y el lazo es cerrado cuando la economía demanda a la matemática (devenida uno de

los mayores instrumentos de la selección social) la justificación *epistemocrática* más indiscutible del orden establecido. Las víctimas de un orden de dominación tan potente, que puede reclamarse un principio de dominación y de legitimación tan universal como la racionalidad (relevada por el sistema escolar), son heridas, muy profundamente, en su imagen de sí mismos. Y es sin duda por este rodeo que puede establecerse la relación, la mayoría de las veces desapercibida o incomprendida, entre las políticas neo-liberales y ciertas formas fascistoides de revuelta de los que, sintiéndose excluidos del acceso a la inteligencia y a la modernidad, son remitidos hacia el refugio de lo nacional y del nacionalismo.

II. La *Relpolitik* de la razón y la función de los investigadores

El capital cultural es intrínsecamente ambiguo: instrumento de comunicación, es también instrumento de dominación (como los nuevos medios de comunicación, la cultura une y separa). La clase de los managers está marcada por la ambigüedad del capital que funda su dominación. Los "ejecutivos" son trabajadores intelectuales que, provistos de una competencia socialmente reconocida y dotada de valor mercantil, no tienen la propiedad de sus medios de producción y su función principal en la división social del trabajo es la de contribuir a la reproducción de la cultura y de las relaciones sociales establecidas. En la producción económica, la parte de las inversiones propiamente culturales (investigación y desarrollo, ingeniería, concepción, diseño, publicidad, marketing, gestión financiera) no deja de crecer sin que el peso económico y político de los detentadores de capital cultural crezca en proporción: el capital cultural queda subordinado al capital económico, único capaz de concentrar el capital cultural y de asegurarle los medios concentrados (laboratorios, etc.) que son necesarios para su pleno rendimiento. Constituyen una nueva *Bildungsburgertum* internacional (*Chicago boys*, miembros de grandes *law firmes* y de ONG, etc.) que deben a sus orígenes sociales elevados un capital lingüístico y disposiciones distinguidas y distintivas favorables a la circulación internacional y que, unidos por la cultura, están separados por la cultura de las otras clases.

Dicho esto, todos estos cuasi intelectuales constituyen una fracción dominada al interior del nuevo campo del poder y, en cuanto tales, están inclinados a actitudes ambivalentes respecto a los dominantes. El dominio de los dominantes económicamente se ejerce sobre ellos, a la vez, econó-

mica y simbólicamente, y ello tanto más, cuanto están más próximos del campo económico propiamente dicho o cuanto la autonomía de su campo de producción es más débil respecto al campo económico (como puede verse bien en el caso del campo periodístico). En el campo científico se había elaborado, y expresado, en el siglo XIX, una exaltación del desinterés que, como lo ha mostrado Thomas Haskell, se ha afirmado, especialmente en R. H. Tawney, Emile Durkheim o Charles S. Pierce, contra el interés que reina en el universo capitalista. Esta preocupación de no dejar el mundo a las fuerzas ciegas de la economía y de extender al mundo social los valores profesionales de los científicos, se inspiraba en la convicción, sin duda un poco ingenua, de que el mundo de los científicos era una suerte de utopía realizada.

Estoy convencido de que es necesario reanudar hoy esta tradición muy crítica de la extensión de los valores del mercado a todas las esferas de la vida, pero apoyándose en una visión realista del mundo científico que, como lo observaba Pierce, "funciona sobre la base de la rivalidad y de la competencia (como el campo económico) y no de la cooperación y del amor", o, para hablar como Habermas, de la comunicación no instrumental. Sin retomar aquí en detalle mis análisis que podrían fundar completamente proposiciones destinadas de otro modo a parecer ingenuas y perentorias, me contentaré con recordar que los campos científicos (y, en un menor grado, burocráticos) son universos sociales totalmente particulares donde las coacciones sociales progresivamente instituidas a lo largo de la historia tienen por efecto imponer un verdadero *interés por el desinterés*, una pasión por la razón, un amor de la verdad asociada a esta forma de desinterés caracterizada por la indiferencia respecto a las gratificaciones materiales.

Pero, como lo hago aquí, llamando a los investigadores a movilizarse para defender su autonomía y para imponer en el conjunto del mundo social los valores ligados a su oficio, tengo conciencia de tomar el riesgo de aparecer como pretendiendo el *leadership* de un movimiento intelectual (percepción alentada por los diarios que, personalizando toda intervención, hacen creer que se trata de obtener una adhesión a una persona o a sus ideas). Y también de exponerme a chocar con aquellos que, eligiendo las facilidades virtuosas del encierro en su torre de marfil, ven en la intervención fuera de la esfera académica una peligrosa falta a la famosa "neutralidad axiológica", identificada, con razón o sin ella, a la neutralidad científica. Si es necesario tomar el riesgo de ser mal comprendido, incluso condenado sin examen, en nombre de la virtud académica misma que se

entiende defender contra ella misma, es que sólo esta suerte de *intelectual colectivo*, que requiero con deseo, me parece capaz hoy de inventar y de imponer, en lazos con los sindicatos, las asociaciones y todos los grupos en lucha, una *Realpolitik de la razón*, una política de intervención en el mundo social que obedezca, tanto como sea posible, a las reglas en vigor en el campo científico; capaz también de hacer entrar en el debate público, donde están trágicamente ausentes, las conquistas más avanzadas de la ciencia –y de reducir al silencio o a la prudencia, a los ensayistas charlatanes e incompetentes que ocupan todo el tiempo los diarios, las radios y la televisión; capaz, en fin, de liberar toda la energía crítica que permanece encerrada en los muros de la ciudad sabia, partida por una virtud científica mal comprendida, que prohíbe al homo academicus mezclarse en los debates plebeyos del mundo periodístico y político, partida por el efecto de las costumbres de pensamiento y de escritura que hacen que los especialistas encuentren más fácil y también más rentable, desde el punto de vista de los beneficios propiamente académicos, reservar los productos de su trabajo para publicaciones científicas que no son leídas sino por sus semejantes. Conozco muchos economistas que dicen en privado su desconfianza del uso que los presidentes de bancos centrales hacen de sus teorías para justificar sus decisiones y que se indignarían sin duda si uno les recordara que ellos son responsables, por su silencio, y, por una parte que está lejos de ser despreciable, de la contribución que la ciencia económica aporta a la justificación de políticas políticamente inaceptables y científicamente injustificables.

Quisiera, para terminar, decir que mi primera contribución a la empresa colectiva que requiero con deseo podría ser no la de proponer, aunque más no fuese el esbozo de un programa de acción, sino la de apelar y la de trabajar en la invención de la organización del trabajo que es necesario para producir el intelectual colectivo interdisciplinario e internacional que será capaz de producir tal programa. En otros términos, la tarea más urgente es la de encontrar los medios (materiales, económicos y también intelectuales), en primer lugar, para incitar a todos los investigadores competentes y de buena voluntad a aceptar entrar en el juego de la investigación colectiva y unir sus esfuerzos para proponer, discutir, elaborar e imponer colectivamente un conjunto de problemas y de proposiciones progresistas que, hoy, no existen sino en el estado virtual de pensamientos privados y aislados (revueltas, indignaciones, utopías, proyectos, etc.) o en estado disperso, en publicaciones marginales, informes confidenciales de la literatu-

ra sombría, revistas esotéricas; y, en segundo lugar, coordinar (es decir, integrar, sin ninguna voluntad de anexión) *las actividades críticas, a la vez teóricas y prácticas, de todos los investigadores y de todos los militantes* que han aparecido para llenar las lagunas del pensamiento y de la acción políticas despolitizantes de la social-democracia en el poder, e inventar *una nueva manera de hacer la política*, instaurando estructuras de investigación, de discusión y de movilización a varios niveles (internacional, nacional y local, con consejos de ciudad, de fábrica, de taller, de oficina, de universidad, etc.) capaces de instituir un verdadero *internacionalismo práctico*, manteniendo al mismo tiempo el contacto con la base.

Es claro que jamás ninguna recolección de documentalista, por minuciosa y exhaustiva que fuera, ninguna síntesis de teórico, por genial que pudiera ser, podrá tener el lugar del producto de la confrontación entre investigadores girados hacia la acción y de los militantes nutridos de experiencia y de reflexión. Sin embargo, la construcción de este edificio colectivo, digno por una vez del concepto trillado de "proyecto de sociedad", tasa-global-para-dominar-la-especulación, asignación universal o invención del movimiento de los desocupados, podría empezar por una asamblea de todos los que tienen algo que decir, verdaderamente, sobre el futuro de Europa: debería sostenerse, realmente, en primer lugar en Viena, en octubre o noviembre de 2000, luego en Atenas, a mayor escala, a comienzos del año 2001, y luego, cada año, en un lugar diferente, tanto tiempo como fuera necesario, para hacer surgir esta *nueva Aufklärung europea*.

Indice

SEGUNDA PARTE

Intervenciones políticas de Pierre Bourdieu desde 1960